

A man in a dark suit is shown from the chest up, looking down at a shattered glass on a dark surface. The scene is dimly lit, with a vertical light source on the left creating a strong shadow. The overall mood is somber and dramatic.

Spin-off

CIEGA TRAICIÓN

Donde nace tu vuelo... *libélula.*

Genne L. Paris

CIEGA TRAICIÓN

Ciega traición

Genne L. Paris

Los nombres, hechos y lugares que aparecen en esta obra son totalmente ficticios. Cualquier parecido con la realidad es producto de la casualidad.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ya sea por fotocopia o cualquier medio electrónico. Grabaciones o cualquier otro método sin el permiso previo del autor. De lo contrario, se estará cometiendo una infracción que puede ser constituida como delito.

Registro de la obra en United State Copyright national office: CN-1-6256136281

Registro de la obra en Safe Creative: nº 1802135770709

Registro de portada en Safe Creative: nº 18002135770693

Diseño de cubierta: China Yanly

Registro del logotipo de autor en Safe Creative: nº 1802135770778

Diseño del logotipo: China Yanly

©Genne L. Paris 2018

Primera edición: marzo de 2018

genparis2017@yahoo.com

<https://www.facebook.com/gennel.paris>

©Todos los derechos reservados

Dedicatoria

Los tiempos de Dios son perfectos y este sueño va por él y por ustedes...

A mi padre, desde dondequiera que estés, los dos sabemos que pudieron robarnos nuestro tiempo, pero jamás nuestros recuerdos. Te extraño siempre...

A mi amor de niña, de mujer y de toda la vida. Frank, en tus brazos encuentro el único lugar en el mundo donde sentirme siempre a salvo y en paz.

A mis tres tesoros, mis tres razones sagradas de vida; es por ustedes: Frank Jr, Jonathan y mi traviesa campanilla, Genny Marian. Les amo hasta donde no alcanza el corazón ni la razón es capaz de comprender...

Y a ti, amiga; sí, a ti, María Luisa (Vikinga), porque a pesar de la gran distancia que nos separa llegaste un día e hiciste en poco tiempo mi sueño tuyo para convertirlo en esta hermosa realidad.

Sinopsis

Armando Sanfield es un hombre de personalidad fuerte, con una trayectoria política intachable y una gran carga emocional en su espíritu... Dedicarse a su carrera diplomática era su prioridad, por lo que dejó de lado cualquier relación personal que lo desviara de ese propósito. Distante, callado e intransigente es como lo describen quienes se relacionan con él.

Sin embargo, en la vida se tejen senderos que son imposibles de evadir..., porque escapar nunca fue una opción. Así, lejos de su tierra natal, una esclava de ojos azulados y piel perlada le robará el corazón, convirtiéndose en su bendición y... ¿en su condena?

Pero ¿acaso puede sobrevivir un gran amor a la sospecha de haber sido traicionado? ¿Qué se es capaz de hacer por despecho? ¿Conseguirá un alma atormentada y herida encarcelar el dolor con tal de no perder lo que más ama? Odiar y amar a la vez, ¿es eso posible?... ¿Dónde está la frontera entre la razón y la locura?

El destino, imprevisible, lanza sus redes al viento como hojas marchitas de otoño que se tejen entre sí, enlazándonos a nosotros y, a veces, marcando el futuro de aquellos a los que tanto amamos...

Descubre los detalles de un pasado que pueden resquebrajar la historia de Armando e Ivanna... Un gran amor, una ardiente pasión. Dos culturas diferentes y una dolorosa duda que te llevará con ellos a descubrir...

Donde nació el vuelo de una libélula...

*Lo cierto es que la felicidad no
es como dicen, que solo dura
un instante y no se sabe que se
tuvo sino cuando ya se acabó.
La verdad es que dura mientras
dure el amor. Porque con amor
hasta morir es bueno.*

Gabriel García Márquez

1

Calvario

El dolor detrás de la cólera, muchas veces, esconde en silencio las verdades de grandes pasiones...

*República Socialista Soviética
30 de enero de 1991*

Piso fuerte el acelerador y cambio las velocidades lo más deprisa que me permite el auto y... ¡El cabrón no avanza con la rapidez que quisiera...! ¡Este maldito clima soviético no ayuda! Estoy seguro de que las placas diplomáticas del vehículo son las que han evitado que algún puto guardia me detuviera. Si no llego cuanto antes a la oficina, en cualquier momento seré capaz de estrellarme contra el primer muro que sea lo suficientemente macizo como para reventar de una buena vez mi vida y terminar de hacerla pedazos. Las sienas van a estallarme, debo de tener la presión sanguínea haciendo peligrosos bombeos por mis venas. Los latidos del corazón me recorren todo el cuerpo como si... ¡quisieran salir y dejarme sin aire de una jodida vez!

¡No voy a aceptarlo...!

Pero soy consciente de que el dolor y entumecimiento de mis manos no se deben al penetrante frío de la tarde de Moscú, sino a lo fuerte que aprieto este volante... La imagen de ella me tortura, su sonrisa dibujada, regalándose; sus manos abrigadas entre las suyas y el que hubiera dejado que...

¡Mierda!

¡Golpear este volante hasta que los ligamentos de mi mano se destrocen no me devolverá la paz!

¡No puedo borrar esa escena de mi mente!

¡No quiero visualizarla más o cometeré una maldita locura!

Veo finalmente, a pesar del gris clima y la ventisca levantando remolinos de nieve, las grandes verjas de la embajada y freno con tanta fuerza que el auto chirría, resentido, y casi pierdo el control por el resbaladizo pavimento al subir la rampa del aparcamiento bajo techo, e incluso el golpe de fondo que da al pasar por encima de la barda de contención hace que el guardia de la entrada me mire sorprendido; pero no me importa... ¡Que piense lo que le dé la gana!

—Buenas tardes, señor, ¿desea que alguien le estacione el auto?

Escucho su pregunta y trago en seco para no soltar una respuesta agresiva. La furia que cargo es tan grande que cada músculo se me tensa, predispuesto; pero me recuerdo a regañadientes el precio a pagar por ser un representante de la diplomacia nacional de un país: ¡ser un puñetero títere sin sentimientos ni emociones!

—Gracias, Serguei. Pídale a cualquiera que se lo lleve.

Y, aunque lo veo asentir, sabiendo que mis palabras no salieron con un tono cordial y amable, no me detengo a observarlo, me apeo del coche y tras sacudirme un poco la gabardina de paño, aún humedecida, salgo enardecido y casi huyendo en busca de la soledad de mi oficina.

Agradezco, aliviado, que los corredores estén prácticamente desiertos, y entro al primer elevador pidiendo en silencio no encontrarme con nadie. La suerte me sigue ayudando. Cuando se abre, me complace ver que en el pasillo del sexto piso no hay nadie, y salgo apresurado, con la mirada fija en la puerta de mi despacho, al final; escuchando tan solo el eco de mis pasos retumbándome en los oídos, haciendo más insoportable mi estado de ansiedad.

Al entrar en mi refugio, cierro la puerta tras de mí con fuerza y apoyo la espalda en ella, intentando que mi cuerpo y mi mente se coordinen e intenten bajar juntos la intensidad de esta vorágine de sentimientos negativos que me rebasa... Un odio irracional amenaza con vencerme y no tengo control sobre ello... Necesito moverme hasta mi mesa, y la corta distancia hasta ella me parece todo un reto, pero lo hago.

Paseo la vista desde los grandes ventanales, helados por la fuerte nevada que ha comenzado a caer hace apenas pocos minutos, hasta la superficie de mi mesa de trabajo. Me percató de cómo la luz roja del botón de mensajes personales del teléfono parpadea, anunciándome que hay grabados tres. Mi instinto traicionero me hace querer escuchar...

El primero se dejó a la una y cuarto de este mediodía:

—*Mi cielo, saldremos al mercado natural, no te preocupes, nos abrigaremos bien y...*

Lo interrumpo, impaciente, quiero escuchar el resto, ¡aunque... la vena aorta se me abra en dos de tantas pulsaciones seguidas!

Doy paso al segundo mensaje, cuya voz automática me dice que es de poco antes de las cinco de la tarde:

—*Amor, ya hemos llegado a casa. Quería que lo supieras, ya que el clima estará complicado más tarde; no deseo que te angusties. Estamos bien, quiero que...*

Oprimo más fuerte que la primera vez la tecla del buzón y la dejo pulsada unos segundos, cortando las palabras grabadas... La respiración se me sigue acelerando. A este paso me doy cuenta de que mi masoquismo alcanza los más absurdos niveles posibles porque no quiero dejar de escuchar hasta el final...

Y, estúpidamente, le doy paso al tercer mensaje, que me dejó casi una hora después:

—*Mi vida, estoy preocupada, nunca pasas tanto tiempo sin hablarnos... ¿Todo está bien...? Espero que sí, llámame en cuanto puedas, y recuerda que te amo y extraño tus...*

Escucho como un eco lejano el ruido del equipo telefónico al saltar en pedazos contra la pared, junto a varios objetos... El escozor de mi mano al apoyarla encima de la frialdad de la superficie de mármol y el ardor que me deja en la garganta, más el gutural grito obsceno que suelto, me hacen darme cuenta de que perdí totalmente el control al escuchar esas últimas frases de... ¿amor?... ¡Soy un verdadero imbécil!, me digo con rabia viendo la destrucción que en segundos he causado a mi alrededor, y un hueco profundo en el estómago me aniquila, haciéndome buscar oxígeno con desesperación. Oigo que la puerta se abre, giro levemente el rostro y veo a mi secretaria entrar azorada...

—¿Señor...? ¡¿Está usted bien...?! ¡¿Qué ha sucedido?! ¡

La observo por el rabillo del ojo, sin virarme de mi posición inclinada, con las dos manos sobre la mesa, como si se me hubieran quedado pegadas allí, y me pregunto con rabia: ¡¿qué carajos hace aquí todavía?! ¡

—No... sucede nada, Mónica. —La miro esperando que decida irse, evitando que descargue con ella al demonio que por dentro me acosa para que lo deje libre.

—Espéreme, traigo de inmediato algo con que...

—¡Mónica!

Sé que la he gritado, su estremecimiento me lo reprocha, y soy tan hijo de puta que no me arrepiento de haberlo hecho. Es que, la verdad, hoy... ¡al mundo se lo puede tragar un hoyo negro que con gusto me dejaría arrastra con él...!

¡NO!, me reclamo enseguida, ya que un rostro angelical y adorado viene a mi memoria; y entonces, como por arte de magia, siento un desvanecimiento corporal que me hace tomar asiento y frotarme el rostro...

—Gracias, puede retirarse... Yo me encargaré de todo aquí, no se preocupe... —Me obligo a hablar lo más calmado que puedo.

Ella me mira por pocos segundos y asiente lentamente, en sus ojos soy capaz de ver que comprende cuán necesario es que me deje solo, e intento con la mirada agradecerse.

—Buenas noches, señor —me desea tras mirar disimuladamente su reloj de muñeca, provocándome con esto a levantar la vista del destrozo del suelo hasta los cristales de la ventana, donde con nostalgia veo que la caída de la nieve se ha vuelto lenta y ya comienzan a resplandecer las luces del Kremlin a lo lejos.

Sigo sus movimientos cuando recoge los pedazos del teléfono al pasar cerca de ellos, ni siquiera se atreve a mirarme de nuevo a la cara, y vuelvo a agradecerle su discreción. Creo que, paranoicamente, cuento los pasos que da hacia la puerta. Necesito quedarme solo tanto como respirar, al ver que por fin la abre para marcharse me viro de espaldas, pero...

—Lo olvidaba, señor... Su esposa llamó varias veces... —se detiene y sus palabras me hace apretar la mandíbula tan fuerte que siento traquear mi dentadura y contraerse la piel de mi rostro.

—Gracias... —contesto aún de espaldas a ella—. Si vuelve a llamar y usted no se ha ido, por favor, no le diga que estoy aquí.

Sé que mis palabras son una evidencia absoluta para que mi secretaria comience a sacar posibles hipótesis de lo sucedido, pero lo prefiero así a tener que arriesgarme a que ella no esté sobre aviso y me pase esa llamada que no estoy ni listo ni dispuesto a enfrentar todavía.

—Como usted diga... y ahora sí, pase buenas noches y cuídese al regresar a casa, está difícil salir con este clima...

Hoy soy un cabrón descortés y lo admito, ni siquiera me despido y finalmente expulso el aire retenido cuando escucho cerrarse la puerta detrás de mí. Me cuesta reponerme... Aparto con el pie algunos trozos de las figuras que hasta hace un rato adornaban mi escritorio y avanzo hasta el enorme ventanal que durante casi seis años me ha permitido disfrutar de la mejor vista de la capital soviética. Justo antes de llegar a la pequeña área que funciona como sala de descanso, cerca de esta, tropiezo con aquel portarretrato, ahora roto, que ha sido el orgullo y la mayor compañía de cada uno de mis días aquí...

Quito el marco de madera partido en dos, saco la foto debajo del cristal quebrado y soplo un poco para limpiar cualquier esquirla de vidrio. Los dos rostros que me miran sonrientes me paralizan... Mis ojos se pierden de uno al

otro, y la belleza de ambos hace que una lágrima traicionera se escape de mi mejilla, pero la seco bruscamente y con ese gesto decido lo que tengo que hacer...

Consulto el reloj, me aseguro de que pasa de la una de la madrugada en La Habana y caigo en la cuenta, a la vez, de que el único medio de comunicación de mi oficina acabo de destruirlo... No me quedará más opción que ir hasta la sala de juntas y utilizar el teléfono de allí.

Me acerco al escritorio que tengo a mi derecha y en uno de sus cajones guardo la fotografía... Necesito lavar mi rostro, aún los calores de tantas intensas emociones me hacen arder los ojos, eso o... las lágrimas, que han estado peleándose con mi orgullo herido y las cuales no estoy dispuesto a dejar en libertad. Camino hasta el baño y enciendo la luz, delante del lavamanos me regalo unos segundos para mirarme al espejo y lo que veo no me gusta...

¡No voy a autocompadecerme! ¡No ahora...!

Con rapidez lavo mi cara y el agua fresca calma el ardor en ella. No quiero perder tiempo, así que después de secarme y cambiarme la camisa, por una de las que siempre tengo listas para algún evento imprevisto, voy directo a la sala.

Al salir escucho algunas voces lejanas provenientes del ala norte del pasillo, y supongo que son los pocos trabajadores de estadísticas que comienzan a marcharse, entonces me apresuro más hasta que entro y me encierro en mi lugar de destino.

Continúo con el temblor molesto en las manos y ese hormigueo por todo el cuerpo que en ocasiones me aturde y no me deja coordinar las ideas... Desde que... ¡No! ¡No voy a recordarlo de nuevo! ¡Al menos no por hoy! Me acerco al teléfono y sin pensarlo más marco el número directo de salida internacional y espero que atienda mi llamada...

—Soy yo... Sé que es tarde, pero necesitaba hablarte... —Su voz no está del todo adormilada, noto un tono de embriaguez en ella, y no me sorprende—. Hice lo que me dijiste y... —interviene y logra atentar contra mi endeble control—. ¡Maldita sea, sí! ¡Tenías razón, he sido un completo idiota! ¡¿Satisfecho?!

Escucharlo hablar, con la prepotencia y superioridad que lo caracteriza, me produce deseos de mandarlo todo a la mierda; pero desgraciadamente es la única persona que puede ayudarme a lograr lo que tengo decidido hacer.

—¡Basta ya...! ¡No necesito que te regodees con esto! Es urgente que hable con el ministro, y para eso tú... —Esta vez sus palabras me hacen apretar el auricular con fuerza—. ¡¿Qué jodida cosa dices?! ¡Eso es imposible y jamás lo dudaría, yo soy...! —Sus supuestas y aberrantes conclusiones interrumpen mis palabras y, lo que es peor, carcomen mi alma abriéndole un cráter de dudas, miedos y desconfianzas...

—¡Basta! ¡Dije basta! —Corto la llamada con aquellas últimas frases lacerándome y aniquilando las pocas fuerzas que me quedan—. ¡No! ¡Eso no es posible! ¡Me mataría si es cierto!

La desesperación se adueña de mí y camino con las manos entrelazadas encima de mi cabeza, intentando aminorar la ansiedad que desborda mis sentidos el tener martilleando en mi mente las palabras que acabo de escuchar. Necesito del vodka, que a poca distancia tengo delante de mí en el mini bar, y me sirvo un trago doble que al pasar por mi garganta la quema... ¡No es suficiente! ¡Que esta bebida del diablo termine de arrancar mis entrañas de una puta vez! Agarro la botella y me sirvo uno tras otro como si de agua mineral se tratara, hasta que el aturdimiento comienza a llevarme entre laxos de vértigo por más de... ¿dos, tres horas? ¡¿Qué más da?!

Los deseos de gritar hasta quedar sin juicio siguen latentes empujándome a un abismo de dolor. Como un vídeo de archivos grabados, de los tantos que he tenido que analizar como parte de mi trabajo, pasan las escenas y los momentos vividos los últimos seis años. Desde el día que en aquella universidad creyera encontrarme con el futuro perfecto, con mi destino, hasta el momento cruel que hace unas horas viví y que ha terminado con cada una de mis ilusiones y esperanzas... Risas, juramentos, escenas de pasión y aquel minuto en el que fui el hombre más feliz del mundo, se unen en mis recuerdos y lentamente me van atando un nudo fuerte en mi pecho... ¡No aguanto más! Me lanzó a por el teléfono nuevamente...

—¿Serguei?... Necesito que localices a mi chófer y le digas que pase a por mí... —Escucho sin mucha paciencia alguna de sus explicaciones, reconozco que mi voz no puede ocultar su tono ebrio y no me importa—. ¡Lo sé! Esta tarde le dije que podía tenerla libre, pero ahora lo necesito... Explícale, por favor, que no me siento en condiciones de conducir. —Y soy sincero diciéndolo...

—Muy bien... Avísame entonces —termino la llamada dejando en el aire sus últimas palabras.

Con la botella vacía en la mano, después de beberme la última gota de licor en ella, doy unos pasos hacia la ventana que, presumida, me muestra el paisaje invernal matizado con las luces de la ciudad, haciendo gala de lo que podría haber sido una noche perfecta. Sí... ¡Podría haber sido perfecta!

Pensarlo me desploma sin poder evitarlo, dejo caer el frasco redondeado de vidrio sobre la impoluta alfombra persa, que evita que se haga pedazos, y recargo mi cuerpo en la pared transparente que si pudiera me hablaría de mi pésima y destruida imagen personal... Las piernas tiran la toalla como si estuvieran en un ring de boxeo y, en mitad del cuadrilátero, acabarían de darme el golpe de gracia...

Me dejo caer al suelo sintiéndome herido, acabado y el más miserable de los hombres. Y justo en ese momento... no puedo aguantar más, los sollozos me ahogan y salen mordiéndome el alma, dejándome tan solo un minúsculo resuello para preguntarme desesperado...

—¿Por qué, maldita sea?! ¿Por qué?!

2

Perdido

¡Me siento el hombre más feliz del puto universo! Recojo del suelo mis pantalones, comienzo a ponérmelos sin prisa mientras observo detenidamente su cabello extendido sobre la almohada, y mis ojos se clavan posesivos en los carnosos labios entrecerrados, que hasta hace pocas horas danzaban junto a los míos y torturaban sin piedad mi lengua...

¡Hasta dormida consigue que me estremezca y necesite más oxígeno del humanamente necesario!

No quisiera dejarla... En momentos como estos odio mi trabajo, aborrezco quién soy y todo lo que mi cargo diplomático encierra... ¡Eso...! Me sonrío con lujuria al pensar en esa palabra, descubriendo que todos sus sinónimos me gustaría relacionarlos juntos y a solas con mi mujer...

¡Encerrarla y encerrarme!

¡Escondernos y perdernos!

¡Resguardarla entre mis brazos para que ni el aire se atreva a rozarla...!

¡Mierda!

¡¡Estoy enloqueciendo!!

Soy adicto a ella... A su piel aterciopelada y suave como el pétalo de una gardenia... Mirarla así... sabiéndola desnuda bajo esas sábanas y recordando la noche que hemos pasado, hace que mi compañero de pasiones se altere desesperado y abra una compuerta de deseo, queriendo reventar por la presión que ejerce... No puedo evitarlo, dejo caer la sudadera que estaba a punto de usar y me acerco lento como un lince hasta su lado...

Ver su hermosa pierna desnuda mostrándose ante mí me revuelve y acelera cada uno de mis sentidos, y es inevitable dejar de trazar con la yema de mis

dedos un recorrido de caricias desde su tobillo hasta la mitad de su muslo... La escucho ronronear como felina, tan sensualmente que mi premeditada seducción se vuelve en mi contra y me hace tragar con dificultad un nudo en mi garganta. Se ve tan serena... En ese instante, justo cuando había decidido dejarla descansar, cambia de posición en la cama hasta que su hermoso rostro, escondido anteriormente entre mechones de cabello y enredos de sábanas, queda completamente frente a mí para... ¡Hacer que me olvide hasta de mi nombre!

—Hola... —balbucea soñolienta, haciendo ese gesto hipnotizador de morderse un labio con el otro...

¡Esta mujer va a matarme!

—Hola, dormilona... —digo atontado, nervioso y... ¡enamorado como un idiota!

Su sonrisa tierna aparece inocente y perturbadora, a la vez, al escuchar mis palabras; estira su cuerpo haciéndome soltar una carcajada.

¿Cómo es posible que, sin abrir sus ojos, y tan solo con su voz, haga polvo mi control y termine provocándome este estremecimiento interior que me consume por la necesidad de reclamarla nuevamente?

«¡Cálmate, cabrón egoísta! ¡Fue una noche intensa!», me recrimino, recordando que no solo había sido agotadora, sino la más maravillosa de todas desde el bendito día que decidió pertenecerme...

¡Pertenecerme, sí! ¡Porque ella es mía, tanto como yo soy suyo!

—¿Cómo estás, preciosa? —le pregunto, intentando que no perciba las ganas que tengo de arrancarle toda esa tela que envuelve su cuerpo, para volver a estar sobre ella, como un animal sediento de cada gota de todos sus placeres y poder, así, calmar mi sed con sus besos, pero... ¡No lo logro! Esos ojillos azules achinándose con malicia y esa ceja altanera levantada me dice que no cree ni un ápice en mi supuesta ecuanimidad, y los dos reímos pícaros y cómplices.

—Estoy bien, ¿ya tienes que irte? ¿Tan pronto? —pregunta, incorporándose en la cama lentamente sin dejar de cubrirse. ¡Cómo me enternece su recato!

—Lo siento, mi cielo... Ojalá fuera posible quedarme más tiempo, pero tenemos reunión con el ministro de defensa, por favor... perdóname —termino suplicándole mientras me acerco más y me deleito acariciando su mejilla...

—Entiendo, no te preocupes, además... —Alcanza mi mano y la entrelaza entre las suyas. Soy consciente de que lo hace para que le preste toda la atención posible, y así lo hago, pero inevitablemente aparece en mi estómago ese pinchazo anunciándome que no me gustará lo que va a decirme.

—¿Además...? —pregunto ansioso, viéndola parpadear nerviosa.

—Mi hermano vendrá a buscarme, es el cumpleaños de babushka^[1] y...

—¡No quiero que vayas sin mí! —Mis apresuradas palabras no se escuchan rudas, pero sí con una carga desesperada que la hace cerrar los ojos.

La cultura soviética es diferente, ni mejor ni peor, solo diferente; no me gusta el ambiente de su familia ortodoxa. Los amigos de su hermano, de sus primos, en fin... ¡No puedo lidiar con eso!

—Hablamos de esto, mi amor, por favor. —Se acerca y me da un suave beso en la cara, y al volver a mirarla me golpea su dulce paciencia conmigo, esa que a veces me libera de miles de fantasmas y, en otras ocasiones, agudiza mis miedos...

¡Sí! ¡Miedo...!

Terror a que un día su amor no alcance a soportar mis paranoias y mis inseguridades, y termine por desgastarse para declararse vencido.

—Lo sé, pero estarán esos conocidos de tu hermano y yo...

—Tú eres mi amor... ¡Y yo te amo! ¡A ti! Solo a ti... —me contesta segura, colocando sus manos a cada lado de mi rostro, intentando que con su afirmación desaparezca el pozo de celos que seguramente demuestro con mi actitud.

Me pierdo en sus ojos, y el brillo en ellos logra que ahuyente los pensamientos que tan arraigadamente cargo desde que tengo uso de razón...

—Y yo te adoro, mi diosa eslava... —Pego mi frente a la de ella... ¡Necesito tanto que me entienda!—. No puedo evitar este desasosiego vida mía... Mi alma y mi corazón son tus prisioneros desde el día que te conocí... No tengo control en ello y... ¡no me interesa tenerlo! Te necesito mía... ¡Saberte siempre mía!

Llega a mi mente como una ola delirante la imagen de la noche anterior... Sus caderas aprisionadas por mis manos... Sus besos y sus gemidos ardientes inutilizando mis sentidos mientras me enterraba en ella, encontrándome con el personal paraíso de mi existencia...

No puedo contenerme y la arrastro por la cintura para tenerla bajo mi piel... Se me escapan los besos hasta su cuello, su temblor me excita a límites casi insostenibles, y cuando soy capaz de razonar más de dos palabras le mendigo la liberación de este torrente de emociones que solo ella es capaz de aliviar...

—Te necesito ahora... —le susurro en su oído tras darle una mordida al lóbulo de su oreja—. No sé si abuso de ti, pero es más fuerte que yo, y más...

—Shsss... —Se aparta un poco y me cubre la boca con su mano. Sus ojos hablan, sonrían y gritan a la vez, envolviéndome en sus pupilas... Estas se vuelven magia, embrujo y seducción y yo...

Yo no necesito más voluntad que la que mi cuerpo, mi alma y mi corazón deciden regalarle a ella...

—¿Señor? ¿Embajador? Se quedó usted dormido... Ya llegamos, ¿se encuentra bien?

Su voz la escucho lejana y con eco, como si estuviéramos en algún lugar pequeño encerrados. Intento incorporarme, no sé a ciencia cierta cuánto tiempo he pasado tirado en la parte trasera del auto. Mis recuerdos divagan intranquilos, reviviendo en mi memoria las últimas dos horas desde que Serguei me avisó de que esperaban para traerme a casa. Un latigazo de dolor atraviesa mi sien derecha y recorre toda la parte lateral de mi cabeza, convirtiéndose en un verdadero infierno.

—¡Mierda!

—¿Puedo ayudarlo? Estamos frente a su residencia, disculpe la demora, pero las calles...

—¡Cállate, por favor! —respondo alterado por el martillear que sufre mi cráneo.

—Lo siento, señor.

—No te disculpes... Soy yo el que debería hacerlo, es que se me parte la cabeza del dolor —le digo con sinceridad, porque al abrir los ojos y ver con dificultad el crudo clima a través del cristal de la ventanilla, me doy cuenta de que es una verdadera proeza lo que ha hecho este hombre para traerme a casa.

—¿Qué hora es? —pregunto aturdido, sin dejar de masajear mis sienas e intentando buscar un punto de acupuntura sensible contra el desesperante dolor.

—Nueve y veintidós minutos de la mañana, señor. Hace más de...

—¡¿De la mañana, has dicho?!

—Sí, señor.

—Pero... —Me incorporo sorprendido y dejo a su libre albedrío el jodido dolor de cabeza—. Anoche eran mucho antes de las once cuando vi el reloj de la oficina, yo...

—Señor... —interviene, girándose un poco desde la parte delantera del auto para que pueda ver su rostro—. No sé si recuerda que me había dado la tarde y noche libres. —Asiento confirmándose—. Serguei me llamó diciendo que usted me necesitaba urgentemente, pero la tormenta empeoró cerca de la medianoche y solo logré llegar a la embajada al amanecer. Usted estaba en la sala de juntas un poco... indispuerto —expresa discreto—. Entre Serguei y yo lo ayudamos a llegar al auto y, bueno... El trayecto hasta aquí debió ser de menos de una hora, pero se convirtió en más de dos por los embotellamientos y las calles sin limpiar aún.

—Entiendo, y lo siento... —admito avergonzado, imaginando el estado deplorable en el que me encontrarían, o mejor, en el que me encuentro después

de casi dos botellas de vodka—. Gracias... —Me inclino y le pongo la mano en el hombro cuando él vuelve a su posición, viéndolo observarme por el espejo retrovisor esta vez.

—Para servirle, señor.

—Puedes irte a casa, no creo que después de esta tormenta la embajada entre en funciones hoy; pero de no ser así, me comunicaré para que envíen algún personal a por mí. Tú ya hiciste suficiente...

—Gracias, señor, pero no deje de hacerlo, la situación del país es cada vez más tensa. Se habla de cambios que pueden ocurrir en el tercer Congreso de Diputados del Pueblo. Además de los rumores de un nuevo tratado clandestino, lo llaman el tratado de Belavezha. Dicen, incluso, de la existencia de cédulas clandestinas en Varsovia y de medidas arbitrarias a tomar por Gorbachov.

—Hemos estado recibiendo información acerca de todo eso, Nicola, y sí, cada día las cosas se complican más. No te preocupes y ten cuidado al volver a casa...

Diciéndole esto, comienzo a abotonarme la solapa cruzada del grueso abrigo de piel y busco los guantes en mi bolsillo, para disponerme finalmente a salir del auto antes de que comience a nevar de nuevo y nos quedemos atascados.

Golpeo, leve, el hombro de Nicola cuando me percato de su gesto, queriendo salir para abrirme la puerta.

—No es necesario.

—¿Seguro, señor?

—Seguro, estoy bien. Nada que un par de aspirinas no pueda resolver. Gracias por todo, Nicola.

No espero más y salgo afuera tras ponerme mi gorro *shapka*. Por una única, y primera vez en este congelante país, agradezco su gélido invierno. El penetrante frío de casi menos quince grados puede ser torturante la mayoría del tiempo, pero en esta ocasión me resulta refrescante para la burda resaca que cargo.

Apresuro mis pasos lo más rápido que me permiten los trozos de la placa de hielo que, aparentemente, la intendencia del edificio ha salido a romper para facilitar la entrada.

Llego sin mayor dificultad y las puertas de cristales, aún heladas, se abren delante de mí, dándome paso al vestíbulo del condominio donde resido. Observo los alrededores, el lugar siempre se mantiene impecable, aunque afuera esté sucediendo un apocalipsis invernal. Es el gran beneficio de vivir en esta zona. Sí, es sin duda lo bueno de vivir en Kitay-Górod, cerca de La Plaza Roja. Escucho a mi espalda unos pasos acercándose y me volteo mientras intento deshacerme del *shapka*.

—Buenos días, señor —me intercepta el administrador del edificio.

—Buenos días... Humm...

—Vladimir, señor. Mi nombre es Vladimir Petrov.

—Cierto, disculpa mi lapsus, Vladimir. —Asiento, intentando un gesto de disculpa por no recordar su nombre. Ha sido amable en varias ocasiones y reconozco que este hombre, de unos cincuenta años, es extremadamente correcto siempre.

—Buena ventisca hemos tenido anoche, y más de nueve pulgadas de nieve —me comenta.

—Sí, ha sido una intensa tormenta la de anoche

—Pero los quitanieves han pasado temprano, señor. ¡Por cierto...! Menudo susto, pero su esposa está mejor, menos mal que no fue nada...

—¿Mi esposa ha dicho?! ¿Qué le sucedió a mi esposa?!

3

Amarte...

Se me huela la sangre en fracción de segundos y el corazón se acelera como si una descarga eléctrica estuviese pasando por este.

—Nada serio, señor, discúlpeme... —Y lo veo comportarse nervioso al comprobar que habló de más—. Pensé que ya sabía lo de la caída de esta mañana y por eso usted ha venido hoy tan temprano, creí que cuando ella...

No lo dejo terminar de hablar y corro a los ascensores. Detrás de mí sus palabras quieren explicar que todo está bien, pero se pierden y se quedan inconclusas. Me arranco los guantes porque siento sudadas las manos, y creo que el estar subiendo en el elevador comienza a ocasionarme claustrofobia... ¡Hasta el abrigo comienza a pesarme en el cuerpo como una tonelada!

Cuento los números ascendiendo en la pantalla, en silencio. Cuando las puertas se abren en el piso catorce salgo como alma que lleva el diablo por el largo pasillo donde sé que al final encontraré la entrada a mi paraíso o... ¿ya no lo es? Sacudo la cabeza alejando ese pensamiento...

Disminuyo el apremio de mis pasos y, sin poder evitarlo, llego casi por inercia delante de la puerta color ámbar con el número 14 B escrito en ella con letras metálicas. Para entonces, mi corazón es un verdadero huracán pugnando batalla con un remolino de sentimientos encontrados que pelean su peor guerra. Tomo aire con fuerza antes de sacar la llave y embocarla en la cerradura; finalmente entro, cargando conmigo un alud de incertidumbre, de miedos y anhelos a los que no sé definir ni encontrar respuestas coherentes para ellos...

Vuelvo a inspirar con fuerza, tengo que serenarme antes de encararla. He pasado la noche fuera y eso... ¡¿Qué excusa tengo?!

El salón está en penumbras y solo la fría claridad del naciente día cueca sus

rayos atrevidamente por los espacios entreabiertos de las cortinas de damasco color beige, que no han sido separadas del todo.

Dejo las llaves encima de la semicircular mesa que se apoya en la pared, a un lado de la puerta de entrada. Miro con nostalgia los tulipanes blancos en el jarrón de cristal que lo adornan y que se reflejan en el ovalado espejo que cuelga detrás de ellos.

«Sí, los recibí», pienso, y el pecho se oprime nuevamente al recordar el momento en el que los envié ilusionado, y lo que sucedió después.

Me deshago de toda la pesada indumentaria y confirmo mentalmente que jamás podré acostumbrarme a ella. Lo último que dejo caer sobre el sillón de un impoluto color marfil, y regalo de bodas del ministro de relaciones exteriores ruso, es la chaqueta de mi traje.

Voy a la chimenea y froto mis manos entrándolas en calor, para luego encaminarme por el pasillo siguiendo los sonidos que este me va regalando según lo atravieso.

La primera habitación a mi derecha es el estudio, y está abierta, pero con las luces apagadas. Algunos objetos coloridos regados por la alfombra, y que percibo gracias a la claridad que entra por la ventana, me provocan una sonrisa que apacigua mágicamente cada uno de mis martirizantes conflictos internos y bautizan mi alma de ternura.

Cierro la puerta de este, procurando no hacer ruido. Mis pasos hasta el final del corredor, traicioneramente, me llevan hasta el cuarto de baño, donde escucho el agua correr. Según me acerco, el olor a esencia de lirios provenientes de allí acelera mi pulso. La puerta está entornada, dejando escapar las nubes de vapor, que danzan al chocar con el ambiente de fuera.

Soy incapaz de controlar el temblor de mi mano al impulsar la puerta, y menos aún mi pulso acelerado por la imagen que tengo a poca distancia. La silueta desnuda detrás de la pared transparente de la tina me desarma en pedazos por dentro...

«¡Qué mierda voy a hacer ahora, si sé que no soy nadie si no te tengo a mi lado!».

Doy dos pasos dentro del amplio cuarto de baño; a propósito, tiro del cierre de la puerta para que escuche que ya no está sola...

—Mi amor, ¿estás ahí?

No contesto. Ese... *mi amor* ha llegado a labrar mis entrañas, y la bestia dormida, y embriagada desde la noche anterior, comienza a removerse para querer despertar... Necesito tomar aire... Ahora más que nunca debo mantener el control o perderé todo para siempre y eso...

¡Eso ni siquiera es una mínima opción!

—Por supuesto que soy yo, o... ¿acaso alguien más puede llegar hasta aquí mientras te duchas...?

Irónico, arisco y cabrón... ¡Lo sé! ¡Y lo peor es que no me importa escucharme así!

La puerta acrílica de la ducha se desliza y es cuando... ¡Caigo en el maldito precipicio que me merezco!

—Por supuesto que nadie puede ni podrá nunca llegar hasta donde llegas tú aquí, mi cielo... —me contesta risueña, exhibiéndome su perfecta desnudez, sus caderas bien definidas y su piel sonrosada por el agua tibia, que parece desfilar atrevida por todo su cuerpo haciéndome su esclavo...

A eso le agrega esa voz de ninfa y ese acento sensual y natural que tiene al hablarme en español, y que me enciende las venas nuevamente; y esta vez no puedo culpar al licor, sino a ella... A su cabello color miel, mojado, como cortina cubriendo sus pechos y llegando justo a rozar ese triángulo que me hace perder la razón... La miro a los ojos...

¡Están tan azules y brillantes...!

Intento pedirle al universo que me haga ver en ellos alguna señal que limpie de tanto lodo y rencor mi alma, pero... ¡no la encuentro!

La recorro con la mirada como un animal herido y cada milímetro de ese venerado cuerpo me hace perder los estribos, la cordura y hasta el sentido común para aceptar que ya nada volverá a ser como antes. Cuando bajo los ojos me horroriza ver el hematoma que se está formando justo en medio de su muslo y que parece una oscura roseta gigante profanándola.

—¡¿Qué sucedió?! —En dos zancadas estoy junto a ella y al agarrarla por su desnuda y húmeda cintura mis manos se sienten como brasas que han caído a un océano helado—. ¡¿Alguien te hizo daño?! ¡¿Alguien entró aquí?! ¡Por favor, dime!

—Armando, mi vida...

—¡Necesito saber que pasó, Ivanna!

—Déjame explicarte, mi amor, solo yo...

—¡¿Explicar qué?! ¡Tienes un golpe que te está cubriendo casi todo el muslo!

No puedo razonar, solo puedo ver fijamente aquella mancha espantosa que a cada segundo, según su piel se entibia por el calor de la toalla que ella misma ha alcanzado del borde de la bañera, va cambiando de color y tornándose más oscura y vetada.

—¡Es un golpe horrible! ¡¿No piensas decirme qué sucedió?!

—Si te tranquilizas, podré explicártelo.

Respiro hondo, vuelve a cobijar mi rostro entre sus manos, la rabia que

siento ahora se duplica por mil, y una hipótesis comienza a maquinarse en mi mente.

—No ha sido nada serio; mi madre estuvo aquí, me ayudó hoy con lo del jardín de infantes y bajamos juntas al recibidor... —Cierro los ojos y ella me da un pequeño apretón en la barbilla para que la mire—. Un resbalón al ir al buzón a por la correspondencia, la ventisca dejó entrar copos de nieve hasta el salón mientras todos entraban y salían, y, obviamente, estos se fueron convirtiendo en pequeños charcos de agua.

»Con la nevada, el emisario de correos no la trajo a los buzones personales, dejó dicho que no tenía tiempo, que el vehículo podía quedársele atrapado en la nieve si se demoraba. Así que todos hemos tenido que bajar al buzón central del vestíbulo a por las misivas. ¿Más tranquilo ahora?

La dejo acariciar mi rostro, no quiero responder esa pregunta... ¿Más tranquilo? ¡¿Cómo diablos estarlo?!

La atraigo contra mi pecho, me niego a pensar, no quiero aceptar realidad alguna que pueda apartarme de ella...

¡¿Y si yo estuviera equivocado?! ¡Me he convertido en un débil, él tiene razón...! ¡Soy un fracaso como hombre!

—¿La tormenta te impidió nuevamente llegar anoche, mi cielo? —la escucho preguntarme mientras seguimos inmóviles, y solo afirmo con un movimiento de cabeza antes de hablar.

—Sí, le había dado la tarde libre al chófer, no pudo regresar luego a por mí. Así que, hasta después de amanecer no me fue posible salir de la embajada.

—Pero la nevada comenzó a caer tarde, pensé que vendrías a casa al terminar la junta diplomática... Eso me dijiste la última vez que hablamos; e incluso a mí me dio tiempo de ir al mercado y, por cierto, vi allí a...

—¡¿Me estás acaso cuestionando lo que te he dicho?! —Me deshago de su abrazo sin soltar sus antebrazos. Con alevosía y ventaja, pues soy tan perverso que le hablo con dureza para impresionarla con mi actitud, pero... no me conformo solo con eso—. ¡¿Es que estás dudando de lo que te digo?!

—¡Claro que no! Solo es que...

—Dime algo, Ivanna... —la interrumpo—. ¡¿Me crees capaz de engañarte?! ¡¿O acaso lo harías tú?!

—¡Armando!

La veo mirarme azorada, en sus ojos se cristaliza la sorpresa unida a la... ¿rabia? Me convierto en un maldito psicoanalista de expresiones corporales en un segundo, al punto de querer entrar en sus pensamientos y grabarlos uno a uno, como un mantra en el que cobijarme cuando me acechen los fantasmas del pasado.

—¡Suéltame! —Lucha por zafarse de mis brazos, que la encierran entre ellos.

—¡No! ¡Dime por qué te ofendes! ¡Es solo una puñetera pregunta!

—¿Por qué me ofendo?! ¡¿En serio te atreves a preguntarme eso?! —me reclama con fuerza—. ¡Me ofendo porque pensé que habíamos superado durante estos seis largos años esta etapa de desconfianza! ¡Me ofendo porque veo que no te importa herirme! —me grita en la cara su reproche, empujándome con sus dos manos por el pecho para que me aleje de ella, y ese solo gesto que hace... me paraliza.

»¡Basta, Armando! ¡Te advertí que no pasaría por lo mismo de hace cuatro años! Ya no importamos solo nosotros... ¡Y lo sabes! Si piensas que no podrás canalizar todo eso que tanto daño nos hace... ¡Dímelo! Y te juro que aunque un pedazo de mi vida se quede muerta a tu lado, estoy dispuesta a...

—¡No lo digas! ¡Maldita sea! ¡No construyas palabras alrededor de eso que piensas, porque es algo que nunca permitiré que suceda!

El silencio nos envuelve y solo se escuchan nuestras alteradas respiraciones intentando mermar la ansiedad que esta discusión nos provoca...

«*¡Es sincera! ¡Te dice la verdad!*», me aconseja mi conciencia, dando gritos desesperados en mi interior. Froto mi rostro con las manos, extendiendo el gesto por toda mi cabeza hasta dejarlas cruzadas detrás de la nuca. Ella mantiene baja la mirada mientras con sus manos sujeta fuerte la toalla, que cubre su cuerpo desnudo. Hace con esta un bulto apretado de una de las esquinas, como si quisiera dejar ahí encerrada su frustración, y sigue sin atreverse a mirarme. Pero cuando finalmente lo hace... logra que se me desgarre de dolor el pecho, como si de una brutal puñalada se tratara al ver su hermoso rostro bañado en llanto...

—No llores, por favor... ¡No llores! —termino implorándole.

Esas lágrimas borran de mi mente cualquier cruel análisis. Solo quiero hacer desaparecer su dolor, lo sé, me lo repito odiándome a mí mismo...

¡Soy el culpable de esto!

La atraigo hacia mí, impulsado por el desquiciado anhelo que siento por ella. Sus sollozos me laceran el alma y solo pienso en lograr que desaparezcan. Nuestras miradas se cruzan y al verla querer decir algo no se lo permito, y sin poder contenerme más la beso como un loco. No quiero que hable, no quiero que diga nada, necesito olvidar y arrancarme con el placer de sus caricias esta duda, esta angustia que lleva horas quitándome la paz y robándome la dicha que creía asegurada...

Busco su rostro como un poseso, y aunque siento que quiere resistirse, va cediendo a cada uno de mis besos. Quiero hacerlo, pero no puedo ofrecerle una disculpa porque la duda y el recelo alzan sus banderas de poder advirtiéndome

que no cederán...

¡Algo debo decir...! ¡Maldita sea!

Pero soy un cabrón roto y dañado que solo es capaz de pedirle... ¡No!
¡Exigirle!

—¡No dejes de amarme nunca! ¡Jura que no lo harás!

—Yo... —intenta hablarme.

—Tú... ¿qué? —insisto sin dejar de besarle su cuello.

—Yo... no sé si podría, solo sé... que... necesitamos...

—No digas nada, te lo suplico. Solo... ¡Permitámonos amarnos...!

Sus nuevas lágrimas mojan mi rostro y me hacen atrapar sus labios. Los saboreo entre los míos y mordisqueo sus comisuras mientras mis instintos necesitan más, y toda mi testosterona se acumula como lava volcánica exigiendo ser liberada.

Deslizo una de mis manos por su espalda y con la otra arranco de un tirón la insulsa toalla, que ha estado interponiéndose entre nosotros. Sus pechos rebosantes piden mis labios en ellos... ¿Y yo? ¡Yo soy un sumiso complaciéndolos! Sentirla estremecerse y dejar caer hacia atrás su cabeza me libera millones de endorfinas orgullosas que defienden su derecho a expresarse, tentándome atrevidas y seguras a despojarme de mi ropa y... ¡lo hago!

En cuestión de segundos estamos los dos dentro de la ducha, piel con piel, alma con alma, y la certeza de que la única manera para sobrevivir a todo es perteneciéndonos.

Abro el grifo un poco y una lluvia de agua tibia nos acaricia el cuerpo...

La pongo de frente a la pared y me bebo a besos su espalda hasta llegar a sus glúteos. Sus manos temblorosas resbalan por los azulejos, desfallecidas, y con una de las mías se las vuelvo a levantar e intento sujetárselas.

—No, reina mía... No te desvanzcas... Esto es tan solo el principio... —le digo al oído con la voz entrecortada por el terrible esfuerzo que estoy haciendo para no comportarme como el energúmeno que, muy impaciente, habita en mí.

Intento concentrarme en el placer y en todas las sensaciones de satisfacción sexual que quiero provocarle porque... ¡nada más importa en este momento...!

Sigo besándola, mordisqueándola y torturando su libido al límite máximo de su pudor... Arquea su cuerpo más hacia mi pecho, el provocador movimiento de su trasero convulsiona mi masculinidad al punto de hacerme apretar los dientes y apoyar mis labios sobre su hombro, definitivamente me siento el cazador cazado...

—¡Eres mi diosa y mi hechicera a la vez! —le confieso mientras la disfruto, y la intuyo sonreír.

Toma mi mano y la lleva adelante, justo al lugar que se ha convertido en mi

atesorada gloria... Mis dedos se pierden en él, lo acarician, se regodean como los jodidos dueños de cada carnosos y suave pliegue, y como expertos saben diferenciar su humedad de la del agua que, lenta y silenciosa, continúa bañándonos...

Sus gemidos van a enloquecerme y cuando los músculos de su abdomen bajo comienzan a tensarse, le doy la vuelta frente a mí y devoro su boca con una exasperación que me asusta...

—Te... deseo... más incluso que vivir... ¡Te deseo, mi esclava...!

Le repito intentando no detener mis besos que roban el aliento de su boca, ni mis dedos que se deslizan hambrientos por su intimidad...

—También... te deseo... ¡Ahora!

Esta última palabra de ella se ha oído como un lujurioso graznido que... enciende en un segundo mis entrañas, dejando escapar cualquier atisbo de cordura. ¡No me contengo más! La levanto y ella envuelve mi cuerpo con sus piernas... Con cuidado la llevo al muro de la mini sauna de la bañera...

«¡Bendito diseñador ruso que hizo este puñetero baño!».

Y mi sarcasmo interior da brincos con ese pensamiento mientras la acomodo justo donde quiero tenerla: ¡Tatuada a mi cuerpo!

—Te amo... te amo...

La escucho decirme en voz baja, y mis miedos van cayendo como disfraces falsos de maniqués... Los latidos de sus íntimos y tibios nervios sonsacan desesperados a su cómplice, invitándolo a consumir una deseada unión... ¡Pero yo soy el que manda! Me deleito más con el roce suave de ellos hasta que mis fuerzas flaquean y entro en ella sintiéndome su dueño absoluto...

¡Gruño como animal en celo copulando con su hembra! Me regocijo de sus gemidos de placer, ese placer que solo yo le provoco, y mi instinto de pertenencia inconscientemente la aprieta más a mi cuerpo...

Contengo la respiración y me dispongo a recibir el clímax al que sé que llegaremos en cualquier momento...

Retraso el mío... quiero sentirme vivo a la misma vez que ella y...

Su estremecimiento me dice que ha llegado ese momento y apresuro mi ansiedad, busco más profundidad, más pasión, más piel hasta que...

Siento la tibieza de su esencia mezclándose con la mía mientras nuestros cuerpos jadean hasta por los poros que, estremecidos, piden tregua...

Los dos buscamos recuperar el aliento, mis piernas tiemblan e intento estabilizarlas para no dañarla a ella, reconozco que esta posición ha sido la más atrevida de todas...

—¿Estás...bien..., cariño?

Le pregunto sintiendo aún su respiración en mi cuello, donde su rostro ha

hecho su refugio...

—Feliz... —contesta, y sonrío.

Salgo con cuidado de su bendito interior y parece una suave muñeca sin fuerza entre mis brazos... La ternura me domina y poco a poco busco su rostro y... sus ojos... Esos que saben hablarme...

—Te amo... —me dice.

—Te adoro... —le respondo.

Pero en su mirada hay nubes de temor, de dudas o... ¿de remordimientos...?

¡No! ¡Ella me ama! ¡No es posible!

Lucho contra las imágenes del día anterior, las aborrezco en mi mente, a ver si se diluyen como pesadillas del pasado; pero... aquella risa, aquella mano sobre esta misma que tengo entre las mías ahora, despiertan los mil demonios que se empeñan en desgraciar mi vida, haciendo aparecer una sensación de pérdida que me lanza al barranco de mi locura...

Suelto sus brazos y doy dos pasos hacia atrás bajo su mirada desconcertada...

—¿Está todo bien, mi amor?

Y ese... *mi amor* vuelve a convertirse en la sentencia a cumplir por mi desconfiado y cruel verdugo...

4

Solo mía

Sus ojos me analizan, interrogantes y sorprendidos. Sé que se está haciendo mil preguntas en cuanto a mi actitud, mientras que en todo mi ser se riega como pólvora una rebelión de sentimientos. Ignoro qué decir, cómo justificarme... «*Debo controlarme, es necesario para lograr que todo salga como espero*», me repito en un intento de convencerme, ya que no es conveniente ni sensato sacar a la luz la razón que consume lentamente mis entrañas. Me paso por el cabello húmedo las manos y necesito bajar la vista al suelo, rogando para que la poca ecuanimidad que intento resguardar como una barrera protectora no me abandone.

—Mi amor... ¿Te sucede algo?

Tras su pregunta se acerca un poco y su tibia caricia en mi mejilla descontrola mis sentidos. Es sinceramente admirable ver que por ningún motivo pierde su bella y orgullosa personalidad. «*¡Estoy jodido, mi Dios!*», me reafirmo, al constatar cómo el inicio de todo siempre es ella, y el final... Bueno, el final siempre es amarla, ¡aunque me quemé en mi propio infierno personal!

—No... No sucede nada... ¿Qué podría suceder?

Quiero traspasar con mi mirada cualquier rincón secreto de sus pensamientos, pero lo único que logro es que respire con fuerza, intentando buscar... ¿paciencia? ¡Joder! ¡Esa es la que tengo que encontrar yo para no terminar por hacer algo que atente contra cualquier decoro!

—Está bien... Si tú lo dices, pretenderé creer que esa actitud defensiva y recelosa es tan solo una idea equivocada de mi parte... —Me observa unos segundos, esperando que le discuta sus palabras—. Bien, me cambiaré de ropa y prepararé algo para que almorcemos, ¿te parece?

Sonríe displicente, y yo solo asiento y me dedico a detallar con deleitada parsimonia cada uno de sus movimientos. Desde enrollar la toalla alrededor de su cuerpo hasta hacerse un descuidado recogido en medio de la cabeza con su larga cabellera. La veo acercarse finalmente a mí, nuevamente haciendo temblar mis labios al sentir el roce de los suyos. Se separa y mi corazón se agita cuando sus ojos se clavan como dagas en los míos, antes de salir del cuarto de baño. Estoy seguro de que, muy en el fondo de ellos, una vorágine de interrogantes pide la venia para salir a expresarse...

Dejo escapar el aire retenido al ver la puerta cerrarse tras ella, y por varios segundos creo vivir en un limbo, sin rumbo...

¡¿Qué demonios debo hacer?!

¡¿Enfrentarla?!

¡¿Exigirle respuestas por todo?!

¡¿Exponerle de una condenada vez en su cara cada una de mis dudas y el infierno que es sentir mi autoestima y amor heridos?!...

¡¿Decirle que me está matando en vida el dolor de la traición?!

¡No! Haciendo esto le daría una opción para confesarse y quizás incluso decidir, y... si su decisión fuera la de... ¡No! ¡Eso no! ¡Nunca lo permitiré!

¡Soy yo el que decide, y decido que ella es mía!

¡¡SO-LO MÍA!!

Calmo mi ansiedad entrelazando mis manos y apretándolas fuerte una con la otra. Mis recuerdos comienzan a danzar raudos, engrandeciendo una espiral de emociones difícil de detener. Traicionero, mi cuerpo me sigue enviando el sabor fresco y suave de su boca y cómo el arrullo de sus gemidos acariciaba mis debilidades más vulnerables. Son retazos de escenas magistralmente acomodadas, los momentos vividos minutos antes, hacen gala de su perfección y amenazan con volver a despertar a mi primitivo animal interior sin tregua ni piedad alguna.

Sacudo mi cabeza, acercándome al lavabo. Nuevamente busco en el agua el frescor necesario para cada uno de mis anhelos, procurando no seguir dando repaso en mi mente a los detalles pasionales que siempre son capaces de nublar mi juicio.

Al terminar de lavar mi rostro, doy una ojeada alrededor y logro encontrar el albornoz, doblado en la estantería a mi espalda. Tontamente sonrío al darme cuenta de algo... «¿En qué momento recogió toda la ropa que había dejado tirada en el suelo? Seguro que fue justo cuando me perdí en sus ojos, antes de dejarme hecho polvo...», me pregunto y contesto a la vez.

Salgo al corredor, los sonidos suaves de la melodía volga, junto al aroma del exquisito pollo al Kiev, me tienta a ir a su encuentro hasta la cocina. Sabiéndola

allí, preparando con esmero la receta de su madre, me llega la nostalgia de muchos momentos íntimos que se convierten en un mantra de deseo. Cada uno de sus movimientos puedo adivinarlos desde donde estoy y eso, muy en el fondo, me provoca una orgullosa sensación de pertenencia.

Me dirijo a la habitación con la creciente promesa de que, al menos por esta noche, intentaré mantener lejos al dolor y me dejaré llevar por la calidez de saber que todo aquello que tanto amo, sin duda, me pertenece...

Como siempre, encuentro todo impecable y en su lugar, desde mi ropa interior hasta mi conjunto deportivo favorito de lana, azul, y al que me he acostumbrado a hacerlo pasar como un cómodo pijama. Doy milagrosamente con la camiseta negra, esa que tanto odia ella por sus años y evidente desgaste, y a la que yo adoro por su suavidad marchita, pero gratamente confortable.

Después de vestirme, respiro profundo delante del espejo e intento con todas mis fuerzas dejar inundar mi interior con solo lo hermoso, genuino e importante que nos ha unido en los últimos seis años, al menos por el momento. Continúo sintiendo cómo los fantasmas de mis dudas se remueven, incómodos, cada vez que paso de ellos y no los dejo sublevarse; pero necesito darle una tregua a mis emociones o estas terminarán por aniquilarme.

Fijo mis ojos en mi mano y en la alianza, que ha dejado su huella circular en el dedo anular izquierdo; parece querer hablarme: «*¡No puede ser falso todo lo vivido...!*». Aliso mi cabello hacia atrás y uso un poco de loción, antes de salir a intentar tener una cena lo más tranquila posible. Al acercarme a la puerta, el timbre del teléfono interrumpe mis pasos y los hace volverse. Decido contestar desde la habitación, suponiendo que ella está ocupada; pero... si el demonio en realidad existe... ¡Tiene sus cabronas mañas para enredarnos y ahogarnos en ellas cuando le da su puñetera gana...!

Y escucho:

—Hola, Rafa, ¿cómo estuvo el viaje?

—Hola, qué puedo decirte... Agotador, frío y extenuante.

—Lo imagino; cuando regresábamos, en cuestión de pocos minutos, el clima comenzó a empeorar y, obviamente, se estropeó la tarde. No sé si viste las noticias, pero aquí en Moscú la nevada fue intensa y muy peligrosa.

—Hoy lo vi con más detalles, las comunicaciones también se complicaron un poco aquí, en Kurskaya, debido al mal tiempo. Oye... quiero que sepas que me quedé preocupado por vosotras, pero me fue imposible llamar al llegar, dime... ¿Te sientes mejor?

—No te preocupes, estoy bien y espero que todo mejore...

—¿Cómo está... Armando? ¿Sigue aún en la embajada?

—No, está duchándose ahora; llegó hace un rato, se ve agotado... supongo. La tormenta lo mantuvo toda la noche en la sede y regresó hace poco, y... bueno, todo está tranquilo.

—Entiendo..., y me alegro; pero Ivanna, recuerda, deben darse el tiempo de hablar, es importante que lo hagan. No sigas guardándote lo que sientes...

—Lo sé, estoy solo esperando el momento indicado, por ahora las cosas intentan tomar su cauce, no quiero apresurarme. Tal vez sea el estrés de la situación actual lo que atenta contra todo... ¿Entiendes?

—Claro que comprendo, pero no lo olvides... ¡Eres una gran mujer!

—Gracias, Rafa... Tú también eres increíble y te lo agradezco mucho. Por cierto, ¿cuándo regresas?

—En una semana, quizás para la recepción de estado. Durante la visita del ministro espero estar allá.

—¿Recepción de estado? Armando no me ha comentado nada...

—Yo acabo de recibir el aviso hace pocos minutos, es probable que él lo sepa mañana.

—Es probable, sí...

—Bueno... Te dejo ahora, no sabes lo que me tranquiliza escucharte de mejor ánimo...

—Gracias por llamar, Rafa...

—Sabes que siempre estaré aquí para lo que necesites... Más tarde llamo a Armando, cuídate mucho... ¿Sí? Y dale un beso a mi ángel bonito.

—Lo haré, y cuídate también tú...

—Hasta pronto...

—Adiós, Rafa...

Junto al sonido desde la otra línea terminando la llamada, me echo a temblar de ira. El auricular en mi mano se ha quedado casi adherido entre mis dedos inertes, de tan fuerte que lo he apretado. El odio, el miedo y la desesperación, me devoran por dentro y aunque me aterra la rapidez con la que se apoderan de mi cuerpo, no hago nada por detener el fuego que atiza mis entrañas; al contrario, lo alimento más con la leña de esas últimas palabras que embravecen las llamas que me consumen sin piedad alguna...

«¡Eres una gran mujer...! ¡Sabes que siempre estaré aquí para lo que necesites...! ¡Ángel bonito! ¡¿Un beso?! ¿Y si él tuviese la razón y...? ¡No, no, no! ¡Eso es imposible!».

Esas frases me hacen resurgir desde un hondo infierno que no está dispuesto a dejar de torturarme, y no puedo apenas moverme. Intento encontrar en mi mente un cabrón recuerdo que me dé la prueba de la falsedad de alguna de sus

palabras dichas durante años; pero... no lo encuentro. La respiración es tan agitada que percibo doloroso el hundimiento de mi pecho buscando el aire que le falta... ¡Me siento un pobre diablo...! Busco con la mirada un punto de escape, una señal, un aliento o... ¡un maldito refugio que me haga huir de mis violentos instintos de acabar con el pérfido mundo! ¡Siento que perderé el control en cualquier momento!

«¡El amor es condenarse! ¡No confíes, no te entregues, no ames! Enamorarse es perderse en las redes de la debilidad. Todas engañan... Todas traicionan... Todas son falsas ¡Mira cómo te lo he demostrado una y otra vez! ¡Aprende! ¡No dejes que pisoteen tu dignidad, tu orgullo! ¡Imponte..., reclama..., exige... y triunfa! O, de lo contrario, te convertirás en un débil guiñapo humano».

Me siento en la cama y cubro mis oídos con ambas manos, necesito enmudecer su voz; esa que se repite una y otra vez recordándome todo aquello que siempre he querido olvidar. El corazón me late tan fuerte que creo que soy capaz de escucharlo fuera de mi cuerpo... En mis memorias, su sonrisa ladeada ante mí me dice que huele mi miedo, mis dudas, mis frustraciones, las amargas decepciones de un chico de apenas diecinueve años... Cierro los ojos intentando borrar ese rostro, esas palabras, pero las muy ladinas se satisfacen uniéndose, mutándose a las escuchadas en esa llamada hace unos minutos, y su cometido se cumple como una cuchillada cortando hasta el oxígeno del aire que respiro.

—¿Amor...? —Escucho su voz acercándose. Me levanto veloz y cierro la puerta, pasándole el seguro. La cólera está amenazando con descontrolar mis actos y a pesar del dolor, de la herida sangrando y lacerando mi vida, no soy capaz de dañar a lo que, para mi condena eterna, ¡sigo amando con mi vida!

—Armando, amor... La comida está lista, ¿me oyes? —Mi voz se paraliza. La tensión evidencia su dominio cuando soy consciente de que mi mandíbula se contrae con tanta fuerza que expulso un leve y doloroso gemido, pero sé que debo asumir la situación...

—Sí..., enseguida... me reúno contigo... Yo... debo hacer una llamada de trabajo... —Sé que duda, lo percibo, lo siento a pesar de que esa puerta separa nuestros cuerpos. El silencio de varios segundos, eternos para mí, y el sutil movimiento del picaporte intentando ser abierto del otro lado me dan la certeza de que su intuición se levanta altiva ante los hechos...

—Como quieras, estaré esperando y... por favor, recuerda que mi madre está al llegar. Quizás se quede un rato y podamos comer todos juntos...

Me es imposible responder, solo suspiro hondo, y estoy seguro de que ella lo escucha, porque su respuesta desde el otro lado es la misma. El hecho de saber que su madre viene me recuerda que, junto a ella, también llegará mi personal

panacea, la que saca a punta de sonrisas y dulces caricias cada uno de mis demonios fuera. ¡De la que jamás podría prescindir...! La humedad en mis ojos mientras pienso en esto evidencia cuán sagrado es ese pedacito de gloria en mi vida... ¡Nunca podría renunciar a tenerlo conmigo!

Escucho el sonido de sus pasos alejándose de la puerta... El hueco de mi vida puede ser profundo, cruel e injusto, pero no soy de los que abandonan un reto sin luchar... Me apresuro hasta donde está el teléfono, seguro y decidido de lo que tengo que hacer... Digo el número del organizador general y espero impaciente, deseando que responda a mi llamada. Dos, cuatro, seis tonos y al fin...

—Buenas tardes, Conrado, habla Sanfield. Necesito me informes cuál es el programa a seguir por la comisión que salió para el proyecto en Kurskaya.

Después de extenderse más de lo que yo hubiese querido, dándome otro tipo de explicaciones que no pedí, finalmente comienza a explicarme el itinerario de la comisión de arquitectos, ingenieros y especialistas en diseño industrial que habían salido dos días antes a la termoeléctrica de Kurskaya.

—¿Cuándo está, supuestamente, planificado el regreso del personal a Moscú? —indago, pasando nerviosamente mi mano por la frente, y al escuchar su respuesta no puedo evitar apretar mi mandíbula con fuerza por segunda vez—. Retrasen el traslado cinco días más, que esperen la aprobación del proyecto estando allá. Si quieren, puede regresar el personal de planta, pero los directores ejecutivos deben aguardar el finiquito de la resolución y... —Escucho que intenta persuadirme ante mi orden, y contengo mi ímpetu para no responderle de la peor manera.

»¡Conrado! —Me es imposible detener mi brusquedad, la tensión me rebasa—. El proyecto Kurskaya es una colaboración entre gobiernos muy importante, es necesario que se lleve a cabo de la manera más responsable posible dada la situación del país y sus recientes cancelaciones de los programas URSS & Cuba. —Por el suspiro de resignación del otro lado, sé que mis palabras suenan lógicas y convincentes—. Espero que cumpla con lo que le he pedido y, por favor, envíe hoy mismo la decisión tomada a los encargados en el comisionado.

Luego de algunos análisis, mi petición es aceptada. Termino la llamada y aprieto fuerte el puente de mi nariz, buscando aligerar la respiración para ver si el nudo entre el pecho y la espalda cede de una vez.

Abrigo mis manos dentro de los anchos bolsillos de la camiseta, acercándome a la ventana. Mirar el exterior y perderme en las distancias se está convirtiendo en mi terapia...

«Te necesito lejos de ella... ¡No te acercarás ni con el pensamiento!».

Meditando, le doy vueltas a mi alianza matrimonial en mi dedo, recorriendo con la mirada la estancia hasta encontrar la copia de la misma fotografía que, horas antes, saqué de entre los vidrios rotos de un portarretrato y... me dejo sanar por aquellas dos adoradas sonrisas...

«*¡No las perderé!*», me prometo mientras el tiempo parece detenerse, cuando unos pequeños golpecitos en la puerta, junto a una vocecita dulce tras ella, me rescatan de las aceradas garras y las tristes sombras de mi desconsuelo...

—Papito, soy yo, Romi... ¿Tú tás ahí? Ábleme la puelta...

Y es ese el maravilloso instante en el que mi sonrisa regresa y mi corazón vuelve a bombear vida...

5

Mi panacea

Abro rebosante de felicidad, levantándola de inmediato en mis brazos y cuando sus bracitos se abren, y suelta entre risas su alegría por verme, barre todos y cada uno de los perturbadores momentos que retenían prisionero mi espíritu.

—¡Papito! Fui a cache de babushka y comí mucho pirózhnae kartóshka.

Suelto la carcajada, besándole sus rosados cachetes, al escuchar su simpático y tierno acento cuando habla en los dos idiomas a la vez. Poco a poco ha ido desenvolviéndose con ambos, y eso me llena de orgullo, es muy inteligente mi princesa... Es imposible no comerla a besos al oírle decir el nombre de su postre preferido. Mi angelito me lo dice emocionada, y yo no puedo dejar de sonreírle embobado, sin remedio alguno.

—Pues, mi muñeca, espero que la abuela Svieta no te haya consentido mucho con el azúcar esta vez... ¿Recuerdas lo que nos dijo el doctor? —Mueve su cabecita afirmando, sin apartar sus manitas de alrededor de mi cuello—. Bien, entonces recuerda siempre que no debes comer muchos dulces porque...

—Polque mi colanzoncito pequeño y juketón binca muto y se pone malito...

Sus inocentes palabras me estrujan el alma, recordar el problema de salud de mi pequeña me devasta por dentro. La abrazo contra mi pecho, con el temor de que un día no pueda hacerlo y... ¡No! Desecho cualquier pensamiento que me visualice esa espeluznante realidad. Le beso nuevamente sus gorditas mejillas y su risa infantil me desarma. ¡Es tan hermosa! Sus ojazos azules parecen reflejar en ellos un universo de emociones, su piel sonrosada es casi irreal, tan tersa y bella como la de su madre...

Sonrío porque solo se me permitió heredarle el color castaño del cabello y,

aun así, este se resistió y deja ver pequeños reflejos claros... Con ella en mis brazos me enajeno del mundo, de todo lo que pueda atentar contra esta sensación de plenitud que un ser tan pequeño puede ofrecerme. Doy gracias a Dios en silencio, al mismo que dudo exista la mayoría de las veces; pero que en momentos como estos venero agradecido y humilde por su misericordia, porque mirando a mi hija reír el abismo insondable donde libro mis peores batallas se esfuma, y siento que mi alma puede quedar invicta...

—Lamento interrumpir su diversión, dúo dinámico, pero la comida se enfría y la abuela nos espera en el comedor...

Mi pequeña continúa riendo un poco más; yo, sin embargo, me paralizó y me toma más tiempo del necesario levantar los ojos y unirlos a su mirada que, risueña, nos observa desde el umbral de la puerta.

—¿Acaso no tienen hambre? El pollo Kiev me quedó exquisito.

—¡Yo quiero pollo ke, sí, yo quiero! —Da palmadas mi nena y se remueve en mis brazos para que la baje al suelo. Lo hago y me sujeta tirando de mi mano—. ¡Vamos, papito! ¡Quero pollo ke! ¡Y galletas, mami, quero galletas! —le pide a su mamá, quien sigue mis expresiones una por una sin reparar en nuestra hija...

—¡Mami!

—Perdón, tesoro... —Deja de mirarme fijamente y atiende lo que nuestra hija le dice—. Vamos, dejaré que comas algunas; y recuerda, se dice galletas —rectifica paciente—. Pero solo algunas, ¿de acuerdo?

—Sí, solo potitas, mami. —Y mi pequeña vuelve a dar palmadas.

—¿Comemos entonces, cariño? —Vuelve a dirigirse a mí—. Armando, te noto distante, ¿seguro que todo está bien? ¿Lograste hacer tu llamada? ¿Armando...?

—Sí..., disculpa, me entretuve —miento—. Pude hacerla, y... todo está resuelto —contesto finalmente con gran esfuerzo, sin dejar de mirar cómo mi niña se ha sentado en la alfombra e intenta quitarse sus calcetines.

No me atrevo a enfrentarme a su rostro, no seré capaz de controlar el impulso de sacar fuera todo lo que cargo. Ella pone su mano en mi hombro y me estremezco. Entonces me inclino, disimulando lo mucho que me afecta mantener la cordura, y vuelvo a levantar a mi niña en brazos. No es tonta, estoy insultando su inteligencia; y su actitud, dejando en el aire la mano al yo apartarme, me lo demuestra.

—No te los quites, preciosa, hace frío... —le digo a mi niña, impidiendo que termine por lograr lo que quiere, dejando sus piecitos desprotegidos del calor necesario—. Vámonos a comer ese rico pollo que ha preparado mamá, princesa.

Vuelve a reír y asiente, me adelanto unos pasos. Detrás, ella nos sigue por el

largo pasillo. Nuestra tensión es casi palpable, y ya no parecemos en estos minutos la pareja que hace muy poco desbordaba pasión por cada uno de sus poros y hacían un idolatrado ritual de entrega con sus cuerpos; pero no puedo evitar más de lo que mi pobre capacidad de control me permite, menos después de esa llamada que escuché.

Lo primero que me encuentro al llegar al área del comedor es a mi suegra, evidentemente ha estado cooperando en poner la mesa.

—Un gusto saludarla, Svieta.

Dejo a la niña en la silla donde acostumbra sentarse a la mesa y observo que su comida ya está servida, me enternezco al verla empezar a degustarla. Con sincero aprecio, me acerco a la siempre amable señora para sentarme a su lado y besar su mano, como me he acostumbrado a hacer durante años.

—También me da gusto verte, Armando. Hacía ya varias semanas que no coincidíamos cuando vengo a dejar a Rominita.

—Muchos asuntos me han tenido absorto en la embajada, apenas estos días es que tengo un respiro —le explico.

—Sí, me lo ha comentado Ivanna. Y no es para menos, la situación está tirante. Ayer, mi esposo y yo hablábamos del último discurso de Gorbachov y este deja entrever muchas cosas que, de suceder, serán muy controvertidas y difíciles para todos.

—Así es, esperemos que la Asamblea del Pueblo tome medidas válidas al respecto.

—Yo, la verdad, Armando, solo espero que lo que tenga que suceder, o cambiar, no sea para empeorar la situación, ya de por sí difícil.

—Todos lo esperamos, Svieta. A pesar de que el izquierdismo pretende imponer sus doctrinas, se sigue confiando en la esencia que ha regido a este país. Esperemos que no nos defraude.

—¿Y si nada sale como se espera, Armando? ¿Has pensado que harán ustedes?

Mi suegra me hace la pregunta con la voz tomada, es lógico que la posible respuesta la entristezca, pues supone cuál será. Dirige sus ojos, primero, a su hija, que de espaldas a nosotros, junto a la encimera de la cocina, sirve los alimentos; pero que estoy seguro de que escucha nuestra conversación, y, luego, mira hasta donde su nieta, entretenida, hojea un libro de caricaturas sobre la mesa, a la vez que disfruta terminando su comida. Esto la hace intentar una sonrisa, que finalmente le sale cargada de nostalgia.

—No sabría qué responderle con exactitud, Svieta. Supongo que las sedes diplomáticas serán las primeras en verse afectadas, según las circunstancias de cada gobierno. Si la solución a seguir es retirarse, nos tendremos que ir a Cuba

y...

Terminé de decir la última palabra con el ruido de fondo de la cerámica saltando en pedazos y estremeciendo a la señora a mi lado y a la niña. Incluso a mí me hace voltear el rostro, alarmado, hacia la cocina.

—Solo es un plato quebrado, mi cielo. —Se acerca y le dice a mi hija con dulzura al ver sus ojitos asustados, besando su cabecita para luego recoger los trozos rotos en el suelo y echarlos en el bote de basura.

—Dijiste... ¿Cuba? —indaga, girándose a mí y chocando nuestras miradas como dos trenes en marcha, de frente, disputándose la misma vía.

—Por supuesto, Cuba... Si la embajada es cerrada, por el tiempo que esto ocurra, todo el personal tendrá que salir de territorio soviético, especialmente yo y... obviamente ustedes. —Levanta una ceja y su gesto no solo parece confuso, sino... ¿desafiante?

—¿Nosotras? —Baja la mirada y lentamente seca sus manos con un paño de cocina, el cual deja caer después en el cesto tejido que tiene a su izquierda—. Lo mismo la niña que yo somos ciudadanas de este país, y no es necesariamente... ¡obvio! que tengamos que abandonar la Unión Soviética, mi tierra. —Su análisis me deja sin aire y sus ojos, sin ninguna expresión en ellos, me asustan al punto de no saber si podré decir algo. No quiero imaginar a dónde pretende llegar, pero de ninguna manera se lo permitiré.

—¿Qué... quieres decir? —Me remuevo en el asiento ante la mirada preocupada de Svieta, que pasa sus ojos de uno al otro—. Sabes bien que, de ser necesario, es una decisión a tomar de inmediato... —explico lo más serenamente que puedo.

No voy a dar una impresión cuestionable delante de su madre, aunque los deseos de saltar como un desquiciado y llevármela a nuestra habitación para encerrarme con ella hasta que desaparezca de su mente cualquier idea que amenace con separarnos, aniquila lentamente mi paz y mi sosiego.

—Creo que en eso te equivocas, mi amor. —Escucharla decir esto último, oprimiendo sus labios, me revuelve el estómago y anuda fuerte mi pecho—. No es una decisión a tomar, sino a discutir... No hemos hablado al respecto. —Se acerca hasta donde estamos nosotros—. Creo que dialogarlo es algo que debemos y necesitamos hacer los dos. ¿No te parece?

«¡Reto, desafío, poder y determinación es lo que a ambos nos domina en este momento!», grita mi mente. Soy un puñetero masoquista, pero debo reconocer que su altivez, su carácter y esa manera que tiene de, sin perder la clase, exigir, demandar, e incluso, con una voz baja y hasta sensual, defender su criterio, hace que mi supuesto orgullo herido quiera resurgir como el ave fénix de sus cenizas.

—Supuse que eras consciente de lo que pasaría si la estructura del gobierno de este país cambia para...

—Supones a veces demasiado... ¿No crees que sería justo tener en cuenta mi criterio alguna vez, Armando? —El azul de sus ojos brilla como si el ego en su interior me gritara improperios por haberlo ofendido y se enfrentara con mi instinto de dominio.

—No es opcional para mí dejarlas atrás... Espero que... —Se cortan mis palabras con tan solo tener en cuenta esa posibilidad. Aprieto y cierro fuerte los puños, pegados a mis costados, sin importarme si ella o su madre se percatan de ello—. Espero que entiendas eso... ¡Ustedes se vendrán conmigo, sin discusión! ¡Y no aceptaré que sea diferente!

Definitivamente, soy un iluso creyendo que puedo controlar mis impulsos y... ¡acabo de demostrarlo con creces!

Mi suegra baja la cabeza mientras su hija y yo hacemos una prueba de fuerza atravesándonos con la mirada. Ella sin perder esa paz, ese aura que es capaz de tirar por tierra al más altivo y seguro de los mortales, y yo... ¿¿Para qué llegar a alguna conclusión sobre mí?! ¡Si lo que quiero en este momento es que la soledad de una isla desierta nos adopte como a dos huérfanos y nos aleje de todo lo que amenace con separarnos...!

—Romina está dormitando, hija... Te ayudaré a cambiarla para que tome su siesta —interviene Svieta.

Sus sensatas palabras, mientras se incorpora, intentan romper el silencio tan helado y triste como la ciudad que afuera sufre el embate de un cruel invierno. Escucharla nos hace salir de esa especie de trance de dolor e incertidumbre en el que por algunos minutos nos dejamos arrastrar, pero aún sintiéndonos heridos ambos.

—Vayan comiendo ustedes, finalmente la comida habrá que calentarla nuevamente, ¿verdad, hija? —continúa diciendo la buena mujer, quien ya ha cargado a mi niña y se acerca con ella dormida en brazos a nosotros, dispuesta a conciliar el mal momento.

—Yo perdí el apetito, Svieta; mejor iré al estudio a trabajar un poco —le explico lo más pausadamente posible.

—Hijo... —Su mano se posa en mi hombro y no deja que me aleje. Volteo a mirar a la noble señora, que durante seis años me ha recordado mucho a mi madre... «*Mi noble Esther... En momentos como estos... ¡Qué falta me haces!*». Y ese pensamiento me remueve mil sentimientos más, mientras que por el rabillo del ojo sigo pendiente de mi mujer. Cuando la veo pasar su dedo índice por uno de sus lagrimales, los deseos de abrazarla, protegerla y jurarle que todo estará bien, lastiman hondo mis fuerzas.

—No dejen de sentarse juntos a la mesa, no hay nada que un día detrás del otro no solucione. Eran las palabras sabias de mi padre, y la vida me ha dado fe de ellas.

Le sonrío agradecido. Sus ojos son tan parecidos a los de su hija, encierran misterio y a la vez una profunda pasión al hablar.

—Gracias, Svieta, más tarde cenaré algo. Usted no se preocupe, que yo le aseguro que todo estará bien. Gracias por cuidar siempre de mi tesoro, bueno..., de mis dos tesoros.

Beso a mi hija, dormida en los brazos de su abuela, sin dejar de observar a quien también van dirigidas mis palabras.

Se gira levemente, sin dedicarme una mirada, solo cierra los ojos al escucharlas y veo que su pecho se levanta y un silencioso suspiro se libera de su encierro.

No quiero seguir aquí, la ansiedad que me produce recordar la conversación anterior me desespera. Camino con premura hasta mi estudio y entro en él como si solo ahí pudiera lograr liberarme del millón de alfileres que martirizan mi tensa piel. Cierro la puerta y me quedo frente a esta, inmóvil, con los pensamientos confundidos y deshaciéndose de agonía.

El futuro me aterra, ese futuro que amenaza con arrebatar me la razón de mi existencia. Apoyo la frente en la pared más cercana y cierro los ojos...

Poco a poco la respiración y el pulso, que hasta hace unos momentos parecían competir por ver cuál de ellos me daría el merecido golpe de gracia, comienzan a calmarse. Salgo de mi incómoda postura y casi a tientas busco el sillón de mi escritorio, y me reclino en él...

Quiero dormir y buscar entre mis recuerdos alguno que me devuelva la serenidad perdida, pero solo uno lo logra...

Dos rostros aparecen y me acarician la vida, y, detrás de ellos, un paisaje donde el verde es el dueño y señor de la paleta de colores que me regocija el alma. Por último..., el mar, el sol y el viento dejan a las gaviotas presumir de su libertad y me regalan en forma de delirio la añoranza de un futuro perfecto al que quiero aferrarme con todas las fuerzas de mi quebrantable fe, para poder enfrentarme a mi inmerecido y heredado karma...

6

Caín

No soy consciente del tiempo que pasé en mi estudio el día anterior. Solo sé que desperté y me encontré cubierto por una manta de lana. Reconozco que percatarme de ello me devolvió un sentimiento de seguridad y esperanza que creía perdido en su totalidad. Ella, evidentemente, había ido a por mí y, viéndome dormir, volvió a tener la misma dedicación de siempre, a pesar de todo.

En la mañana no tuvimos ocasión para hablar, nuestra hija consumió cada minuto de atención, y solo nuestras miradas hicieron gala de su arte de comunicación sin palabras.

Llegué a la oficina y entre tantos asuntos pendientes tan solo ahora puedo reflexionar acerca de todo lo ocurrido en las pocas horas pasadas; mientras, sostengo en mis manos el memorándum que me confirma la recepción de gobierno el próximo sábado.

—¿Señor? —escucho que Mónica me habla por el intercomunicador y salgo de mi burbuja personal, oprimiendo la tecla de respuesta.

—Dime, Mónica.

—Lorenzo Acosta está aquí y quiere saber si puede recibirlo. —Sonrío al escuchar el nombre de mi amigo, no ha podido llegar en mejor momento.

—Por supuesto que sí, Mónica, dígale que puede pasar.

Me levanto del asiento y abotono mi chaqueta para adelantarme hasta la puerta a recibir a Lorenzo. No sabía que estaba de regreso de la isla. Nos conocemos desde la universidad, es un gran químico y uno de los amigos que han perdurado con los años. Él, Samuel y... Paso de la persona que viene a mi mente, no quiero echar a perder este encuentro.

Finalmente, la puerta es abierta por mi secretaria, dando paso a un tipo bronceado y sonriente que de inmediato me abraza y palmea eufórico mi espalda.

—¡Estás más blanco que una *hypsiboas crepitans*! —Suelto la carcajada, ya comenzó con sus ocurrencias; tiene obsesión con nombrar especies raras. ¿A saber con qué carajos me ha comparado?! Así que, mirándolo con ojos maquiavélicos, le hago la pregunta.

—¿Qué rayos es eso, cabrón?! —Para no variar, se ríe a todo pulmón.

—Una especie de rana, muy, ¡muy blanca! —Y vuelve a reír ante mis ojos achicados y mi fingida expresión de enojo.

—Eso lo dices porque tú pareces que te fuiste al Pico Turquino y te pasaste una semana en su cumbre sin otra cosa que hacer que dejarte calcinar el trasero por el sol cubano.

—¡Ja! ¡Envidia que tienes de este color cartucho! —me refuta, pasándose por la mejilla derecha la mano, alardeando, y otra vez haciéndome reír mientras golpea suave mi hombro.

Lo invito con un gesto para que nos sentemos en el pequeño salón, al fondo de mi oficina, pero antes vuelvo a mi escritorio para hacer uso del intercomunicador.

—¿Mónica?

—Dígame, señor.

—No me pase llamadas durante la próxima hora y, por favor, anote los mensajes usted personalmente.

—¿Ni siquiera de su casa, señor? —Me quedo pensando unos segundos, la ansiedad al escuchar su pregunta vuelve a hacer malabares con mis emociones.

—Solo si es mi esposa pase la llamada.

—Muy bien, señor.

—Gracias, Mónica.

—A sus órdenes, señor.

Termino la comunicación y al girarme me encuentro con el análisis interrogante de los ojos de Lorenzo, quien ya ha servido dos copas de sidra y tiene las manos ocupadas con ellas. Me extiende la mía, le agradezco asintiendo y desabotono mi chaqueta, para tomar asiento frente a él. Mientras bebe en silencio, los años de amistad me revelan que persigue como un sabueso cada gesto que hago, queriendo hurgar y rebuscar en mis pensamientos.

—Deja ya de investigar mentalmente lo que crees que me pasa. No te adivines marañas que no existen. —Lentamente cata su bebida, dándole una ojeada a la copa casi vacía y removiendo el poco líquido que queda en ella. Tras hacerlo me mira, y en su rostro ya no hay señales del amigo risueño y bromista

de hace unos minutos.

—Armando, ¿cuánto hace que nos conocemos? ¿Recuerdas esos tiempos de jóvenes, en el instituto, donde nosotros junto a Samuel y...?

—¡Claro que lo recuerdo...! —Lo interrumpo bruscamente antes de que diga el nombre que no quiero escuchar, ni recordar, ni... ¡Mierda, esto es una enfermiza tortura!

Lorenzo es un hombre brillante; incluso, siempre dentro de nuestro grupo personal, coincidíamos en que él y Samuel poseían una facilidad extraordinaria para captar todo con rapidez; y en este momento, mi amigo me está demostrando que teníamos razón solo con ver la forma en la que me observa.

—¿Quieres hablarlo?

—¿Hablar acerca de qué? —Al responderle cortante, suspira y se termina la copa, incorporándose del sillón para servirse un poco más.

Agradezco el que sea una bebida alcohólica de baja graduación, si no, creo que terminaríamos complicándonos los dos. Cuando termina de hacerlo vuelve a su anterior posición, y su pasividad comienza a ponerme nervioso porque sé que acabaremos justo donde no quiero.

—Tienes a las tijeras de tu soberbia haciendo hilachas con tu estabilidad emocional. Alguien que ha pasado tanto lo bueno como lo muy malo contigo, solo de mirarte puede llegar a esa conclusión. Vamos, Armando... ¡Suéltalo de una jodida vez!

Me inclino hacia delante y apoyo mis codos en los muslos, con la mirada fija en la copa, donde la burbujeante bebida pierde su sabor por culpa de mi indiferencia. Me levanto, camino hasta el mini bar y me deshago de ella. Meto las manos en los bolsillos del pantalón y, dándole la espalda a mi amigo, que con obligada paciencia espera mi confesión, atravieso con la mirada el paisaje que se visualiza delante de mí, a través del ventanal.

—Vi algo, mejor dicho... ¡Confirmé algo que está haciéndome agonizar y enloquecer en vida! —Termino confesando y, al hacerlo, se me desploma toda la coraza que creí podía protegerme mientras la aceptación de mi tormento no fuese expresada con mis propias palabras.

—¿Confirmaste...?

—Sí. ¡Confirmé! ¡Y no me pidas que te dé más detalles de nada! —le suelto rudamente, perdiendo el piso, la paciencia y... ¡la puta paz!

—Solo espero, Armando... —comienza a hablar con esa ecuanimidad que lo caracteriza— que esta vez entiendas que tienes un problema y solo de ti depende que...

—¡No me jodas con tu psicoanálisis, Lorenzo!

Se levanta de un tirón y en dos segundos lo tengo a mi lado.

—¡Estás dejándote arrastrar por el mismo círculo vicioso de hace cuatro años! ¡Lo imaginé en cuanto Serguei me habló de tu borrachera de hace tres días, y lo compruebo ahora con tu actitud!

—¡Vaya! ¡Resulta que ahora la vida privada del embajador cubano es la supuesta puta comidilla de pasillo! —suelto groseramente ante su comentario.

—¡No seas hijo de puta! Sabes que Serguei y yo somos amigos desde hace tiempo; incluso antes de que trabajara contigo; además, te aprecia, te guarda mucha gratitud por la ayuda que le has brindado, y se quedó preocupado por ti. ¡No seas un desagradecido! Si me comentó algo, fue con la única intención de que intentara ayudarte, ya que a él le falta confianza para hacerlo.

—¡No necesito la ayuda de nadie!

—¡Pues jódete! Pero no te laments luego cuando termines matando lo que tanto atesoras.

Le sostengo rápido la mirada y me aterra ver en el fondo de ella cuánta razón lleva en sus palabras.

—No sé en qué momento la vida se volteó en tu contra y tú la dejaste hacer y deshacer, amigo mío... —Lo escucho y las palabras me van cayendo encima como si fueran los desechos y escombros del mundo—. Recuerdo cuando me hablaste de Ivanna. ¡Dios! ¡Qué loco te creí entonces al decirme que te casarías con ella a solo pocos meses de estar saliendo! Me dije: ¡Este perdió la chaveta con la rusa! —Se ríe, pero yo solo logro enmarcar una mueca pretendiendo ser sonrisa.

»Pero... ¿sabes qué? Cuando los vi juntos, supe que no solo habías encontrado a una mujer capaz de poner de rodillas y azotar con su belleza a todo aquel que presumiera su testosterona delante de ella. —Al escucharlo hablar así, mis ojos lo miran queriendo fulminarlo, y él mueve la cabeza negando y sonriendo a la vez, dando mis celos obsesivos por imposibles; para continuar—: Sino que también encontraste a tu Dulcinea. Una igual a la del Quijote de Cervantes, y por la cual perdió el juicio; pero lástima que lejos de destruir a tus molinos de viento, esos que trajiste de tu viaje a Cuba hace cuatro años, sigas sembrando tempestades alrededor de ellos, a pesar de la distancia.

¡Mala idea la tuya, amigo! ¡¿Por qué demonios tienes que hacer alusión a ese viaje?!

¡Con cuánta ilusión me fui a Cuba con Ivanna, después de un año de matrimonio, para que mis padres la conocieran! Que Lorenzo me recuerde esa época y esa única visita a mi país con mi esposa en seis años, termina por darle la estocada final a mi amargura y a mi irascible ira. Todos y cada uno de los recuerdos se posesionan en fila en mi mente para que los repase, otra vez, uno por uno.

Nuestra llegada, el recibimiento de mis padres, el cariño espontáneo que ellos y mi esposa se profesaron en el mismo instante de conocerse. La estadía en La Habana, el viaje a Pinares y su mágico Viñales... Son una secuencia hermosa, única e irrepetible, coronada por aquel momento de entrega, alejados en el campo junto a las grandes praderas del valle y donde el mundo desapareció para nosotros, hasta que... Esa tarde, un telón cruel terminó cayendo sobre mi escenario, haciéndome dudar si todo lo vivido era tan solo una burda obra teatral...

—¡Vaya! ¿Así que te casaste, Armandito?

Su ironía aplasta mi ecuanimidad burdamente. Verlo llegar me revuelve las vísceras. Había intentado que ese encuentro no se diera, pero dadas las circunstancias, reconozco que era imposible. Y justo a cuatro días de regresar a la URSS, viene a suceder lo que temía.

—Así es, nos casamos hace poco más de un año. —Lo veo acercarse a la ventana abierta del salón, de la casa de mis padres, y se queda fijamente mirando hacia el banquillo del jardín donde mi madre enseña orgullosa sus macetas de bulbos de begonias a mi esposa.

—Qué lástima, la verdad, no creí que fueras tan arriesgado, Armando —me dice sin dejar de mirar con lascivia hacia aquel lugar. Al notarlo, una mordida ardiente aprisiona mis entrañas y, sin soportarlo más, me acerco, agarrándolo por el hombro y forzándolo a girarse de frente a mí.

—¡Ella no es lo que imaginas! ¡Y tendrás que respetar eso! ¡Es mi esposa, maldita sea!

—¡Que absurdo e ingenuo eres! ¡Lástima me das! —repite ante mí con la soberbia y el odio reflejando un antiguo legado en sus pupilas—. ¡Todas son iguales! Y esta blanquita europea con ojos tentadores no es la excepción. ¡Te lo demostré muchas veces y puedo demostrártelo de nuevo cuando quieras!

—¡Estás enfermo de odio, despecho y amargura! No caeré en tu estúpido juego por querer que todos vivamos en el mismo hueco... ¡Donde sabe Dios quién te hundió! —Se yergue y me reta con la mirada.

—Siento decir esto, pero nunca puedo dejar pasar una demostración de mis razones cuando la testarudez y la estupidez se me imponen...

Diciéndolo, sale altanero, seguro y dominante como siempre lo ha sido. Mis pies se quedan prisioneros de aquel sitio, y luego...

Las imágenes se apilan unas con otras. Empujan, lastiman y estremecen mi seguridad a límites casi imposibles de sobrellevar...

Lo veo llegar hasta ella, extendiéndole la mano... Le corresponde mi esclava y él la atrae a sí, abrazándola... ¡Mía, cabrón! ¡Ella sí es mía! El muy degenerado demora aquel abrazo y pasa su mano por los cabellos de mi esposa... Muero lentamente de odio y rencor cuando lo observo aspirar fuerte el aroma de ellos, y mi instinto asesino se dispara como pantera clamando a su presa.

Rozo la locura y, sin darme cuenta, me hago daño en las yemas de los dedos mientras aprieto el borde de cemento en la base de la ventana cuando deliberadamente él le besa la mejilla, deteniéndose en ella una eternidad...

A cámara lenta ha ocurrido todo, pero mi corazón no entiende los consejos de mi cuerpo y arrecia su ritmo con fuerza. Él mira en mi dirección con mi vida aún entre sus brazos. Su gesto es un nuevo grito de triunfo territorial que me asquea y recuerda cuántas veces sucedió la misma escena, profanando con cada una de ellas mis más nobles deseos y sentimientos de adolescente.

La separa de sus brazos y respiro aliviado, pero al verla a ella sonreírle... ¡Por un demonio! Mi eterna herida se vuelve a abrir y sangra de miedo y dolor porque... ¡Sí! ¡Ella también le sonrío!

Los recuerdos toman vida propia en mi interior, se apresuran temiendo que alguno se quede sin su cuota de protagonismo. Visualizo nuestro regreso después de ese día, los reclamos y la furia mezclándose con mis peores instintos. La agonía de mi alma refrescándose con aquellos momentos de gloria en los que nos olvidamos de todo y nos entregábamos como locos, y después... el milagro, ese que llegó para recordarme que, a pesar de mis podredumbres, también soy capaz de construir algo hermoso.

—¿Embajador? ¿Señor Sanfield?

—¿Armando? Mónica te habla por el comunicador interno... ¡Armando...!

Escucho lejana la voz de Lorenzo hasta que siento su mano en mi hombro, y reacciono finalmente. Camino hasta el escritorio donde mi secretaria, al parecer, lleva varios minutos llamándome.

—Disculpa, Mónica, estaba un poco distraído... —le digo y miro a mi amigo, sinceramente no me gusta la expresión nostálgica de su rostro.

—Señor, es que su esposa ha llamado por segunda vez para recordarle la cita de hoy con el doctor Kozlov.

Al escuchar lo referente a la cita, de inmediato busco para ver la hora que es: mediodía, respiro aliviado, ya que la cita es a las tres de la tarde.

—Gracias, Mónica. Sí, tengo anotada la cita con el médico de mi hija. Si mi esposa vuelve a llamar, dígame que Serguei irá a por ella una hora antes de la hora acordada.

—Mejor la llamo y se lo comunico, señor. Está esperando para que le confirme su respuesta.

—Por cierto, Mónica... —dudo si preguntarle lo que quiero.

—Diga, señor.

—¿Mi esposa pidió hablar conmigo? —formulo la pregunta con ansiedad.

—No, señor. De haberlo hecho, le hubiera pasado la llamada, como usted me pidió. Solo me dijo que le recordara la cita médica. —La respuesta me derrumba sin remedio.

—Comprendo... Gracias por todo, Mónica; y, por favor, gestione que esté listo cualquier auto de la sede para que yo pueda usarlo.

—¿Conducirá usted, señor?

Analizo la situación y caigo en la cuenta de que Serguei nos puede llevar de regreso a casa al terminar la entrevista con el doctor.

—Espero que no tenga que hacerlo. Averigüe si hay algún chófer disponible que pueda llevarme, por favor.

—Por supuesto, señor. Me pongo en ello ahora mismo.

—Gracias.

—Con gusto, señor.

Termino la llamada y mi amigo, dentro de su impenetrable silencio, sigue esperando que me abra a su buena voluntad.

—¿Todo en orden? —pregunta, y le respondo asintiendo—. Espero que tengas en cuenta que puedes contar conmigo y, especialmente, con Alina... Siento mucho haber traído con mis palabras recuerdos embarazosos y difíciles a tu presente. En serio..., discúlpame.

Sus palabras, y especialmente su disculpa, me revelan que tiene una idea de a dónde viajó mi mente debido a nuestra conversación.

—¿Pretendes nuevamente dejarme pasar largas horas de conversaciones telefónicas con tu mujer? —lo provocho, intentando quitar peso al engorroso tema que entre palabras sabe esconderse entre nosotros. Y me satisface ver que logro nuevamente una sonrisa jocosa de su parte.

—Con tal de que mi mujer y sus grandes conocimientos psicológicos te ayuden a quitarte lo tarado, correré el riesgo.

Los dos nos carcajamos dándonos el alivio que nos hace falta en este momento, especialmente a mí.

—¿Qué dices? ¿Nos tomamos ese desabrido café ruso?

Mi contestación es otra mueca parecida a la de él, pero acepto la oferta, más que nada por salir de estas paredes y desconectar de todo.

—¡Hecho! Vamos a por ese brebaje, ¡no queda otra!

Finalmente, los dos salimos para la cafetería *buffet* de la sede.

Él buscando la forma en la que su amistad pueda reconfortar y aconsejar mi vida.

Y yo... Yo tratando de intentar unir mis desperdigados pedazos...

7

Esperanza

Siempre que vengo a este lugar un escalofrío me envuelve todo el cuerpo. Afortunadamente, Mónica consiguió que uno de los chóferes del departamento de protocolo me trajera hasta aquí, lo que agradezco muchísimo, ya que la ansiedad me domina y soy consciente de que no hubiese sido buena idea conducir.

Cuando el auto se estaciona frente al hospital del Kremlin o Kremlyovka, como se conoce comúnmente, me remuevo nervioso en el sillón trasero. En cada ocasión en la que nos reunimos con el cardiólogo de mi hija, me produce un estado de tensión y angustia difícil de controlar debido a la incertidumbre por saber cómo se está desarrollando la condición cardíaca de mi pequeña.

—Señor, hemos llegado, ¿necesita que regrese a por usted, o lo espero hasta que termine su entrevista?

Las palabras del chófer me sacan de mi aprensión interna. Es un joven ruso de la reserva militar, de unos veinte años aproximadamente, y aunque en muy pocas ocasiones hemos coincidido, la impresión que tengo de él es buena gracias a su amabilidad y su evidente profesionalismo.

—Gracias..., Yuri, ¿verdad?

—Sí, señor, Yuri.

—Es que soy un poco distraído en cuanto a los nombres —me disculpo—. Decía que te lo agradezco. No te preocupes, mi chófer personal trajo a mi esposa y seguramente estará esperándonos, él nos llevara de regreso; así que puedes ir a cumplir con la obligación que tengas, Yuri. Gracias.

—Muy bien, señor. Entonces me pondré a las órdenes del coordinador. Estamos esperando que nos confirmen el horario en el que llegará el vuelo de la

comisión procedente de Cuba para ir a por ellos al aeropuerto, mañana, y trasladarlos a la casa residencial.

Asiento con un gesto mientras me pongo los guantes y lo veo bajarse rodeando el auto para abrir mi puerta.

—Gracias nuevamente —le digo al salir, sintiendo cómo la fría brisa lastima mi rostro, al punto de hacer arder la piel de mis mejillas un poco.

—Un placer, señor, hasta pronto.

—Hasta pronto, Yuri. —Palmeo suave su hombro y me encamino de inmediato para subir la escalinata que me lleva hasta la puerta principal del centro.

Sé que el Kremlyovka es el mejor hospital soviético, e incluso he escuchado que tiene fama de ser uno de los mejores del mundo, y a pesar de que muchas veces se desmienten las habladurías de que aquí no atienden a la clase trabajadora del país con la máxima prioridad, no es un secreto que sus servicios principalmente benefician a la élite gubernamental de esta nación. Reconozco que soy egoísta pensando en esto, pero lo que realmente me ha importado siempre, más que la manera en la que se desarrolle el funcionamiento estatal de este centro, es el hecho de que mi preciosa reciba aquí el mejor tratamiento posible para su enfermedad, esa que desde muy pequeña le fue diagnosticada y la cual nos ha tenido a su madre y a mí con la angustia a flor de piel.

Echo una ojeada al frente del edificio y me siento abrumado por sus colores tan neutros y el sinnúmero de ventanas ubicadas paralelamente unas a otras. Están repartidas entre los cuatro pisos que tiene la edificación principal, que es donde se encuentran los consultorios médicos, según tengo entendido. En realidad, pareciera que es un dibujo detallado de un niño que supo medir meticulosamente las distancias entre ellas. Hago un involuntario mohín pensando en esto. Demasiado sobrio para mi caribeño gusto.

Finalmente, una majestuosa y antigua puerta de caoba rojiza se abre ante mí y me da acceso al impoluto y amplio recibidor. Me detengo unos segundos y observo a todos lados del extenso lugar en busca de ella mientras me quito los guantes, guardándolos en el bolsillo de mi abrigo de astracán. Al no verla entre las personas que allí se encuentran o en ninguna de las áreas de espera, abastecidas con cómodos sillones, se enciende mi acostumbrada desesperación; pero intento calmarme encaminándome hacia la amplia, ovalada y llamativa mesa construida, al igual que la puerta principal, de una madera tan pulida y lustrosa que al poner mis manos en ella puedo ver mi reflejo en su impecable brillo.

Tres recepcionistas detrás de esta, y que aparentemente no dan abasto con las llamadas, están siendo verdaderas expertas al mantener la justa medida en el

tono de sus voces para no llegar a perturbar aquel espacio, donde solo es posible escuchar leves murmullos que se escapan de las discretas conversaciones de los presentes.

Una de ellas se percata de mi presencia y apresura su conversación telefónica hasta darla por finalizada. Se vuelve a mí y servicialmente se pone a mi disposición.

—Buenas tardes, ¿cómo puedo ayudarlo, señor?

Me habla, obviamente, en ruso mientras se quita el casco telefónico.

—Buenas tardes —le contesto en su idioma—. Mi nombre es Armando Sanfield y tengo cita, junto a mi esposa, con el doctor Kozlov, cardiólogo. —Me doy cuenta de que mis palabras salen apresuradas y marcando aún más mi acento extranjero, lo cual la chica percibe—. He estado buscando a mi esposa, su nombre es Ivanna Andréyevna Smirnov, de Sanfield, pero no la he encontrado aquí —explicándoselo giro la cabeza y vuelvo a pasar mi vista fugazmente por los alrededores, esperanzado en hallarla por fin.

—Señor Sanfield, me temo que usted no sabe que hemos tenido un cambio en la ubicación de algunas oficinas médicas desde el pasado mes —me informa, e inconscientemente frunzo el ceño extrañado, mientras ella continúa atenta.

»El área de cardiología, que anteriormente estaba en este primer piso, ha sido trasladada al tercero, señor. Deme, por favor, un momento para ver la ubicación exacta de la consulta que busca... —Rueda su silla de escritorio hacia la derecha, abre una gaveta inferior del mismo y busca en un archivo meticulosamente ordenado con varias carpetas, y separadas estas por pequeños divisores de diferentes colores.

—Bien, aquí está. La consulta del doctor Kozlov se encuentra, como le dije antes, en el tercer piso, y es la número 311 D —me confirma, escribiéndome la información en una elegante tarjeta con el logotipo y nombre del hospital para entregármela amablemente.

—Agradecido, señorita... Lariza —le contesto tras leer su nombre en la credencial plateada que lleva prendida en la solapa de su blusa.

Sin esperar más, me despido y sigo el pasillo lateral que justo se visualiza frente a mí, seguro de que me conducirá a los ascensores. Han sido ya múltiples las ocasiones, que, para nuestra desdicha y preocupación, hemos visitado este hospital; así que, a pesar de cualquier cambio de ubicación, difícilmente me perdería.

Suelto un involuntario bufido al aire al ver la cantidad de gente que espera la llegada de cualquiera de los cuatro ascensores.

¡No tengo paciencia para esto!

Decido irme sin más remedio por las escaleras. Para mi decepción, en ella

me encuentro también con varias personas que lo mismo bajan que suben. Al parecer, el movimiento de la institución está hoy por encima de los niveles habituales de cada día, y esto hace que mi deseo de salvar cada peldaño con la mayor rapidez se vuelva difícil.

Llego, por fin, algo abrumado a mi destino y agradezco encontrarme en la pared de la entrada con la pizarra informativa que, detalladamente, orienta a los pacientes y visitantes hacia donde se sitúan las consultas médicas, laboratorios, baños y las salas de espera. Consulto mi reloj, en menos de treinta minutos será la cita con el médico de Romina y no puedo llegar tarde. Sigo el ala izquierda atravesando un corredor extenso, alfombrado en una tonalidad ceniza que enfatiza su color gracias a la tenue iluminación proveniente de las alargadas luces del techo. A ambos lados se van enumerando las puertas cerradas con los diferentes nombres de los galenos; finalmente, la penúltima de estas es la que anuncia el nombre del doctor que lleva más de dos años atendiendo la cardiopatía congénita de nuestra hija.

Respiro profundo antes de entrar e intento llenar mi espíritu de optimismo. Doy vuelta al pomo y entro a la sencilla pero acogedora habitación. El recibidor es justo del tamaño necesario para la consulta privada de un médico, ni grande ni excesivamente pequeño. Al fondo de ella y detrás de un mediano buró con la superficie de cristal, la secretaria de Kozlov está absorta organizando una documentación y ni siquiera advierte mi llegada. Algunas plantas artificiales son el ornamento que más llama la atención, seguido de varias fotografías acerca de temas cardiovasculares que adornan las blancas paredes; y en una de las esquinas, una conveniente y pequeña encimera está provista por una cafetera eléctrica y una tetera para el que desee y necesite servirse alguna de aquellas dos bebidas que le ayude a entrar en calor.

La mayoría de los sillones son individuales y de color blanco, contrastando con la alfombra clara marfil, muy similar a la del pasillo exterior, conjuntamente con una elegante lámpara ovalada adornando el centro del techo. Al parecer, solo cuatro personas están a la espera de ser llamados: un señor mayor de edad avanzada con gafas y prominente calvicie, que vuelve atento a la lectura de su periódico tras haber levantado la vista hacia mí y saludarme asintiendo con un ademán, está acompañado por una señora que se entretiene, aparentemente, con una revista de modas hojeándola en su regazo. Mientras, en las dos butacas frente a ellos, un matrimonio joven habla entre sí en voz baja con las manos entrelazadas.

Esa punzada de temor tan conocida para mí, y que ya forma parte de mis días, aparece cuando repaso dos veces seguidas la sala hasta fijar mis ojos en la puerta detrás de la mesa de la secretaria, y donde supongo que se encuentra el

doctor, sin poder encontrar a Ivanna, como esperaba. Doy dos pasos con la apremiante intención de preguntar por ella y recibir las respuestas que tranquilicen la intensa ansiedad que comienza a formarse en mi interior, pero una voz que es mi remanso de paz personal me detiene a mi espalda.

—¿Armando...?

Me giro y cae de un tirón, haciéndose polvo y ceniza, toda la tensión, mi miedo y desasosiego al verla frente a mí. Su rostro me revela lo angustiada y nerviosa que se encuentra, y eso me desarma. Intenta aparentar una serenidad que sé que no tiene, y la fuerza de voluntad con la cual obliga a obedecer a sus emociones no hace más que llenarme de admiración y orgullo.

¡Más del que siento si fuera posible!

Como siempre está hermosa, se ha puesto ese conjunto invernal color arena que compramos juntos en nuestra breve escapada de aniversario el año pasado a Helsinki, Finlandia, y que marca su silueta como si se preparara para ser la musa de cualquier exquisito pincel. Sabe cuánto adoro que lo use, pues resalta su piel rosácea y sus ojos parecen zafiros queriendo no ser opacados por la intensidad de ese color otoñal acariciando su cuerpo. Camino hacia ella y me fijo que a su espalda hay una puerta donde un símbolo color naranja aclara que es un cuarto de baño. Ahí está mi respuesta al no poder encontrarla al llegar.

—Hola... Estaba preocupándome por no verte aquí, abajo me explicaron que...

—Sí... —me interrumpe—. Discúlpame por no dejarte dicho lo del cambio de planta de la oficina de Kozlov. Su secretaria —y la señala detrás de mí con un gesto en la mirada— me advirtió de esto al confirmar la cita, pero cuando lo recordé y llamé a Mónica para que te avisara, ella me dijo que ya habías salido hacia aquí.

—¿Por qué no me llamaste al número privado de la oficina?!

La pregunta es empujada involuntariamente por mis labios sin darme cuenta y sin venir al caso; pero, evidentemente, no puedo ocultar por más tiempo el dolor causado por su indiferencia durante todo el día. Y aunque no fue mi intención, el reproche remarcado en mis palabras no puede esconderse.

Me sostiene la mirada, vacía y sin emoción, al punto de dolerme en lo más profundo. Decido entonces evitar caer en un tema que nos vuelve vulnerables a los dos y que necesita otro momento y lugar para ser enfrentado.

—No te preocupes... —expreso con sinceridad—. Me resultó fácil orientarme, y en la recepción central fueron muy amables.

Ella asiente y baja la mirada. Es como si, por momentos, una muralla de sentimientos encontrados se levantara entre nosotros, desde ese fatídico viaje a Cuba, y se quedaran emparedados sin saber cómo escapar, sin gritar y rebelarse

hasta que nos dejemos arrastrar por ellos. Hay tantos momentos inconclusos, tantas preguntas y respuestas pendientes. El tiempo ha sido nuestro peor enemigo, y mis obligaciones se han unido al peso de todo lo que callamos.

¡Quisiera explicarte tantas cosas, mi amor!

¡¿Cómo poder abrirte mi alma sin recelo alguno para que logres buscar y encontrar en ella cada uno de mis demonios y poder vencerlos con la pureza de la tuya?!, me recrimino dolorosamente.

Dibujo con mi mirada cada uno de sus rasgos para memorizarlos una y otra vez, como si temiera que en cualquier momento pueda perderme algo de ellos; y la convicción de que esta hermosa mujer es mi vida entera vuelve a inundar de una certeza plena cada uno de mis sentidos...

Nunca logro saciarme de ella, la disfruto, la anhelo cada día de mi existencia. No soy capaz de analizar si es locura, obsesión o delirio; sin embargo, de lo que sí estoy seguro es de que se trata de un amor tan grande que me vuelve un inútil y muero ante la sola idea de imaginar una vida sin tenerla a mi lado. Es lo único que he sentido verdaderamente mío en esta vida, ella y mi pequeña...

He llegado a perderme tanto en su bello rostro que soy capaz hasta de admirar su maquillaje ligero, llegando a parecer natural, y eso me encanta; su sencillez, su intocable e imperturbable esencia resguardada a pesar del tiempo y de cualquier vicisitud. Amo ese peinado de lado con el cabello entrelazado que la hace lucir como la chica universitaria que con una mirada puso mi mundo cabeza abajo y a mí de rodillas; y sin poder evitarlo, sonrío de lado al recordarlo, dejándome encandilar por la manera en que me miran sus ojos. Esos que me parecen teñidos por el color del mar, pero no de cualquiera de ellos, sino del mar Caribe... Es ese mismo color, un azul hecho perfecto por el sol, hecho de luz y resplandor que puede llegar a convertirse en una ilusión fantástica para todo aquel que no lo ha llegado a conocer nunca.

—¿Estás bien...? —pregunto absurdamente, saliendo de mi ensimismamiento, porque mis palabras se niegan a hacer conexión con todo lo que mi mente atesora. Ella solo asiente en silencio y un suspiro profundo es la respuesta que recibo.

—Todo saldrá bien... —la animo, aunque por dentro languidezco de temor ante la posibilidad de una mala noticia respecto a nuestra hija—. Verás que Kozlov nos tiene buenos y alentadores resultados acerca de la última revisión médica.

—Es lo que más deseo... Cada vez que llegan estos momentos siento que pierdo el control y una parte de mi mue...

—Shsss... —Poso mi dedo índice en sus labios, evitando que continúen

esas palabras que son su desahogo y mi peor pesadilla—. Todo estará bien, confiemos en que será así. Nuestra hija es fuerte y... ¡una guerrera! Está estable y, además, el último tratamiento médico ha resultado muy efectivo. Ven...

La tomo suavemente por el brazo y mi sutil caricia se hace inevitable. Con mi gesto la guío y le pido que ocupemos los últimos asientos del fondo, pasando frente a la señora Mirova, la secretaria del doctor, que nos sonrío y asiente con la cabeza, haciéndonos una señal con su mano para indicarnos que enseguida seremos llamados por el médico, le agradezco sonriéndole.

Al final del lugar, encontramos dos sillones solitarios, uno frente al otro, con una mesa en el centro abarrotada de revistas y semanarios de medicina que nos reciben como si estuviesen esperando por nosotros para obsequiarnos un mínimo momento de privacidad en aquel inadecuado lugar. Observo a mi esposa y el temblor de sus manos me conmueve, y me hago el juramento de que seré una vez más el soporte que ella necesita en este momento.

Ya hemos pasado varias veces por la misma situación de ansiedad y temor, pero sé que jamás nos podremos adaptar a ella. Recuerdo cuando con apenas pocos meses de nacida, nuestra hija tuvo aquella primera crisis cardíaca; sentimos los dos que moríamos, y, de hecho, creímos que así fue cuando recibimos el diagnóstico pocos días después por el médico pediatra, diciéndonos que la remitía de inmediato al mejor cardiólogo especialista del país: Ivánovich Kozlov.

No dejo de mirarla logrando casi palpar su temor, mientras su mirada se adentra en el paisaje que le regalan los cristales de la ventana al lado de su asiento y el cristalino de sus ojos se ensombrece ante las dudas y el miedo. No es la primera vez que comparto y soy testigo junto a ella de su quebranto, y desdichadamente, aunque quisiera dar mi vida por evitarlo, sé que no será la última...

Los dos aceptamos ese silencio que ha sido nuestro aliado en los momentos más difíciles para ambos desde los últimos dos años; sin embargo, este no deja de doler y morder cualquier intento de sosiego posible. Miro la puerta por donde quizás, en cualquier instante aparecerá el hombre que tiene todas las respuestas acerca de la salud del ser que más amamos, y se me encoje de terror el alma. No sé si algún dios, sea uno o varios, pueda escucharme, quisiera tener la confianza de que sí y encomendarme a él como tantas veces le vi hacerlo a mi madre.

Consulto mi reloj, nuevamente, y ya han pasado cinco minutos de la hora acordada para nuestra cita. «*Quizás algún paciente le ha tomado más tiempo, es comprensible...*», me digo buscando paciencia y calma.

Vuelvo la vista a mi Ivanna, continúa con ella perdida en la distancia y sé que reza en silencio esa oración ortodoxa que ella y su madre repiten cada día en

el que invocan y veneran a san Andrés, el apóstol y santo patrono de su religión.

¡Quisiera tanto darle la seguridad de que todo estará bien! Aunque yo me consuma por dentro y mis nervios estén a punto de estallar, daría cualquier cosa si con solo mi presencia bastase para que ella se aferrara a la esperanza de que nuestra pequeña logre salir adelante.

—Mi amor...

Se vuelve a mí y reconozco enseguida cómo el llanto amenaza por apoderarse de sus ojos partiéndome en dos el pecho. No aguanto verla sufrir, me inclino hacia delante en el asiento y tomo sus manos entre las mías, pidiéndole en silencio a cualquier ser supremo que me dé el poder de esta vez ser el hombre que ella merece y necesita a su lado.

—Mi cielo... Estamos los dos juntos en esto. Quiero que tengas la seguridad de que somos tú y yo contra el mundo, luchando por nuestra princesa... Confías en eso, ¿verdad?

Su silencio por unos momentos desequilibra mi seguridad, la lastima y debilita; pero recuerdo lo pasado el día anterior y, aunque no me lo digan sus palabras, percibo en el fondo de sus ojos que su alma me reclama el sentirse en una cuerda floja emocional a punto de dejarse caer por el abismo de las dudas. Otra vez me castiga el pensamiento de lo que soy...

¡Un dañado cabrón que no la merece!

—Tengo tanto miedo... —me confiesa, y sus palabras salen como un arrullo lánguido y doloroso que me destruye.

—Yo también, pero quiero ser tu apoyo y tu fuerza, mi vida. Estoy aquí siempre... —Beso su frente y, al apartarme de ella, una lágrima rueda rauda por su mejilla permitiéndome atraparla con mis labios en un beso, embriagándome de su salado y bendito sabor.

En este momento somos esos dos seres que desde que se vieron supieron que se pertenecían. Sé que nada en este mundo sería tan verdadero y genuino como este sentimiento que nos une, aunque a veces sea yo ese imbécil que lo pone al límite del dolor y la desdicha, aun sabiendo que estaría destruido y sin vida si la perdiera.

—Te amo... —le declaro como la mayor y más cierta de mis verdades, y la razón de mi vida.

—Y yo a ti..., pero...

—¿Pero...? —me atrevo a preguntar sin ignorar cómo amenaza por consumirme una silenciosa angustia.

—Hay muchas cosas que debemos hablar, desahogar y...

—¿Y...? —El temor a escuchar algo que no sería capaz de soportar alcanza niveles casi insoportables

—Y yo...

—Señores Sanfield...

La secretaria nos saca de aquella espiral intimidante para mí, y no sé si agradecersele. Nos levantamos y tras ayudarla con su abrigo, ella recoge su bolso y me permite rodearla por la cintura, acercándonos a la señora Mirova.

—El doctor Kozlov los recibirá ahora —nos dice sonriéndonos cuando estamos frente a ella, que ya nos espera de pie con una carpeta blanca en las manos, la cual suponemos es la historia clínica de nuestra niña, y disponiéndose a darnos paso a la oficina del cardiólogo.

—Doctor Kozlov, el matrimonio Sanfield —nos anuncia y pasamos por su lado mientras amablemente nos sostiene la puerta abierta.

Nuevamente estoy junto a mi esposa frente a este señor al que le debemos en gran medida que nuestra hija se encuentre estable de salud y con vida. Lo veo levantarse detrás de su buró ofreciéndonos un cordial saludo, primero a Ivanna y luego a mí. Es un hombre rondando los sesenta años; la tez y su cabello, completamente blanco, dan junto a sus clarísimos ojos el sello fiel de que su árbol genealógico ruso no ha sido intervenido por etnia alguna.

—Buenas tardes para ambos, un gusto verlos nuevamente —nos manifiesta cortés al estrecharnos las manos y nos pide, haciéndonos un gesto, que tomemos asiento en los dos sillones que están delante de su escritorio.

Varios títulos de doctorados se exhiben orgullosos en la pared del fondo, y recuerdo que fue el primer detalle que tomé en cuenta la primera vez que nos reunimos con él. Siempre he querido para mi hija lo mejor, y sin duda Kozlov ha sido una excelente elección.

—Buenas tardes, doctor —le contesto, intentando disimular la ansiedad que me embarga.

—Nos place verle, doctor Kozlov —le responde seguido mi esposa, y sus palabras tiemblan irremediablemente, lo que me hace tomar su mano y apretarla fuerte, dejándola protegida junto a la mía, más cuando la frialdad de esta me confirma que los inestables nervios llevan el mando en ella.

—¿Qué noticias nos tiene, doctor? —rompo el hielo de una vez, observando cómo ojea las páginas de la abultada carpeta que, antes de salir y dejarnos con él, le ha dado su secretaria.

Pasa la yema de sus dedos por su barbilla sin levantar la mirada hacia nosotros y mis límites de paciencia amenazan ya la explosión de mi cordura.

—Bien...

¡Con un demonio, al fin nos dirás algo!, me digo.

—Estoy muy complacido con los últimos exámenes médicos de su niña.
—Escucharlo me hace soltar el aire retenido y regocijarme por sentir que mi

mano recibe la emoción de mi esposa, apretándola fuerte, y finalmente una sonrisa aparece en su hermoso rostro. Me mira y el azul de sus ojos se baña de esperanza, alivio y gratitud dejándome sin palabras.

—¿Eso quiere decir, doctor, que su condición comienza a ceder? —le pregunta ella y yo presto atención inmediata al médico, y a la respuesta que le dará.

—Bueno, ustedes son conscientes de que el problema de su hija es de carácter congénito. Ante estas anomalías no hay mucho que se pueda predecir. Solo nos queda seguirla vigilando, continuar con el tratamiento, que hasta ahora hemos visto ha sido de gran ayuda y ha dado excelentes resultados. Sobre todo, se debe seguir garantizándole una calidad de vida con los cuidados que ella requiere.

—La cirugía de la que en alguna ocasión hablamos, doctor, ¿ya no es necesaria? —Vuelve a preguntar mi esposa, y yo agradezco se mantenga activa cuestionándolo todo; ya que, a mí, la adrenalina y la fortaleza de hace unas horas quieren comenzar a abandonarme.

—Por el momento no lo considero prudente, Ivanna. —Ella suspira aliviada al escucharle afirmar esto, y yo me dejo recorrer por una paz sublime e imposible de describir con palabras.

El doctor Kozlov se aprieta el puente de la nariz y se recuesta hacia atrás en el sillón, de espaldas alto, tras quitarse las lentes, es evidente su agotamiento físico.

—Señores, no puedo mentirles ni dejar que mi satisfacción y optimismo como médico por el avance que estos resultados me revelan —palmea la carpeta llena de documentos que hace unos instantes revisaba y aún se encuentra abierta sobre el escritorio —me hagan no ser objetivo. Un profesional de la medicina jamás se puede dar ese lujo, sería desafiar a la ciencia y yo nunca me atrevería a hacerlo.

—¿Qué nos quiere decir concretamente, doctor? —pregunto finalmente al ver a Ivanna asentir contrariada y pensativa ante aquellas palabras.

—Lo que quiero decir, Armando, es que vuestra hija tiene una deficiencia muy seria y que sabéis que esta no se curará en su totalidad con ningún fármaco o terapia. Estamos tan solo dando tiempo a que ella crezca y a que con su desarrollo madure, y así podremos lidiar con las posibles alternativas, como es el caso de la cirugía. Obviamente, con más edad, aumentarán las posibilidades de un mayor éxito en el caso de Romina. —Analiza nuestras reacciones antes de continuar.

—Los exámenes han salido mucho mejor de lo que esperaba, sin duda así es. —Miro a mi esposa y los dos estamos pletóricos de dicha con esa noticia—.

Pero Romina todavía es muy pequeña, no debemos descuidarnos, solo darle curso al tiempo y ver cómo se desarrolla su crecimiento a la par de su condición.

»Las decisiones que sean necesarias tomar a futuro, solo el tiempo nos lo dirá y nos guiará a ellas. Por ahora, el tratamiento farmacológico, su dieta y, especialmente, su controlada actividad física nos ayudará a mantener a raya su cardiopatía y brindarle una calidad de vida casi normal, sin bajar la guardia y siendo conscientes de que con el tiempo serán necesarias otras evaluaciones tal vez más invasivas. ¿Alguna inquietud por todo lo que les he explicado?

—No lo creo doctor... —le contesto sin que desaparezca una sonrisa perpetua en mi rostro. Sé que no es como recibir la noticia de que nuestro pequeño tesoro este sana completamente; pero para nosotros, en este momento, es como si fuera así y nos seguiremos aferrando a esa luz de esperanza.

—Entonces hay otro punto que debemos tratar y este ya no tiene que ver con la enfermedad de Romina directamente, pero sí la involucra.

Sus palabras nos desconciertan y, tras mirarnos, sé que nos hemos quedado ambos sorprendidos e incluso preocupados por lo que Kozlov tenga que decirnos.

—¿De qué se trata, doctor? —pregunto sumamente intrigado. Mientras, él nos mira uniendo sus manos sobre la mesa, imagino que pensando cómo abordar el tema, y esta vez nos preocupa más ver su actitud.

—Se trata de que... —Deja de hablar por unos segundos—. Será necesario que su hija, a partir de ahora, pase a las manos de otro cardiólogo, puedo sugerirles varios nombres. —La noticia nos alarma e intranquiliza, nos soltamos las manos, que hasta ahora habíamos mantenido entrelazadas y, como si nos hubiésemos puesto de acuerdo, frotamos nuestras frentes, muy abrumados por lo que acaba de revelar.

—No entiendo, doctor, confiamos en usted, en nadie más. ¿Por qué esta decisión? Y además... —comienzo torpemente a decirle y él me interrumpe.

—Lo sé, Sanfield, y créame que siento mucho comunicarles esto, pero son mis últimas semanas en esta institución y, de hecho, en el país también. A eso se debe que deba transferir a Romina con otro colega, obviamente recomendarélo y que ustedes finalmente decidan.

—¿Se va usted de la Unión Soviética? —le pregunto extrañado por la decisión de este hombre que es considerado una de las mentes más brillantes dentro de la cardiología soviética.

—Así es, me traslado en tres semanas a Suiza, y temo que será indefinidamente.

—Perdone mi indiscreción, doctor, es que nos ha tomado por sorpresa esto. ¿Emigra por asuntos profesionales? —le planteo, girándome a mirar a Ivanna,

que frota sus manos también en evidente señal de preocupación por la noticia.

Hasta a Suiza sería capaz de llevar a mi hija si fuese necesario. Estamos acostumbrados a Kozlov, y su dedicación por el cuidado de nuestra niña ha sido la pequeña dosis de sosiego ante la preocupación que nos causa su condición todo el tiempo.

—Digamos que mi decisión se debe a un instinto preventivo. Los grandes cambios sociales, la mayoría de las veces, no traen grandes beneficios y sí muchas incertidumbres; creo que usted, como diplomático, entiende a qué me refiero.

Asiento afirmando a lo que me dice, y algo dentro de mí advierte que serán muchas las personas valiosas de este país, como él, que tomarán decisiones similares ante lo que se anuncia con avvicinarsi, y de lo cual se tienen muchas dudas y recelos, tanto social como político.

—En fin... —Se levanta y nosotros lo imitamos, debe estar ya a punto de atender a otro paciente y no debemos seguir extendiendo la conversación.

—Estoy complacido porque, al menos, mi última entrevista con ustedes acerca de Romina haya sido tan satisfactoria y llena de esperanza. No dejen de comunicarse conmigo en caso de necesitar cualquier orientación, ya mi secretaria tiene una carpeta preparada con el listado de varios especialistas y, dentro de ella, le pedí agregara mis nuevos datos de contacto. Todos son excelentes profesionales, se los recomiendo mucho. Y por favor, denle un abrazo de mi parte a la pequeña.

—Muchas gracias por todo, doctor Kozlov. Nos desestabiliza saber esta noticia y, la verdad, lo vamos a extrañar; pero deseamos lo mejor para usted y siempre estaremos muy agradecidos por todo —le expresa Ivanna con profundo sentir, no solo porque estamos perdiendo a un gran médico para nuestra hija, sino porque ha demostrado ser un magnífico profesional y un excelente ser humano en todo este tiempo.

—Sinceramente gracias y mucha suerte. —Le estrecho la mano después de que él termina de despedirse de mi esposa, y finalmente salimos al vestíbulo de la consulta en silencio.

Por un lado, felices de saber que, al menos por el momento, nuestra niña estará bien; por otro, inquietos y a la expectativa de encontrar un cardiólogo tan brillante como el que acabamos de perder.

Luego de que la secretaria nos entrega una copia de toda la información médica de nuestra hija en una carpeta sellada, nos proporciona además la lista de varios especialistas en cardiología de la cual nos habló el doctor Kozlov, así como sus nuevos datos personales.

Salimos al pasillo, que nos conduce hasta el área de los ascensores, y

agradezco en silencio ver que, al parecer en la última hora, se ha descongestionado el trasiego de personas en el hospital; así que no esperamos mucho antes de entrar en uno de ellos y seleccionar el botón que nos llevará hasta el primer piso.

Nuestro silencio decide seguimos el juego dándole vía libre a nuestras furtivas miradas y a las sutiles sonrisas que nos dedicamos, siendo el premio recibido por salir llenos de esperanzas de este lugar.

Mi orgullo se entremezcla con la dicha de sentirla rodeada por mi brazo y vuelvo a renacer de mis tinieblas como un ángel caído cuando me sorprende apoyando la cabeza en mi hombro al entrar al ascensor y quedarnos quietos y unidos, recostados a la pared. No puedo detenerme y le beso su cabello idolatrándola y demostrando lo inmensamente feliz que estoy

—Siento que mi corazón vuelve a su camino de paz, ¿y tú? —la escucho preguntarme, y cierro los ojos girándome a aspirar el aroma de su cabello, que se ha benditamente adueñado de mis sentidos.

—Yo siento que el mundo me devuelve a mi lugar de gloria al saber que mi muñeca estará bien con nuestros cuidados y por... tenerte así.

La atraigo hacia mí y la siento estremecerse en mis brazos por breves instantes, hasta que el sonido del ascensor nos anuncia que llegamos a nuestro destino.

—Vamos...

Se escapa de mi abrazo y agarrando mi mano me dejo guiar al exterior. Esquivando algunas pocas personas logro por fin dejar de ir detrás de ella y vuelvo a hacerme de su cintura para susurrarle al oído.

—¿Huyes de mí? —Clava sus piedras azules en mis ojos y es como si los hipnotizara.

—Nunca quiero huir de ti. Al contrario, quisiera... —duda.

—¿Qué quisieras? —la exhorto a decirme mientras nuestro andar se vuelve lento.

—Quisiera que lejos de pensar en huir... pudiera yo entrar y quedarme para siempre en ese lugar solitario que cargas como una cruz y al que todavía no me dejas pertenecer o, peor aún, ese que no me dejas sanar...

Me detengo junto a ella al escucharla, justo al llegar frente a la puerta de salida; algunas personas continúan pasando por nuestro lado y parece ser que el mundo se ha detenido para nosotros cuando, al terminar sus palabras, nuestras miradas se unen, se prenden como si en el reflejo de las pupilas de ella se hilaran los anhelos de mil respuestas, y en el de las mías... se retorciera intranquilo el dolor de mis secretos.

8

Nosotros

Solo puedo besar su frente como respuesta, y su sonrisa a medias me dice un mundo y a la vez no me dice nada. Conoce tanto de mí que no ahonda más en el tema. Me señala un teléfono público a corta distancia, decidiendo hablarle a su madre para darle la buena noticia acerca de nuestra hija; y la observo alejarse unos metros de mí sin dejar de pensar en todo lo que acaba de confesarme.

Estoy convencido de que lo que me ha dicho está muy lejos de ser un intento o un impulso de su parte con el objetivo de herirme, pero involuntariamente ha ocurrido así. Creo que cuando creces, y te lanzas a andar por la vida con la desolación de una desgracia del pasado a cuestas, es muy difícil no volverte víctima de los fantasmas que se te van uniendo durante tu desvalido viaje; peor cuando un día derrumban de la manera más cruel tu mundo perfecto como si fuera un castillo de naipes. Y a partir de ahí, la versión personal de tu existencia comienza a convertirse en puro estiércol humano.

—¡Mi madre está feliz! —Llega a mi lado sin apenas sentirla por estar absorto en mis pensamientos.

—Lo imagino, debe de estarlo como nosotros... —Disfruto tanto de verla entusiasmada, aliviada y llena de esperanza, que en cuestión de segundos nada, aparte de que al menos por ahora nuestra hija está estable, puede ser más importante que la felicidad que me regala el brillo de sus ojos.

—Serguei me dijo que estaría en el estacionamiento 119 del ala norte, ¿vendrás con nosotros, o regresarás con otro chófer?

—¿Quieres que regresemos juntos? —Me mira como si preguntarle esto la extrañara, y me complace verle ese semblante esperanzador en su rostro. Finalmente, su respuesta es otra pregunta.

—¿Volverás a la embajada? —Arrastra cada palabra con pesar al decirlo y no me pasa desapercibida su anticipada decepción ante la posibilidad de mi respuesta afirmativa.

—Sí, tengo que coordinar algunas cosas antes de la recepción del sábado y... —No he terminado de explicarle y baja su mirada al suelo, acompañándola de un resignado suspiro. ¡Sabía que sería así!—. Eh, mírame —le sujeto la barbilla y levanto su rostro viendo que se toma varios segundos para abrir sus delirantes ojos y adueñarse de los míos.

—¿Me acompañarías a la oficina? —Más que preguntarle casi le suplico.

—¿Acompañarte...? —analiza mi pedido observándome como si me hubiese salido otro ojo en medio de la frente, y no puedo evitar sonreírle de lado.

—Así es, podríamos pasar por la oficina, me das solo un corto tiempo para dejar resueltos algunos temas de la recepción y luego tú y yo...

—Pero... ¿y Romina? —interrumpe mis palabras preocupada, pero sin desaparecer ese brillo de emoción en su mirada.

¡Sí! ¡Le ilusiona la idea!

El vago temblor de su mano, la cual he tomado entre las mías, me lo dice y soy un cabrón feliz por eso.

—Romina estará feliz con sus abuelos, más aun si le dan uno que otro dulce a escondidas nuestras, ¿no crees? —Solo asiente, vuelve a sonreír, y al hacerlo humedece sus labios dejándome enloquecido con ese gesto suyo.

—Creo que tienes razón... Podría acompañarte y...

—¿Y...? —Comienzan a desordenarse mis ideas, y esta sensación de querer que todo a nuestro alrededor desaparezca y solo quedemos ella y yo me envuelve de deseo.

¡Concéntrate!

«*Recuerda lo que ella espera de ti, no lo echas a perder ahora*», me recrimino.

—Nos debemos tiempo, Armando —dice pausada.

—Lo sé... Y lo que más deseo es dárnoslo.

—Y también muchas explicaciones —reafirma segura.

—Esas explicaciones te las debo y...

—Es que eres precisamente tú quien debe dármelas, ¿no lo crees?

Nuestras miradas rasgan emociones, prendidas una de la otra por algunos segundos. Sé que los dos tenemos un mundo por decirnos, pero no es el momento. Sus palabras y su seguridad al expresarlas vuelven a agujijonear mis miedos, queriendo intentar arrastrarme a sentir que no tengo el control de mis emociones, y eso es a lo que más le temo en mi vida. A no poder controlar cualquier cosa que atente con volver mi existencia un sufrimiento... Como lo fue

hace tanto tiempo.

¿Cómo lo llamó Alina en nuestra última consulta hace varios meses?... ¿Psicopatología y trastorno de inseguridad? ¡No quiero ni me interesa recordarlo! ¡Menos analizarlo!

—¿Nos vamos? —le pregunto, dejando en el fondo de mi mente todos esos pensamientos. Ella solo asiente, devolviéndome esa media sonrisa que adoro y a la cual necesito arrancarle ese halo de tristeza que esconde detrás.

Entrelazo mi mano a la de ella y nos encaminamos a la salida, hacia el estacionamiento, esquivando a una que otra persona que viene en sentido contrario al nuestro. El trayecto hasta la parte norte del hospital se vuelve un poco tedioso, ya que pasamos por zonas de mucha aglomeración, como es el caso de donde se encuentra el área de la cafetería, o el de las salas de espera postquirúrgica. Doblamos a la izquierda en el pasillo central y sin poder evitarlo, por instinto, la atraigo a mi costado soltándole la mano para rodearla por la cintura. Mi lado protector emerge sin pedir permiso alguno al notar el trasiego de personas topándonos sin tener cuidado al transitar por el estrecho lugar, y sé que ella lo percibe ya que por el rabillo del ojo descubro su sonrisa ladeada sin dejar de mirar al frente, pero visiblemente satisfecha.

Respiro aliviado cuando llegamos a la puerta del fondo que nos da paso al aparcamiento bajo techo, justo en el número 116. Repaso con la vista los alrededores y logro visualizar la placa blanca diplomática de nuestro auto a pocos pasos de nosotros. Nos acercamos y Serguei enseguida nos ve, está recostado en el vehículo fumándose un cigarrillo, que de inmediato apaga oprimiéndolo en el borde de un cesto que tiene a su lado, para luego tirarlo dentro.

—Debió decirme la hora aproximada, señor, en la que debía estar frente a la entrada principal esperándolos, discúlpeme, pensé que demoraría más su entrevista con el doctor —nos dice apenado al vernos llegar hasta él, suponiendo por la expresión de su cara la larga caminata que hemos hecho atravesando medio centro hospitalario para llegar hasta allí.

—No te preocupes, Serguei, ya estamos aquí. Llévanos a la embajada ahora, por favor —le pido, sin darme él tiempo a ser yo el que abra la puerta, pues enseguida amablemente lo hace, recibiendo las gracias de Ivanna, que le sonrío.

¡Joder! ¡¿Por qué no puedo tolerar que le sonrío a ningún hombre?! ¡Ni siquiera a mi chófer!

Sacudo la cabeza imperceptiblemente, intentando librarme de lo que, sin duda, se está convirtiendo en mi cruel condena personal y en una absurda y mezquina paranoia.

La sigo y entro al auto. Viéndola a mi lado, como hacía tiempo no sucedía,

me hace sentir orgullosamente posesivo y feliz. Las dos emociones a la vez, sin que ninguna dé espacio a otro sentimiento de los que suelen, sin consideración alguna, torturarme cada día de mi vida.

El trayecto se vuelve tranquilo y en silencio casi todo el tiempo, salvo algunas ocasiones en las que Serguei me informa escuetamente del itinerario que le han pasado los de protocolo, y me consulta si está bien para mí el horario acordado para el día de la recepción de estado.

Sin dejar de escucharlo, intento prestar atención a cada gesto de mi mujer. Su mirada a veces se pierde en el paisaje invernal que rápido pasa delante de sus ojos a través de la ventanilla, y donde se ha mantenido concentrada prácticamente desde que dejamos el hospital.

—¿Todo está bien? —la intento sacar del refugio de profundos pensamientos en el que está inmersa, mientras me hago dueño de su mano cubriéndola con las mías, esperando que me conteste.

—Sí... Todo está bien, solo pensaba...

—¿En qué pensabas? —la interrumpo y vuelve a sonreírme.

—¿Algún día dejará de ser tan intenso, señor Sanfield? —me pregunta girándose hacia mí con un atisbo de pícara dulzura.

¿Será posible que las últimas noticias de nuestra hija hayan logrado barrer cualquier sentimiento de rencor en ella? Necesito aferrarme a esa posibilidad.

—Creo que eso me será imposible lograrlo si la tengo cerca, señora Sanfield —contesto sosteniéndole la mirada con un gesto que evidencia mi adicción a ella.

Mi cuerpo me pide a gritos abrazarla fuerte entre mis brazos y traspasarle la piel a besos; de ser posible, marcarla como un desquiciado hasta que no le quede una cabrona duda acerca de lo importante que es en mi vida. ¡¿Cómo hacérselo entender y creer, por Dios?! ¡¿Cómo lograr que comprenda que simplemente no vivo, no respiro, no existo sin ella?!

—¿Qué haré con usted, embajador? —El brillo de su mirada, y ese gesto de apretarse los dos labios mientras me mira un tanto demandante, logra moverme el piso.

¡Céntrate, Armando, o estarás en problemas!

—¿Podrías empezar por quererme un poco más que ayer...?

Sonríe... ¡Sí! Sonríe, y yo ni siquiera había sido consciente de que tenía encerrada una bocanada de aire en mi pecho hasta que la he visto hacerlo, y con esto he vuelto a respirar aliviado.

¿Logrará entenderme algún día? ¿Será su amor suficientemente perseverante para enfrentarse a mis demonios? ¡No puedo perderla! Todo lo que soy quedaría a la deriva sin ella y sin mi pequeño ángel... Son lo único que tengo y no estoy

dispuesto a seguir perdiendo todo aquello que amo.

«¡Entonces no la sigas embarrando, cabrón!», me grita la voz de mi cordura, esa que debería escuchar con atención, más aún cuando de mi Ivanna se trata.

—Hemos llegado, señor.

Me interrumpe Serguei y al pasar del rostro de mi esposa la mirada hacia delante, observo que se abren las verjas de la embajada dándonos paso a la sede.

—Por favor, déjanos por una de las entradas privadas.

—Como usted diga, señor.

—¿Algún problema con la entrada del frente?

Su pregunta alarmada me recuerda que no le he hablado acerca de las nuevas normas de seguridad que ha pedido tomar la comisión militar del estado cubano con respecto a todo el personal, tanto diplomático como de cooperación internacional con Cuba dentro del país. Ya se han dado manifestaciones bastante violentas en varios centros donde se trabaja bajo los programas de ayuda entre las dos naciones, especialmente en las universidades donde se forman gran parte de estudiantes cubanos con becas otorgadas por la Unión Soviética. El año ha comenzado con muchas polémicas dentro de la política, y la verdad es que la incertidumbre controla hasta el momento buena parte de la situación. De más está decir que esta «supuesta» recepción de estado no es otra cosa que una forma de suavizar, con falsa diplomacia, todo lo que se avecina. De ahí que la llegada del ministro de relaciones exteriores de la isla, después de casi tres años sin visitarnos, sea motivo de alarma y no precisamente de alivio.

—Son tan solo algunas medidas de precaución que ayer se tomaron. Tienen que ver, más que nada, con la visita de la comisión que llegará desde la isla, y en la cual viaja el ministro y varios generales de ejército.

—Temen por la situación izquierdista existente, ¿verdad? —Más que una pregunta lo está afirmando—. El tratado propuesto en Varsovia está causando mucha tensión entre las masas. Además, la llamada Perestroika es algo con lo que lidiamos hace ya algún tiempo, pero que el pueblo no ve claro todavía; ha ocasionado un preocupante declive económico y, a todas luces, simplemente está encaminando a este país a un futuro cada vez más incierto.

Su conclusión me abruma, evidentemente está al tanto de todo lo que está aconteciendo y lo que menos quisiera es causarle otra preocupación, pero definitivamente será inevitable no hacerlo. Estoy seguro de que muy pronto las medidas a tomar tendrán que ser drásticas, y estaremos directamente involucrados debido a mi cargo y posición dentro del gobierno cubano. No sé hasta qué punto ella logrará asimilar ese cambio que se nos viene encima, y muy en el fondo... ¡estoy sencillamente aterrado!

—Sí, eso también ha influido para tomar estas medidas. En fábricas metalúrgicas registradas en el programa de colaboración socialista Cuba & URSS, así como en varias universidades, se han dado situaciones bastante tensas y... un poco peligrosas.

—Se dice que varios ciudadanos soviéticos de las misiones están abandonándolas en Cuba. ¿Es cierto eso? ¿Cuál será exactamente nuestra situación, Armando? —cuestiona con una seriedad bañada de temor que me desarma—. Debemos hablar mucho acerca de nuestro futuro inmediato, y espero que lo entiendas.

¿Acaso lo que quiere decir es que en ese «futuro inmediato» no nos visualiza juntos? ¿Será capaz de decidir no seguirme?

¡Mierda, no!

¡Ni en un millón de años permitiré algo así! ¡Ella y mi hija irán a donde yo vaya! ¡Eso no es negociable, aunque la puta Perestroika hunda a todo el jodido parlamento soviético de una puñetera vez!

«¡No te adelantes a los acontecimientos! ¡Contrólate, contrólate!», intento repetirme hasta convencerme y, a la vez, busco normalizar el temblor que me provoca tratar de respirar con normalidad. «No saques conclusiones aún... ¡No jodas más las cosas!».

Asiento lentamente afirmando y viendo que en su mirada siguen dando guerra varias interrogantes. Es imposible explicarle que su pregunta me ha dejado inerte y que los latidos de mi corazón aparentan querer detenerse en cualquier momento. Los siento retumbar en mis oídos, y mi pulso acelerado, a causa de sus palabras, amenaza con cortar hasta mi aliento. Sé que he fruncido el ceño sin proponérmelo, aun así, me envaró incómodo y casi estoy a punto de enfrentarla y reclamarle, pero cuando voy a contarle las posibles propuestas que traerá el ministro, además de las decisiones que tendré que tomar tarde o temprano sin remedio alguno, el chófer nuevamente con su intervención me interrumpe.

—Hemos llegado, señor.

Habla mientras nos observa por el espejo retrovisor. Me percato de que estamos en el lado oeste de la edificación, justo frente a una de las puertas de acceso privado. Respiro profundo antes de contestarle. Serguei es ese hombre que, aparte de trabajar junto a mí, se ha convertido en un buen amigo. En su caso en particular, es un acompañante muy discreto. Su habitual mirada, siempre amparada detrás del espejo retrovisor, me dice mil cosas en un segundo; es obvio que ha estado escuchando nuestra conversación y, sin necesidad de emitir palabra, sé que su silencio de siempre me está aconsejando mantener la calma y no seguir abordando el tema en este momento. Se lo agradezco entrecerrando los

ojos levemente y asintiendo, sin duda quisiera tener una quinta parte de la ecuanimidad y el sentido común que tiene mi chófer.

—Gracias, Serguei. —Asiente también y se baja con premura para abrirnos la puerta.

Salgo yo primero del auto, luego le extiendo la mano a mi esposa que, al salir, me deja perplejo de angustia viendo su rostro compungido y preocupado, revolviéndome mi ya de por sí agitada intranquilidad.

—¿Demoraremos mucho aquí? —pregunta con cautela, quizás temiendo ser demasiado exigente. Ella entiende que tengo obligaciones que no puedo evadir a pesar de haber querido hacerlo muchas veces, es más, ¡a pesar de haber deseado mandarlo todo al carajo cientos de veces!

—No lo creo. Será solo cuestión de una hora a lo máximo y luego... —Acaricio su mejilla y ella cierra sus ojos ante mi gesto, provocando que un calor me recorra todo el cuerpo.

«¡No tienes una idea de cuánto de amo y te deseo, mi amor!».

Mis palabras resuenan como tambores de villancicos en mi mente. Tendré tiempo de decírselas, de jurárselas, de tatuarlas en su memoria como un glorioso mantra. Esta tarde será nuestra, y cualquier duda en ella me encargaré de borrarla con mis besos, pero... ¿y mis dudas?

—Vamos —evado lo que pienso. No quiero detenerme en eso ahora.

No permitiré que llegue a tener la idea de pedirle a mi chófer que la lleve a casa porque lo considere más conveniente. Agarro firme su mano y me encamino hacia la discreta puerta de madera, que tiene una imperceptible insignia diplomática estampada en el centro. Trato en lo posible que mis pasos no sean tan acelerados al punto de incomodarla.

En la entrada, me vuelvo y le hago un ademán con la mano levantada a mi chófer agradeciéndole, antes de que suba al auto y se retire a la zona donde irá a estacionarlo. Digo mi número de cédula en el panel de la puerta y giro el pomo de esta para ponernos a resguardo del congelante clima.

Ya en el interior, le doy paso primero a Ivanna, soltándola y esta vez acomodando mi mano en su cintura. Caminamos por el amplio y solitario pasillo hasta el ascensor que, al final de este, nos espera con un guardia apostado en su entrada. Creo, sinceramente, que nuestro departamento territorial de investigaciones está un poco paranoico respecto a la situación del gobierno soviético; pero, la verdad, un poco de precaución extra es algo que en el fondo no considero esté de más.

El soldado me saluda con gesto militar antes de tomar el ascensor, y correspondo a su saludo con dos palmadas en su hombro al pasar por su lado, observándolo abrir los ojos asombrado por mi desenfadado y habitual gesto, pero

sin moverse ni un milímetro de su infranqueable postura.

¡Es absurdo! Este chico de la reserva militar no llega a los dieciocho años y debe de estar jodido haciendo guardia en un área solitaria más parecida a un sótano que a una zona laboral de este edificio, y custodiando una entrada y un ascensor que prácticamente están en desuso.

Según subimos, me he girado a mirarla varias veces. El silencio entre los dos, y su vista fija en sus manos, se muestra ante mí como un libro abierto; solo que mi eterna obsesión por el temor a escucharla decir algo que termine destruyéndome, me impide descubrir con claridad lo que guardan sus custodiadas páginas detrás de cada expresión de su rostro.

Las puertas finalmente se abren, llevo mi mano a su cintura nuevamente, y caminamos los dos hacia el salón que antecede a mi oficina.

¡Sí! ¿Para qué negarlo? Estoy orgulloso de entrar con ella y que todos nos vean. Mi instinto territorial y posesivo se dispara y pienso en...

¡Mejor no!

¡Que se joda allá donde está!

—Buenas tardes, señor Sanfield. Justo iba a intentar comunicarme con usted ahora mismo. ¡Pero qué gusto saludarla, señora Ivanna!

Mónica se levanta de su escritorio al vernos y se encamina unos pasos para recibirnos dándole un afectuoso saludo a mi esposa. Sé que la aprecia sinceramente y, aunque no son amigas cercanas, siempre han tenido un trato cordial, amigable y respetuoso entre ellas.

—Para mí también es todo un gusto saludarte, Mónica. ¿Toda tu familia se encuentra bien? ¿Cómo siguió tu madre de su cirugía?

—Finalmente muy recuperada, señora. Ya no se acuerda del susto que pasamos con su vesícula biliar.

—Me alegra saberlo.

—Cariño, si quieres puedes hacer un poco de tiempo en lo que termino, lo más rápido posible, con los pendientes —las interrumpo, ya que lo que más deseo es concluir cuanto antes y dedicarme a mi mujer—. Mónica, ponme al día con el último informe que pasó el departamento de estadísticas hoy. Además, necesito también información de cómo se ha ido organizando la gente de protocolo para la llegada de la delegación que viene de Cuba.

—Sí, señor, podemos hacerlo de inmediato, pero antes necesito decirle algo y...

—Mi amor, ¿me esperas aquí, o prefieres que te pida algo para comer en el salón privado mientras liquido todo esto? —No dejo terminar a mi secretaria, ya tendrá tiempo de soltarme todo el repertorio pendiente.

Me concentro en mi mujer. Quiero hacerla sentir cómoda, atendida, que no

tenga dudas de que a pesar de toda esta vorágine en la que suele convertirse mi trabajo, nada ni nadie es más importante que ella ahora.

¡Sí! ¡Lo sé! Estoy enfermo de amor por ella y jodidamente aterrado ante la más mínima posibilidad de continuar decepcionándola, de que... el amor no alcance, ¡de que no sea suficiente!

¡No dejaré que la inseguridad vuelva a dominarme! Con un puntapié mental aparto los recuerdos de esa imagen que por días me ha torturado, necesito aferrarme a la idea de que hay una explicación para ello, como alguna vez me dijo Alina en una de sus psicoanalíticas charlas: Cuando seas capaz de controlar tus premeditadas acciones y tus impulsos al sacar conclusiones solamente negativas, lograrás también dejar de ver una consecuencia fatídica o destructiva en cada situación o persona que te rodea. Solo dejando el pasado atrás podrás construir un futuro y, también, confiar en los demás sin temor.

¡Como si fuera tan fácil, querida amiga!

—Entonces, ¿lo hacemos así, cariño?

—Perdón, cielo, me distraje —reacciono rápido dándome cuenta de que me perdí en mis borrascosos pensamientos, viéndola negar lentamente, incrédula con la cabeza, pero un tanto divertida.

—Te decía que voy primero al cuarto de baño y luego puedo esperarte en el saloncito, por supuesto que aceptaré que me pidas algún refrigerio, en realidad, tengo un poco de hambre.

Le sonrío satisfecho. ¡Si supiera lo feliz que soy complaciéndola!

—Mónica. —Me giro hacia ella—. ¿Podría, por favor, pedir algo para mi esposa y que se lo traigan a mi salón de juntas?

—Por supuesto, señor, con gusto.

—Bien, perfecto. Prometo hacer todo lo posible por terminar cuanto antes, mi amor —le digo, y ella asiente comprensiva.

Le beso la frente antes de marcharme a mi oficina, aunque el universo sabe cuánto me cuesta controlar los deseos de arrasar su boca y danzar mi lengua en ella hasta dejarla desfallecida.

—Te dejo en buenas manos, tesoro. Mónica, después de pedir lo de mi esposa la espero adentro.

Me dispongo a darles la espalda, ansioso por empezar y acabar de una vez, cuando mi secretaria, hasta hoy una mujer comedida, me frena con un tono de voz más fuerte de lo habitual en ella, deteniéndome sujetando mi antebrazo.

—¡Por favor, señor! —Se da cuenta de lo exabrupto de su comportamiento e intenta recomponerse—. Es que antes de que entremos y nos pongamos a revisar el cúmulo de pendientes, necesito consultarle algunas cosas.

Diciéndome esto mira primero a mi esposa, que sigue delante de nosotros, y

sus ojos indiscretamente van de su rostro al mío.

¡¿Qué coño le pasa a Mónica?! A esta mujer hoy le sucede algo y acabo de percatarme de que no quiere decirlo delante de Ivanna.

—Bueno, los dejo y no los retengo más —expresa mi esposa comprensiva, percibiendo que mi secretaria y yo necesitamos hablar de algo aparentemente confidencial—. Mi cielo, voy al tocador y luego te espero en el salón. Tienen línea de teléfono allí, ¿verdad?

—Por supuesto, cariño —contesto sin dejar de estar disimuladamente atento a la expresión corporal de mi secretaria, que evidentemente comienzo a notar cuán tensa y ansiosa está.

—Nos vemos en un rato. —Se acerca y me da un recatado roce de labios.

—No demoraré, lo prometo —le digo, sin dejar de seguir intrigado por la actitud de la otra mujer que, expectante, espera a que mi esposa se aleje.

—No te preocupes. Llamaré a mi madre y así me dice cómo esta Romina. También le diré que quizás la nena pueda hoy quedarse con ellos. ¿Te parece bien?

Ha intentado evitar con inútil cuidado que se escuchen insinuantes sus palabras, pero a mí me ha sido imposible eludir una sonrisa de triunfo, de dicha y de... ¡puñetera gloria escuchar su insinuación!

—¡Hazlo! —Es lo único que me sale decir antes de verla alejarse, volteándose a mirarme una vez más sonriéndome, y dejándome con un revuelo de emociones que me serán difíciles de controlar mientras espero poder salir huyendo de aquí con ella pronto.

¡Mierda! ¡A la cuenta de ya, esta ansiedad va a matarme las próximas dos horas!

—Bien, Mónica, ¿puedes decirme ahora que está sucediendo? —Me doy la vuelta hacia ella, deseoso por saber de una buena vez el porqué de su intranquilidad y su alarmante actitud.

—Lo siento, señor, me tomó por sorpresa verlo llegar con su esposa y no sabía cómo abordarlo con esto delante de ella.

—¿Abordarme con qué?

—Con decirle que hace más de una hora lo esperan en su oficina, señor.

—¿Que me esperan? ¡¿Quién?! —me extraño dado el dramatismo y aprensión con la que habla Mónica.

—Raquel, señor. La señorita Raquel Durán está esperándolo hace casi una hora; y aunque le dije que no sabía si usted regresaría hoy, insistió y se instaló en su despacho.

Ahora entiendo su actitud. ¡Joder! ¡Esta desquiciante mujer tenía que aparecerse justamente hoy!

Froto mi cara y tomo aire. De un tirón se ha desplomado la dulce adrenalina de deseo y dicha que hace un momento bailaba con mis emociones. Esta visita es un incordio y tendré sin remedio que atenderla.

—Yo me hago cargo, Mónica. Por favor, encárguese usted de lo que le pedí para Ivanna y... gracias —termino diciéndole y pasando mi mano por su brazo, agradeciendo su buen juicio y su discreta consideración.

Me dirijo rápidamente a mi oficina, pidiendo en silencio que esta indeseada situación no me complique las cosas hoy. Raquel Durán es la hija menor de Anselmo Durán, un coronel del ejército que ha estado muy ligado a los proyectos de defensa y ha sido el director los últimos tres años de la Escuela Militar y de Artillería cubana instalada en este país. Hemos tenido la oportunidad de trabajar juntos, incluso de reunirnos en varias ocasiones, más desde que la situación política aquí amenaza con desatar una deliberada hostilidad civil contra ciudadanos cubanos residentes en la nación.

Su hija es ingeniera en telecomunicaciones militares, pero evidentemente, según me parece, únicamente estudió con el objetivo de conseguir trabajo como ejecutiva diplomática en algún país extranjero gracias a las relaciones de su padre para hacerla escalar dentro del gremio. Es una mujer para quien la superficialidad es un lema, acostumbrada a conseguir todo aquello que se propone, aunque se trate de un simple capricho. Sin duda, sé que prefiere una fama de diva consentida por su padre antes de alistarse en la marina cubana o en alguna otra unidad de defensa del país, ejerciendo así la profesión con la que se tituló.

En fin, no entiendo qué hace esperándome. Abro la puerta y, al recorrer con la mirada la estancia, la descubro sentada en el diván de descanso del fondo.

La imagen que tengo ante mí me impacta porque... es lo último que hubiera esperado.

9

Lujuria

—¿Puedes decirme qué significa esto, Raquel?

La visión de esta mujer en una pose sexual y muy provocativa, recostada en el impoluto sillón estilo europeo y usando tan solo su ropa interior de color rojo chillón, me deja paralizado. No es precisamente porque su actitud remueva mi masculinidad, he de reconocer que es una mujer muy atractiva, pero solo soy capaz de en una fracción de segundo dejar correr por mi mente una decena de consecuencias que podrían desatarse por el desenfreno de esta impertinente.

—¿Acaso no te gusta lo que ves, embajador? —me dice mientras da vueltas a un mechón de su rojo cabello entre sus dedos.

Su voz melosa, lejos de provocar mi deseo, me irrita. Solo quiero que se vista de una vez. Miro de reojo su ropa doblada con perfección en la mesa de centro que tiene a su lado.

¡Te has esmerado preparando esta escenita!

Mi impulsivo temperamento da patadas en mi tórax exigiendo salir, pero no puedo hacer un escándalo de esto. Menos sabiendo que mi esposa está cerca.

¡Dios! ¡Todo estaría perdido si Ivanna presencia esta situación!

No tengo nada que ver con esta loca mujer, solo las ideas absurdas que ella se ha hecho es lo que nos tiene ahora en este punto, y de pronto una idea cruza como relámpago mi mente... ¿Sucedió lo mismo con esa escena de la que fui testigo en el metro?

¡No es momento de aclarar hipótesis!

En dos zancadas estoy a su lado y recojo la ropa donde la ha dejado, tirándosela en los muslos descubiertos y sorprendiéndola.

—¡Por favor, vístete! ¡No entiendo en qué momento decidiste hacer algo

así!

Abre desmesuradamente sus ojos y la negrura en ellos se convierte en una ofendida ira.

—¿Eres un idiota, o ensayas siéndolo?! —alega evidentemente cabreada, levantándose sobre sus tacos estilo plataformas que la hacen lucir mucho más alta de lo que en realidad es—. Has estado evitándome desde la tarde en la que aquí, en esta misma oficina —mueve su mano en círculos señalando el lugar—, me hiciste ver que no te era indiferente. ¿Acaso no lo recuerdas?!

—¡Perdón! ¿De qué coño hablas?! —le grito, exasperado por su actitud.

—De tu amabilidad ofreciéndote a llevarme a casa la noche en la que mi padre no pudo llegar por la junta militar y yo estaba sin chófer. ¿O también olvidaste el día en el que me ofreciste ayuda si tenía que revisar los planos que enviaron del departamento de comunicaciones?! ¿Tus señales estuvieron ahí! ¿Así que no me trates como a una cualquiera ahora!

Definitivamente, no sé si echarme a reír o abofetearla, y ver si sale de esa especie de absurda crisis histérica. Sé que esto último me es imposible y nada ético hacerlo, pero con gusto disfrutaría del momento viéndola salir de su estúpida burbuja de mujer herida por un supuesto rechazo.

—Vístete, Raquel —le exijo, haciendo un sobrehumano esfuerzo para no gritárselo.

Sus ojos pretenden atravesarme como dagas. ¿Para lo que me importa! Recoge su ropa, la cual había dejado caer al suelo mientras se enfrascaba en su patética locución, y comienza a ponérsela sin dejar de respirar sonoramente, casi bufando.

—¡Eres un cretino! ¿Lo sabías?! Y te advierto... ¡Esto no se quedará así! ¡No soy una mujer con la que se juega y que luego se tira! —suelta con rabia mientras continúa abotonándose la blusa e intentando armar el lazo que adorna el cuello de esta.

—Puede que yo sea todo eso que dices; sin embargo, tu amenaza me importa muy poco, Raquel. Pero aunque eso sea lo que piensas de mí, me tomaré la libertad de darte un consejo.

—¡Me interesa una mierda tu consejo, Sanfield!

—No me importa, a pesar de tu criterio te lo daré. —Su rostro enrojece al mirarme. Y sus ojos se vuelven casi amenazantes. Va a decir algo, pero no se lo permito levantando mi dedo, exigiéndole con el gesto que se calle.

—Busca un tiempo largo dentro de tu agenda para reflexionar y comprender la diferencia entre la amabilidad que pueda alguien ofrecerte y una insinuación de otra índole.

—¡IDIOTA! —chilla despreciativa, empujándome por el pecho sin lograr

siquiera que me mueva ni un ápice de mi posición frente a ella.

—Aprende a valorarte más, Raquel. No seas la patética mujer que se ofrece con facilidad. A la mayoría de nosotros nos gusta mucho más que un cuerpo voluptuoso y una noche de cama.

—Imagino... —frunce con ironía los labios— que eso crees que tienes al lado de esa insulsa y frígida mujer rusa sin gracia ni estilo, ¿verdad?

—¡Mucho cuidado! ¡No te atrevas a pasar el límite del respeto que como hombre estoy obligándome a tener por ti! —Me acerco apretando los puños a mi costado y rogando a cualquier poder divino que me permita mantener la calma, pero algo me dice que un día la perderé con ella.

»¡Puedo tolerar cualquier impertinencia tuya, menos que ofendas a mi esposa! ¡No hagas que me olvide de quién eres y dónde estamos!

Escucharla ofender a Ivanna me ha agotado la poca paciencia que he estado intentando tenerle. Me ha costado diez años de sensatez acumulada no llegar al punto de agarrarla por el cuello. Casi lo hago al dar dos pasos acercándome a ella; creí perder el dominio de mis actos por unos segundos, pero una fuerza de voluntad casi milagrosa me ha detenido.

Doy media vuelta y me alejo hasta mi escritorio sintiendo la mirada de esta perdida agujoneándome la espalda, pero tengo que hacerlo o... ¡no respondo de mí!

¡Maldita sea! Necesito concentrarme en algo o seré capaz de cometer una locura de la cual me arrepentiré sin remedio.

—Le agradecería..., señorita Duran, que se retire ahora de mi oficina. —Es inútil intentar que no se escuche como una exigencia o amenaza. Se lo digo mirando fijamente los documentos, que al parecer ha dejado Mónica en mi buró, sin levantar la vista hacia ella.

Cinco, seis, siete, ocho, diez segundos... No puedo tolerar continuar sintiéndola todavía cerca. Casi estoy a punto de perder los estribos cuando un toque de nudillos en la puerta me hace detenerme.

—¡Adelante! —autorizo a quien sea que quiera entrar. A ver si por fin esta idiota se larga, pero al confirmar de quién se trata, trago en seco y mi corazón sale desbocado pidiendo tregua a gritos.

—Discúlpame por interrumpir, cariño. —Me huela como si estuviera a la intemperie verla andar hasta mí, mientras que con un gesto saluda a Raquel, que ni siquiera se vuelve para mirarla. Ahora, la muy manipuladora, opta por una actitud engreída levantando una ceja con prepotencia.

¡¿Acaso la muy estúpida pretende con eso intimidarme?! «*No seas absurdo. Sabes que ¡es eso lo que pretende esta zorra!*».

—Solo quería avisarte de que bajaré al departamento de aduanas, a saludar a

Lucía. Hace tiempo que no charlamos y deduzco que aún estarás ocupado un tiempo más.

«*¡Reacciona, imbécil, o tu mujer creerá que quizás, supuestamente, ha interrumpido algo más que una simple reunión de trabajo!*». ¿O seré yo y mi paranoica y desconfiada actitud de siempre las que están llegando a esta posible conclusión?

—Por supuesto, mi cielo. —Me pongo a su lado bordeando mi escritorio—. Mira, te presento a una de las colaboradoras dentro de la embajada. Ella es Raquel Duran y trabaja en el departamento de ingeniería y telecomunicaciones.

Miro con dureza disimulada a la aludida. Se ha quedado de piedra.

¡¿Qué imaginaste?! ¡¿Que no tomaría el control de la situación?!

—Mucho gusto, Raquel. Un placer conocerte.

—Gracias... Encantada..., señora Sanfield —logra articular entre dientes, estrechando la mano de mi esposa, pero sin mirarla directamente a los ojos.

¡Eso! ¡La señora Sanfield! ¡Ridícula engreída!

—Ivanna, por favor —la corrige, y no me gusta.

—Con el permiso de ambos, me retiro —explica nerviosa tras hacer un mohín, que no entiendo, a la petición de mi esposa.

Definitivamente, el momento le quedó grande a su ego. La he visto como ha intentado observar detenidamente de soslayo a mi mujer. Es evidente que no la conocía de cerca, quizás solo de alguna foto, o tal vez ni siquiera eso. Lleva muy poco tiempo trabajando aquí, es entendible su sorpresa.

«*Hermosa, ¡¿verdad?!*», me digo.

Obvio que no lo reconocerá jamás, ni para ella misma, pero evidentemente la belleza de mi esposa y su exquisita personalidad se han impuesto a su ofensivo criterio de hace unos momentos.

¡Ahí la tienes! ¡Mía! ¡¿Creías que podría siquiera pensar en otra mujer que no fuera esta bella eslava que tengo junto a mí?!

—Entiendo, Raquel, pero por favor, si los he interrumpido discúlpenme, yo ya me retiro y los dejo seguir trabajando.

«*¡De ninguna manera! ¡Tú eres quien se larga!*», pienso en silencio mirando a Raquel; y como si la muy ladina leyera mi mente, se yergue y se despide de una bendita vez.

—No se preocupe, Ivanna. Su marido y yo... —me mira altanera y el instinto de querer abofetearla regresa para removerse dentro de mí— ya hemos terminado de aclarar y esclarecer nuestros pendientes... ¿Verdad, embajador?

¡Cínica!

—Absolutamente, así es, Raquel. Definitivamente no ha quedado nada pendiente por discutir —reafirmo con autosuficiencia, esperando que le quede

claro mi subliminal mensaje.

—Bien, buenas tardes para ustedes y... Nuevamente, un placer conocerla, señora.

—Igualmente, Raquel.

Respiro hondo al terminar de seguirle con la mirada los pasos hasta la puerta y ver a esta cerrarse a su espalda.

Luego hago girar a mi diosa hacia mí y la abrazo. Ella ríe mientras hundo mi rostro bajo su cuello. Ahí, en ese bendito lugar que creo algún dios solamente para mí, me siento el dueño del cabrón mundo.

—Es una bendición abrazarte así, nada se compara a esto —le susurro detrás de la oreja, disfrutando del gesto de sus manos acariciando mi espalda con lentitud.

—Sabes que también es una dicha para mí estar así... —suspira—, rodeada por tus brazos, pero...

—No, por favor, no objetes nada ahora —le suplico apartándola un poco y mirando con intensidad sus ojos.

—Armando, el amor no puede ser ajeno a la comprensión, a la sinceridad; todo va de la mano en la misma dirección. De lo contrario, es difícil que funcione. Esta vez no quiero dejar las cosas almacenadas en el paso del tiempo, porque un día nos caerán encima con la fuerza de la más cruel desilusión, y no sabremos cómo esquivar sus embestidas.

—No entiendo a dónde quieres llegar con todo esto —le digo frunciendo el ceño.

Me alejo de ella y vuelvo al sillón de mi escritorio.

¡No quiero que continúe! Se despiertan sentimientos e inquietudes que son atizados por el miedo constante que me provoca recordar.

¿Se cansará algún día de insistir? Imaginarlo me estremece hasta el último de mis tensos músculos y busco desesperado mantener la calma, espantando las imágenes que vuelan a mi mente como si las invocaran mis propios fantasmas.

Estoy en un error ¡Lo sé, maldita sea!

Pero entre más pienso en buscar respuestas más me aterra la idea de nuevamente quedarme vacío, a la deriva, sin nada que me sostenga en esta existencia de pérdidas de la que se ha nutrido mi vida siempre.

—No pretendo nada. Solo quiero que te abras a mí, que hablemos, que desahogemos todo lo que hemos guardado durante estos casi seis años. Especialmente tú, que estoy segura de que...

—¡¿No es suficiente para ti saber que te amo más que a mi propia vida?! ¡Que no soy capaz de imaginar un segundo de mi cabrona vida sin ti a mi lado! —bruscamente le reprocho, ganándome que baje la mirada a sus manos negando

incrédula.

—No logras entenderlo, ¿verdad? —Fija sus ojos nuevamente en mí y, sin ser consciente de ello, hace derrumbar toda mi supuesta determinación; ya que, como siempre, es ella quien mantiene la calma por los dos, haciéndome sentir un verdadero energúmeno.

—No se trata de no sentirme amada, Armando. Sé que me amas tanto como yo a ti; pero también sé que existe un lugar oculto en tu alma al que no me permites entrar ni, mucho menos, comprender; uno que nos está haciendo daño. ¡Necesito entiendas eso! ¡Por favor!

Me viro de espaldas a ella. Meto y saco de los bolsillos del pantalón las manos. Froto mi rostro, me masajeo la nuca y termino de pie con las palmas abiertas y apoyadas en el escritorio, la cabeza baja ante su atenta y paciente mirada.

—Nos debemos... No... Te debo muchas explicaciones, soy consciente de ello. Solo espero que... me des tiempo para lograr abrir una brecha en esta muralla tras la cual llevo demasiado tiempo refugiado.

No me atrevo a mirarla. Sigue callada y su silencio hace mella en mi orgullo, hasta que no puedo aguantarlo por más tiempo y levanto la vista hasta su rostro.

Sus ojos están desencajados, pero, a la vez, logro encontrar comprensión en ellos por lo que le he pedido, y una nítida y pequeña esperanza comienza a regar con su paz mi interior.

—Creo que será mejor que pase a saludar a Lucía y después le pida a Serguei que me lleve a casa si no te importa, además...

—¡No, por favor! —aturdido venzo los pocos pasos que nos separan para aferrar su rostro entre mis manos.

—Nos prometimos tiempo juntos, ¿recuerdas?

—Sí, pero estás atrasado aquí y no quiero que estés tenso o abrumado sabiendo que yo espero por ti.

—Por favor, hagamos algo. —Sí, es una súplica—. ¿Le dijiste a tu mamá acerca de la posibilidad de que la niña se quede con ellos? —Asiente y mi optimismo crece—. Te propongo algo. Busco el aire que me falta, repitiéndome: ¡por favor, acepta!

»Serguei te llevará a casa en lo que yo termino, pero esperará por ti. Seguro desearás cambiarte la ropa y relajarte un poco, y yo tengo planes para nosotros, así que podríamos después...

¡Joder! ¡Parezco una ametralladora rusa hablando!

—Mi amor, está bien, lo haremos así —habla despacio al darse cuenta de mi desesperación—. Por favor, sositégate. Y sí, quisiera cambiarme, ya casi va a

anochecer y desde el mediodía estoy con esta ropa. Me gustaría cambiarla por algo más casual y cómodo.

Ha quitado mis manos de su rostro y esta vez es ella quien acaricia con las suyas el mío. Por fin suelto el aire oprimido en mi pecho durante la última media hora.

—¿De acuerdo, entonces? —pregunta de nuevo.

—Sí, pero antes repite lo anterior.

Me mira confundida.

—¿Lo anterior...? ¿Que necesito ir a casa a cambiarme, ducharme y...?

—No... —la interrumpo—. Eso no... Repite cómo me llamaste antes.

Sonríe... ¡Sí! Lo hace y duplica mi cuota de felicidad en tan solo un segundo.

—Mi amor... Es que eso eres, Armando... ¡Eres mi amor!

La abrazo, la pego a mi cuerpo llenándome de su aroma, intentando sofocar mis miedos manteniéndola entre mis brazos. No, no me conformo, necesito más... ¡Mucho más!

Me adueño de su boca como si en ello me fuera toda mi vida. La pruebo como lo que es: el más exquisito manjar de mi existencia. Mordisqueo sus labios y uno que otro gemido se escapan de ella a pesar de saber que los está conteniendo debido al lugar en el que estamos. Nuestras lenguas se vuelven aguerridas, posesivas y casi el beso se convierte en una salvaje lujuria de deseo.

¡Saldrás de este lugar con tu boca hinchada y enrojecida por mis besos! ¡Desearás, cada minuto que vamos a estar separados, que llegue la hora de volver a estar juntos y solos!

Mi lengua no da tregua se convierte cada vez más en un arma arrolladora dentro de su boca y en el alivio de sus labios. La devoro con avidez, ya que siento hambre de ella; un hambre que me consume y que me está llevando al límite de mi control gracias a sus pezones endurecidos y firmes como agujas, los cuales traspasan la tela de su blusa y se insinúan provocándome atrevidos en mi pecho, buscando mi atención.

¡Sensatez, llega de una puta vez o seré capaz de tirarla al suelo y hacerle el amor, aunque tiemble con nuestra pasión todo el cuerpo diplomático de este recinto!

Siento, apremiante y endurecida, mi masculinidad apretándose dentro de mis pantalones y exigiendo un roce que, al menos, la haga calmarse por estar tan sofocada; me está pidiendo consuelo al punto de volverse deliciosamente dolorosa entre mis piernas. Finalmente, sin darme cuenta, suelto un gruñido de frustración al ver que se aparta, apoyando sus manos en mis hombros.

«¡Genial, Armando! ¡Como siempre, te acaba de demostrar que es tu cable

a tierra! ¡Aprende de una puñetera vez a vivir con eso!», me reprocha, burlón, ese yo interior al que a veces tanto odio.

—Mi amor... No es el lugar... Nosotros no podemos aquí...

Su sonrojo, más que subido de tono, me enternece y me excita a la vez. Pego mi frente a la de ella y los dos cerramos los ojos, yo no del todo, buscando controlar nuestras respiraciones.

—¿Sabes que me pones de rodillas con tan solo mirarme?

—¡No exagere, embajador! —ríe diciéndolo sin abrir los ojos ni separar nuestras frentes—. Que nadie lo escuche. Mire que usted es el representante diplomático de una prestigiosa isla socialista; controle sus arrebatos, por favor.

El movimiento de mi cara al hacer una mueca me delata, y a pesar de ella continuar con sus ojos cerrados, esta le provoca una carcajada nuevamente gracias a mí.

—Sé que hiciste ese mohín chistoso con la nariz —me regaña entre risas—. Te pareces a aquel koala que vimos en el zoológico —sigue riéndose a mi costa.

—¡¿Un koala?! ¡¿En serio me acabas de comparar con un insignificante koala?! ¡¿Y por qué no con un león o una pantera?! —Me separo y le hago cosquillas, retorciéndose entre mis brazos, que la mantienen atrapada.

¡Amo su alegría! Viviría solo por escucharla reír siempre. Disfruto oyéndola suplicar para que me detenga, es muy débil cuando de cosquillas se trata.

—¡Detente, detente! —Apenas si puede pedírmelo coherentemente, así que soy bueno y me compadezco, dejándola tomar aire entre risas.

—Debo irme... o de lo contrario... las relaciones entre Cuba y la URSS estarán en riesgo —dice jadeando sin fuerzas a causa de tanta hilaridad.

—No me importa.

—¡No digas eso! —Manotea mi pecho fingiendo seriedad.

—Me cuesta dejarte ir —confieso.

—Nos veremos en un rato. Prometo esperarte.

Y este es el momento en el que quien sonrío embobado soy yo.

¡Está bien! A regañadientes me rindo a ella.

Rodeo su cintura con mi brazo y beso la punta de su nariz antes de acompañarla a la puerta. Al abrir, mi fiel secretaria levanta la vista hacia nosotros y deja lo que está haciendo: ordenar varias carpetas que deben ser revisadas por mí. En cada una de ellas se encuentran los temas a debatir durante la visita del ministro, dentro de cuatro días.

—Discúlpame, Mónica. Hemos perdido más de una hora. Enseguida me dedico a revisar todo eso.

—Por cierto, señor, han llegado los de seguridad. O sea, el personal extra.

—¿Están esperando?

—Sí, señor. Les dije que lo hicieran en la sala continua, dado que usted estaba ocupado.

—Gracias, Mónica. Por favor, avísele por el interno a Serguei para que lleve a mi esposa a casa y espere por ella allí. Y dígale a Yuri, el otro chófer de protocolo, que necesito que en dos horas esté a mi disposición.

—Como diga, señor. ¿Alguna otra cosa?

—Por ahora no, lo siguiente se lo digo luego. Gracias. —Y le guiño un ojo cómplice ante el ceño fruncido y extrañado de mi mujer.

La eficiente de Mónica entiende que algo me traigo entre manos, me conoce demasiado bien, pero disimula su media sonrisa y se pone en la labor. Decido esperar que termine y acompañe a Ivanna hasta donde la estará esperando Serguei.

—El personal de seguridad al que se refiere Mónica, ¿son más guardaespaldas? —Su pregunta denota preocupación.

—No te alarmes por eso. Siempre ha estado alguien detrás de nosotros, además de los chóferes; lo que pasa es que hasta ahora se habían mantenido con un perfil bajo. Pero dada la situación en el país, han querido reforzar nuestra custodia, es más por precaución que por algún tipo de coacción o amenaza.

O tal vez es una forma de controlarnos más y así comprobar la lealtad revolucionaria de cada uno en estos momentos de crisis. Pero obviamente, lo que creo no lo comparto con ella; menos aun el hecho de que se han recibido varias amenazas izquierdistas contra todo el personal diplomático. La veo asentir poco convencida.

—Señor, Serguei espera a la señora Ivanna.

—Bien, ¿podrías acompañarla, por favor, Mónica?

—¡Ey! ¡Que no soy una niña pequeña!

Me golpea suavemente el hombro, avergonzándome ante la nueva sonrisita entre dientes de mi secretaria, dejándome con los ojos muy abiertos observarla cómo me desafía.

—No te preocupes, querida, que me conozco muy bien el camino —alega, a lo que Mónica asiente.

¡Eso es desobediencia a un superior, carajo!, me planteo gritarle a la muy alcahueta, pero prefiero no perder los modales. «¡Sí! ¡Que esa razón te la crea otro!».

—Ya conoces a este loco sin remedio y sus exageraciones. Es desquiciante cuando activa su modo sobreprotector.

No me deja ni abrir la boca cuando intento rebatir sus palabras, me sujeta el rostro entre las manos y me besa para alejarse presta y decidida hacia el ascensor.

Cuando las puertas se abren pasa dentro y me lanza un beso con la mano, impidiendo con la otra que los paneles se cierren, para antes de que esto suceda, recordarme...

—¡Recuerda llamar a tu mamá, cariño! Le prometiste hace dos semanas que la llamarías hoy. Por favor, hazle llegar besos de parte nuestra, de Romina y míos —enfatisa en voz alta.

¡Cierto! Miro mi reloj chequeando día y hora. Justo en sesenta minutos mi madre estará esperando mi llamada de cada mes. Vuelvo a levantar la vista, pero el elevador ya está cerrado.

Me viro hacia mi secretaria, ahí está, carpetas en mano y dispuesta a seguirme el ritmo, como siempre.

¡Esta mujer es increíble! ¡La eficiencia en toda su magnitud!

—Manos a la obra, Mónica. Tengo máximo entre treinta y cuarenta y cinco minutos para firmar y revisar todo. Luego necesito llamar a Cuba y pedirte, además, que me ayudes a preparar algo. ¿De acuerdo?

—Claro que sí, señor. Si nos ponemos en función rápido, nos dará tiempo a todo y podrá estar listo para su chica.

Desinhibe su carácter conmigo como pocas veces lo ha hecho, y hasta me guiña cómplice un ojo. Le agradezco sonriéndole. Extrañaré a esta buena mujer si las cosas se desarrollan como esperamos. No solo es leal, sino también muy solidaria y comprensiva.

—¡Pues adelante!

Digo finalmente, y ella me sigue camino a mi oficina.

10

Por ti...

Me he frotado tanto las manos que me empiezan a arder un poco las palmas. Estoy nervioso, lo admito. Durante las últimas tres horas he hecho mi mayor esfuerzo para concentrarme en todos los temas pendientes, pero reconozco que sin la ayuda de Mónica difícilmente hubiese podido terminar con ellos. Mientras reviso por quinta o... ¿sexta vez?

¡Qué importancia tiene!

El punto es que no he podido evitar dar cien vueltas por toda la *suite* sintiendo que la ansiedad no me abandona ni un minuto y deseando que todo luzca perfecto, que todo salga como espero. Definitivamente, el corazón se me saldrá del pecho y hará un nudo con mis nervios, necesito ocupar en algo mi mente.

«¡Ni que fueras un adolescente en su primera cita, Armando! ¡Céntrate, por Dios», como me diría mi madre.

Otros pasos más hasta la puerta y de vuelta al salón, marcaré un surco en esta brillante alfombra de continuar así. Esta espera me tensa, me asusta; pero a la vez me invade de una tímida y motivadora esperanza.

¿Y si no conseguimos dejar atrás nuestros desencuentros?

¿Y si estas ilusiones que he alimentado no son más que eso...: simples ilusiones?

... ¿Y si no logra entenderme?

¡Basta! Confía, confía... ¡Tienes que confiar!

Me repito con desesperación, buscando calma y sosiego, mientras, masajeo mi nuca sin dejar de aminorar mis pasos intranquilos por todo el lugar.

Me detengo frente al espejo ovalado que, en la pared central del salón, hace

gala de fastuosidad rodeado por su marco dorado al estilo de un antiguo arte barroco ruso. Mis ojos se convierten en los más crueles y exigentes críticos de esa imagen que me regala y, vanidosamente, me repaso desde la vestimenta hasta la corbata azul marino, deteniéndome en el símbolo bordado a mano con hilos plateados en ella: la runa de Vuno, o runa del amor eslavo. Los recuerdos se vuelven densas y sutiles nubes refrescando mis más atesoradas memorias...

—Este es mi regalo... —Su rostro resplandece diciéndomelo al darme una pequeña y alargada caja forrada con papel plata.

Ansioso ante sus expectantes ojos la comienzo a abrir.

—¡Feliz primer aniversario, amor!

Me besa feliz, rodeándome el cuello cuando ve que saco de ella sonriendo su obsequio, abriéndolo entre mis manos... Una corbata de seda, de un azul maravilloso; ese azul índigo que ella sabe me gusta tanto. Es unas de las incontables veces en las que su ternura me desarma, me deja sin palabras y me hace sentir que soy... ¡el puto hombre más feliz y afortunado del mundo!

Ríe y ríe a mi lado, dichosa como una niña, y mi pecho se ensancha pleno y complacido por su alegría. Con una mano le rodeo la cintura y beso su sien, sabiendo que ella no es capaz de entender cómo estos detalles hacen la diferencia entre mis recelos y el inmenso anhelo de que esta vez mi vida no colapse arrastrándome a un abismo de desilusiones y amargura.

¡Sí, eres tú... Por siempre tú en mi vida, mi amor! ¡No te perderé nunca! ¡A ti no! Estoy cansado de perder todo lo que amo...

Me repito en silencio atrayéndola a mis brazos y aferrándome al calor de sus besos en mi cuello. Sintiendo cómo poco a poco estos me devuelven otro trozo de esa alma que el pasado hizo pedazos. Nos separamos y acaricio en la prenda que acaba de regalarme nuestras iniciales grabadas en ella junto a un símbolo que me llama la atención.

—Es la runa de Vuno... —me dice como si adivinara mis pensamientos, rozando sus dedos también por los hilos plateados del grabado que asemeja una letra parecida a la de algún jeroglífico antiguo.

—La llaman la runa del amor eslavo o runa nórdica del amor—explica—. Significa la unión de dos almas, la entrega de dos pasados para unirlos en un solo presente. —Suspira profundo, concentrada en sus palabras sin levantar sus ojos de nuestras manos juntas mientras acariciamos a la vez aquel símbolo que ella misma bordó.

—Dice una antigua leyenda eslava, que es la runa que conecta al verdadero amor con el universo —comenta emocionada—. Y que cuando encuentras en esta vida tu otra mitad debes trazar este símbolo en una prenda o en un objeto

de valor sentimental con tus propias manos, como hacían las doncellas de la antigüedad, para que los dioses nórdicos y la naturaleza bendigan su unión por siempre, y entrelacen sus emociones y sus esperanzas de por vida en un solo espíritu. Quiero todo eso y más a tu lado, mi vida.

Levanta sus ojos hacia los míos fijamente, se le ven hermosos, bañados por un brillo abrumador y provocando que mis latidos en el pecho desaten su enardecida carrera.

—Hoy hace un año que te entregué mi corazón, y pretendo que no me lo devuelvas nunca —continúa—. Confieso mi temor al principio, mis dudas; más que nada, basadas en la diferencia de nuestras culturas y costumbres, y en nuestra diferencia de edad que, aunque no es muy grande, si me intimidaba por si tu madurez pudiera abrir una brecha entre nosotros. No creía poder ser la mujer que esperabas —se detiene y baja la cabeza. Sonríe al pensar cuán equivocada estuvo por pensar así; y amándola más, si es posible, le beso la frente con adoración.

»¿Pero sabes algo? Hoy... Hoy te pido que me dejes seguir soñando a tu lado, Armando. Déjame resguardar tu alegría y sanar todos tus miedos. Déjame descubrir de qué huyes, a qué le temes. Quiero ser tu barricada, si es necesario, frente a todo lo que te pueda dañar. Quiero cuidarte, consolarte; pero, sobre todo, necesito... ¡Necesito amarte!

Al oírla, mis sentimientos se vuelven salvajes, me arremeten y debilitan como una ola que amenaza con envolvernos a ambos. Las condenadas palabras se atorán en mi garganta, no ceden, no colaboran, solo ahogan y desesperan mi ser porque todas me parecen imperfectas y banales para poder expresarle lo que siento y lo que ella significa en mi vida. Al final, las desafío empujándolas al centro de mi pecho logrando expresarle por fin...

—Tú..., mi diosa eslava... —Necesito tragar en seco a ver si esta opresión emotiva afloja mi tórax—. Solo de mirarme me robas la razón, de solo tocarme me haces creer que estoy recibiendo más de lo que merezco; eres ese immaculado remanso en medio de una oscura tormenta, que me garantiza la calma al final de ella. Cuando me veo reflejado en tus ojos el mundo se vuelve perfecto, mis anhelos se hacen posibles y mi confianza en el futuro deja de ser una huella efímera de mis atormentadas pesadillas.

Atrapo con ternura una lágrima que escapa debido a mis palabras por su rostro y le doy un beso en cada uno de sus párpados, los cuales cierra emocionada.

—Te amo, mi Ivanna; así, con mis imperfecciones y mis desaciertos, con mis quebrantos de vida y mis clandestinos fantasmas. ¡Te amo! Y quiero que sepas que mi existencia se reduce a nada ante el solo pensamiento de poder

llegar perderte...

La abrazo con fuerza, un año ha pasado desde que nuestras miradas se poseyeron en aquel pasillo universitario, desde que supe que existiría solo para adorarla. Un año desde que apareció en mi vida como un ángel de amor para darles un puntapié a mis demonios. Un año, en el que cada día me siguen torturando sin tregua mis temores e inseguridades ante la posibilidad de perder nuevamente lo que más quiero, de quedarme nuevamente vacío y roto sintiendo que nada tengo, que nada soy... ¡Ese es mi mayor miedo!

Abro los ojos, ajenos a cuántos minutos vagué sin rumbo por los recuerdos, respiro profundo y vuelvo a mirar mi reloj. Repaso con la vista lo que me rodea, buscando algo que logre tranquilizarme.

¡Todo estará bien! Ella y yo... Nosotros, por siempre nosotros.

Quiero que desaparezca de mi mente cada uno de los segundos de esa imagen que me ha ido labrando las entrañas los últimos días, e intento desesperadamente sustituirla por nuestro encuentro de hace unas horas en mi oficina.

¡Sí! Voy a lograr hacerlo, voy a exorcizar todos mis demonios, esos que conozco y los que sin rostro se mantienen acechantes en algún recóndito lugar de mi memoria.

Sacudo la cabeza recordando y repitiéndome cada uno de los consejos de Alina en nuestros encuentros. Porque eso es lo que son, «encuentros»; siempre le he pedido que se refiera a ellos como un breve tiempo de charla entre viejos amigos, y no como una sesión terapéutica.

Nunca he aceptado recostarme en su diván ni, menos aun, permitir esa terapia de hipnosis por mucho que me la ha recomendado para, según ella, canalizar mi negativa y desconfiada ansiedad ante el futuro y encontrar cuál momento de mi vida pasada la provocó, un momento supuestamente escondido en mi subconsciente.

Lo sé, soy un pésimo paciente y peor amigo; de ahí la insistencia de Alina para transferirme a un colega con el cuento del conflicto profesional cuando existe una relación psicólogo paciente, algo que ha dado por imposible; siempre le he dicho que, de hacerlo, dejaría de intentar aceptar cualquier ayuda de su parte, como amiga y como profesional.

¡Qué cabronazo soy manipulando las cosas a mi antojo personal!

Lo reconozco, pero la verdad es que, por una parte, no aceptaré ponerle nombre a esas emociones que en realidad considero mi cruz de vida, y, por otra, necesito a mi paciente, comprensiva y confidente amiga; ella es la única que me ha ayudado a liberar mis cargas destructivas desde que...

¡Desde ese día!

¡Es mejor no recordarlo!

El timbre del teléfono me saca de mis cavilaciones y casi corro a contestar. Del otro lado de la línea, desde la recepción, me preguntan si acepto se me pase la llamada de Serguei, y obviamente digo que sí de inmediato.

—Dime, Serguei, ¿ya van a salir?

—Su esposa ya está bajando, señor. Lo llamaba, como acordamos, para avisarle de que estaremos en el Metropol en cuestión de una hora si no hay problemas de congestionamiento vial, además de la nieve que ha caído...

—Perfecto, Serguei, puedes dejarla en la entrada. Dile que pregunte por la *suite* ciento dieciséis en la recepción, todo está arreglado.

—Así lo haré, señor. Tengan usted y la señora una estupenda velada y señor...

—Dime... —me inquieta su repentino y dubitativo silencio.

—Solo quería decirle que me alegro mucho, señor. Usted y la señora Ivanna merecen ser felices siempre. Si me permite un respetuoso consejo, recuerde tan solo que el amor se solidifica en el corazón a fuerza de perseverancia. Llénese de paciencia y fuerza interior, señor. Escuche todo lo que tenga que escuchar y diga todo lo que necesite expresar. No se guarde nada, libérese de todo lo que signifique angustia y dolor.

—Gracias, Serguei —le contesto sincero y conmovido por su preocupación, dándome cuenta de que los años trabajando juntos han logrado que él entienda mi vida sin necesidad de violentar esa silenciosa compañía suya durante cada día—. No olvidaré tus palabras, ni tampoco tu ayuda y tu lealtad de siempre, eres un gran hombre y un valioso amigo.

—Es un placer, señor —expresa finalmente con el tono de voz emocionado—. Por cierto, el equipo extra de seguridad personal ya entró en funciones, pero no se preocupe, recibieron toda la orientación para mantener un perfil bajo y no llamar la atención.

—Muy bien, gracias nuevamente, Serguei.

Termino la llamada y los últimos consejos de este gran hombre quedan grabados entre pecho y espalda. A veces, el que te caiga como un vendaval una variante diferente al lente por el que observas a diario tu vida no solo puede ser reconfortante, sino también muy revelador.

Solo falta hora y media para volver a intentar con todas mis fuerzas rescatar todo lo que sea que pueda estar perdiendo referente a mi bien máspreciado.

¿Perdiendo?

«¡No, Armando! ¡No te permitirás perder nada más! ¡Mucho menos lo que tanto amas! ¡Lo que es solo tuyo!».

Mi conciencia me grita posesiva y yo acepto benevolente su orden. Ivanna es mía, mi hija es la razón de mi vida y sin ellas...

¡Solo de pensar estar sin ellas siento que no respiro!

Repararé esa grieta que amenaza abrirse entre nosotros, mi amor.

¡Lo haré!

¡Tengo que hacerlo!

Me acerco a la mesa con el servicio de bebidas que pedí para esta noche; hice énfasis en las que ella siempre prefiere, como el *rosé champagne*, que es su favorito. Para mí un vodka Imperia.

Me sirvo un trago con un poco de hielo, lo muevo mirando los pequeños cubos helados en el líquido y, finalmente, lo pruebo. Está delicioso sin duda. Hago un recorrido visual más, intentando buscar algo que me deshaga de este estado de impaciencia y es cuando algunas revistas que adornan un pequeño mueble antiguo de colores neutros llaman mi atención.

Me acerco y busco algo interesante; tras sentarme en el sillón, al lado del mueble, cojo varias de ellas y al hojearlas veo que tratan acerca de la historia de este lugar; sinceramente, creo que me será de ayuda leer un poco, aún falta algo más de una hora para que llegue y quiero estar lo más sosegado posible. Finalmente, me impresiona la información que descubro en las publicaciones...

Resulta que el hotel Metropol es uno de los más antiguos de Moscú, y aunque ha sido ocupado buena parte de este como segunda casa del gobierno desde que la capital soviética fuera trasladada a Moscú, en su día decidieron mantener las mejores zonas como instalaciones de hospedaje y disfrute para los parlamentarios. Además, está considerado un símbolo de ocupación revolucionaria soviética, ya que en la revolución, cuenta la historia que durante seis días este se convirtió en el puesto de mando del ejército rojo. Los discursos de Lenin en este lugar son sin duda su mayor baluarte para el gobierno comunista. Me informo, también, de las diferentes reestructuraciones que ha sufrido y de que, incluso, próximamente harán otra remodelación.

¡Qué tendrán estos soviéticos en la cabeza!

La economía del país cayendo a pedazos y ellos restaurando hoteles de lujos para el disfrute de los ministros y altos dirigentes del gobierno.

En fin, no es algo que verdaderamente llegue a importarme, me digo cerrando todas las revistas y tirándolas al lugar donde estaban, y dejando por imposible la «supuesta» interesante lectura.

¿Por qué acepté hace seis años la propuesta del ministro?

¡Dios!

«¿A qué viene esa pregunta ahora, Armando? La soledad definitivamente te pone muy auto analítico y reflexivo. ¡Ahora respóndete!».

Quería poner tierra de por medio...

¡Eso era lo que quería!

Necesitaba olvidar todo después de aquel trágico día en el que me cayó como un hormigón pesado la verdad gracias a él. Me costó un mundo de tiempo perdonar a mis padres. Injustamente los culpé, cuando en realidad ellos fueron mi mayor bendición; pero no fue sencillo asimilar de golpe tanta información y, uniéndose a eso, lo que sucedió después terminó por lanzarme a un pozo de rencor y destrucción personal.

¡Basta de tantos recuerdos! No es el momento...

Me levanto y me acerco al ventanal intentando no dejarme abrumar por mil y una evocaciones del pasado, que no deseo de ninguna forma traer al presente ahora.

Engaño a mi mente, paseo la vista por el lugar buscando algo que me enfoque en el instante que estoy a punto de vivir, ese que quiero sea único e inolvidable, aunque tenga que a retazos ir dejando caer ante ella la corteza dura y casi impenetrable con la que me he resguardado siempre.

«*Todo, por ella... todo*», me repito, volviendo a mirar en torno a mí.

Indiscutiblemente, ha quedado hermoso... La mesa que ha preparado el cáterin del restaurante del club está impresionante. Sin duda, a mi maravillosa secretaria no se le escapó nada, y eso que solo fueron algunas ideas sueltas que se me ocurrieron en un muy corto intervalo de tiempo; a pesar de ello, las logró realizar todas. Tengo un poco de cargo de conciencia con Mónica, después de terminar con nuestro arduo trabajo, que evidentemente la dejó agotada, le solté mi petición casi suplicándole que me ayudara a coordinarlo todo. Como siempre, ella no solo fue eficiente, sino que su entusiasmo tras decirle lo que pretendía hacer terminó por convertirla en un torbellino a mi alrededor mientras preparaba con dedicado esmero lo que le había pedido.

¡Excelente ser humano, sin duda!

No me canso de estar a la expectativa y de llenarme de optimismo, convenciéndome todo el tiempo de que será una noche especial, mi elección creo que fue acertada.

La decoración de la pequeña sala está inspirada en un estilo Luis XV, y es sumamente acogedora. Fue una buena decisión optar por este lugar, algunos contactos me ayudaron y, por una vez, me olvidé de mis recelos a la hora de hacer uso de mis posibilidades adquisitivas en este país. Los muebles son un verdadero arte milenario, conservados con exquisitez. Gran parte de ellos datan del siglo pasado, de la época de los zares, son sin lugar a dudas verdaderas y preciosas joyas del diseño de interiores antiguo. Una lástima que no se exhiban al mundo en algún museo, en vez de estar al alcance de una inconsciente cúpula

de gobierno.

Me emociona ver como los tulipanes blancos, sus favoritos, protagonizan la decoración; tres ramos, como pedí, uno de ellos adorna el centro de la mesa preparada solo para dos. La vajilla, estilo retro, luce esperando su debut, convirtiendo el salón en un lugar absolutamente romántico junto al crepitar de las pequeñas astillas de madera de la chimenea, que bañan toda la habitación de un exquisito aroma a pinos y abedules.

¿Cómo se sentirá ella?

¿Estará tan ansiosa como lo estoy yo?

Creo que esto me lo he preguntado una docena de veces, haciéndome el propósito de intentar purificar mis pensamientos apartando temores, dudas y a todos esos fantasmas que rondan tentándome a convertir en un caos cada uno de mis actos.

¡Pero qué jodidamente difícil es lograrlo!

Todo sea por ella, por nosotros, por nuestra familia...

Esta cita la he planeado con la misma ilusión de hace casi seis años, cuando en un día tan invernal y gélido como el de hoy le pedí que se casara conmigo hincando la rodilla en el helado suelo del parque Gorky.

Nunca podré olvidar el contraste de su sonrisa con el asombro de su rostro, provocado por mis palabras pidiéndole que fuese mía. El sonrojo de sus mejillas volatizaron mi orgullo de hombre; y cuando aquellos tres músicos se acercaron a nosotros y rasgaron sus balalaikas, las lágrimas que asomaron a sus ojos no la dejaron pronunciar la tan ansiada respuesta; solo pudo asentir, para luego arrojarse a mis brazos.

¡Dios! ¡¿Cómo poder olvidarlo?!

Sin duda, uno de los días más perfectos y felices de mi existencia; comparado solamente con aquel en el que un ángel precioso llegó a mi vida y la llenó de luz: mi Romina... Imposible no suspirar profundo solo de pensar en ti, mi niña. La niña de mis ojos y de mi corazón.

Esperanza, fe... ¡Sí! ¡Eso necesito, tanto como respirar! Confiar y repetirme como un himno ese derecho al beneficio de la duda que tenemos todos. Creer en su amor, en su lealtad y en cada juramento que nos hemos hecho juntos.

«¡Son reales, Armando! ¡Borra todo lo demás de tu mente!», intento convencerme.

Sigo caminando en círculos por toda la habitación. El Club Bolchevique no es solo muy lujoso, sino un lugar bastante discreto gracias a la exclusividad que tiene. Solo es accesible para la jerarquía política del país y, obviamente, a sus homólogos internacionales.

Este lugar ha sido testigo de muchas de las recepciones más fastuosas y de

lujo, algunas llegando a ser excesivas, según mi criterio dado el estado decadente de la economía soviética, pero hoy me importará una mierda toda la política mundial junta.

Hoy seré suyo y ella será mía, hoy descubriré mi alma y se la entregaré, hoy no existirán secretos, no habrá más miedos ni más angustias. Hoy abriré mi oscura caja de pandora y dejaré que salgan todas mis grises y dolorosas pesadillas...

Me siento y reclino hacia atrás mi cabeza en el sofá, cerrando los ojos a la espera de la llegada de ella. Sesenta minutos; en sesenta minutos, mi amor, cada tiniebla de mi existencia será vencida por tu luz...

¡Lo prometo!

11

Suplicio

—¿¿Qué mierda significa esto?! ¿Eres una ramera!

Me asustan los gritos, me acerco a la puerta de la habitación y los ruidos se hacen más intensos.

—¿Lo vas a matar! ¿Déjalo!

Algo se rompe, el silencio se hace sordo y se vuelve un murmullo. Pasos, pasos rápidos corriendo hacia mí y la puerta se abre. Entran corriendo los dos...

—¿No te lo llevarás! ¿No lo permitiré, es mi hijo!

—¿Debiste pensarlo antes de destruir nuestra familia! ¿Maldita sea, te he entregado mi vida! ¿Te he amado como a nadie! ¿Eso no tiene valor para ti?!

—¿No es suficiente cuando el amor no es correspondido! ¿Lo sabes! ¿Lo has sabido siempre! ¿Nunca te oculté cómo era! ¿Esta soy y seré siempre yo!

Gritos, gritos, gritos...

¿Puedo llorar yo también, igual que él?

—¿Has acabado con mi vida desde el día en el que te conocí! ¿Pero no más! ¿Basta de pisotear mi amor!

Sus brazos son fuertes, me levanta y camina deprisa, olvidé mi caballo, no quiero irme sin mi caballo. Allí está, en la esquina, al lado de mi balancín, pero nadie me lo alcanza.

—¿Suéltalo! ¿A dónde crees que vas con él?!

Lloro, me duele... No me jales, no quiero que me jales.

Estoy solo en el sillón, tiemblo cuando cierran la puerta, no me gusta asustarme. El carro se mueve muy rápido, la ventana está abierta y veo que está oscuro, no me gusta que esté oscuro, quiero llorar... La oscuridad no me gusta,

tampoco los gritos...

—¡Te dije que no te subieras al auto! ¡Juro que no nos verás nunca! ¡Eres una puta! ¡No te mereces a nuestro hijo!

—¡Cállate! ¡Es tu maldita culpa, no has querido aceptar que se acabó! ¡No te quiero! ¡Sabes que lo más noble que puedo sentir por ti es lástima! ¡Te detesto, te desprecio, y lo sabes! ¡Para el auto y déjanos bajar! ¡Ten dignidad, maldita sea!

El carro vuela como el avión de Luis, como el que hizo la seño del círculo infantil. Vuela muy veloz mientras sale de su boca un grito feo. Todo se sacude como en el carrusel del parque y da vueltas, muchas vueltas.

La luz, la luz grande viene al frente y doy más vueltas, muchas más hasta que no escucho nada...

Huele feo, no me gusta cómo huele, y quema mi rodilla.

¡Me duele! ¡Me duele mucho!

... ¡Qué bonito lugar! Me gusta, tiene un bosque y muchos pajaritos. Sí, son iguales a los de la casa de la tía Esther. Los colores también me gustan.

¡Ay! Me duele, la pierna me duele mucho... Esa señora de blanco me cuida, ella sí huele bien, a perfume. Creo que me gusta el perfume.

¿Por qué estoy en otro lugar ahora?

La tía Esther llora, ¿porque están llorando todos?

Mi cuarto es diferente, estoy en casa de los tíos.

¿Voy a quedarme aquí?

Me gusta mi cama y mis sábanas de perritos.

¿Podré jugar con los pajaritos de la tía Esther?

Todos lloran y me besan. Hay muchas flores y no me gusta cómo huelen, me pica la nariz.

¿De quién es el cumpleaños?

¿Por qué hay tantas velitas?

Hoy el tío me llevó a pasear a caballo, cerca de las montañas; pero él me empujó y me raspé la rodilla, el tío lo regañó. Él no me quiere, me pega siempre y se burla de mí. Quiero regresar con ellos, aunque griten, pero no los he vuelto a ver... ¿Por qué me abandonaron? Me siento solo...

Sigo caminado y sonriendo, los ejercicios de kárate con Antonio van dando resultado, mis músculos lo agradecen por fin. También me ha crecido la barba de nuevo, ¡vaya!, afeitarme me da flojera. Pero no importa, hoy estoy feliz, en la escuela premiarán mi trabajo de diseño y es posible que gane el premio de arquitectura.

Mi madre me compró una camisa nueva, es elegante. La estrenaré esta noche en la fiesta de Sandra. La quiero y sé que ella me quiere, hice bien en pedirle matrimonio, solo tenemos que buscar el momento para decírselo a nuestros padres. Somos jóvenes, lo sé, pero lo importante es que estamos locos el uno por el otro.

Vuelvo a sonreír y me siento feliz.

Llego a casa y sé que debo apurarme, ducharme y vestirme para la fiesta. Camino a mi habitación, pero...

Risas, gemidos sensuales...

¡¿A quién traje este loco a casa de nuevo?! ¡Mamá se enojará mucho!

Me pesan los pies.

¡No vayas, no te acerques!

Se abre una puerta y ya no puedo pensar... Me duele el pecho, se siente ardiente, sus ojos me apuñalan, son rojos... ¡Malditos! Su cuerpo desnudo me asesina el alma y me hace querer morir...

—¿Qué pasa, hermanito? ¿Te afecta lo que ves?

Se vuelven hacia mí y ríen los dos. Su desnudez me asquea, siento náuseas y el dolor en el pecho se acrecienta violento, casi insoportable.

—¿Qué esperabas, Armandito? Es igual a ella, a tu madre, ¡A la perdida zorra de tu verdadera madre!

—¡No hables así de nuestra madre!

—¡¿No entiendes o qué?! ¡Hablo de tu madre, idiota! ¡TU MADRE! ¡No la mía! ¡Es hora de que sepas la verdad, imbécil! ¡No eres más que el recogido hijo de una prostituta!

Se carcajean juntos, le besa los pechos delante de mí y ella se relame.

El tiempo se detiene y una losa de realidad me oprime, me hunde y termina aplastándome en el lodo de mi verdadera historia...

—¡No, no, no! ¡NOOO!

—Mi cielo... Armando, despierta ¡¿Qué te sucede, mi vida?! Estoy aquí, a tu lado, mi amor.

Su voz la escucho lejos mientras mi corazón se desboca abriéndose paso entre mis costillas y sus latidos aprisionan mi garganta. Siento un sudor frío humedeciendo mi frente y parte de mi rostro. Ha sido tan doloroso que la confusión me abrumba y el pánico, al pensar que no sea tan solo un mal sueño, me paraliza.

¡Dios! Hacía mucho tiempo que no tenía esta pesadilla. Mucho tiempo...

—Estás aquí... Llegaste —balbuceo al percatarme de que la tengo a mi lado y su mano acaricia mi rostro. Me incorporo desesperado y la atraigo a mi pecho.

Solo quiero abrazarme a ella, fuerte; el verla junto a mí logra tranquilizarme lentamente. Sé que probablemente su mirada esté desencajada, triste, e incluso impresionada por encontrarme en este estado.

¡Mierda! No quería que esto sucediera. ¡No quería recibirla así!

Por algunos minutos, sé que estoy siendo un egoísta, ya que solo me importa que sus brazos me cobijen y liberen en pocos segundos de este tormento de recuerdos que, maliciosamente, han escogido precisamente el día de hoy para salir a lucirse dentro del más cruel y despiadado de mis sueños.

—Estoy aquí, por supuesto que estoy aquí, mi amor. Cálmate, por favor, es solo un sueño —me repite, y es evidente que en su voz aflora la angustia. No quiero que se sienta agobiada por mí.

—Lo siento, no sé en qué momento me quedé dormido esperándote. —La separo lentamente de mi cuerpo e intento recobrarme, está arrodillada en el suelo, al lado del sofá.

Ahueco su rostro entre mis manos y me duele ver dolor y desconsuelo en sus ojos.

—Serguei me dejó en el *lobby*, pregunté por ti y me entregaron la llave de la *suite*, pero... —Toma aire y evidentemente está preocupada—. Estabas gritando cuando entré, me asustó verte así.

—Tenía una pesadilla. —Me paso una mano por la frente, la tengo helada—. El agotamiento del día terminó por pasarme factura dejándome dormido, lo siento, yo...

—No tienes que disculparte, obviamente tenías un mal sueño. ¿Quieres contármelo?

Baja suavemente la mano que todavía tengo a un lado de su rostro para incorporarse de la alfombra, donde ha estado de rodillas, y poder sentarse a mi lado.

—Era acerca de... mis padres biológicos y el accidente —le contesto—. Ya sabes la historia, yo iba con ellos, y volver a tener esos flashes de recuerdos en mi mente me...

—¿Y en realidad sé toda la historia? —me pregunta bajando su mirada tímidamente—. Perdóname, quizás no sea el momento, pero solo sé que ellos murieron en ese accidente cuando tú eras pequeño y que, bendito Dios, te salvaste. No quiero abrumarte, amor, pero he intuido durante estos años juntos que hay algo que no me dices. Algo que te atormenta más allá del recuerdo de ese trágico día. ¿Me equivoco? ¿Tus pesadillas tienen algo que ver con eso que nunca me has contado?

Me levanto y, por instinto, pongo distancia, frotando mis ojos. No quiero ahondar más en esa herida que desencaja mis emociones y me hace revivir

oscuras emociones en el alma.

—Creo que sabes lo necesario. Te lo conté al regresar de nuestro viaje a Cuba. —Inspiro una boconada de aire, la necesito, los latidos de mi corazón no aminoran su tortura dentro de mi pecho.

»Mis verdaderos padres murieron en un desgraciado accidente cuando yo estaba a punto de cumplir cinco años. Mis tíos me adoptaron, y a la edad de casi dieciocho años supe la verdad de mi origen. Según una psicóloga que durante años me trató, mi mente infantil bloqueó los recuerdos debido al trauma de haber vivido junto a ellos ese suceso y, peor aún, haber estado casi ocho horas dentro de aquel auto junto a los cadáveres de mis padres, siendo un niño tan pequeño.

Suelto todo a bocajarro, como el que quiere librarse rápido de un castigo, y no soy capaz de darme siquiera un espacio para respirar con normalidad.

Rememorarlo es como una espina clavada en lo más profundo de mi ser. Ha sido así desde aquel día en que, de la manera más burda, él me soltó toda la verdad. Las lágrimas de mi madre Esther, junto a los duros reclamos de Rigo a su verdadero hijo, terminaron por inundar mi mente con las duras escenas de lo ocurrido aquel fatídico día, todo en cuestión de minutos.

Fue como revivirlas una a una: las ofensas de ella hacia mi padre, sus desprecios, los gritos de ambos y, finalmente, visualizar sus cuerpos llenos de sangre a mi lado en aquel baldío lugar. A veces creemos que los niños olvidan todo, hubiese querido con toda el alma ser uno de esos afortunados niños y que esa parcela de mis recuerdos se hubiera quedado vacía. Pero no sucedió así, desde que el mundo perfecto creado en mi mente se desplomó, comenzaron a llegar audaces a ella un recorrido fantasmagórico de imágenes; una detrás de otra, año tras año, haciéndome sangrar esa herida que por más que lo intento aún no logro cicatrizar, y mucho menos olvidar sus consecuencias.

Ahí están esos instantes de soledad sintiendo que no pertenecía a ningún lugar, doliéndome mi orgullo al ser un hijo de nadie, alguien a quien todo le era arrebatado. Escuchando muchas veces las ofensas de otros sobre la mujer que me dio la vida, viendo en ojos ajenos la compasión y la lástima como puñaladas socavando mi autoestima y frágil seguridad.

Fueron muchas las lágrimas de rabia y dolor derramadas por los rincones cada vez que él me gritaba que era un pobre recogido, «hijo de una cualquiera». Sus maltratos, la vergüenza de mi pasado contado a mis amigos por él. Su mirada de triunfo cada vez que en sus brazos caía la chica que me gustaba, encandilada por sus falsas palabras de amor. Hasta Sandra, la única a la que confié mi joven corazón de adolescente, terminó destruyendo mis ilusiones después de recibir tantos golpes en mi amor propio.

¡Todas son iguales! ¡Igual a tu zorra madre que llevó a la muerte a tu padre, igual a Sandra!

Y al final... mi decisión de imitarlo. Tenía que ser tan duro de alma como lo era él. Era la única forma de sobrevivir a la jungla de desilusiones en la que se había convertido mi existencia. Sí, era necesario, no había otra manera de resguardar lo poco que quedaba de mí. Una fachada. ¡Una maldita fachada de un Armando Sanfield sin sentimientos! Necesitaba alejarme de tanto dolor, de tanta humillación, de tanta vergüenza. Incluso de los padres falsos que, aun creyendo que hacían lo correcto, terminaron haciéndome tanto daño con su engaño.

El ejército fue la escotilla de escape. Pateé mis sueños de arquitectura al traste, los deje olvidados en un saco de frustración y me propuse ser el mejor, mejor que todos, mejor que él y le dije sí a todo lo que pudiera garantizarme estar lejos.

La distancia sería la aliada para restaurar y equilibrar mi vida. Nicaragua, Angola, Argelia, Etiopía, lentamente cubrieron de una lámina de acero mi corazón. Huir, esa era la meta. Pero en cada regreso volvían a martillearme de forma hiriente aquellas palabras escuchadas a hurtadillas, dichas por mi madre Esther cuando hablaba con algún miembro de la familia...

—¡Lo llevó a la muerte! Nunca lo quiso ni valoró su amor. ¡Dios! ¡Era una cualquiera! Se lo dijimos tantas veces. ¡No te cases con ella que es una perdida! Pero nunca escuchó a la familia y ahora... ¡Mi hermano está muerto!

—¿Y el muchacho?

—¿Qué pasa con él?

—Perdón, querida, pero...

—Pero... ¡¿qué?!

—¡Vamos, Esther! ¿Qué seguridad hay de que sea hijo de Damián?

—¡Es su hijo, y por lo tanto mi sobrino y ahora mi hijo! De eso no tengo dudas, Armandito es su viva imagen.

—¿Amor...?

Me estremezco al sentir su abrazo en mi espalda. Entrelazo al frente mis manos con las suyas y comienzo a besarle los nudillos uno a uno.

—Deja ya de pensar en lo que sea que te esté causando dolor, ¿sí?

Me giro y la estrecho contra mi pecho. Ella tiene razón, es nuestra noche, no permitiré que mi nefasto pasado, amarrado como un grillete en mi alma por años, enlute nuestro momento.

—Discúlpame, es cierto, no debo empañar nuestra noche, mi vida. Todo está

bien.

Me sonrío y no puedo evitar besar sus labios. Su boca fresca y suave me desarma de una vez toda esta tensión acumulada. Sus labios me reciben henchidos de deseo y me aprovecho de ellos queriendo que sean el bálsamo que le devuelve el atisbo de lucidez y calma a mis pensamientos.

Nos detenemos con lentitud, conscientes de que ninguno de los dos desea poner freno a este beso.

—Todo ha quedado hermoso —me dice paseando su vista por el salón y deteniéndose en la mesa arreglada para nuestra cena. Se aleja de mí y, acercándose a esta, saca del arreglo floral un tulipán y disfruta de su aroma ante mis ojos, que no hacen otra cosa que pretender eternizar en su iris esa imagen.

—Gracias, amor.

—Son tus favoritos, no podían faltar.

—¿Todo esto lo preparaste tú solo? —pícaramente pregunta, dando vueltas con su mano y queriendo abarcar con el gesto cada detalle de toda la habitación.

—Humm... Bueno... —Achico los ojos y ella sonrío.

—¿Quién lo ayudó, embajador? Vamos, confiese. —Se acerca y me abraza por la cintura.

—Bueno, la verdad es que nuestra buena Mónica tuvo mucho que ver. —Suelta la risa y yo me desmorono de amor.

—Ese era el tema misterioso a tratar con ella esta tarde. ¿Verdad?

Solo asiento, no me salen nunca las palabras si la tengo así, entre mis brazos, risueña, feliz. Me inflo de orgullo como un dios griego cuando soy capaz de provocar su alegría.

El timbre de la puerta avisa de que han traído el servicio con la cena.

¡Vaya! Han sido puntuales.

—Es la cena, amor, déjame recibirla. —Asiente y me dirijo a abrirles al personal del restaurante que, luego de saludarnos amablemente, entran con todo lo que pedí a la carta.

Se demoran tan solo pocos minutos en acomodar cada plato y sacar las jarras de bebidas de frutas, que también agregué al menú; incluso, antes de marcharse, dejan encendidas las altas velas que en majestuosos candelabros de cristal de Baccarat terminan dando el detalle romántico a la mesa.

Se marchan y le extiendo la mano a mi preciosa mujer, que se ha quitado su abrigo, y se descubre ante mí con su vestido de dos piezas, largo, en un rojo oscuro. Es una versión moderna del tradicional sarafán, el traje típico de la mujer soviética. Sin duda, ella sabe cuánto me fascina que use esas ropas con rasgos tradicionales que no solo dan un toque enigmático de distinción, sino que, al menos ante mis ojos, esconden un misterio de sensualidad femenina capaz de

encandilarte hasta las entrañas.

—Estás preciosa, mi diosa esclava. —Y mi voz revela mi adoración por ella.

—¿Te gusta?

—Me enloquece... Lo sabes —le digo acercándola a mí por la cintura, mordisqueando su barbilla y dejando un camino de besos hasta la comisura de sus labios.

—Creo... que... debemos cenar o se enfriará..., señor embajador. —Logra decir entrecortadamente, vencida por mis caricias mientras siento el palpitar de su pecho junto al mío, acelerándose cada segundo y eso... ¡Me remueve hasta la última fibra de todo mi explosivo deseo por ella!

—Tienes razón, es que...

Al dejar de besarla se queda con los ojos cerrados, sonriendo y esperando que termine la frase.

—Es que tengo un hambre feroz. Un hambre en el más amplio sentido de la palabra, y dispuesta a disfrutar de todas las formas posibles en la que puedan dejarla satisfecha.

Abre los ojos y clava su mirada añil en los míos, como un dardo, sin dejar de sonreírme.

—Lo sé y... lo siento, señor embajador. —Frota su cuerpo con el mío en un sensual movimiento. Mi masculino compañero se envalentona, feliz por hacerse notar, agradecido y orgulloso; aunque a mí me está costando un mundo no responder a esta desquiciante provocación.

—Mi diosa provocadora... —Mordisqueo nuevamente su labio inferior y la aprieto con más fuerza a mi pecho, sacándole un sensual gemido—. Si me sigues provocando, esa cena terminará más congelada que un iceberg... El hambre que tengo de ti no entiende de control y mucho menos de espera, si lo sigues despertando, cariño, ¡no respondo!

Su respuesta es una carcajada de esas que son mi bendición de vida. Tomados de la mano nos vamos a la mesa y comenzamos a disfrutar de la exquisita cena, acariciándonos entre bocados y risas.

Degustamos el paladar con la sopa de pescado, el delicioso pelmeni y los shashlik. De postre, natilla de frutillas y aguas de frutas.

Soy un depredador al asecho de cada movimiento de sus labios. Desde su lengua humedeciéndolos hasta su sensual manera de apretarlos suavemente han sido en varias ocasiones la mayor de mis torturas.

—Todo ha estado exquisito, amor. Gracias. —Sus palabras me sacan una sonrisa, y nos acariciamos las manos sin dejar de mirarnos.

Por varios minutos, el silencio nos envuelve como un manto de calma y paz. Nuestras miradas se conectan, se hablan, se hacen promesas ocultas. Nos

levantamos como dos cómplices callados que preparan individualmente la ofrenda del otro, y la tensa intimidad que compartimos me regocija y enamora como siempre sucede al tenerla cerca.

Camino unos pasos, dejándola sentada nuevamente en el amplio sillón, para acercarme a la chimenea. La escucho detrás de mí cómo se remueve, el tejido de su vestido la delata, mientras yo atizo un poco la madera en el fuego y el suave olor a pino inunda la sala nuevamente.

Temo... Sí, temo a ese momento en el que tenga que comenzar a deshojar una a una mis capas para dejar mi espíritu desnudo ante ella, será inevitable no hacerlo. No es fácil de entender, quizás nadie es capaz de entenderlo completamente. Es como caminar sin rumbo por un gran bosque helado en soledad; perdiendo poco a poco todo lo que te ancla al mundo hasta quedar descalzo y sin abrigo. Pisando ramas secas que hieren tus pies y recibiendo el batir de una ventisca que sin piedad alguna cala de un frío cruel tus huesos, llevándose tus esperanzas, tus ilusiones y a la persona que eres. Esa persona que, cada vez más, vas empujando al fondo de un abismo que se abre ante tus ojos.

Te sientes roto, no solo porque has perdido la fe en ti, sino porque has perdido la fe en los demás...

Entonces es cuando buscas una cueva, un escondite donde entrar y resguardarte de todo lo que te lastima, huyes y ahí te quedas. Sí, cobardemente te quedas escondido, pero es la única opción que crees tener en ese momento para resguardarte de más heridas, de más dolor.

—Me siento feliz y pleno por lograr este momento juntos —le digo y, aunque ella no responde, escucharla suspirar a mi espalda me regala un poco de esperanza.

—Entiendo que mi trabajo conspira contra nosotros —continúo—. Me consume mucho tiempo, me priva de instantes como estos a tu lado y junto a nuestra hija. Créeme, es lo que más me pesa y angustia siempre.

No responde, miro un breve segundo hacia ella y se está mirando sus manos.
¡Joder! No me gusta verla tan ensimismada.

Termino de echar unas pocas ramas más en la chimenea y me giro, acercándome y sentándome a su lado. Intento encontrar respuestas en la expresión de su rostro, cuando la tomo suavemente por la barbilla y logro que me mire; pero no me es posible interpretar nada.

Le beso la frente y acaricio con las yemas de mis dedos sus mejillas, pasando por sus párpados y terminando en sus labios que, finalmente, disfruto. Mis besos en segundos se vuelven ambiciosos, primitivos. Nuestras lenguas se enzarzan como si temieran perderse un mínimo de esta pasión que mantenemos aún encerrada, torturándonos y haciéndonos languidecer de deseo a ambos. Me

asusta esta necesidad casi animal que tengo de ella, busco un atisbo de cordura y me es imposible encontrarlo.

Nos detenemos, nuestras respiraciones agitadas se vuelven un remolino veloz junto a los latidos de nuestros corazones, que terminan haciéndose uno solo.

Ella busca mis brazos acurrucándose en ellos y hundiendo en mi cuello su rostro, recorriéndolo con su tibio aliento sin ser consciente de lo que es capaz de provocar en mí. Suelto el aire que he retenido los últimos segundos y la aferro más a mi cuerpo, como si quisiera meterla bajo mi piel eternamente.

¡Dios! ¡Es mi vida entera!

Me digo aterrado por la intensidad de este sentimiento, cuando la siento moverse entre mis brazos para...

—Necesito que esta noche termine siendo tan especial como hasta ahora. Debemos hablar. Tengo que decirte algo y me prometiste escucharme, ¿recuerdas?

¡Ahí está! Mi corazón da su primer golpe y tras este llegan muchos más aprisionando mi tórax.

¡¿Decirme algo...?! Corren, gritan, amenazan y aparecen como rostros desagradables miles de hipótesis...

Todos los peores momentos pasados en mi vida se arremolinan en mi mente levantando una estela de ansiedad y terror que, como un embrujo de desesperanza, me amenazan con regalarme otro episodio desolador, doloroso y devastador en ella.

No puedo evitarlo, salen a la luz cientos de imágenes que vuelven un caos mi mente y yo... me dejo arrastrar por ellas sin remedio.

12

Pasión

—¿Qué tan importante es eso de lo que debemos hablar?

Me separo de ella y me encamino en busca de una bebida. La necesito, definitivamente esta intuición por no saber qué esperar dispara mi pánico, procurando dar un repaso ante las posibles respuestas que ella me dará.

Me sirvo un trago de vodka y con un gesto le pregunto si desea algo, pero niega con la cabeza sin dejar de seguir mis movimientos. Con el vaso en una mano lo llevo a mis labios y doy el primer sorbo de la fría y ardiente bebida mientras la otra, instintivamente, la meto en el bolsillo del pantalón para intentar ocultar su ligero temblor.

—Hay muchas cosas que flotan desde hace demasiado tiempo a nuestro alrededor, Armando. —Comienza despacio, calmada, y sé que busca decir cada palabra con el mayor tacto.

¡No te adelantes! ¡Confía! ¡Espera!

Por unos segundos se remueve inquieta. Estoy como un obseso dando resquicio a cada gesto, cada movimiento. Verla dudar, intentar escoger cada frase, o intimidarse ante lo que, aparentemente, pretende decirme hace que en mi estómago se abra lentamente un cráter de ansiedades que ahogan vorazmente mi necesario control.

—No quiero ser injusta contigo porque...

—¿Injusta conmigo...?

Se disparan mis alarmas y mi pecho ahora sí es una revolución de latidos irrefrenables.

¡¿Injusta?! ¡¿Qué significa eso?!

—Sí, injusta...

—Por favor... —Doy dos pasos hacia ella—. Dime a qué te refieres con eso.

—A que... no sé si estoy siendo egoísta con lo que te voy a decir, pero necesito hacerlo. No puedo continuar con estos conflictos de sentimientos encerrados en mi alma. —Ella respira profundo, y yo a la vez retengo el aire hasta sentir que un nudo, justo en el nacimiento de mi garganta, se hace cada vez más poderoso.

—Por favor... No —Logro decir tan bajo que ella me mira extrañada presintiendo lo peor.

¡Estoy aterrado!

—Armando. Desde que nos conocimos, sin duda lo nuestro ha sido una entrega de amor maravillosa y...

—¡Lo ha sido y lo seguirá siendo! —interrumpo al límite de mi paciencia

—Si me dejaras hablar, ¿por favor?

—¡Es que no entiendo a dónde quieres llegar con esas palabras! —Suelto el vaso de la bebida que hasta ahora aferraba en mi mano encima de la mesa, sin siquiera volver a probarla, y le doy la espalda a ella para apretar los puños al frente, agarrados en el respaldo de una de las sillas sin que se percate de que estoy a punto de perder el control.

¡No lo dirá! ¡No!

La imagen del metro revolotea intranquila por mi mente, pero haciendo un sobrehumano esfuerzo logro apartarla.

—¿Ves? —La oigo levantarse del sillón, detrás de mí—. Este ha sido siempre nuestra peor batalla, no decirnos las cosas. Posponer lo que pensamos o esperamos uno del otro. El amor no se nutre de suposiciones, Armando. El amor necesita respuestas, explicaciones, reflexiones y que se le salden las dudas que aparezcan en el camino, para que estas no lo terminen dañando.

—¿Dudas? —Me giro frente a ella como si un rayo me atravesara—. ¡¿Cómo es posible que tengas una mínima duda de nuestro amor, maldita sea?! ¡De mi amor por ti!

He perdido ya toda ecuanimidad posible. El dolor, la incertidumbre y el miedo acaban de hacer su tarea recorriéndome hasta la médula.

—¡Sí! ¡Tengo derecho a tener dudas! Cuando nos conocimos sabíamos que sería un camino difícil. Las diferencias personales y culturales nos intimidaban. Recuerdo tus palabras de esa primera noche juntos, ¿acaso las olvidaste? —Bajo la cabeza, por supuesto que las recuerdo: Necesitaré de tu cristalina y pura aura para amansar los demonios de mi pasado.

»Cuando me dijiste aquello, reconozco que me asusté, no tenía idea a qué te referías. —Y el tono de su voz baja considerablemente, como si la frase le

aprisionara la garganta, pero sigue hablando.

—Cientos de interrogantes pasaron por mi mente, hasta que poco a poco te fuiste abriendo a mí durante nuestro primer año juntos —me confiesa—. Me dolió mucho saber la trágica muerte de tus verdaderos padres, tu dolor al saberte un chico adoptado; pero todo cambió tras visitar Cuba. —Esta vez es ella la que se aleja ante mi silencio y se acerca al fuego de la chimenea. Sus ojos se quedan idos en las llamas rojizas que lentamente consumen los troncos, y su imagen me hace estremecer.

¡Que el universo me de fuerzas! ¡¿A dónde quiere ir a parar con esta conversación?!

«*¡Sabes de qué habla! No te engañes*», me recrimina la vocecilla imprudente pero sabia de mi conciencia.

—Por favor, mi amor, ¿de qué se trata todo esto? —Me quiero acercar, tocarla, abrazarla y dejar de hablar de cualquier cosa que nos lastime, pero... me detengo y espero.

—Se trata de ti. —Aún no me mira, y eso me hiere más—. De que te encierras en ti mismo, de que a veces necesito adivinar lo que sientes, lo que piensas, medir una eternidad las cosas que quiero decirte. Se trata de que luego de ese viaje a tu país cambiaste; te volviste hermético, te saturaste de trabajo y solo el nacimiento de nuestra hija logró regresarte a mí, pero no totalmente. ¿Crees acaso que no me doy cuenta?

Todo esto me lo ha dicho sin mirarme, sigue atenta en el fuego que nos calienta, como si con ello buscara mantener la firmeza y el valor necesario para expresarse.

Tiene razón. Por supuesto que la tiene.

Duele, me presiona el pecho y me desgarran saber que puedo ser yo el culpable si lo que sigue a continuación es decirme que...

¡No! ¡Eso no sucederá!

—Te pedí tiempo... —digo como un desvalido.

—¿Más? —Esta vez sí se vira, pero soy incapaz de mirarla directo a los ojos por el temor a encontrar una profunda decepción en ellos—. No sé cuánto más hacer... —suspira—. A veces siento que soy yo la que no...

—¡No! ¡Ni siquiera supongas algo así! —intercepto sus palabras aterrado de la idea que cargan. Respiro profundo buscando aquellas palabras que ella necesita escuchar—. No es sencillo sacar de mi alma los agujones que se ha encarnado en ella durante cada paso de mi vida. —Me llevo la mano al pecho y sigue mi gesto e intenta acercarse, pero levanto la palma de la otra pidiéndole me deje terminar o perderé el valor.

—Imagino —prosigo— que en algún momento de nuestras vidas todos

hemos tenido que reinventarnos. —Solo yo escucho un resuello hondo albergado en mi pecho tras mirarla a los ojos por breves segundos y volver a desviar la vista de ella, perdiéndola en algún punto de la habitación, cualquiera menos su entristecido rostro; si no lo hago así, difícilmente podré continuar hablando.

»Algunos lo hacen para triunfar en aquello que quieren, otros para trazarse metas que consideran casi imposibles de lograr. —Froto mi sien izquierda sintiendo que el calor comienza a recorrer mi cuerpo mientras un latido persiste en ella—. En mi caso, me fue obligado hacerlo para poder sobrevivir a las consecuencias de los actos de otros; actos que terminaron hundiéndome y convirtiéndome en un daño colateral. —¡Dios! Qué difícil es aceptarlo con palabras, pero necesito sacarlo de una vez—. Sé que tienes una dura batalla a mi lado.

La vuelvo a mirar fijamente, intentando traspasarle todo lo que solo ella es capaz de anidar en mi corazón, y no me detengo.

—Necesito aferrarme a la idea de que no me darás por desahuciado en tu vida, que tu apuesta de amor será eterna, porque repetírmelo diariamente es lo que me aleja un poco más de esa fiera indomable que habita en mí y que se niega a dejarme libre. —Sus párpados se cierran unos segundos y un intento de sonrisa aparece en sus labios.

¿Puedo acaso considerar esperanzador ese gesto?

¡Necesito creer que sí!

—Te amo, esa es mi mayor verdad convertida en el talismán de mi existencia. —Es su mano, esta vez, la que va hasta su pecho, e instintivamente doy dos pasos hacia ella, pero me detengo, ha de escucharlo todo. Ahora soy yo el que quiere decirle mi verdad, y me concentro en no dejar de observarla, obligándola a que ella responda de la misma forma.

»Eres la aurora quieta y apacible que me devolvió sano mi espíritu quebrantado por las decenas de guerras ajenas y sin sentido a las que me he enfrentado. —Como dos dagas... Así son sus ojos cuando, tras su claro y brillante color, se adueñan de los míos sin dejar que se libren de ellos—. Y no me refiero a las que presencié en las misiones internacionales, que finalmente me dieron el derecho a estar en este país; te juro que si al final la recompensa es atravesar cien océanos hasta tus brazos, créeme, sería el napoleón libertador de cada sufrido pueblo.

Veo que estruja sus manos, nerviosa, y mi corazón da brincos de triunfo. Y sigo con mi declaración.

—Me refiero a... las emocionales, esas que me dejaron un día vacío, sin creer en nada, hasta que llegaste con tu luz inocente iluminando mis solitarias tinieblas.

Una media sonrisa aflora en sus labios mientras continúa atenta viéndome confesarle mis tormentos, porque sí, es la más sincera y difícil confesión de toda mi vida.

—No te haré promesas que no sé si podré cumplir a corto plazo —comienzo a dar pasos lentos hacia ella, mirándola directo a los ojos. Veo en ellos que las lágrimas anuncian su aparición.

¡Joder!

No quiero hacerla llorar, ni siquiera teniendo la certeza de que estas sean por pura emoción. Necesito abrazarla, pero sigo lentamente acortando nuestra distancia, deseando sea ella quien elija por los dos.

—Lo que soy a veces, no es siquiera lejanamente compatible con lo que en realidad quisiera ser muy en el fondo de mi ser, pero no me ha sido tarea fácil lidiar con ello. —Estamos a pocos pasos uno del otro, pero al verla abrazarse, el temor a poder estar haciéndola sufrir con mis palabras me paraliza por un momento, hasta que vuelve a intentar sonreírme. Y esa es la señal que necesito para no perder el valor que... ¡No sé de dónde rayos me ha nacido!—. Es muy difícil aplacar las tempestades que, ocultas aún, se agitan en mi alma. Solo puedo prometerte algo —le digo adelantándome más, hasta estar tan solo a la distancia de un suspiro suyo, uno frente al otro.

»Te juro por mi vida que sin ti y sin nuestra hija no sería capaz de abrir más los ojos al mundo. —Llevo mi mano a su mejilla y cierra los ojos haciéndome estremecer al ladear su cabeza, y apoyar su cara en mi mano—. Puedo jurarte que, a pesar de ser un jodido cabrón roto y difícil, no hay un minuto en el que tu imagen no me devuelva la cordura, tus labios curen mis heridas y tus brazos atenúen mis miedos. —La atraigo hacia mí lentamente, creo que hasta con miedo, para susurrarle al oído—: No creo que pueda amarte más de lo que soy capaz de hacerlo, eres como mi personal reloj de arena Ivanna, uno que cuenta con su fino hilo cayendo cada latido de mi supervivencia.

Tomo aire, su mano se posa en mi espalda, y el apoyo fuerte en ella me hace respirar aliviado finalmente.

«¡Hasta el final! ¡Ahora no te acobardes!», me arengo.

La aparto de mí y acuno su rostro entre mis manos, quiero que su mirada llegue hasta lo más profundo de la mía y encuentre en ella la absoluta sinceridad de mis palabras.

—¡Lo confieso, sí! Soy tan posesivo y celoso como un animal en celo que necesita sentirse el absoluto dueño de su hembra. —De forma involuntaria mis dedos se tensan en sus mejillas y ella lo percibe, me sonrío; lleva sus manos a las mías, pienso que me las apartará, pero me sorprende al acariciarlas—. La verdad, no creo poder evitarlo fácilmente —le digo, y sí, me estoy disculpando y

devolviéndole la sonrisa; solo que soy consciente de que la mía se ha confabulado con mis ojos entrecerrados, volviéndose ladinamente posesiva.

»Entiende, por favor... No puede existir una pesadilla peor para mí que visualizarte siendo tocada por otras manos, besada por otros labios o admirada por otro hombre que no sea yo. Sé que está mal, que arriesgo demasiado con esta obsesión que muchas veces me domina, pero este energúmeno con el alma fracturada no sabe ni puede amarte de otra manera...

Mis palabras terminan junto al reflejo de mi rostro en el brillo cristalino de sus ojos mientras sus lágrimas, que no están dispuestas a esconderse más, se manifiestan orgullosas rodando por su bello rostro.

—No llores, por favor, mi cielo —le suplico y, sin poder evitarlo más tiempo, mis manos acarician la humedad de sus mejillas—. No quiero que llores, menos por mi causa y las cruces que cargo a costas.

—No lloro por causa de esa carga... —Me alegra y a la vez me extraña su respuesta.

—Entonces... ¿A qué se deben esas lágrimas?

Levanta una de sus manos y acaricia delicadamente mi frente haciéndome cerrar los ojos por el delicioso roce de sus dedos.

—Lloro porque en todo este tiempo, juntos, es la primera vez que revelas tanto de todo lo que has mantenido guardado atormentándote. —Me desarma su respuesta—. Aun siento tu dolor uno muy oculto que todavía es desconocido para mí, pero que espero algún día termines por confiarme. —Termina diciéndolo refugiada en mi pecho y dejándome recibirla como si me devolviera el pedazo más sagrado de mi existencia.

Solo puedo asentir, he enmudecido teniéndola finalmente entre mis brazos. Mis indomables emociones hacen malabares intentando frenar ese llanto que me presiona exigiéndome su libertad, y que el cabrón y malsano orgullo masculino me impide mostrarle.

¿Cómo explicarle? ¿Cómo contarle mi verdad y mi vergüenza?

—Mírame... —le pido suplicante, levantándole con la yema de mis dedos su mentón tras verla bajar los ojos—. Te amo más que a mi vida.

Sonríe y como un acto coordinado entre esa sonrisa y su acuosa mirada, justo al decirlo, dos hilillos cristalinos ruedan lentos por su rostro e instintivamente los atrapo con dos besos que me dejan el sabor salado de ellos en los labios.

Siento que me rompo por dentro. El alivio se vuelve un descompresor en mi pecho, haciéndome exhalar un suspiro y sacando fuera todo el cúmulo de aire retenido por la tensión de los últimos momentos vividos.

—Yo también te amo... —la escucho decir, por fin, las palabras que son mi

absolución eterna.

No necesito más, me abandono en los brazos de la mujer que adoro aniquilando cada uno de mis miedos gracias al poder que ejercen nuestras bocas, perteneciéndose desahoradas. Definitivamente mi cuerpo y mi alma son suyos por completo y, pensando en esto, la aprisiono a mi cuerpo como si con ello pudiera refugiarse bajo mi alma por siempre.

Nuestras respiraciones se vuelven ráfagas de anhelo y deseo haciéndonos devorar nuestros labios como si no hubiese un mañana. Con mi mano sujeto su cintura mientras que con la otra me aferro a su cuello, no permitiendo que ni siquiera piense en separarse de mis brazos un segundo. Inevitablemente, mis fobias y temores hacen un círculo vicioso alrededor de lo mismo: terror a que se aleje, a que se aparte...

¡A perderla!

—Te necesito... Te necesito tanto. —Es lo único que ahogadamente puede decirme durante el pequeño respiro que le otorgan mis besos.

—Yo te necesito más... ¡No dudes eso jamás!

No podemos reprimir por más tiempo toda esta pasión que nos consume lentamente. Nos volvemos dos sedientos uno del otro. Sus manos entrelazan mi cabello entre sutiles y eróticas caricias llevándome a un descontrol difícil de frenar. Es un sentimiento de posesión sin límites lo que me hace pretender idolatrarla con mi cuerpo, como si pudiera dejar mi esencia, mi marca personal en ella para que no la olvide nunca.

Bajo mis manos hasta sus glúteos y las apoyo debajo de ellos, levantándola y obligándola a que sus piernas envuelvan mi cuerpo. Hundo el rostro en su cuello y mis labios complacen su piel esparciendo mis besos hasta su barbilla y terminando en la entrada de sus senos, que el generoso escote de su blusa me ofrece; esos que necesito descubrir lo antes posible o me volveré loco. Empiezo a dar cortos pasos cargándola pegada a mí.

—¿Cama o... alfombra? —Mi voz se escucha ronca y temblorosa a la vez.

—¿Qué...?

—¿Nos vamos a la cama o...?

—Aquí... Aquí... será perfecto, yo...

No la dejo terminar, me apodero de sus labios con la enloquecida necesidad por hacerla y sentirla mía, ya que es mi única garantía de vida.

Toda la urgencia de mi hombría clama por ella, y no quiero dejarme arrastrar por esta necesidad animal, al menos... no todavía. Continúo dando pasos torpes hacia la mullida alfombra junto a la chimenea con ella enroscada a mi cuerpo, haciendo de cada ardiente beso un alivio de la desesperada añoranza que le tengo.

¡No quiero soltarla! ¡No tolero ni un centímetro de separación entre nosotros!

De pie, al calor de la hoguera, nos quedamos unos segundos frente a frente, enredando nuestras miradas como dos laberintos de emociones, queriendo mirar en el fondo de ellas hasta perdernos en nuestros más profundos sentimientos.

Es la primera en levantar sus manos hasta mí y comenzar a desabotonar mi camisa. La sensación del tenue roce de sus dedos en la piel de mi pecho me hace cerrar los ojos. Por primera vez quiero darle algunos minutos donde ella sienta que lleva el control de todo, solo muy poco tiempo, no es propio de mi impetuoso temperamento ceder terreno en nada, menos cuando se trata de otorgarle placer y hacerla gemir de satisfacción y deseo entre mis brazos.

—Amo este lugar... Descontrola mis sentidos —me dice.

Me tortura, y en sus ojos veo como disfruta haciéndolo. La palma de su mano tersa y suave se desplaza lentamente por todos los músculos tensos de mi abdomen hasta llegar debajo de mi ombligo, justo al borde de mi cinturón, y mete sus dedos bajo este solo hasta la mitad de ellos; pero se detiene y lentamente los vuelve a subir por todo mi pectoral dejando un surco tibio y demoledor con las puntas de sus uñas, sin dejar de besar y dar pequeños mordiscos en mis labios.

¡Maldita sea! ¡Siento que me palpitan hasta las entrañas! ¡En estos momentos, podría jurar que estoy en el borde del abismo de la excitación más grande de mi puñetera vida!

Ardo, me calcino por dentro ante el contacto delicado y sensual de sus dedos haciendo una perfecta mancuerna con su boca, que se desliza por mis labios para después regar más besos por mi pecho. Es delicioso este dominio que siento por parte de ella, me derrumba, me intimida; incluso, por primera vez, me siento amado como nunca antes, al punto de que mi cuerpo entero se contrae y se deja llevar arrastrado por su magia y su sensualidad.

—Estás bordeando... el límite de mi control. ¿Eres consciente de eso, señora Sanfield?

—¿Tanto así?

Atrevida, provocativa, así es su mirada, y esto revuelve mi libido al máximo. Lo agujijonea y lo agita haciéndome apretarla contra mí con una mano y... ¿la otra?

—Veremos qué tanto puedo seguirle el juego, mi señora. —Sus ojos se abren como dos centelleantes piedras azuladas y el iris en ellos brilla de lujuria pidiendo a gritos que la sorprenda.

¡Y eso precisamente haré!

Continúo aferrando el costado izquierdo de su cadera a mi cuerpo, mi agarre

se hace firme y definitivamente posesivo. Sé que ella lo nota así porque su mirada es como un manuscrito de su alma, uno que no necesita corrección y no admite fallas, uno que orgullosamente leo en lo más recóndito de sus pupilas fijadas en las mías, doblegando mi prepotente carácter.

Mi pecho hace un baile acompasado junto al de ella, convirtiendo nuestras ansiosas respiraciones en una sola. Con la otra mano busco la cremallera de su falda pantalón en el costado derecho y la bajo con una obligada y desesperante lentitud sin dejar de mirarla. Esta se abre hasta casi la mitad de su muslo dejando todo ese lado expuesto a mi tacto. Acaricio su piel, y con mi gesto, un leve suspiro de su parte se acompaña de un imperceptible gemido que me hace apretar involuntariamente los dedos que se adueñan del otro lado de su cintura.

¡Joder, no aguanto más!

Mordisqueo frenéticamente su mentón y el lóbulo de su oreja haciéndola soltar mi camisa, la cual llevaba minutos agarrando fuertemente entre sus manos como si con ello pudiera sostenerse más firme sobre sus temblorosas piernas.

Termino por quitármela yo de un solo tirón. Al mismo tiempo, la giro dejándola de espaldas a mí, recostada en mi pecho para con el mismo ímpetu dejar caer su pantalón, que ampliamente y, gracias a su suave tela, termina convertido en un simple montón de color oscuro a sus pies.

Ver su ropa interior hace que mi virilidad reaccione altanera y resentida por su prisión dentro de mis pantalones. Ella, endiabladamente, la provoca más contoneando y frotando su trasero sobre esta. La rodeo más con el brazo izquierdo la cintura y abro la palma de mi mano sobre la piel de su abdomen, sosteniéndola y buscando controlar la postura de su cuerpo pegándolo más al mío. La otra se convierte en mi arma atrevida y posesiva bajando hasta el mismo centro de su femenina vulnerabilidad, abriéndose paso bajo su prenda de delicado, escandaloso y sensual encaje color negro.

—¿Quieres matarme? ¿Por eso te pusiste esto? —le pregunto ahogado con mi propia voz mientras tres de mis dedos provocan a su húmeda entrada y el pulgar da un pequeño jalón de la tela a la que hago alusión.

—No... entiendo... Yo... ¡Ahhhhh! —gime casi desmayada y, al escucharla, mi debilidad se estremece y reacciona agresiva entre mis piernas.

—Dime que... no le tienes ningún aprecio especial... a este... enloquecedor accesorio femenino.

Su cabeza descansa hacia atrás en mi hombro mientras sus largos cabellos acarician mi pecho desnudo, provocándome una y mil ideas lujuriosas sin poder ni querer evitarlas. Percibo que sus piernas se desestabilizan, junto a sus jadeos, al sentir uno de mis dedos no poder resistirse invadir su interior, seguido del segundo. Esto alza como vanguardia mi orgullo, haciéndome creerme el dueño

del puto mundo mientras mi tacto me revela cada segundo lo lista que está para mí.

Yo, solo yo soy quien te provoca este placer.

¡Siempre seré solo yo!

Como un mantra, este pensamiento se pasea ególatra por mi mente y lo dejo devolverme cada vez un poco más mi seguridad y cordura perdida.

Mis dedos siguen deleitándose, probando, llenándose de la humedad de sus pliegues, que se hinchan rebosantes y tibios entre ellos al punto de amenazar con hacerme enloquecer.

—Contéstame...

—No...

—No ¿qué?

—No... me importa mi...

No es necesario que termine sus palabras. En segundos, mis dos manos se unen bajo su vientre y de un tirón rasgan el dulce encaje, provocándole soltar un enardecedor gemido y volviendo, una de ellas, inmediatamente a posesionarse del delicioso lugar y el ardiente disfrute que le fue brevemente interrumpido.

—Armando, yo...

—¿Tú?

—No puedo más... Siento que

—Fuera todo...

—¿Qué...?

—Tu blusa... Tu sujetador. ¡Te quiero desnuda...!

—No puedo, yo... necesito...

—Sí puedes.

Detengo mis dedos y bajo la intensidad de mi caricia; sí, la quiero enloquecida, tanto o más que yo, que comienzo a sentir una gota de mi propia humedad coronando mi cumbre. Su cuello esta sonrosado por mis besos, mis indomables mordiscos y el fervor con que busco no dejar un milímetro de su piel o su cuerpo sin ser recorrido por mis labios y mis manos.

Con las suyas, temblorosas, se deshace de la blusa y finalmente del sujetador, que, haciendo juego con la parte inferior que acabo de hacer pedazos, termina por dejar al descubierto sus dotados, turgentes y adictivos pechos, listos para tenerme a su merced tentándome con sus areolas rosadas.

Deslizo mi mano libre hasta ellos y su suave piel me hace estremecer. Le giro bruscamente, pero no siento hacerlo, quedamos de frente, muy unidos, tanto que nuestro calor se muta apacible entre nuestras pieles y los latidos de los corazones de ambos toman el mando.

—¿Me sientes? —le pregunto, seguro de que percibe que mi erección, tan

placentera como casi dolorosa, está interponiéndose entre nosotros e irrumpiendo en su pelvis—. No soy el único verdugo aquí, estás arrastrándome a una deliciosa locura y no creo que seas consciente de ello.

—Por favor... Te necesito.

Suplica cuando yo he bajado a uno de sus pechos mi boca, succionándole el pezón de forma suave y voraz a la vez, mientras que con una mano me dedico a provocarle un torbellino de sensaciones en el otro que la hacen temblar.

—¿Sabes qué? —No responde, pero entrecortadamente y sin detener en su totalidad mis labios sobre su piel, continúo—: Me devuelves la vida cuando siento que tu piel se eriza y acalora entre mis brazos. Creo que es porque...

Ahora es ella la que hace un esfuerzo por interrumpirme. Alcanza, levanta y encierra mi rostro entre sus manos y, casi sin resuello, clava sus ojos en los míos y me contesta...

—Porque mi piel... se cuestiona razones que solo puede responderle la tuya.

13

Entrega

Sus palabras y su expresión intensa y anhelante me hacen exhalar un emotivo suspiro, aferrándola entre mis brazos y haciendo desaparecer el ínfimo espacio que separa a mi respiración de sus labios. Robo sus besos con avidez, como un primitivo neandertal que solo pretende dejarla sin aliento ni voluntad. En tan solo un minuto nos hemos ido dejando caer sobre la confortable y gruesa alfombra. Su imagen desnuda y su piel rosácea, acariciada por los reflejos de las llamas de la chimenea, se vuelve absolutamente una inefable realidad ante mis ojos.

Masajeo una de sus caderas antes de, finalmente, incorporarme un poco y deshacerme de mis pantalones. Al terminar, quitándome el bóxer, me siento libre y el deseo que antes palpitaba aprisionado, ahora se yergue altanero ante su mirada suplicante.

—Quiero que esta noche se quede grabada en nuestro recuerdo por toda la vida —le pido mientras gateo con lentitud, acercándome.

Es lo más hermoso que han visto mis ojos. Los suyos resplandecen con su color azul como un broche divino contrastando con la perfecta blancura de su piel.

—Eso es también lo que yo más deseo...

Nuestros cuerpos no pueden controlar más tiempo el anhelo y el deseo desenfrenado que sienten el uno por el otro. Mi boca se adueña de su cuello y de ahí pasa a sus labios que, carnosos e hinchados, se entregan a ella con besos que pasan de la ternura a la rabia, y de esta a una intensidad que nos consume.

Mi lengua juega con el hueco de su clavícula, arrastrándola por toda la curva de su hombro. La rigidez de sus pezones rozándome hace latir a niveles

casi insoportables mi masculina prominencia, a la que intento darle unos pocos minutos más de restricción.

—Mi amor..., por favor —suplica cuando siente mi lengua llegar y hacer círculos alrededor de su ombligo. Una de mis manos acaricia, domina y se deleita con sus pechos mientras decido que el recorrido de mis labios seguirá hasta su vulnerable zona sur. Allí, su humedad, su erótico sabor y la dureza erguida de su líder, me reciben y disparan mi testosterona aturdiéndome de deseo por ella.

—Aún no... Necesito probarte toda, llenarme de ti...

Emite un sonido tan sensual al oír lo que le he dicho que me obliga a agarrarme fuerte de la alfombra con la mano que apoyo en ella para no dejar caer todo mi peso sobre el suyo.

Siento las suyas tensas en mi cabello, marcando una lucha entre querer detenerme o impulsarme a seguir degustando la carnosidad de sus pliegues. La tensión en ellos me alerta de que el clímax está cerca; así que, ladinamente, me retiro. Escucharla, al hacerlo, soltar un gruñido placentero, no solo delata su impaciencia, sino que me hace malvadamente sonreír satisfecho.

—Te dije que... todavía... —le contesto, mordisqueándola entre el muslo y la pelvis.

Uno, dos, tres... Son ahora mis dedos los que toman el control de sus espasmos, los que mandan, dictan y disfrutan de esta lujuriosa y bendita intromisión.

—Amor... No puedo aguantar más... Por favor.

¡Amor, amor, amor! ¡Sí, yo soy su amor!

Repetírmelo me libera de cualquier imagen que haya querido colarse mientras esperaba agazapada a que se abriera cualquier punto de quiebre en mi interior.

Sus manos se aferran a la acolchonada felpa de nuestro lecho, y esto me revela que su orgasmo roza ya un desenlace.

Avivo el placer que le doy posesionándome un poco más hacia ella.

—¡Mírame! —le exijo—. Quiero reflejarme en tus pupilas dilatadas e imprimir en mi memoria, para siempre, tu rostro cuando me des toda tu entrega.

Abre los ojos y los clava en los míos, obedeciendo mi petición.

¡Dios! ¡Primero moriré antes que permitir que mi mente olvide esta imagen!

Finalmente se deshace entre mis brazos, se contrae y su cabeza se inclina hacia atrás regalándome un momento tan intenso como inolvidable. Busca resuello, aire, mientras que desesperado, e incluso egoísta al no querer darle tregua, la piel sensible de mi virilidad anuncia enloquecida su entrada en ella.

—Ahora soy yo el que... te necesita —confieso sin aliento.

—Pensé que... —intenta hablar buscando aire.

—¿Qué...? —pregunto justo cuando sus piernas comienzan a abrirse para darle espacio y refugio a mi cuerpo, dejando que nuestras más sensibles y ardientes humedades comiencen a retarse.

—Creí que... tu genética caribeña estaba dormida y decayendo, yo...

Mi sonrisa diabólica la detiene y mi suave mordida en su mentón la hace morderse el labio maliciosamente, atrapando una boconada más de oxígeno cuando siente que me aprieto hacia delante un poco más y coloco mi punta endurecida en su entrada, simulando estar ofendido.

—¡Vaya! —le digo con mi ceja levantada—. Veamos entonces, nena, qué puede demostrarte este hombre del Caribe.

Apenas sin terminar de hablar entro en ella lentamente, disfrutando cómo sus muy hidratadas pieles se abren y me envuelven, me acarician y aprisionan lanzándome a un éxtasis que, sin duda, es mi droga personal.

El vaivén de sus caderas se hace traicioneramente torturante, provocándome a pensar que es poca la profundidad que siento.

¡Necesito más! ¡Mucho más!

Sus gemidos me enloquecen, me dominan. Los dos nos hemos girado poco a poco sin despegar nuestros cuerpos, que más que haciendo el amor parecen que se están clonando internamente. Termina encima de mí, impregnando sus jadeos por todo el lugar, ahora en una posición de amazona verdaderamente idílica.

¡Es imposible no venerarla!

Incorporo mi torso un poco, con la respiración casi aniquilándome, para que mis labios consientan a sus pechos con mis manos presas en su cintura. Los lamo, los devoro hasta que la piel enrojece en ellos, y mis embestidas le arrancan incontrolables gritos mientras me cabalga aferrada a mis hombros.

—Yo... quiero... ¡Dios! ¡Sí!! —Intenta que la excitación logre dejarla expresarse, pero es vencida por ella.

—¡Dámelo! ¡Deshazte para mí de placer! ¡Entrégamelo... todo, mi amor!

Y es entonces cuando se fragmenta entre mis brazos arqueando hacia atrás todo su cuerpo, dejándose caer en el vacío de su glorioso clímax y desatando el mío a la vez, haciéndome derramar por completo de amor en su alma hasta llenar y marcar con mi esencia su sagrado cuerpo.

Segundos, minutos, ¿cómo saberlo? Nuestros desnudos cuerpos están cubiertos por una fina capa de sudor provocada por otro tipo de llama que no tiene nada que ver con la de la chimenea que tenemos tan cerca.

—¿Estás bien? —me intereso en saber, manteniéndola abrazada a mí, sin querer movernos ninguno de los dos.

Siento su tibia respiración en mi cuello. Estar tumbado con ella sobre mi

cuerpo es algo que sencillamente adoro.

—Sí... estoy muy bien.

—Ha sido maravilloso —afirmo, sonriendo con los ojos cerrados y deslizado mi mano por su espalda desnuda.

—¿Será que podemos eternizar este momento? —Su voz tiene un dudoso tono nostálgico. Me remuevo y hago que me mire.

—Jamás podría olvidarlo. ¿Tú lo harías?

Aparto con mi mano el cabello rebelde y un poco enredado que cae a un lado de su rostro, a la espera de su respuesta. Cuelgo mis ojos a los suyos, anhelante y ansioso por el tiempo que se toma en responder.

—Tengo miedo...

—Por favor, mi amor, yo...

—No puedo evitarlo, hay cosas que no sabes y...

—¡Entonces no las digas! —Me remuevo intranquilo y mis sentimientos se posicionan en una pista de carreras, dispuestos a huir como siempre hacen cuando algo los amenaza.

Suspira profundo, se acomoda a mi lado y reposa su cabeza sobre mi pecho.

—Necesito algo de ti —me sorprenden, intrigan y preocupan sus palabras, especialmente por la calma y el temor oculto con que las ha dicho.

—Solo dilo y lo tendrás.

—¿Estás seguro?

Creo que comienzo a arrepentirme de mi respuesta.

—¿Qué es? Dímelo.

Vuelve a soltar aire. Medita, se demora.

¡Por amor a tu dios, solo dilo! Emergen de las profundidades mis miedos.

—Tan solo quisiera que pase lo que pase... confiarás siempre en mí.

Ha sido como un murmullo alargado, doloroso. Las sílabas de cada palabra han estado a punto de perderse en el silencio del miedo con el que han sido expresadas, logrando hacerme sentir pequeño e incluso desgraciado ante ellas.

—Yo... confío en ti, no sé por qué... —balbuceo como un niño temeroso.

—No me mientas.

—No lo hago. —Vuelvo a removerme e involuntariamente la desplazo un poco más a mi lado, apareciendo esa cabrona costumbre de contraer la mandíbula cuando dicen algo que no quiero escuchar.

—Hay una parte de mí que quiere creer que estoy equivocada, pero... —Su duda, aunque cierta, me lastima y se hinca en el pecho como un dardo—. A veces, siento que muy en el fondo de ti estás a la defensiva, esperando o temiendo que no te sea leal o sincera. Es como si...

Calla nuevamente, a la expectativa por si, quizás, cuestiono sus reflexiones.

—Continúa... —le pido como un condenado queriendo escuchar su sentencia.

—Como si esperaras lo peor de todos, y, tristemente, aunque me duela en lo más profundo, no puedo evitar sentirme incluida.

La separo con sumo cuidado. Me incorporo quedando sentado y encogiéndome las piernas para apoyar los codos en mis rodillas. Dejo salir todo el aire posible del pecho, intentando que los latidos de mi corazón apacigüen su desenfreno, permitiéndome poder decir algo.

Por el movimiento que siento a mi espalda, concluyo que ella también se ha sentado. Percibo que, al parecer, ha alcanzado la manta que se encontraba en el sillón cercano a nosotros y, volteando un poco mi cabeza, por el rabillo del ojo confirmo que así es, y ha cubierto su desnudez. Inevitablemente sonrío, su timidez y recato tras nuestras apasionantes entregas siempre me han causado ternura, y confesarme esto, me reitera que es uno de los gestos que más me enamoran.

—No voy a aceptar completamente lo que me dices. —Aclaro mi garganta para que mi voz salga menos grave de lo que ha sonado—. Es muy difícil armar el rompecabezas de una vida cuando las piezas que te han tocado han sido falsas la mayoría del tiempo. —Silencio, solo el crepitar de la leña en el fuego acompaña el eco de mis frases sueltas.

—Quisiera que por fin decidieras apoyarte en mí, Armando.

Al escucharla giro un poco mi torso para responderle.

—Lo hago todo el tiempo.

Calla y la siento acercarse. Apoya su mejilla en mi espalda y termina rodeándome después con sus brazos.

—No lo creo, al menos no es lo que me demuestras, y eso me lastima. Terminó creyendo que lejos de ayudarte te hago daño y no sé cómo poder...

—¡No! ¡No es así! —Impulsivamente me giro y quedo frente a ella sosteniéndola por los hombros.

—¡Eres mi vida! Mi remanso y, junto a nuestra niña, la única razón por la que cada día dejo de recriminarme para intentar sanar mis heridas con vuestro amor. Quiero que sepas algo —le tomo el rostro y beso ligeramente sus labios—: es cierto, eres la única en esta vida que puede hacerme daño. —Me observa entre sorprendida y angustiada—. Alejándote de mí, olvidándome, si me dejaras de amar de la forma en que lo haces, eso sí me mataría. Prométeme que no sucederá nunca —le ruego, pegando mi frente a la de ella y quedándonos así los dos, con los ojos cerrados.

»No concibo la vida sin ti, mi amor. Voy a seguir equivocándome, estrellándome contra el muro interior que aún no logro derrumbar. Hay una

imagen de mi vida, muy importante, que un día se convirtió en sucios pedazos ante mis ojos y me arrastró a ser la víctima emocional de sus actos; por favor... —respiro hondo—, no dudes, no temas. Estos pocos años a tu lado son los que me han rescatado, solo es que... me es difícil creer y confiar completamente. Entregarme emocionalmente es como... profanarme yo mismo.

—Necesito que lo hagas por mí... —Duele que me lo pida así de triste.

—Prometo que lo haré, que lucharé por arrancar cualquier terror oculto que ronde mi alma acerca de nosotros. Te lo prometo.

—¿Lo dices de verdad? ¿Pase lo que pase? —Hace su pregunta separando su rostro del mío y mirándome fijamente.

Ahí está; pincha, lacera, lastima...

¡Puedes contestar que sí! ¡Solo hazlo!

—Sí..., lo haré.

Se abraza fuerte a mí e instintivamente la resguardo contra mi pecho. Un temblor me recorre el cuerpo y esa sensación dolorosa de inseguridad se remueve intranquila, recordándome que acabo de prometerle un imposible. Sí, lo es... Es como una espina que se clavó en mis entrañas, envenenada de malos recuerdos, decepciones, golpes, burlas y muchas lágrimas. Las mismas lágrimas que, así como una noche me torturaron hasta el amanecer cuando la verdad me abofeteó la cara, decidieron desaparecer para siempre escondiéndose detrás de la coraza de rudeza e insensibilidad que poseo, esa que no es más que el disfraz del hombre roto y herido en el que me convirtieron.

—Te amo... —me dice al oído, y mi corazón lo agradece entre pálpitos de alivio.

14

La runa

Doy vueltas en la cama, algunos pequeños hilillos de luz se cuelan tras el cortinaje de damasco, pero una sensación de ausencia bajo mi piel es lo que me hace desperezarme de golpe e incorporarme.

La frialdad de las sábanas se disputa junto al silencio de la recámara el poder de confirmarme que estoy solo en ella. Me siento, frotando mis ojos, y repaso la habitación. El reloj digital, encima del tocador estilo antiguo, da las siete y veintiún minutos de la mañana.

—¿Amor? —llamo creyendo que se encuentra en el cuarto de baño. Al no recibir respuesta, me levanto y salgo al salón de la *suite* en su busca.

Un cambio de ropa limpia descansa encima del sillón personal que está al lado de la puerta de la habitación, así como mis zapatos y mi portafolio.

Salgo aún adormilado; veo un carrito con el desayuno servido en medio de la estancia, el periódico nacional enrollado al lado y... ¿una nota?

Cariño:

No quise despertarte al ver lo plácidamente que dormías. Gracias por una noche increíble e inolvidable. Te amo. Necesito resolver algunas diligencias muy importantes que tienen que ver con mi familia y, además, comprobar que nuestra hija esté bien. Si llamas a casa y no contesto, seguro estaré donde mi madre. Te pedí el desayuno. Imagino que Serguei estará al llegar.

No te preocupes por mí, tomaré un taxi. Recuerda tu promesa, por favor. Todo lo que hablamos ha sido muy importante para ambos.

Por cierto, amé que tuvieras contigo la corbata de la runa de Vuno, no había querido preguntarte más por ella, creí que la habías perdido al no verla

en casa. Gracias por sorprenderme con ese detalle. No pude evitar dejarte un recuerdo sobre ella, no te angusties, me encargaré después de lavarla y dejarla impecable nuevamente.

Te amo.

Un beso.

Tu Ivanna.

¡Vaya! Creí que le había pasado desapercibida la corbata. Justo debajo de la nota la veo, perfectamente doblada y con la marca que ha dejado sobre ella sus labios pintados. Una sonrisa se va adueñando de mi rostro mientras llevo la suave tela a los míos y beso el dibujo de los suyos, y que en rojo carmín me ha regalado.

¡¿Lavarla?! ¡Jamás!

La he tenido conmigo siempre, guardada en mi oficina, en la que desdichadamente paso demasiado tiempo de mi vida. Esta prenda, junto a otros invaluable recuerdos, me hace sentir que la tengo cerca; son un bendito refugio de paz para mi alma y ahora, con este beso suyo, se vuelve más preciada aún.

Doblo la nota junto a la corbata tras servirme un poco de café y las dejo a un lado. Le doy un corto sorbo y me encamino al baño, necesito una ducha antes de regresar a... Un momento... Me detengo y paso dos dedos por mi ceja izquierda.

¿Un taxi? ¿Por qué demonios tenía que irse en taxi cuando Serguei podía llevarla? Y... ¿Por qué tanto énfasis en lo que le prometí?

Me es imposible evitarlo, juro por todo lo que amo que... lo intento; pero, sencillamente, no puedo eludir estos pensamientos que me asaltan y acorralan cuando menos lo espero. Aunque me niegue a aceptarlo mil veces, Alina tiene razón. La voz de mi conciencia me grita a todas horas que necesito ayuda, y es una de las cosas que más me aterran.

No me ha gustado despertar y no verla a mi lado. ¡Esa es mi verdad! Esta mezcla de inseguridad, frustración y enojo me rebasa. Tomo un biscocho de nuez y le doy dos mordidas, lo cierto es que tengo hambre. Justo al intentar dar el segundo trago, el teléfono comienza a llamar.

—Buenos días, señor —me saluda amable mi chófer.

—Buenos días, Serguei. ¿Viste a mi esposa cuando se marchó?

—Sí, señor. Yo estaba llegando, faltaban unos diez minutos para las siete. Le ofrecí llevarla, pero se negó y me pidió le llamara a un taxi.

—¿Sabes la dirección que le dio al taxista? —Sé que es mi desconfianza la que aflora enzarzada en mi pregunta, pero no me importa.

«¡Lo prometiste, cabrón!», me recrimino.

—No, señor. Su esposa le dio la dirección al taxista cuando estaba dentro

del vehículo, no sabría decirle a dónde se dirigieron.

—Está bien, Serguei. Me ducho, me cambio y enseguida bajo, quizás te pida pasar por mi casa.

—Disculpe, señor, pero le recuerdo que en menos de dos horas tiene la junta ejecutiva con los directores de la escuela Lenin para su visita a los estudiantes, esta tarde, y es probable que, por las distancias, si vamos a su casa no nos dé tiempo de llegar, tal vez debería llamar a Mónica y avisarla.

¡Maldición, la junta!

Un remolino de ideas o posibles soluciones pasan como rayos de electroencefalogramas por mi mente.

Quería ir a casa, verla. Es obsesivo, soy consciente de ello, pero... ¡Por un demonio! No puedo evitar sentirme intranquilo cuando no tengo el control de todo.

—Tienes razón, Serguei —respondo finalmente, después de darme cuenta de que el pobre hombre lleva demasiado tiempo esperando al teléfono mi respuesta. Bendita sea la paciencia que le sobra y a mí me falta—. Estaré listo en veinte minutos para irnos a la embajada.

Me despido y termino la llamada con una opresión en el pecho.

¿Por qué me siento así?

La sensación de angustia con la que me he despertado en el sepulcral silencio de este lugar se comienza a expandir por mi cuerpo como la ponzoña de un veneno, para el cual no tengo un antídoto inmediato.

¡Basta, basta!

Miro nuevamente con desconsuelo y cierta reserva la nota que me ha dejado. Las palabras que hace unos minutos me parecieron dulces, e incluso amorosas, ahora se desdibujan ante mí y visualizo un sinnúmero de ideas que como las hojas de un libro pasan fugaces, haciendo estremecer mi seguridad.

¡No! ¡No dejaré que me apuñales de nuevo!

Sacudo la cabeza, respiro con fuerza y me encamino a dejar que una buena ducha desintegre toda esa gris energía que amenaza con cubrirme.

Entré al baño y me quedé bajo el agua tibia más de lo que suponía. He estado mirando la hora constantemente, me he vestido, probado algo del desayuno e incluso dado una ojeada a algunos documentos que he traído todo el tiempo conmigo, y que tienen que ver con la reunión que tenemos acerca de los estudiantes cubanos de ingeniería metalúrgica de la escuela Lenin.

Todo lo he hecho en poco menos de media hora, sin dejar de estar batallando con cuanta idea nefasta se me ha querido cruzar por el pensamiento. Sin duda, me siento como un adicto queriendo recuperarse de su peor vicio. El problema es que el mío tiene dos rostros: uno que destruyó mi vida en el pasado,

y otro que intenta rescatarla en el presente.

Me pongo de pie al terminar de abotonar mis zapatos, me abrocho el reloj de pulsera y tomo el maletín con toda mi documentación.

Voy hacia la salida y, justo al estar por girar el pomo de la puerta, me vuelvo para mirar el lugar al lado de la chimenea y su impoluta alfombra de color mostaza.

Dejo que mi mente se nutra de los momentos vividos hace unas horas, los repaso, los atesoro. Cierro mis ojos y aspiro el aroma de nuestros cuerpos, el calor de nuestros besos, y esto hace que mis demonios se acallen y escondan.

¡Mía! ¡Siempre mía!

Salgo al pasillo cerrando tras de mí y sintiéndome mucho más sosegado. Agradezco en silencio que, al salir, el ascensor se detenga para que una pareja baje. Después de darnos los buenos días, entro y de inmediato marco el primer piso. Allí, lo primero que veo al abrirse las puertas es a Serguei sentado a poca distancia en uno de los sillones del *lobby*, está leyendo el periódico, ni siquiera nota mi llegada hasta que no estoy a su lado.

—Perdón, señor, me entretuve.

—Tranquilo, vamos ya; necesito estar, al menos en cuarenta y cinco minutos, en la oficina.

—Por supuesto, señor, vamos.

Le entrego mi portafolio para dirigirme a la recepcionista y saldar la cuenta.

Al salir, compruebo sin lugar a dudas que el invierno, inevitablemente, sigue siendo crudo, y aunque las últimas nevadas han sido controladas y muy poco vestigio quedan ya de ellas, el cielo sigue anunciando por su empedramiento de colores opacos que no dará tregua con la nieve.

—¿Qué sabes del clima? —le pregunto a Serguei que, como es habitual, mientras conduce me mira una que otra vez por el espejo retrovisor sin dejar de estar pendiente de la carretera.

—Dicen que caerán buenas pulgadas en las próximas horas, señor. Parece ser que tendremos otra de las grandes.

—Era de esperarse, febrero siempre ha sido un cruel mes durante el invierno.

—Ojalá sean las nevadas la única dificultad que se nos avecina.

Desvío mi mirada de la ventanilla hacia el pequeño espejo desde donde vuelve a mirarme en cortos intervalos de tiempo para poder prestar atención al conducir.

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabe usted, la situación se está descomponiendo. Ha habido manifestaciones, huelgas muy agresivas donde ha tenido que intervenir la

milicia, heridos; en fin, descontrol total.

—Era de esperarse, Serguei. Todos estamos a la expectativa de los cambios que inevitablemente se darán.

—¿Usted regresará a la isla? —Vuelvo a observar como el triste y gélido paisaje pasa de largo por la ventanilla, tomándome el tiempo necesario para asimilar su pregunta.

—Es algo que aún no sé...

Le contesto volviendo a buscar los ojos de este fiel hombre en el diminuto espejo. Solo me mira una vez, torna la vista al camino y con ello sé que se queda pensativo, intentando entender la encrucijada en la que me encuentro. Al final, eso es lo que ha hecho nuestra amistad tan peculiar y especial a la vez, el silencio de sus palabras siempre ha dicho mucho más que los cientos de ellas que otros me han expresado.

Desde que mi chófer me dejó en la puerta de la embajada ha sido una vorágine imparable de pendientes. Mónica me recibió azorada, como una seguidilla soltando todo a la vez y, cuando le pregunté por qué no me llamó para decirme todo lo que había acontecido en mi breve ausencia, como era la imprevista noticia de la adelantada visita ministerial, me quedé sin palabras al escucharle decir que el momento privado entre mi esposa y yo era lo más importante y por nada del mundo nos interrumpiría.

Le agradecí su sincera solidaridad con un beso en la mejilla que la hizo sonrojar y hacer arruguitas con su boca, tras subirse sus lentes desde la punta de su nariz cincuentona y adoptar rápidamente su pose de secretaria ejecutiva, mientras arreglaba el gran lazo en el cuello de su blusa. De verdad que le tengo un profundo cariño a esta buena mujer.

—¿Señor Sanfield?

La voz de mi secretaria me interrumpe por tercera vez en menos de dos horas. Sé que solo lo hace por asuntos que se le salen de sus manos resolver; pero, la verdad, estoy agotado y exhausto.

—Dime, Mónica.

—Señor, primero quiero decirle que en su casa siguen sin contestar el teléfono y tampoco lo contestan en la casa de sus suegros.

Esto me hace volver a chequear la hora en mi reloj. Son las dos y media de la tarde, el día se ha ido en un suspiro. Me recuesto hacia atrás en el sillón quitándome los lentes y apretándome los ojos, exigiéndome en mi interior mantener la calma y confiar en que todo está bien.

—Entiendo, Mónica. Por favor, intenta comunicarte más tarde, necesito le avises a mi esposa de que la gala de estado será mañana en la noche, no sé si hoy

pueda llegar a casa, estoy esperando a Lorenzo para que me confirme la situación con la escuela Lenin y si nos podrán recibir hoy. Es importante que hable y lo coordine todo con ella, obviamente me acompañará al evento.

—Se lo diré, señor; por cierto, precisamente lo otro que tenía que informarle es que el señor Lorenzo está subiendo, avisó desde la recepción que después de dejar una documentación en el departamento de aduana vendría hacia aquí.

—Perfecto, hágalo pasar en cuanto llegue. Gracias, Mónica.

—Un placer, señor.

Cierro el intercomunicador, me levanto y voy a mi improvisado bar. Por un momento, el vodka me provoca, pero desisto y me sirvo un agua mineral.

A pesar de lo inmerso que durante las últimas horas me ha tenido el trabajo, no he podido lograr que la inquietud y el desasosiego disminuyan. Entiendo que este temor, recelo, desconfianza o paranoia, ¡como diablos se quiera llamar!, es insano; sin embargo, ahí está. He vivido tan dependiente de él que siempre lo siento al acecho, esperando cualquier mínima oportunidad para salir a atormentarme.

—¡Ey! ¿Se puede, embajador?

Me giro y veo a mi colaborador y amigo asomando la cabeza por la puerta.

—¿Qué esperas? ¿Que toque el violín para recibirte? —le digo con sarcasmo, caminando hacia él para estrecharnos en un fraternal abrazo.

—Estabas tan jodidamente entretenido mirando el «cálido» paisaje que no me oíste tocar la puerta —contesta irónico, riendo y palmeándome la espalda, para de inmediato tomar asiento.

—Te veo muy bien, jefe. ¿Algo que contar?

Suelto una sonora carcajada, exactamente la que me hacía falta. Este cabrón me conoce más que mi madre Esther.

—Humm... —Tomo asiento a su lado después de alcanzar otra botella de agua mineral para brindársela, la cual acepta con una mueca desaprobatória, echándole un guiño a los licores.

—¡No me jodas! ¿Me brindarás agüita con burbujas? —refunfuña.

—Tenemos pendiente una salida a la escuela metalúrgica Lenin. ¿Quieres llegar apestando a alcohol?

—¡Ni modo! ¡A joderse por la buena imagen del consulado cubano! —Me rio por su jocosidad y lo apoyo chocando las botellas.

—¿Y bien?

—Bien qué. —Me hago a propósito el desentendido dándole otro trago a mi bebida.

—¡No fastidies, cabrón, que te conozco! Tu cara es de calentura satisfecha gracias a las artes de una apetecible y hermosa esclava de estas tierras.

—¡Cuidado! ¡No me encabrones! —Imagino que mi rostro debe de haberse transformado en el de un troglodita. Es mi amigo del alma, ¡pero me importa una mierda! Y el muy cabrón se ríe en mis narices.

—¡Adiviné! —Suelta la carcajada ante mis ojos, los cuales deben parecer dagas de nitroglicerina—. Es que por eso quiero a esa rubia maravillosa que es... —Le levanto el dedo al escucharlo y aprieto mi puño, haciéndolo reírse más a mi costa.

—¡Bien, bien, me rindo! Mis respetos para la muy... —se calla el muy ladino y me levanta una ceja— respetable señora Sanfield. Esa cara tuya es mucho, ¡qué digo mucho! ¡Muchísimo más feliz que la de la última vez que te vi!

—Lo siento —me disculpo avergonzado, pero la verdad es que, ¿para qué me provoca si ya me conoce?

—¡Ja! No seas hipócrita disculpándote. —Entrecierra los ojos.

—Pues, ¿sabes qué? Tienes razón —le digo, levantándome y dejando la botella en el cesto de la basura para luego caminar hasta mi escritorio—. ¡No me disculpo ni una mierda! Te juro que como vuelvas a decirle apetecible a mi mujer, necesitarás una cirugía facial.

Esta vez su carcajada parece un trueno, y me hago el desentendido ordenando los papeles que le tengo que dejar a Mónica antes de irme con este insoportable y, a la vez, apreciado tipo a gestionar lo de la escuela metalúrgica.

—¿Hola, caballeros?

Levanto la vista y sonrío al ver que la domadora de Lorenzo asoma esta vez en mi oficina.

¡Es mi jodido día de suerte! ¡Ya verá ese cabrón!

—Voy a empezar a creer en la providencia divina a partir de hoy. Los dioses te han enviado, ¡llévate a este adefesio, por Dios!

Le voy diciendo sonriente mientras me acerco para abrazarla. Viendo como su marido me pone cara de corderito desde la otra esquina.

—Qué gusto verte, Alina.

—Lo mismo digo. —Me responde el abrazo con el mismo cariño fraternal.

—¡¿Ves, viejo?! Mira como tú sí abrazas a mi mujer y yo a la tuya solo puedo estrecharle la mano. ¡No es justo!

—Son culturas diferentes y... ¡tú eres un morbosos! Perdón, amiga —le digo girándome a mirarla—. Pero es la verdad, recuerda que lo conocí antes que tú y, es más, en la primaria le ponía espejitos a las chicas debajo de ellas cuando estaban de pie para saber el color de su ropa interior. ¡Ya está! ¡Se lo conté! —Miro a Lorenzo con altanería y el mentón levantado, en pose triunfante, mientras él nos observa de uno a otro como un sijú con los ojos muy abiertos.

—Eran solo travesuras infantiles de investigación y definición acerca de mi preferencia sexual prematura. —El muy jodedor lo explica con la seriedad de un debate político. Es imposible no reírse—. Gracias a eso supe con seguridad que no iba a ser gay. Eres psicóloga, amor, seguro que entiendes de qué hablo y, además, me lo agradeces. Este no lo comprende porque es un paranoico ignorante celoso, peor que el viejo ese... el tal Otelo —me apunta entrecerrando los ojos.

Es de comedia verlo acercarse con la trompita levantada para besar a su esposa, que se hace la ceñuda de brazos cruzados. Obviamente terminan en su besuqueo sin importarles que esté presente y, finalmente, los tres nos reímos hasta quedarnos sin aire.

—Bueno, don Otelo, prepárate que nos vamos —dice haciéndose el serio. ¡Ni dormido lo es!

No le hago caso a su mote y me pongo en la obra de recoger todo lo que debo llevar, incluyendo el informe del ministerio de educación de Cuba, donde se le garantiza matrícula y la continuidad de la carrera al estudiantado de la Lenin en la universidad de la capital, en caso de necesitar abandonar la URSS.

—¿Por fin tienen que ir a la Lenin? —pregunta Alina.

—Así es, cariño —explica Lorenzo—. Tenemos que organizar el futuro de esa delegación estudiantil. Están las cosas a la deriva, la mayoría es del tercer año, los profesores están desertando del programa, y a los muchachos les preocupa que de regresar sin terminar a Cuba, por la cancelación de los programas universitarios, tengan que cambiar de carreras o, peor, abandonarlas.

—Está tensa la situación, precisamente de eso venía a hablarles.

—¿Qué sucedió? —pregunto, levantando de mi escritorio la mirada hacia Alina.

—Se canceló también el programa de colaboración para la salud mental. Acaban de avisarnos de que esta es la última semana.

—Era algo que se venía venir, mi cielo, los fondos de colaboración por parte del partido soviético fueron congelados. —Lorenzo la abraza y besa su cabello—. Nosotros, por ejemplo, estamos seguros de que esta visita del ministro será para finiquitar la fecha en la que se pondrá en recesión la sede hasta nuevo aviso y, obviamente, para comunicarnos que seremos reincorporados al ministerio del interior en Cuba.

Ante las palabras de mi amigo, los dos me miran.

—Aún no hablamos de eso —contesto adivinando su interrogante.

—No puedes dilatarlo más, Armando —me recrimina Alina.

No solo lo dice como la psicóloga que no me ve como a un paciente gracias a mi súplica de no hacerlo, sino como la amiga que ha sabido dedicar horas de su

tiempo a acompañarme en cada una de mis caídas.

—Lo sé, solo estoy buscando el mejor momento, no será sencillo para ella.

—Hablamos hace unas semanas de que es justo que ella tenga la oportunidad de decidir si te acompaña a Cuba o...

—¡Ella vendrá conmigo! —Casi grito, y tengo que bajar apenado los ojos—. Lo siento, a veces, solo pensarlo me supera.

—Con más razón debes dialogarlo con ella —continúa con su inmutable calma Alina.

—Lo haré después de la reunión con el ministro y de que se nos diga cuándo debemos abandonar este país.

—¿Crees que deberías esperar tanto? Puede que sea solo cuestión de días, no lo sabemos —pregunta Lorenzo, y solo afirmo moviendo la cabeza. No tengo ningún alegato que justifique mi mayor temor: que ella decida no acompañarme. Solo de pensarlo, ese nudo insoportable presiona el fondo de mi pecho.

—Únicamente espero que lo analices muy bien, Armando. —Vuelve a decir mi amiga—. No quería decírtelo así, pero Ivanna y yo hablamos, ella fue a verme y nos tómanos un café juntas.

Todos mis músculos se tensionan y Lorenzo y su mujer se percatan de que mi actitud está a punto de entrar en pánico, por lo cual ella levanta su mano para frenarme.

—Cálmate, no hablamos de ningún detalle. Por ética médica sabes que jamás desvelaría nada de lo que tú y yo hablamos, a pesar incluso de que, oficialmente hablando, no eres mi paciente.

—¿Entonces de qué demonios hablaron?! —me desespero. Esto no me lo esperaba.

—Te he dicho siempre cuál ha sido tu mayor error, Armando. —Da unos pasos hacia mí—. Ha sido subestimar a Ivanna. La amas con toda la intensidad del mundo, es cierto, pero la dejas en una esquina, apartada de tus problemas como si creyeras que ellos la podrían contaminar. No es tonta, y para nada es débil. Sabe que hay más detrás de lo que le has contado, que, según entendí, se limita solamente a que tus padres murieron y tus tíos te adoptaron.

—De nada serviría que supiera más, no es necesario.

—¡Sí lo es! —Esta vez Alina no se escucha tan ecuánime; es comprensible, la debo de tener harta.

—Serviría para que ella entendiera tus fobias, tus obsesiones, tus peores miedos. Y más aún, serviría para que te acompañe en el camino hasta destruir un pasado que cargas a tus espaldas como una cruz, cuando tú tan solo fuiste la víctima de todo.

Escuchar sus palabras remueve cada fibra de mi ser, como si mi alma fuera

una vasija hueca y acabaran de llenarla de piedras, las cuales ahora estuviesen midiendo peso dentro de ella hasta llegar a herirla en el fondo.

—Creo que es suficiente, cariño.

Escucho a Lorenzo hablarle a su esposa.

No sé en qué momento les di la espalda y necesité pasar ambas manos por mi nuca. Evidentemente, el hacerlo les hizo entender cuánto me afecta este tema. Ellos mejor que nadie lo saben.

—Lo siento, Mandy. Me siento impotente, quisiera ayudarte más, pero no me dejas. Sabes que te quiero como a un hermano —termina por decirme mi amiga, acercándose a mí para abrazarme.

No me salen las palabras al escucharla llamarme por el diminutivo de mi nombre. Hacía años que no lo hacía, nunca entendí por qué dejó de hacerlo.

—Mejor me voy, espero que regresen pronto de esa escuela. —La veo que disimula al pasarse la yema de su dedo por los ojos, limpiándose una lágrima.

Es cierto, entiendo por qué ha querido dejar de darme sus informales terapias; definitivamente, mi situación ocasiona un conflicto profesional con el lazo fraternal que nos une.

—Te acompaño, cielo. —Lorenzo recoge el abrigo que anteriormente ella se había quitado y, pasando el brazo por sus hombros, se dirigen a la salida.

—Aly... —Se detiene y se toma unos segundos para girarse a verme. En su mirada triste veo a la amiga entrañable de toda la vida. La de la secundaria, la universidad, mi confidente de los más tristes secretos—. Te quiero también como a la hermana que la vida me negó. —Sonríe y con su mano me lanza un beso triste.

—Te espero afuera, apúrate —me dice su marido cuando ella se vira y sale, a lo que yo asiento.

Suelto el aire retenido cuando los veo marcharse.

Sus palabras llevan toda la razón del mundo, soy yo el que lleva años viviendo en una burbuja, temiéndole a cualquier punzante problema que pueda llegar y rompérmela.

Tomo mi chaqueta y comienzo a ponérmela, pero antes oprimo el intercomunicador viendo la hora en el reloj, nuevamente, y llamo a Mónica.

—Estaba por hablarle, señor, para decirle que su esposa llamó.

¡Al fin! Pero... ¿llamó? ¡Mierda!

—Dices, ¿llamó? —rectifico con la esperanza de no haber entendido bien.

—Sí, señor. Le dije que usted estaba con el señor Lorenzo reunido, pero a pesar de insistirle para que esperara un minuto en la línea, no me permitió pasarle la llamada.

—Necesitaba hablar con ella, se lo dije, Mónica. —Aprieto el puño

haciendo un esfuerzo por controlar mí carácter, lo que menos quiero es hacerla sentir mal, le debo mucho, pero me siento frustrado—. Comuníqueme con mi casa por favor.

—Señor, es que su esposa me dijo que no estaría allí. Me pidió le hiciera saber que estaba con su familia, y que no se preocupara, que tanto ella como su hija estaban muy bien. Yo me tomé la libertad no solo de explicarle lo del evento, sino también lo de su salida para la escuela Lenin esta tarde.

Con sumo cuidado y detalle me lo ha explicado todo y, a pesar de ello, mi corazón golpea ansioso mi tórax.

—Gracias, Mónica.

Escucho solo el eco de su habitual respuesta tras darle las gracias. Me arreglo la chaqueta y la abotono, alisando mi corbata y afirmando el nudo de esta que siempre mantengo un poco suelto. Confirmando que dejo sobre el buró todo lo que mi secretaria deberá recoger más tarde, y me hago con mi portafolio para encaminarme a reunirme con Lorenzo y el personal que nos acompañará.

Pretendo engañar a mi mente, ocultar esta ansiedad que me supera; pero soy consciente de que mientras lo intento con todas mis fuerzas, una angustia mezclada con incertidumbre se cuele lenta y cautelosa en mi alma, envolviéndome como una presa fácil hasta hacerme su cautivo...

15

Ciego

El dolor de cabeza no cede, a pesar de tomar las dos aspirinas que le pedí a Serguei que me trajera del botiquín de primeros auxilios, que siempre traemos con nosotros. Estaba angustiado por el inconveniente de no saber de mi mujer y de mi hija; unido a eso, el retraso de nuestro viaje terminó por desatarme la fuerte jaqueca.

La reunión con los dirigentes de la escuela Lenin no había dado los resultados que esperábamos y, después de tres horas y media de alegar posibles soluciones con las cuales nadie estaba de acuerdo al ciento por ciento, lo único que logramos fue que se aceptara entregar completas las transcripciones de los ciento diecisiete estudiantes cubanos para que se les considere el segundo semestre del tercer año vencido, y así puedan comenzar cuarto año en la universidad alma máter de La Habana.

Este asunto no es algo que se encuentre bajo las directrices de mis obligaciones como representante de la embajada cubana, pero dada la situación política actual de este país y las consecuencias que esta traerán para Cuba, definitivamente hemos tenido que intervenir en ellas con el mayor tacto diplomático posible.

Espero que pronto se alivie este martillar en mis sienes; pasan ya de las nueve de la noche, el clima ha jugado en nuestra contra y, a regañadientes, acepté que nos quedáramos a pasar la noche en este hotel de paso. No hubiese sido consciente por parte mía lucir intransigente y hacer que, tanto Serguei como el otro chófer del segundo auto que nos acompañó en el viaje, condujeran casi tres horas hasta Moscú con la nevada que estaba cayendo a raudales y sin descanso, menos con el desplome de las temperaturas a niveles de congelación

total.

El lugar es acogedor, una especie de caserón construido con troncos de maderas vírgenes. La habitación es espaciosa, donde la habitual chimenea entibia el lugar a pesar de estar deprimentemente helado todo afuera.

Por la radio pude comunicarme con Mónica antes de que saliera de la oficina, y saber por ella de Ivanna y de la niña. Las comunicaciones están pésimas por la nueva tormenta que, aunque no parece ser tan severa como la de días anteriores en cuanto a las precipitaciones de nieve, sí trae con ella una buena carga de fuertes ventiscas.

En ocasiones como estas es cuando más odio mi trabajo, mi puesto y todo lo que este exige. Debería estar con ellas en el calor de nuestro hogar, y heme aquí, solo y extrañándolas casi al límite de la desesperación.

Me acabo de dar una ducha lo más caliente que mi piel fue capaz de soportar, y a pesar de eso mi cuerpo siente el estrago de esta gélida noche.

Es un hecho que jamás podré acostumbrarme a este clima. El frío te cala hasta los huesos, más cuando tienes raíces tropicales, cálidas. Sin importar los años que han pasado, siempre he sentido que este, definitivamente, no es mi lugar.

Vestido con el albornoz del hotel, me acerco hasta la bandeja de color caoba rojiza que, junto a una tetera con infusión de menta, han dejado hace un rato por cortesía del hotel, acompañada de unos panecillos de ajonjolí. El paladar es otra de las cosas que este congelante país no ha podido domar de mi caribeña idiosincrasia.

Dos tragos de la bebida me han bastado para entrar en calor. La nieve sigue cayendo afuera y ya hay una buena acumulación de ella, yo solo espero que por la mañana podamos salir para Moscú a la hora prevista.

¡Mierda, la extraño como un condenado!

Si todo sale como espero, juro que nos perderemos bajo los saltos de agua de Soroa y por los valles de Viñales, pero... ¿y si ella no...?

¡No! ¡Ellas sí vendrán conmigo!

En Cuba voy a retribuirle todo este tiempo de soledad, muy en el fondo es un alivio la posibilidad de dejar atrás mi cargo. Pensé en un principio renunciar, pero las circunstancias se han volteado a mi favor. Me abrumba pensar que si uno todo el tiempo que hemos estado juntos, que he pasado con ellas, resulte inferior al que me ha robado la maldita y egoísta diplomacia cubana, que esta salga victoriosa en ese cómputo.

Respiro profundo, repaso la solitaria habitación con mi mirada hasta llegar al cristal de la ventana. Esta apenas es visible debido a las cortinas gruesas a cuadros que caen a los lados, sujetas por grandes argollas de madera en la parte

superior. La noche cae quieta, trémula; pero, aun así, un poco mágica también. La nieve da luminosidad y brillo a pesar de la oscuridad y, es cierto lo que dicen, la imagen parece una postal donde el color blanco da una impresión casi paradisíaca.

Unos golpes de nudillos en la entrada me hacen girarme tras dar el último trago a mi, digamos, *reconstituyente* bebida. Supongo que ya deben de pasar las diez, a pesar de no tener el reloj cerca.

Dejo la taza sobre la mesa de noche y voy a ver quién llama.

—Socio, llegué a creer que ya estabas durmiendo. ¡Carajo! Yo pensaba que en Moscú hacía frío, pero esta ciudad de Kondrovo es una puta nevera.

Lorenzo ha entrado por mi lado al abrirle sin siquiera mirarme, frotándose y soplando sus manos.

—¿De dónde diablos has sacado ese jersey?! ¡Parece tejido por la tatarabuela de Gorbachov! —Con las manos en los bolsillos, abro los ojos desorbitadamente ante su mirada de frustración y amenaza.

¡Pero es que es la verdad, está horrible!

Es de color chocolate y con un sinnúmero de globos de colores chillones en el frente y bordeando el cuello, y quien lo viera, sin duda, lo confundiría con un bailarín de carnaval habanero versión europea.

—¡No me jodas! —Se cabrea—. Te recuerdo que no vine en mi auto, sino en el tuyo; así que no tuve acceso a un cambio de ropa de las que acostumbramos a tener en nuestros carros desde que estamos viviendo en esta cabrona jungla de hielo. Y esto —se tironea del extravagante atuendo con mala cara, y no puedo evitar reír— es lo mejorcito que encontré en la tienda artesanal de este hotel. Mejor ni te cuento del de color naranja que me ofreció la dependienta, iba a parecer una puta bombilla incandescente.

La carcajada que suelto, sin duda, me hacía falta. Este hijo de su madre siempre logra darme una cuota de terapia antiestrés.

—¡Venga, joder! ¡No te rías más a mi costa! —suelta, dejándose caer en la cama y cruzando sus manos detrás de la nuca—. Vine a buscarte para irnos al salón bar. Hay buen billar y cerveza. ¿Te apuntas?

—No lo sé. Quiero ver si llamo a casa desde el teléfono de la entrada.

—Pues te informo, socio, que ya lo intenté. La jodida comunicación está averiada, no pude comunicar con Alina, aunque estoy tranquilo porque cuando hablamos con Mónica, desde la radio del auto, ella también quedó en llamarla y explicarle el porqué de nuestra demora. Por eso no intenté hacerlo de nuevo.

—Sí, tienes razón.

—Entonces qué, ¿te nos unes?

—¿Unirme?

—Sí, estarán todos. La gente de comunicaciones que vinieron por lo de los planos ya están allá. ¡Dale, vístete! Pareces mariquita con esa bata de felpa.

—¡No jodas! —Y uno de los almohadones decorativos del sillón más cercano impacta en su cara por cabrón.

Mientras me vestía dudé en venir, pero luego pensé que sería buena idea desconectar la mente y de paso agotarme un poco para lograr dormir en, como dice Lorenzo: «Esta jungla de hielo».

El salón es muy amplio. Las mesas para comer, generalmente con espacio para cuatro personas, circundan el lugar y están pegadas a las paredes laterales. Al fondo, del lado izquierdo, un bar provisto de una barra semicircular con sus altas butacas hace contraste con la plataforma de la derecha que, aparentemente, es utilizada como pista de baile, ya que una batería de música totalmente equipada se encuentra en una esquina. En el centro, de forma bien distribuida para dar espacio al juego, tres mesas de billar completan la decoración en madera, con fotos antiguas del país regadas por las paredes; especialmente acerca de las luchas del famoso ejército rojo en la Revolución de Octubre. También una que otra cabeza de arce disecada complementa el estilo campestre soviético.

Al entrar, junto a Lorenzo, miramos en todas direcciones hasta dar con nuestros acompañantes. Serguei, el otro chófer y los tres coordinadores de los programas de educación se encuentran en una de las mesas más alejadas. Nos dirigimos hacia ellos percatándonos de que el salón, aunque no muy lleno y que también funciona como restaurante, tiene algunos comensales ocupando varias mesas, parecen ser viajeros de camino resguardándose del frío en el hotel.

—Bienvenido, embajador —saluda y se levanta para estrechar mi mano uno de los jóvenes que trabajan como coordinador.

—No tienen que levantarse —les pido a todos antes de que lo imiten—. Y nada de títulos aquí, Sanfield o Armando a secas. ¿De acuerdo? —Todos asienten y sonrían.

—Bueno, ¿a qué le damos? ¿Carambolas o troneras?

—Troneras para mí —responde uno de los chicos ante la pregunta de Lorenzo. Serguei solo levanta los hombros, señalando que con él cualquier tipo de juego de billar va bien.

—Voy a por las cervezas —dice mi chófer, levantándose mientras los otros deciden por fin con cuál juego comienzan, y Lorenzo lo sigue.

—Buenas noches, equipo. ¿Puedo sentarme con ustedes?

Escuchar esa voz a mi espalda me eriza la nuca y me da un golpe en el estómago.

¡¿Qué carajos hace aquí?!

Me giro y lo primero con lo que me topo es con su mirada altiva y su cuerpo enfundado en un grueso vestido ceñido de lana negra y cuello alto. Como siempre, lleva el cabello, pelirrojo, suelto y un exagerado maquillaje.

—Buenas noches, Raquel. No sabía que te encontrabas dentro de nuestro equipo.

—¿Cómo se encuentra, embajador? —remarca el título diplomático con ironía—. Mi departamento necesitaba los planos de la termoeléctrica para enviarlos cuanto antes a Cuba, ya sabe, se está previendo que nos afecten demasiado las medidas que tomará el gobierno en próximos días; por tanto, se coordinó a última hora que viniera a Kondrovo con ustedes. Llegué con los chicos. —Los mira y los muy idiotas la observan como si se tratara de una artista hollywoodense—. Su auto nos llevaba más de media hora de ventaja cuando nosotros salimos de la sede, ¿verdad? —Todos afirman lo que dice—. A eso se debe el que no pudiera informarle de que formaba parte de la comitiva.

Una de las cosas que la vida me enseñó junto a sus golpes es a leer las miradas y ademanes de las personas. Ver detrás de cada una de ellas, e incluso, percibir sentimientos negativos.

Lo que me dicen los gestos y los ojos de esta mujer, no se trata solo de negatividad, sino de una mezquindad en la cual ella sabe moverse con perfecta destreza.

—¡Vaya, Raquel! No sabía que también andabas por aquí.

Lorenzo interrumpe mi concluyente análisis interno llegando con dos jarras de cerveza y un Serguei detrás de él cargando una bandeja con el resto.

—Espera y pido para ti, Raquel. Disculpa, pero creí que solo seríamos cinco esta noche.

—Gracias, Lorenzo, pero el ser la única mujer me apena. Más si es que tenían planeada alguna reunión solo de hombres. No te preocupes, yo puedo retirarme a la habitación.

—No es necesario, Raquel —intervengo—. La verdad es que estoy cansado y mañana promete ser un día más que agotador; primero, por el trayecto que tan temprano emprenderemos todos hacia Moscú y, después, por lo de la recepción de estado. Así que... —Me dispongo a levantarme de la silla cuando siento la mano de ella en mi hombro.

—Como dije hace un momento, si mi presencia les incomoda soy yo la que debe retirarse.

—Te repito que no es necesario —contesto, agarrándole la mano un poco más firme de lo necesario para quitarla de encima de mí.

—Pero Armando, al menos pasemos un rato agradable, una hora y no más.

¡Ándale! —insiste Lorenzo, al cual involuntariamente fulmino con la mirada. Sé que es ajeno a muchas cosas, pero la llegada de Raquel ha terminado por agriarme la noche.

—Es una lástima que nos dejes, Armando. Total, la recepción de mañana ya está completamente organizada, me consta, no debe preocuparse por eso. De hecho... —Pasa su larga uña pintada de un rojo chillón por su frente, acomodándose el flequillo detrás de la oreja—. Antes de salir hacia aquí, supe que el personal de protocolo tiene todo coordinado según lo solicitado por el ministro, incluso la presencia del personal, tanto dentro como fuera de la embajada. —Me mira fijamente mientras me pongo el abrigo para marcharme, no pienso socializar con ella si es lo que espera.

»¿Ya supieron que la delegación de ingenieros que se encontraba en Kurskaya llegó la madrugada de ayer? —Suelta de golpe y mis movimientos se congelan ante sus ojos—. Ni ellos saben por qué los retuvieron allá, cuando era de conocimiento público que el acuerdo no sería viable.

No puedo terminar de correr atrás un poco la silla para finalmente marcharme. Mis pies parecen que se quedan clavados, y debo de haberla mirado de una forma casi diabólica cuando incluso ella, que es una mujer de rígido temperamento, ha palidecido ante mí.

—Dices que... ¿todo el personal de Kurskaya ha retornado? —Mi voz se quiere quebrar, pero la controlo. Un huracán de sentimientos e ideas se retuercen amenazantes.

—Así es —contesta, levantando un poco su mentón. Quizás alucino, pero la impresión que tengo es que está disfrutando el momento.

Soy capaz de sentir cómo mi cuerpo se va despojando lentamente de mi calma. Un frío abrasador, peor al que se pudiese sentir afuera estando libre de cualquier capa de ropa, comienza a consumirme sin darme tregua a lograr hacerme del control de mis emociones. En un segundo me percato de hacia dónde están mirando los ocupantes de la mesa: a mis puños. Los he mantenidos apretados con tanta fuerza al borde de mi abrigo que los nudillos casi se observan con un traslúcido color azulado tras la palidez que tienen por la presión que ejerzo en ellos.

Busco la mirada de la única persona en aquel grupo a la que el mensaje de mi inestabilidad emocional puede llegarle alto y claro. Lorenzo me observa con la frente fruncida, está seguro de que me he descompuesto y de que mis demonios asoman sus rostros, pero no entiende la razón.

—Armando, ¿todo está bien?

—Necesito llamar a Moscú.

Tras contestarle, salgo como un rayo y solo escucho como cae la silla e

impacta en el suelo detrás de mí. No me giro, no espero.

¡Solo necesito un jodido teléfono!

«Señor, primero quiero decirle que en su casa siguen sin contestar, y tampoco en la de sus suegros».

¡NO!

«Señor, es que su esposa me dijo que no estaría ahí. Me pidió le hiciera saber que estaba con su familia, y que no se preocupara, que tanto ella como su hija estaban muy bien».

Se repiten una y otra vez en mi mente las palabras de mi secretaria. Quiero acallarlas, enmudecerlas antes de que los demonios se hagan aliados de ellas y sus deformes caras comiencen a aparecer para destruirme.

Camino, no, ¡corro! La recepción de la entrada del hotel me parece que está a millas de distancia. Cada espacio de mi cuerpo, según pasan los minutos, se tensa más y mi mente libra su batalla cerrándole las puertas a imágenes que fácilmente terminarían por destruirme.

—¡Un teléfono! ¡¿Dónde demonios puedo encontrar un teléfono que funcione en este lugar?!

He gritado como un loco. Debería estar agradecido que, por la hora, el área se encuentra casi desolada. La mujer, detrás del largo mostrador de madera, se levanta asustada del otro lado, donde se estaba comiendo una sopa de fideos viendo las noticias en la televisión.

—Disculpe, señor. —Se acerca a mí pasándose torpemente una servilleta de papel por la boca y subiéndose las gafas—. El viento que ha traído la nevada, al parecer ha dañado las líneas de nuevo. Nos han dicho que en cuanto merme un poco la lluvia helada estarán reparándolas, quizás a primera hora de la mañana...

—¡¿Qué parte de que es urgente que haga una llamada no entiende usted?! ¡Tiene que funcionar alguno en esta mierda de lugar! —la interrumpo fuera de sí y abre desmesuradamente los ojos, pasándolos de mi rostro al de un hombre mucho mayor que ella y que se acerca a nuestra derecha. Puedo verlo por el rabillo del ojo; pero no me volteo, sigo con los ojos clavados en la mujer, esperando que me dé una solución que me niego aceptar sea un imposible.

—Señor —me habla el individuo y giro la cabeza para mirarlo—. Soy el administrador del hotel. Lo que le dice la dama es cierto, tenemos la planta y los teléfonos sin línea desde hace seis horas, pero quizás el que es por monedas pueda...

—¿Dónde está? —corto lo que quiere seguir explicando mientras me toco el bolsillo, confirmando que traigo tres o cuatro rublos en metal.

—Por ese pasillo, antes de llegar a la cafetería, lo encontrará a la derecha. En la pared que está...

Salgo corriendo como si en ello me fuera la propia vida. Mis celos, mi rabia y mis más espeluznantes suposiciones se alimentan lenta y maquiavélicamente de una ciega cólera que peligrosamente crece como un maldito iceberg, y que amenaza con congelarme el corazón.

Apremio mi carrera y cuando doblo en el pasillo reviso la pared a todo lo largo con la mirada, hasta ver el cuadrado artefacto en ella. Casi es una huida lo que libran mis pasos acortando la distancia que tengo de ella.

Mis manos tiemblan cuando intento sacar las monedas. Logro entrar en la ranura tres de ellas y digito el número de nuestro apartamento, cerciorándome de no equivocarme ninguno.

¡Contesta, contesta!

Un tono y otro, y el tercero me devuelve un poco de fe, pero... Se cae la llamada y a continuación sigue el pitido que indica una desconexión.

¡Mierda!

Vuelvo a intentarlo una vez más, el aparato me devuelve el dinero al no haber logrado hacer la conexión y rápidamente hago la misma operación y espero.

¡Maldita sea! ¡¡No!!

Golpeo como una bestia el auricular contra la argolla metálica que lo sujeta tantas veces que se ha partido una esquina del plástico, saliendo disparada. Lo dejo caer, exhausto, viéndolo colgar del cordón negro enrollado y me quedo observando su vaivén de un lado a otro. Me aniquilan los latidos de mi corazón recorriendo mi cuerpo y, finalmente vencido, pego la frente al frío metal sintiendo los bordes del teclado marcándomela.

—¡Tú no, mi amor! ¡Tú no! —digo en voz alta intentando rebuscar una paz inexistente en mi espíritu.

—¡Vaya! No tenía idea de que la situación fuera tan brutal.

Mi fiera interna despierta de golpe y araña mi interior con sus garras, haciéndome abrir los ojos y erguirme al escuchar esa voz. Me volteo mientras un hilo de sudor corre desde mi sien y recorre mi mejilla.

—Raquel... —mascullo su nombre con ira, pero no se inmuta—. ¡¿Qué demonios tengo que hacer para que me dejes en paz?!

Da tres pasos atrás, cruza sus manos a la espalda y luego de flexionar su pierna pegando la bota a la pared se recarga sobre ella.

—¿Sabes algo, Armando? Me gustaste desde el día en que te conocí en la oficina de mi padre y sí, lo confieso, me obsesioné con la idea de que pudiéramos tener... digamos «una complicidad». —Esto último lo dice recorriéndome el cuerpo con los ojos, logrando cabrearme más.

—No soy «admirador» de mujeres fáciles, Raquel. ¡Creí que lo tenías claro!

—la ofendo a propósito y no me arrepiento.

Sus ojos son como flechas dispuestas a querer herirme de muerte. Aprieta los labios hasta convertirlos en una desagradable mueca, se endereza y lleva sus manos adelante. Por un momento, creo que intentará abofetearme y me preparo para detener su mano; pero no lo hace, al contrario, sonrío irónica y manipuladora.

—¿Sabes? Una colega estaba preocupada por un gran amigo suyo, bueno... más bien angustiada y sufriendo por el hombre del cual ella lleva años enamorada y para quien tan solo es una buena amiga y confidente.

—Raquel, no me interesan tus historias patéticas y corrientes. ¡No me jodas que no es una buena noche! —Doy unos pasos para alejarme lo antes posible de ella; sin embargo, me detiene agarrándome por el brazo.

—Seguro que esta puede interesarle, embajador. —Y su voz, más bien parece un ladino ronroneo felino.

—¡Qué pena! Este hombre lleva muchos años venerando y enamorado en silencio de una mujer de esta tierra, pero lástima... —Se calla y en sus ojos renace la malicia ante mi ceño fruncido—. Porque ella... es la esposa y madre de la hija de un alto funcionario político extranjero. Sí, quizás te malentendí, Armando. Es cierto, no admiras a las «fáciles», tu admiración es para las zo...

Escucho rugir a mi fiera interna en los oídos. Sus carcajadas van dando paso a una película mental de imágenes distorsionadas que poco a poco van esclareciéndose...

La música alta de aquellos días comienza a aturdirme, el olor penetrante a alcohol y a cerveza barata se riega rodeándome y haciéndome sentir náuseas. Las risas de ella abriendo regalos, sentada en las piernas y mordiendo la boca de un hombre que, en mi mente, cambia de rostro constantemente por otro diferente... Es una asquerosa tortura. Esos mismos rostros que son como demonios que acechan, ríen, se dispersan y se transforman en un grupo de chicos gritándome:

¡Perdedor! ¡Bastardo! ¡Recogido!

Llego a casa todo cubierto de lodo y ni los gritos angustiosos y las preguntas de mi nueva madre me liberan de los grilletes de mis fantasmas...

Es como ir cayendo al vacío...

Ahí está él, sus ojos me miran con pena y cuando lo veo entrar alzo mis cortos brazos pidiéndole que me levante y me saque de allí, pero no lo alcanzo... Solo veo su mirada gris y profunda, que es un quebrado reflejo de su dolor

mientras sus lágrimas ruedan mirándola a ella, y convirtiéndose así en el alimento del odio y la rabia que terminan por destruirlo...

—¡Armando, suéltala! ¡Por Dios, Armando! ¡¿Acaso estás loco?

Lorenzo intenta arrancar mis manos de donde las tengo apretadas. Escucho toser a alguien mientras emite sonidos en busca de aire. Solo entonces soy consciente de que he agarrado por el cuello a Raquel y la aprisiono contra la pared, y me horroriza la escena.

Asustado, me separo de ella dando traspiés hacia atrás, hasta sentir el golpe que me doy en la espalda contra la pared.

Mi pecho parece encerrar dentro una estampida de animales que luchan por salir. Busco aire con desesperación y el intenso y profundo movimiento intercostal llega a ser doloroso.

Lorenzo sujeta por los hombros a Raquel mientras esta busca conseguir bocanadas de aire.

—Eres... un... imbécil... Te juro que... esto no se quedará... así —amenaza con dificultad.

—¡Basta, Raquel! No sé qué sucedió aquí, pero no es el momento —le exige Lorenzo, devolviéndome una mirada de absoluta preocupación e incluso terror.

—¡Quería... estrangularme! ¡Tú lo... viste! ¡Todo por... culpa de la zo...!

—¡Te dije basta, Raquel! —Vuelve a sujetarla Lorenzo al notar que intento lanzarme sobre ella de nuevo hasta dejarla sin voz, interponiéndose entre nosotros.

—Analizaremos esto más tarde —intenta arbitrar la situación—. Ve a tu habitación, por favor, Raquel. Luego voy a hablar contigo.

—Si crees que me convencerás para que no presente quejas a mi padre y al consejo, pierdes tu tiempo. —Tose otra vez, esta vez fingidamente, y su mirada es la de una hiena—. No me diste la oportunidad de mostrarte mi parte cándida y afable, ¡preparate para conocer la parte más oscura de mí, Armando Sanfield!

Viro el rostro hacia otro lado al escucharla porque, de lo contrario, no respondería de mis actos. El sonido de los tacones de sus botines se va perdiendo por el pasillo y cuando me giro para ver a Lorenzo, este frota sus sienes, consternado.

—¡¿Qué mierda crees que haces, Armando?! ¡Esa mujer puede hundirte, y lo sabes! ¡¿Qué demonios sucedió aquí?! ¡Si no llego a tiempo, no quiero pensar lo que hubieses sido capaz de hacerle!

Me acuclillo con las manos en la nuca delante de mi amigo. Él hace lo mismo quedando frente a mí.

—Por favor, amigo, desahógate.

—Ahora no puedo, lo siento, perdí el control. ¡Solo necesito llegar a Moscú como sea! —Me pone la mano en el hombro sin dejar nuestra posición a ras del suelo.

—Cuando te vi salir del salón de billar intuí que algo sucedía. No entendí en qué momento te descontrolaste por completo, pero adiviné que irías en busca de un teléfono. Fue Serguei quien me dijo que intentáramos probar nuevamente con la radio del auto, recuerda que tengo una en casa desde que pasé meses en la planta química de Ekaterimburgo. Hablé con mi mujer y ella llamó a la tuya.

Me pongo de pie como un resorte y él hace lo mismo.

—¿Le habló? ¿A dónde? ¿Estaba en nuestra casa con la niña? ¿Qué le dijo? Parezco un demente atropellando las palabras.

—¡Por Dios! ¡Eres un prematuro candidato a un infarto!

—¡No me jodas y respóndeme, Lorenzo! —le exijo.

—¡Están bien, carajo! —Respira en busca de paciencia.

Lo entiendo, soy capaz de llevar al límite a cualquiera por muy centrado que sea.

—Me costó comunicar, pero finalmente lo logré. Alina, aún con la radio en mano por temor a que perdiéramos la comunicación, llamó a tu casa, y al no contestar nadie lo hizo a la casa de tu suegra. Respondió Svieta, y luego de decirle que Mónica les explicó lo de nuestro viaje y sus inconvenientes, aseguró que tu mujer decidió quedarse con ellos, por la nieve y por...

—¿Pero no habló con ella, con Ivanna?

—No, solo con tu suegra.

—¡¿Y dónde mierda estaba mi mujer que no pudo hablar con la tuya?!

—Ahí están, flotando de nuevo como cadáveres de un naufragio en mi mente miles de avasallantes hipótesis.

—Según ella, estaba durmiendo a tu hija, Armando.

—Debió esperar para hablar personalmente con ella.

—Armando, ¿qué mierda te sucede? Podíamos perder la llamada, y el propósito era que supieras de ellas. Le dije a Alina que estabas muy alterado por la falta de comunicación, ni siquiera creía seguro que funcionara la radio cuando Serguei me dio la idea, y mira... —Se detiene y suelta un bufido impropio de él —. Mientras yo salía afuera, tú aquí estabas a punto de desgraciarte la vida, y todavía no entiendo la razón. ¿Me hablarás claro y me contarás qué fue lo que sucedió entre tú y Raquel Durán?

Me froto los ojos y paso las manos alisándome el cabello hacia atrás.

—Te lo explicaré, lo prometo, pero no ahora. Ahora necesito llegar a Moscú.

—¡No seas imbécil, joder! Te acabo de garantizar que tu mujer y tu hija están bien. Los caminos no están despejados todavía, es una locura salir ahora; es noche cerrada. Además, te lo repito: ¡Ivanna y tu hija están bien!

—¡Pero yo no puedo estarlo, por un demonio!

—¡Explícame entonces! ¡¿Por qué no lo estás?!

—¡Porque una maldita pesadilla acaba de abrirse ante mis ojos amenazándome con volverse una cruel realidad! —Suelto en un grito agónico—. Si eso sucede... será como retornar al cabrón infierno que ha sido mi vida. ¡Así que no intentes detenerme! ¡Llegaré a Moscú y ni tú, ni nadie, y mucho menos una puta tormenta helada, podrá impedírmelo!

Le doy la espalda y mis pasos truenan bajo mis pies en el silencio de aquel corredor, alejándome no solo con el miedo brincando altanero en mis entrañas, sino pidiendo por primera vez en mi vida al cielo que no deshaga en pedazos mi existencia una vez más.

16

Rendición

Según pasan los minutos, más me desespero y siento que nunca llegaremos a la ciudad. El paisaje, a través de la ventanilla, se vuelve más deprimente tras el paso de la tormenta de la noche anterior. Apenas amanece, y en algunas zonas vemos las fogatas hechas por los habitantes del área más humilde de Moscú, intentando con esto contrarrestar al helado frío de un muy gélido invierno.

La discusión con Lorenzo fue de armas tomar. Se negó a dejarme salir antes de que pasaran los camiones limpiando y apartando la nieve de los caminos. Casi me olvido de nuestra inquebrantable amistad y le rompo la cara de un golpe. Ahora doy gracias a cualquier providencia divina, de esa que los creyentes dicen que existe, por no dejarme cometer tal barbaridad llevado por este temperamento al que, fervientemente, quisiera algún día tener el temple y el poder de dominar.

No pegué un ojo en toda la puñetera noche repasando las palabras de esa pérdida en mi cabeza, e intentando inútilmente que no me afectaran. Antes del amanecer no me aguanté más y fui en busca de Serguei para que me diera la llave del auto, pidiéndole que él se regresara con los demás; pero, obviamente, mi amigo de años me conoce demasiado bien y ya se había encargado de quitarle la jodida llave a mi chófer, después de dejarme arañando las paredes en mi habitación antes de él irse a la suya.

Casi una hora más de discusión me costó retrasar nuestro regreso; pero finalmente, tanto él como Serguei, se dieron por vencidos y los tres salimos del hotel rumbo a la capital, antes de que el primer rayo decentemente cálido de luz anunciara el nuevo día.

Varios atascos nos hemos encontrado durante el trayecto, demorándonos más en nuestro viaje. El personal de camino paleando el hielo, diferentes autos

en la carretera que habían patinado... En fin, todo parece querer atentar contra la imperiosa necesidad que tengo de llegar lo antes posible; y, sin poder evitarlo, estas circunstancias atizan como fuego embravecido mi capacidad de control y mi desesperación.

—¿Hacia dónde nos dirigimos, señor? ¿A su casa primero, o a la embajada?

La voz de Serguei me hace girar el rostro adelante. Mi chófer continúa con la vista fija en el camino mientras Lorenzo, que va sentado a su lado, se ha volteado un poco y me mira esperando una respuesta de mi parte.

—A la casa de mis suegros, Serguei. Lo último que supe fue que mi esposa y mi hija se quedarían con ellos, y, casualmente, su casa está antes que nuestro departamento. Nos coge de camino llegar ahí primero. ¿Recuerdas la dirección?

—Por supuesto, señor, la recuerdo bien.

—Armando. —Lorenzo ha seguido atento las instrucciones que he dado y, moviéndose un poco más en su asiento para verme de frente, busca que lo atienda esta vez a él—. Espero que no pases por alto el hecho de que en la sede te esperan. Hoy es un día decisivo y debes estar concentrado al ciento por ciento en...

—¡Lorenzo...! —Me aprieto el puente de la nariz, sé que mi amigo todo lo hace por mi bienestar, así que no debo ser ingrato con él—. Discúlpame, sabes que ha sido una larga noche. Necesito verlas, lo necesito, y lo sabes... —Le he dicho esto mirándolo a los ojos, y él solo asiente callado, volviendo a mirar al frente ante el discreto silencio de Serguei.

Hacemos la entrada a la capital sin otro contratiempo más que retrase nuestro recorrido. El servicio de carreteras de mantenimiento y limpieza han hecho bien su trabajo y las calles están aceptablemente transitables.

Los tres nos mantenemos en silencio, creo que mis dos acompañantes, muy en el fondo, son conscientes de mi desasosiego y, por ende, respetan mis pocas ganas de socializar.

Justo al doblar en la calle donde vive la familia de Ivanna, mi intranquilidad vuelve a dispararse provocándome esa ansiedad que me aprieta sin compasión el pecho.

Según avanzamos, veo al final de la avenida el hogar de los Smirnov. Recuerdo la primera vez que los visité y en la cual Ivanna me presentó como su prometido ante la mirada recelosa de su padre y, luego, de su hermano. Había sido sin duda un momento lleno de expectativa.

Yo provengo de una cultura totalmente diferente, le llevo algunos años en edad a mi mujer y que, aunque no se notan mucho, ahí están. Además, el cargo político que desempeñé era un detalle que me ha dejado siempre la duda de por qué los hombres de esta familia han evitado hablarme o indagar al respecto de

ello. Nunca abordaron ningún tema acerca de mi trabajo, ni preguntas, ni siquiera interés alguno o simple curiosidad. Recuerdo tan solo que pasadas las presentaciones, y alguna que otra anécdota acerca de cómo nos conocimos, fue que pude respirar aliviado al ver que su cordialidad iba aflorando según extendíamos nuestra conversación.

Ellos siempre han vivido en esta zona noreste de la ciudad, en una residencia de clase media. Tanto el patriarca de la familia como mi cuñado trabajan de ebanistas en una de las fábricas más importantes del país. Sus antepasados se dedicaron al mismo oficio y, sin duda, el talento ha ido pasando de generación en generación; ya que es muy cierto que son verdaderos artistas con la madera. Los muebles de su residencia lo afirman por sus artísticos y elaborados diseños. Ivanna, en alguna ocasión, me contó acerca de las haciendas madereras y de los aserraderos de los cuales fueron dueños sus ancestros.

Andrey, el padre de mi mujer, es un hombre callado pero muy comedido y respetuoso; aunque es cierto que mi relación siempre ha sido más estrecha con Svieta, mi suegra, una mujer muy serena y de carácter amable y comprensivo. Quizás mi compenetración con ella se deba a que, inevitablemente, me recuerda en muchas cosas a mi madre Esther, me he repetido esto en un sinfín de ocasiones.

—Llegamos, señor.

Salgo de la distracción de mi mente al escuchar la voz de Serguei, viéndome justo delante de la casa de extensos ventanales pintada de un color azulado. Un erizamiento recorre mi cuerpo mientras este se debate entre mantener la fe y la calma o saltar y salir como un loco del auto hasta tumbar a golpes la puerta. Me obligo a elegir la primera opción.

¡Ya estoy aquí!

A solo pasos de ella.

Sí, está dentro, las dos lo están y me esperan.

¡Es por mí por quien esperan!

¡Por nadie más!

—¿Armando? —Lorenzo me habla—. ¿Entrarás, o seguimos a la embajada de una vez?, el tiempo corre.

—Ya voy, ustedes espérenme aquí.

Salgo del carro rápido y, junto al sonido de mi puerta al cerrarla, escucho otro similar desde el otro lado.

—Puedo ir solo, Lorenzo, solo me cercioro de que mi mujer y mi hija están aquí, de que ellas están bien, y nos iremos —digo al ver que ha salido también del auto con la intención de acompañarme—. Entiende que...

—Lo que entiendo es que algo está sucediendo —contesta abruptamente—. No sé a ciencia cierta de qué se trata, pero necesitas a alguien que sea tu cable a tierra y esté cerca de ti cuando, es evidente, la tensión y la aprensión de tu cuerpo te delatan. No quiero que cometas una estupidez. La de anoche con la hija de Durán fue la gota que derramó el vaso. Entiendes eso, ¿verdad?

—Tienes muy poca fe en mí, para ser uno de mis mejores amigos...

—Te lo has ganado con creces —responde con seriedad.

Bajo un segundo la cabeza haciendo un mohín ante su contestación, y me dirijo después a subir los pocos escalones que me llevan hacia la puerta de entrada de la casa, con el corazón en la mano y sintiendo los pasos de mi amigo con complejo de vigilante detrás de mí.

Si necesitara un consejero diplomático...

¡Nadie mejor que él, carajo!

Dos veces oprimo el timbre y no recibo como respuesta ningún sonido que me diga que alguien desde el interior se acerca para abrirme; así que toco otra vez, pero con los nudillos.

Cuando ya la inquietud me comienza a superar y voy a levantar la mano para golpear más fuerte, ruidos de pasos dentro acercándose, junto al sonido del cerrojo interior abriéndose, me hacen desistir y esperar.

—¡Hola, Armando! ¡Qué bien que ya regresaste! Adelante, adelante, pasen.

Svieta es quien está en el umbral dándome la bienvenida y, luego de un abrazo para mí y otro para Lorenzo, con el que ha coincidido en varias ocasiones, nos guía desde el recibidor a la sala.

Son poco más de las siete de la mañana, desde la cocina nos llega el olor a los horneados panecillos y a leche con canela, el habitual menú de desayuno en este país.

—¿Quieren desayunar? Está todo listo, e imagino que estarán agotados de conducir tanto tiempo, y más con este clima que dejó el paso de la nevada. Los panes y el atole de canela me quedaron muy buenos y...

—Por favor, Svieta —Intervengo mientras me deshago de mi gruesa gabardina y la cuelgo en el soporte de madera torneada al lado de la entrada, siendo imitado por mi amigo. Espero que, a pesar del corto tiempo que estaremos aquí, nuestras prendas logren eliminar un poco la humedad gracias a la calefacción del lugar. Es cierto que soy un descortés interrumpiendo su amabilidad, pero no es mucho el tiempo con el que cuento—. Estamos muy apurados, hoy es la gala de estado y tengo una visita oficial, de mi país, muy importante en menos de dos horas, se lo agradecemos. —Miro a Lorenzo, que está poniendo los ojos en blanco—. Sería usted tan amable de llamar a mi esposa, quiero verla a ella y a Romina antes de regresar a la embajada. Supe por

mi secretaria, que me dejó un mensaje diciendo que se quedarían con ustedes.

—Así es, Armando, pero... —duda.

Un hormigueo empieza a nacer en mi estómago al observar su dubitativa expresión, y le sigue a este la aparición del sudor en mis manos y nuca.

¡No quiero creer que vacila responderme o de lo contrario...!

—Acaso... ¿Ivanna y mi hija no están aquí, Svieta? ¿No llegaron finalmente a quedarse anoche y, por tanto, se encuentran en nuestro apartamento?

De su respuesta depende que mi fiera interna despierte o simplemente se vuelva a su madriguera dándome un poco más de tregua.

—Romina sí está en la habitación, Armando, y aún duerme; pero...

—¡¿Cómo es eso de que solamente está aquí mi hija?!

Hago sobresaltar a mi suegra dando dos pasos al frente. Mis demonios se envalentonan haciendo sonar mi voz como un trueno, y soy un cabrón consciente de esto.

—Armando... ¿Puedes escucharla?

Paso del rostro de Lorenzo y de su regaño entre líneas al de la madre de mi mujer que, con toda razón, me analiza con preocupación y cierto recelo.

—Discúlpeme usted, Svieta, estoy alterado. ¿Dónde está Ivanna? —pregunto una vez más, intentando con todas mis fuerzas mantener la calma y amordazando en el fondo de mi alma los impulsos de mis instintos, no sabiendo por cuánto tiempo más podré mantenerme ecuánime. Con la mano derecha me frote el rostro y aliso hacia atrás mis cabellos mientras la otra la mantengo en el bolsillo del pantalón con el puño dolorosamente apretado.

—Ivanna salió muy temprano con su hermano, a resolver algunas diligencias familiares.

—¡Vaya! Diligencias familiares... —Me sale un involuntario e irónico chasquido con la lengua al terminar de decirlo, delatando la desconfianza con la que he expresado mis palabras—. Su hija me escribió algo referente a esto en la nota que me dejó antes de irme de viaje. ¿Tan importantes son esas *diligencias familiares* que no se me puede explicar nada al respecto, ni siquiera por parte de mi esposa?

—Por favor, Armando, espera a que Ivanna te explique las cosas y no juzgues a la ligera la situación. Podrías cometer un gran error, hijo. Seguro que tanto ella como Iván están por llegar.

Me alejo unos segundos hasta el final de la sala y paso la mano por mi frente, frustrado, enojado y...

—¿Puedo ver a mi hija? —pregunto, dando la espalda a mi suegra y a Lorenzo, que se ha mantenido callado. Sé que en el fondo espera que pierda los estribos, pero no lo haré; aunque un infierno de dudas me esté carcomiendo por

dentro.

—Sabes que estás en tu casa. La niña duerme aún. —Me giro y la miro asintiendo y, a la vez, como un sabueso busco en su actitud detalles que me revelen algún indicio de que me está mintiendo u ocultando algo; pero, aparte de sus manos entrelazadas al frente como si este gesto le concediera apoyo y seguridad, nada más me dice que algo esconda.

—La nena está en la habitación que era de su madre, pasa si quieres a verla.

Mis ojos van de los de mi suegra al rostro de mi amigo, que asiente afirmándome que me esperará.

Rodeo el extenso mueble a mi lado, buscando el pasillo que me conducirá a las habitaciones de la vivienda. La segunda de ellas es la que perteneció a mi mujer durante su soltería. La puerta está entreabierta, las cortinas corridas y a una lámpara pequeña de noche se le ha graduado la intensidad de la luz al nivel más bajo. Ahí, en la cama de espaldar circular y barrotes torneados a los lados, de color *beige*, y envuelta en una colcha de tiernos elefantes azules se encuentra el tesoro más grande y valioso de mi vida.

Su boquita rosada está entreabierta y su rostro apacible revela que disfruta sumergida en su profundo sueño. Me sonrío cuando veo sus piernitas fuera de la cobija; siempre ha sido así, se remueve mucho estando dormida y desde pequeña hemos tenido que estar pendiente de que no se destapara durante las frías noches, de ahí que su madre siempre prefiera los pijamas de dos piezas para ella, como el que trae puesto en este momento, de colores suaves y de animalitos.

Me arrodillo a su lado y beso con cuidado su frente, apartando algunos cabellos castaños de su carita.

¡Dios! ¡Cuánto adoro a este ángel!

Como es costumbre, con mucho cuidado busco los latidos de su corazón en su pecho y cuento hasta diez de ellos cerrando los ojos, creo que de por vida necesitaré hacer esto para tener paz. Los abro y aparto mi mano, ya más tranquilo, y repaso con la mirada toda la habitación. No han cambiado nada desde la última vez que estuve en ella; la misma cama, el mismo tocador y la apreciada mesa de estudio junto a su librero en forma de torre Eiffel, que tanto cariño le tiene mi esposa por ser regalo de su difunto abuelo y, además, hecho con sus propias manos.

Vuelvo a mirar a mi hija. Observo con detenimiento su respiración, es también algo que desde muy chica me he obligado a hacer cada vez que puedo, no sé, quizás sea por el temor a su enfermedad y por sentir una oculta culpa que me hace creer que no estoy todo lo pendiente de ella que debería.

—Te amo, pequeña... —le susurro pretendiendo que, entre sueños, su subconsciente atesore mis palabras y no las olvide nunca—. Te tocó un papá

medio absurdo, inseguro y un poco dañado; pero quiero que sepas que tú, mi princesa, eres lo más hermoso y perfecto que he logrado hacer en esta vida. Eres mi premio y mi mayor tesoro, mi niña... —Le beso su mejilla rosa y ella se remueve un poco, recordándome que siempre me dice que mi barba pica, y vuelvo a sonreír.

—Eres su héroe, y ella también te adora.

Me estremezco y me incorporo rápido, mirando hacia la puerta desde donde se escuchan, como un susurro, esas palabras; en el umbral, mi esposa me sonrío haciendo responder a mi corazón con un fuerte latido en el pecho.

Su rostro está un poco enrojecido, como si hubiese pasado más tiempo de lo permitido expuesta al frío, y aún no se ha deshecho de su abrigada vestimenta. Quiero pensar, junto a mi egoísta obsesión, que esto se deba porque al saber de mi llegada no ha perdido un segundo y ha corrido a mi lado. Le regalo una sonrisa ladeada e intento casi dolorosamente no llegar hasta ella abruptamente. Llevo mis dedos a los labios pidiéndole que hagamos silencio. Pocos segundos pasan entre los que arropo a mi hija nuevamente y me acerco a su lado; pero a pesar de ser muy corto ese tiempo, lo aprovecho y respiro profundo intentando con todo mi ser mantener la ecuanimidad y ahogar en un pozo todos esos oscuros pensamientos que me han estado dominando las últimas horas al saber del regreso de... Sacudo un poco la cabeza alejando la idea.

Ella camina hacia atrás unos pasos cuando llego hasta la puerta, los dos miramos a la vez a nuestra hija y, sigilosamente, cierro la habitación cuidando que la cerradura no haga ruido, y quedamos frente a frente en el pasillo.

Al estar solos, me echa los brazos y el roce de su mejilla con la mía me demuestra lo helada que se encuentra. De hecho, ni los guantes se ha quitado.

—Hola, mi vida —me dice bajo al oído abrazándome, yo no puedo evitar hacerlo también, aunque mi tensión corporal y mi mandíbula apretada puedan delatar mi guerra interna.

—¿Estás bien ,cariño? ¿Problemas con la escuela Lenin?

Sus palabras se escuchan apagadas, sospecha que no estoy bien, pero no se deshace de mis brazos para mirarme; así que soy yo quien finalmente lo hace.

—No..., todo allá quedó resuelto —contesto mientras la estudio con detenimiento frente a mí, sujetándola por sus hombros. Las palabras de Raquel Durán amenazan con aparecer lentamente escritas, como en un pergamino infernal, en mi mente; pero me prometí luchar con mis demonios, y es lo que haré.

—¿Dónde estabas? —pregunto demandante sin ser mi intención o... ¡Sí! ¡¿Para qué lo niego?! No he querido evitar que se escuche así, y ella me mira con ese gesto conocido achicando los ojos para analizarme.

—Estaba con mi hermano, hemos tenido que resolver diversos asuntos familiares y...

¡Vuelve la misma respuesta!

Una mueca irónica me sale inevitable, y ella niega lentamente con la cabeza sin dejar de observarme.

—¿Por qué haces ese gesto? ¿Te molesta que te pregunte? —le digo serio.

—Me molesta encontrar por milésima vez ese rayo de desconfianza en tus ojos... ¡¿Volvemos a lo mismo?!—

—¡Eso no es cierto!

—Baja la voz —exige, mirando detrás de mí la puerta del cuarto en el que descansa nuestra hija—. Es lo que me demuestras con tu actitud defensiva, Armando, y te recuerdo que lo prometiste —refuta con la voz muy baja.

—Sí, lo hice —mascullo entre dientes o no podré evitar hablar más alto—. Pero tú también debes entender que hay cosas que no me ayudan a...

—¿Cosas? ¡Por San Andrés! —Se suelta de mi agarre y se aleja hacia la última salita del final del corredor.

Es el lugar en el que su madre y ella siempre toman el té, mientras ayudan en algunas ocasiones a barnizar alguna que otra pieza de las que su padre o su hermano hacen con maderas nobles para exponer en las ferias de artesanos: pequeñas estatuillas, elaborados cofres y matrioskas, las típicas muñecas rusas y que mi hija adora. Hasta allí la sigo.

—¿Crees que esta sea la respuesta tuya que ayude a que yo cumpla con lo que te he prometido? —Está de espaldas a mí en medio de la estancia, donde un torno para pulir madera, una amplia mesa con seis sillas de respaldo alto y varias estanterías rodeando las paredes con instrumentos de trabajo son la única decoración.

Al fondo hay una pared circular de cristales que termina elegantemente, regalando un hermoso panorama del invernadero de la señora Svieta, y una doble puerta que lleva hasta él. Ella es una gran herborista, cultiva plantas, específicamente medicinales, que son su gran pasión. La vista que regala su paraíso verde encerrado entre paredes de vidrios con la extensa nieve afuera, de fondo, es sin duda impresionante.

—¿Cuál actitud, Armando? ¿La de sentirme frustrada por volver al mismo punto de partida una y otra vez? —reclama alterada—. Quiero entenderte. ¡Dios sabe que quiero hacerlo, pero tú no me lo permites!

—¡Bien! Entonces respóndeme, ¿cuáles son esas gestiones familiares tan importantes que según tú has tenido que hacer junto a tu hermano y que no te han permitido intentar comunicarte conmigo en casi cuarenta y ocho horas? —Baja los ojos a sus manos, retirándose los guantes de piel que aún lleva

puestos, para dejarlos sobre la mesa.

—Todavía no puedo darte explicaciones acerca de eso. Es una situación de la que no se me permite hablar aún. Solo te pido que confíes en mí y que entiendas que jamás podría en esta vida hacerte daño porque...

—¿Ves, Ivanna?! —exclamo lleno de frustración, dando una palmada en la mesa—. ¿Cómo te sentirías si yo mantuviera el mismo hermetismo sobre un tema que pudiera, circunstancialmente, afectarnos a ambos?! Porque te advierto, ¡siento que es así!

—¿Y precisamente tú me hablas de hermetismo?! ¿De secretos y de ocultar cosas?!

¡Golpe certero y contundente al centro del pecho, cabrón!

—No es... lo mismo —digo, tensando la mandíbula.

—¿Ah, no? ¿Cuál es la diferencia? ¡Dímela! —me reta segura.

—¡La diferencia es que lo que intuyes no saber forma parte de mi pasado, y de lo que hablamos ahora es acerca de nuestro presente, maldita sea!

¡Rayos! ¡Le he gritado!

—Lo siento, yo... —Me acerco y no me atrevo a tocarla, desesperado me aprieto el puente de la nariz para decirle—: Estas horas sin saber de ustedes han sido un infierno. Por favor, entiéndeme. Además, escuchar que... —No, no tocaré ese tema ahora, es algo que debo confirmar antes.

—¿Escuchar qué...?

—Nada..., escuchar noticias del violento clima y de la situación interna nacional me han tenido muy tenso. —Los dos suspiramos profundo y nos miramos con una intensidad que nos va empujando a ambos a acercarnos uno al otro.

—Perdón..., estoy tan agotado. —Me presiono las sienes esta vez. Y es cierto, ¡lo estoy! Extremadamente exhausto.

Necesito creer que detrás de las insinuaciones de esa mujer solo existe una ponzoñosa mala intención, a pesar de cualquier oculta coincidencia indirecta en ellas. Me refugio en los ojos de mi esposa, aferrándome con fuerza a la candidez con la que me observan y, cuando voy a decir algo, ella se lanza a mis brazos levantando de sus cenizas a mi frágil e inestable estado emocional.

¡Mierda! Un día se cansará de esto como continúe comportándome así.

—¡Te extrañé! Siempre te extraño tanto. —Sus palabras ocultan cierto deje de reproche mientras se refugia en mi pecho—. Esto sonará egoísta a estas alturas, pero la verdad es que odio tu trabajo, el tiempo que te roba, lo mucho que te aleja de nosotras y, también, detesto que me obligue a...

—Yo lo odio por eso, mi amor... —respondo interrumpiéndola y aferrándola más a mí.

—¿Mejorará algún día? —Levanta su rostro para mirarme.

—Te lo prometo, aunque me aterra la idea de que no aceptes el precio que, especialmente tú, tendrás que pagar para que pueda yo renunciar a esto. —Desde lo más hondo de mi acobardada alma han salido mis palabras, y en el fondo de sus pupilas encuentro la certeza de que ella sabe a qué me refiero.

—Prometo que lo hablaremos con calma —su respuesta es como un bálsamo aliviándome el dolor que cargo.

—¿En serio lo prometes? —insisto.

—Te lo juro. Hay cosas que también yo debo decirte. Buscaremos un momento correcto, tranquilo para hacerlo. Quizás cuando salgas de todas estas obligaciones que tienes ahora. ¿Sí?

No voy a negarlo, un aullido voraz de incertidumbre suelta una brasa ardiente que atiza la hoguera de mis miedos. Ladra como un lobo escondido la fiera insegura que habita en mí, pero la ignoro, esta vez la iré arrastrando al precipicio poco a poco hasta quedar libre de ella, es hora de que lo haga.

—Así lo haremos...

Aflora esa sonrisa en su rostro que tanto amo. Me dejo arrastrar por ella, embriagar de ella y termino besándola con tanto o más deseo del que he acumulado durante las últimas horas que hemos estado separados.

Intensidad, descontrol, deseo, devoción. Esas son tan solas algunas de las palabras que pudieran vanidosamente querer clasificar nuestros besos. Nuestros labios mezclan sus sabores y se piden a gritos por más uno al otro. Al estar cerca de la puerta, de un puntapié la cierro y sin dejar de besarla estiro mi brazo y paso el cerrojo.

—Pero... ¿estás loco? ¡¿Qué haces? —Ríe al intuir mis intenciones.

—No me iré a soportar a esos viejos insulsos, de uniforme militar que se creen dueños del planeta, sin primero llevarme un poco de mi gloria para que retribuya mi hastío por tener que reunirme con ellos.

Diciéndolo le recorro... ¡No! Le profano a besos su cuello mientras desabotono el abrigo con el cual todavía se cubre, tirándolo a un lado.

—¡Mi vida, por Dios! ¿Y si se... le ocurre venir... a mi madre? —pregunta sin resuello, pero con el timbre atropellado de su voz gritando excitación y deseo.

—Ella debe de estar con Lorenzo —comienzo a alegar entre un beso y otro—, y él encantado de probar su desayuno. Además, te aseguro que hasta a Serguei lo habrán llamado, recuerda que tu madre padece del síndrome de querer alimentar a toda la raza humana.

Mis palabras le provocan una carcajada y, sin más, el impulso por entregarnos nos consume violentamente. No perdemos el tiempo, desaparecemos

para el mundo fuera de esta habitación, nos deshacemos de nuestras ropas sin control alguno, y toda ella vuela a nuestro alrededor desastrosamente desordenada hasta quedar piel con piel, aliento con aliento.

El pensamiento fugaz de que llegaré a la junta tarde pasa impertinente por mi mente, pero... ¡lo mando al carajo y al fondo de ella!

¡Nada impedirá este momento!

¡Ni el puto ministro!

¡Que el cabrón espere!

La aparto de mí y, por encima de mi hombro, le señalo maliciosamente la amplia mesa a mi espalda. Ella gime conteniendo el aliento y, en un instante, termino levantándola en mis brazos, escuchando un sensual chillido de su parte en mi oído, para llevarla y tumbarla como si fuera mi succulento y más apetecible manjar sobre el extenso mueble. La he depositado con tanto cuidado encima de la mesa que ella me mira y levanta una ceja mordiéndose un labio con el otro, parece una niña asustada y deliciosamente perversa a la vez.

Levanto sus brazos arriba y queda expuesta ante mis ojos, que recorren su anatomía como si esta me llamara, y respondo, sumiso, a su intensa tentación. La calidez de su cuerpo sonrosándose ante mis besos, y a mis labios succionando partes sensibles de su piel, amenaza con llevarse al diablo mi control.

¡Quiero estar dentro de ella ya! ¡No creo ser capaz esta vez de someter a mi visceral desenfreno de deseo por hacerla mía!

Me echo a su lado. Mi erección crece y roza posesiva y exigente sus muslos, queriendo abrirse camino hasta el vértice que podrá ofrecerle alivio.

Ahogo más besos en su cuello y de allí paso a sus pechos, donde sus pezones endurecidos y altivos exigen pura pasión por parte de mi boca. Mis dedos se descontrolan en su intimidad, pellizcan, palpan, se hunden hasta hacerla temblar y gritar.

—Te quiero dentro... Todo... y ahora —Su voz entrecortada, pidiéndome que libere su necesidad por mí, me envuelve de una deliciosa lujuria.

—Quiero saborearte más...

—¡Armando, por Dios! ¡Te necesito ya!

—No blasfemes... Eres una sierva ortodoxa, recuérdalo, aquí el puto hereje soy yo. —La molesto y sonrío orgulloso como macho alfa por ese ardiente deseo que le nace y la hace rogarme para que me entierre en ella.

La desespero, la torturo chupando y besando alternativamente y sin tregua alguna su ombligo y sus pechos. Ahora es ella quien me agarra por las caderas, se desliza hacia abajo y, con esa seguridad posesiva que con los años ha ido fortaleciendo más cada día, me hace gemir con fuerza al sentirla aferrar mi masculino miembro entre sus manos, guiándolo hasta su paraíso favorito.

—Dentro de mí... ahora... No... puedo más.

La embisto y creo enloquecer de placer ante el movimiento de sus caderas. Sus manos aferradas a mis glúteos, invitándome a hundirme más, me nublan la mente y no puedo negarme a complacerla. Sus músculos internos se contraen, me aprietan fuerte y me es imposible reprimir un gemido ronco desde el fondo de mi garganta.

—¡Oh, Dios! —exclama entre jadeos cuando me pego más a ella sin disminuir mis embestidas.

—¡Juntos los dos! ¡Dámelo! ¡Entrégame lo que me pertenece solo a mí!

¡Tenía que salir mi cabrón sentimiento posesivo o no me sentiría completo!

Paso mis manos por debajo de su cintura, apoyándome en ellas, para levantarla un poco y poder llegar más profundo a ese punto mágico que la hará deshacerse de placer entre mis brazos. El lecho esta vez no tiene nada de comodidad, pero a ninguno nos importa, nuestros cuerpos se estremecen como si una corriente eléctrica nos atravesara, y solo nos dejamos llevar.

Estamos bañados en sudor gracias a que el clímax roza nuestras carnes anunciándose, y los resuellos salen de nuestros labios estampándose en las paredes como ecos afrodisíacos, consumiéndonos a cada uno. Se sujeta a mi nuca, lo hinchado de sus pliegues y de su interior me dicen que el orgasmo llega y, finalmente, terminamos echándonos a volar entre temblores que recorren mi hombría provocando que nos derramemos, dejando bañada por la común esencia incluso hasta a nuestras propias almas.

Quedamos abrazados en silencio mientras en ambos las respiraciones recobran su ritmo normal. Olemos a sexo, a placer; pero, sobre todo, a mucho amor. Sí, el amor puede llegar a tener un aroma único, que se te impregna en la piel convirtiéndose en una fragancia hechicera que te atrae sin remedio a esa otra mitad por la que respiras y vives, y, sin dudar, la mía es la que tengo ahora protegida entre mis brazos. Pensando en esto mientras acaricio su espalda y su rostro descansa en mi pecho; la siento casi imperceptiblemente sonreír y, tras sentir el movimiento de su mejilla en la piel de mi tórax debido a su sonrisa, pregunto:

—¿Qué es tan gracioso? —No dejo de acariciarla, llevándome a la boca su mano para mordisquearle los nudillos.

—Que lucimos desnudos en esta mesa como dos modelos inmorales del Renacimiento a punto de ser utilizados por un lujurioso Donatello.

Suelto la carcajada por su idea y ella me acompaña riendo también.

—Pues yo le quebraría la mano al puto Donatello ese si tan solo osara intentar verte así una sola vez —contesto, dándole un azote en el trasero.

—¡Ay! ¡Posesivo troglodita! —me dice por la nalgada, mirándome, y le

levanto una ceja burlón—. ¡En fin! Sé que serías capaz de dejar al mundo sin uno de sus más trascendentales artistas solo por atreverse a verme el trasero. ¡Sé que lo harías!

—¡No lo dudes, cariño! —Otra nalgada.

—¡Basta! ¡Las tengo calientes y con tu palma marcada!

—¡Esa es la idea!

—¡Morboso!

—¡Deliciosa!

Nos echamos a reír y aprovecho para devorar su boca nuevamente, hasta que unos tímidos toques en la puerta nos hacen reaccionar.

—Ejem... Muchachos... este... Perdón por interrumpir su conversación, pero Lorenzo dice que ya van muy retrasados, Armando, y que deben irse. ¡Ah! Ya él y Serguei desayunaron junto a Iván. Les guardé a ustedes también.

¡¿Con-ver-sa-ción?!

Divido en sílabas la palabra solo moviendo los labios, mirando a mi mujer, que abre grande los ojos amenazándome; ha empalidecido de vergüenza al escuchar a su madre, mientras que yo me aguanto las ganas de carcajearme.

Svieta, después de su voz temblorosa y evidentemente retraída al escucharla suspirar, espera tras la puerta una respuesta mientras mi mujer esconde en mi cuello el rostro, tapándose la boca para contener la risa.

—Gracias, Svieta. Dígale, por favor, a Serguei y a Lorenzo que en quince minutos nos vamos.

No responde, solo escuchamos sus pasos apresurados alejándose.

—Creo que acabamos de escandalizar a tu mamá. ¿Podrás vivir con eso, cariño?

—¿Crees que nos escuchó? —pregunta avergonzada, y yo solo me río cuando golpea mi hombro—. No me mortifiques que... ¡no sé cómo podré salir de aquí y mirarla a la cara!

Me da otro manotazo en el hombro y aprieto los labios para no reírme más a carcajadas debido a su sonrojo.

Siento cómo se renueva mi confianza, mi fe, e incluso mirándola es como si renaciera en mí el hombre que quiero ser para ella. Podré lograrlo, ¡tengo que lograrlo! No dejaré que el estiércol de mi pasado ensucie lo hermoso y bendito de mi presente.

—¿Tienes todo listo para la gala de esta noche? —Asiente mirándome a los ojos y yo me sumerjo de adoración en ellos—. Mandaré a Serguei a por ti sobre las siete, ¿de acuerdo?

—¿Aquí? Mejor en nuestro apartamento, ¿no crees? Además, tengo allí todo lo que usaré.

—¿Y Romi?

—Pienso que será mejor dejarla con mis padres. Puede que terminemos tarde y...

—Humm... Eso me motiva a pensar que... —Pongo ojos de cordero queriendo aparearse; ni idea de cómo son, pero imagino que igual de socarrones que los míos—. ¿Está seduciéndome, señora Sanfield? Si es así, eso me encantaría —aseguro, moviendo el ceño lujuriosamente arriba y abajo, apretándola por la cintura.

—¡Ya quisieras, engreído! ¡Pervertido! —Me chilla riendo y se levanta para vestirse, dejándome devorar su perfecta desnudez con la mirada.

Me visto también junto a ella y luego de terminar los dos de hacerlo, la ayudo recogiendo un poco el desastre ocasionado por nuestro apasionado encuentro.

Cuando está arreglándome el cuello de la camisa, unos golpecitos en la puerta, acompañados por la vocecita más maravillosa y perfecta de todo el jodido mundo, hace que nos miremos orgullosos y profundamente enamorados de ella.

Llego casi corriendo a abrir; al hacerlo, una muñeca se frota con una mano sus ojitos tan azules como un cielo en primavera. Al verme, sonrío feliz y se lanza a mis brazos, sosteniendo con la otra la comadreja rosada que le regalé en navidad y que cada noche vigila sus sueños cuando yo no estoy a su lado...

17

La duda

¡Una jodida colmena humana!

En eso se ha convertido la sede con esta visita ministerial desde Cuba. Apenas pude desayunar con tranquilidad al lado de mi mujer y de mi hija antes de salir casi a la carrera de casa de mis suegros; aunque para ser sincero, la causa de la demora fue más que válida e invaluable, logró colmar de dicha y plenitud mi quebrantado espíritu.

Estoy abrumado y exhausto, no sé calcular ya cuántas personas han entrado y salido de mi despacho en las últimas cuatro horas. La pobre de mi secretaria imagino que estará deseando tener tentáculos en vez de dos brazos, por esa razón acabo de decirle, no... ¡Exigirle!, que se tome una hora de descanso. El día promete ser extremadamente agitado, y si hay alguien a quien sin duda necesito de una pieza es a ella.

A pesar de toda la vorágine de preparativos y del personal continuamente preguntando, coordinando o simplemente informándome de todo lo que sucede a mi alrededor, mis pensamientos no han dejado de vagar sobre el mismo tema cada vez que aparece una mínima oportunidad.

Siempre que esto sucede quisiera poder levantarme de aquí y llegar hasta ella para exigirle que me cuente todo eso que me oculta, insistir, e incluso suplicar si es necesario hasta lograr que hable.

¡Quisiera hacerlo! Necesito hacerlo, sentir que tengo el control, pero... no lo haré.

Quizás, muy en el interior, mi subconsciente me grita que esta vez debo esperar, que será mejor así, que confíe a pesar de que la duda acerca de lo que pueda estar aconteciendo me mantiene en ascuas.

¿Por qué no puede decírmelo aún?

¿A qué se refiere con eso de que no es el momento de saberlo?

Dejo las gafas de leer sobre la mesa, me froto los ojos y me aprieto el puente de la nariz, dejando de lado la información que trajo hace un rato el coordinador de aduana junto al petulante y absurdo discurso que supuestamente debo dar hoy en la gala. Estoy harto de tanta parodia, de tantas mentiras, sé que necesitaré de todo mi aplomo para poder lidiar con esto.

Me levanto y alcanzo la botella de agua mineral que Mónica me dejó a un lado del escritorio y doy unos pasos alrededor para estirar un poco las piernas. Llevo varias horas sentado, amarrando cada detalle, tanto para la junta que será en dos horas como para la gala de esta noche, donde incluso esperamos que asista el viceministro soviético.

Quiero creer que hoy, o a más tardar mañana, pueda finiquitar con el ministro y su comisión la dimisión de mi cargo. Supongo que habrán recibido la solicitud que hice llegar al Consejo de Estado Nacional hace algunas semanas; como siempre, contestan cuando y lo que les dé la gana, así que lo mejor será no presionar si quiero que todo salga satisfactoriamente y como en realidad deseo. Inevitablemente, pensar en eso me tensa, enlazo mis manos para estirar mis dedos y me acerco más al ventanal mientras hago movimientos con mi cuello, buscando relajarlo.

Recuerdo la conversación que tuve con Lorenzo al llegar aquí por la mañana, estuvo fuerte, sabía que algo así se desataría entre nosotros tras lo sucedido con Raquel en Kozlov; pero, finalmente, me ayudó mucho, al menos por ahora. Sentí rescatar un punto de tregua y equilibrio que me ayudará a canalizar mis emociones y a pensar con tranquilidad en todas las decisiones que se me avecinan y que tendré que afrontar.

—Déjalo ir, hermano —me dice mi amigo con las manos apoyadas en mi escritorio, pocos minutos después de llegar de la casa de los padres de Ivanna.

Ha estado durante todo el trayecto, hasta que nos dejó Serguei en el primer piso, queriendo abordar el tema de lo que sucedió con la hija de Durán, y, obviamente, lo veía venir.

—¡Mírate y mira también a tu alrededor! Tienes tantas cosas increíbles a qué aferrarte y por las que luchar que es un pecado de vida y una completa estupidez que sigas consumiéndote por cosas que no valen la pena. Con miedos que no tienen sentido ni razón de ser, con dudas infundadas y...

—No es tan sencillo, Lorenzo —respondo esta vez con ecuanimidad y el oculto anhelo de que alguien, especialmente él como amigo, logre entenderme—. No fue un día ni dos, sino años sintiendo que para cualquier lado

al que mirara me encontraría con lo mismo. Por mucho tiempo me negué a sentir, a entregarme, a volver a poner a los pies de una guillotina humana mis sentimientos, y entonces apareció ella... —Se cortan mis palabras solo con recordarlo.

—¡Pues entierra el pasado, Armando! ¡Entiérralo, hombre!

—¡Maldita sea! ¡¿Tienes una jodida idea de la facilidad con que lo dices?! —Doy un manotazo en la mesa y mis palabras, aunque no lo reconozca, lo apenan, lo veo en sus ojos.

—¡Nadie, absolutamente nadie puede juzgar a alguien cuando una brutal cicatriz emocional ha marcado su cerebro y su corazón igual a la que con un hierro al rojo vivo le hacen al ganado! —Respiro hondo ante su perpleja mirada—. Tus padres acaban de celebrar sus bodas de oro. Viajaste a Cuba para ver la devoción con la que después de cincuenta años se ven a los ojos. Creciste rodeado de valores, respeto, amor y honestidad gracias a las personas que, mínimo, te debían eso desde el día que decidieron traerte al mundo. —Paso las manos por mi rostro y respiro hondo ante su perpleja mirada.

»Yo... ¡Yo terminé siendo un recogido por culpa de ella! ¡¿Y sabes qué es lo peor de todo?! ¡Que la idealicé, la justifiqué, creí en su memoria durante años, para luego saber la verdad de mi origen! —Los ojos me arden y la mandíbula se me contrae al sentir que suelto las palabras con ira, y rezo en mi interior a cualquier puñetero santo de esos que dicen existir para no ver lástima en los ojos de mi amigo, ya que no lo soportaría viniendo de él.

Y sigo con mi confesión:

—Me fui a los puños muchas veces porque creí en la versión bonita de mis tíos. ¡Esa versión de la madre enferma de los nervios y necesitada de ayuda, cuando en realidad era una p...! —Me callo de golpe y aprieto los puños a los lados con tanta fuerza e impotencia que crujen los huesos de mis nudillos. Toda la vida he intentado usar ese calificativo al referirme a ella; pero simplemente no puedo, y Lorenzo baja la cabeza intuyéndolo.

—Amigo...

—¡Todos me mintieron! ¡Todos me dejaron vivir en una burbuja de falsedad! —Le doy la espalda o simplemente no podré llegar hasta el final, y ya que esta conversación comenzó, ¡quiero terminarla!—. Irónicamente, el único que por segunda vez me escupió en la cara la realidad de mi vida fue él. ¡Precisamente él, maldita sea! —Sonrío burlón pasando la mano por mi frente.

»¡Basta de que se me juzgue a la ligera sin tener una puta idea de lo que me atormenta! —reprocho, levantando lo ojos a su cara y volviendo a acercarme hasta que quedamos frente a frente.

—Sería incapaz de hacerlo —expresa sincero—. Solo quiero ayudarte,

pero... veo que te dejas hundir y no permites que nadie te tienda la mano. Lo que pasó en el hotel con esa mujer, entiende que fue...

—Imperdonable, lo sé. —Soy honesto reconociéndolo—. No tengo justificación, y el hecho de que Raquel sea una cabrona no es suficiente motivo; es una mujer, detalle importante y suficiente para no dejar que algo así suceda. Escucha... —Me acerco y pongo mi mano en su hombro—. Fue una gran equivocación y lo reconozco, pero quiero que te quede algo claro, no toleraré nunca que me vean como una víctima. Al contrario, prefiero ser ese ogro cabrón que pierde los estribos queriendo llevarse una pared por delante antes de volver a ver lástima en los ojos de alguien, o permitir que me vuelvan a hacer polvo el alma como ya me sucedió una vez.

Mi amigo me mira serio y quiero creer que lo que veo en el fondo de esa mirada es comprensión.

—No sé si está bien, tal vez no... —continúo, uniendo mis manos y apoyando las puntas de los dedos en mi barbilla mientras él sigue inmutable, procesando mis palabras. Imagino sea así...—. Es mi manera de sobrevivir al viacrucis de mi vida, son mis armas y esta es mi guerra, aunque ni tú ni nadie la entienda. ¡Jamás volveré a permitir que me arrebaten lo que es mío! ¡Jamás! Si mi padre hubiese actuado diferente, otra habría sido nuestra historia. Le faltó garra, carácter, y eso fue lo que lo destruyó, el ser débil, el no oler la deslealtad antes de que lo aplastara vergonzosamente; el no desconfiar, el no ir un paso por delante acabó con él y me dejó a mí siendo un pequeño indefenso a merced del cruel mundo.

—Es absurdo que pienses eso, Armando. ¡Dios! ¡¿Te estás escuchando?!

Alejo mis pasos dando la espalda y busco una copa de brandy para cada uno.

¡Al carajo las buenas conductas diplomáticas!

Los dos lo necesitamos y yo más, necesito soltarlo todo.

—Puede ser, no tengo interés en analizarlo, menos interiorizarlo. Esa fue la cruz que él quiso tener sobre su lápida, no la mía. —Mi cuerpo se estremece por lo cruel que se escuchan mis palabras acerca del hombre que me dio la vida, pero lo ignoro.

»¿Sabes cómo lo llaman algunos miembros de la familia a escondidas de mi madre Esther, que es la única que guarda un poco de respeto por su memoria? —Volteo la cabeza para mirarlo y baja los ojos, ni niega ni asiente, aun así, se lo digo—: El ingenuo y débil cornudo —recito la frase, irónico.

Hacía mucho tiempo que no recordaba esas palabras escuchadas detrás de la puerta de la cocina de la tía Nivia, horas antes de irme al servicio militar, porque siempre me sucede lo mismo, me provocan una fuerte contracción en

medio del pecho capaz de cortarme el aliento.

—Esto me lo he repetido tantas veces que forma parte de mí —le confieso, pero no agrego que entre más me lo digo menos lo creo.

En el fondo es, en realidad, mi autodefensa emocional para no aceptar que toda la culpa fue de ella, que él también debió tener su cuota de responsabilidad en la nefasta historia de mi familia; pero, cobardemente, esto lo guardo solo para mí, no es sencillo aceptar que tu madre fue una...

¡No quiero repetírmelo!

¡Duele demasiado!

—El primer recuerdo que tengo de mi niñez es el de una casa llena de hombres, música y olor a alcohol durante las largas ausencias de mi padre, que trabajaba como camionero. —Silencio, sé que está atento a cada palabra y lo confirmo al volverme, acercarme y darle por fin su bebida—. Los rostros de ellos y de una mujer risueña se desdibujan en mi mente como unos horribles hologramas, y a todo eso le sigue la escena de un lugar oscuro y ensangrentado que me provoca náuseas cuando las pesadillas de ese día me muestran dos cuerpos inertes, fríos a mi lado, viéndome yo en ellas como un desvalido niño aterrado.

Lo veo bajar la cabeza unos segundos y luego fijar los ojos en los míos de nuevo.

—Lo demás... ya lo conoces. —Dejo escapar el aire que la tensión tranca en mis costillas—. Viviste a mi lado la mayor parte de esos años de humillación, de acosos, de mentiras y de más y más engaños y traiciones.

—Esther y Rigo sufrieron mucho por ti cuando te fuiste, ellos no fueron culpables, creían que hacían lo correcto. No sabes con la incertidumbre y dolor que vivían imaginando que en cualquier momento les avisarían de tu muerte en Angola, Nicaragua o en algún país de esos a los que, inconscientemente, aceptabas ir de misión como un demente. Tú y yo sabemos que no siempre fueron obligatorias —reprocha, y sé que habla con conocimiento de causa.

—De buenas intenciones está hecho el camino al infierno y... —Levanto mi mano cuando va a intentar reprocharme—. No me malinterpretes, me costó mucho perdonarlos. Pasaba noches en vela durante las misiones pensando en ellos, hasta que finalmente entendí que no tenían culpa de nada, de eso estoy convencido; y no solo les agradezco mucho, sino que los amo como lo que son: mis padres. Lo que sí es un hecho es que la verdad, aunque oscura y dolorosa, siempre es mejor opción que una mentira disfrazada de ella.

Asiente, creo que lo hemos dicho todo y, después de un obligado silencio, terminamos chocando levemente nuestras copas, dejando que el caliente líquido

arrase con la tensión del momento...

Definitivamente, una conversación difícil. Cuando Lorenzo se fue de mi oficina me quedé varios minutos ido con mis pensamientos, mirando la puerta cerrada tras él salir, pensando en todo lo que habíamos hablado, pues no creí poder desahogarme tanto; pero me reconfortaba haber tenido esa conversación. Era una sensación extraña, sin importar si me entendía o no, una parte muy dentro de mí renacía por expresarle todo lo que sentía; me había liberado de una gran carga de dolor y eso no tenía precio. No sabría explicarlo con exactitud, pero un alivio recorría mi cuerpo inundándome de una balsámica paz que no recordaba haber sentido antes o, por lo menos, no en mucho tiempo.

Quiero tan solo aferrarme a la esperanza de que podremos tener el cambio de vida que Ivanna, nuestra hija y yo necesitamos. No creo que independientemente de la decisión que se tome con respecto a la sede, debido a la situación política de este país, me nieguen la sustitución. Son más de cinco años de trabajo diplomático fuera de Cuba, según los estatutos del partido es el tiempo mínimo de servicio requerido para un embajador antes de que este pueda solicitar ser relevado voluntariamente.

Presiono mis sienes, la tensión no disminuye, aún es mucho lo que tengo que avanzar en esta ardua tarea de moldear mi ímpetu, mi carácter; por ello, cuando a mi memoria llega ese día en el que decidí renunciar, lucho por hacer desaparecer aquella tarde de mis recuerdos y, además, también las malas decisiones que tomé a raíz de ese momento. Es cierto, me dejé llevar por mi estado de desesperación; a tal punto que aun sabiendo que de su parte era desde donde siempre habían llegado las mayores bajezas hacia mi persona, me lancé a cometer el peor de mis errores, creer que podía absurdamente pedirle ayuda.

¿Cómo fui capaz de levantar aquel teléfono para llamarlo precisamente a él?!

¡Soy un idiota!

¡Un error imperdonable que me juro no volver a cometer!

Regreso a mi escritorio. Cuando voy a intentar localizar a Mónica por el intercomunicador, esta asoma la cabeza después de dar tres golpes de nudillos en la puerta.

—¿Señor?

—Precisamente iba a cerciorarme si ya habías regresado.

—Acabo de hacerlo, ¿necesita algo?

—Solo que le recuerdes a Serguei que recoja a mi esposa sobre la siete.

—Precisamente venía a decirle que Serguei está afuera y quiere hablar con usted.

—Hazlo pasar entonces.

—Por supuesto.

No sé qué pueda querer Serguei hablar conmigo, pero cuando se ha tomado la molestia de subir hasta mi oficina, algo importante debe ser; ya que, generalmente, todo me lo deja dicho con Mónica.

—Buenas tardes, señor. —Aparece en el umbral de mi oficina y me percato de que ya viene ataviado con su uniforme de gala para la ocasión de esta noche.

—Adelante, me informa Mónica que tienes que decirme algo.

—Sí, señor. El asunto es que estoy un poco preocupado con el itinerario de hoy, no sé si pueda cumplir con todo.

—Y eso, ¿por qué razón? —pregunto extrañado, creyendo que los de protocolo tenían todo bajo control.

—Es que, Nicola, el otro chófer que en ocasiones ha trabajado para usted, ¿sabe de quién le hablo?

—Por supuesto, ¿qué sucede con él?

—Que ha pescado una neumonía, señor. Hace un momento se nos ha comunicado en el departamento de seguridad y transporte. Ellos nos han encomendado la ruta de él para esta noche, así como las personas que tenía que recoger de la delegación que ha llegado desde La Habana.

Paso mi mano, frustrado, por la frente y, apoyando el codo en el buró, mantengo la palma abierta, sosteniéndola.

—Siempre sucede algo a última hora que nos desajusta todo.

—Lo siento, señor.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—No, yo estoy bien con hacer el recorrido, lo que me preocupa es su esposa.

—¿Mi esposa? ¿Por qué ella?

—Porque no sé si me será posible pasar a recogerla a las siete. He estado revisando el horario que me han dado y debo recoger al coronel Bermúdez en la casa de visita justo sobre las seis de la tarde, y luego ir a por el resto de los representantes de la FAR al hotel. No sé si...

—Entiendo. —Me levanto con las manos en los bolsillos pensando cómo resolver esta situación y le doy un momento la espalda. Quiero a Ivanna a mi lado esta noche, pero no me esperaba que se me complicaran los planes; además, veo el reloj y confirmo que me es imposible tomar yo mismo un auto e ir a por ella, me espera la Junta de Gobierno en poco tiempo.

—No te preocupes, Serguei. —Me giro hacia él—. Hablaré a casa ahora y me pondré de acuerdo con mi esposa, yo me haré cargo.

—¿Seguro, señor? Si lo prefiere yo puedo ir antes a por ella y traerla...

—No creo que diera tiempo. Puedo pedirle a su hermano que la traiga. Yo lo resuelvo, gracias; pero es indispensable que te acojas a lo que el departamento de eventos y protocolo te ha orientado. Si cambiamos cualquiera de sus decisiones, podemos desajustarles todo el programa, y esta noche es importante. Asistirá una selecta representación de ambos gobiernos y no podemos hacer un mal papel, al menos no dejándolos mal a ellos.

—Comprendo, señor. Aun así, no deje de avisarme si necesita mi ayuda.

—Lo haré, gracias, Serguei.

—Un placer, señor.

Estrecho su mano y lo veo retirarse cerrando la puerta tras de sí. De inmediato llamo a mi secretaria por el intercomunicador.

—Dígame, señor.

—Por favor, Mónica, comunícame con la casa de mi suegra.

—Enseguida.

Me quedo unos pocos minutos esperando que la llamada esté lista hasta que la oigo avisarme.

—Tengo a su suegra por la línea tres, señor.

—Gracias.

Descuelgo el auricular y oprimo el botón de la tercera línea, escuchando seguido que Mónica cuelga su extensión desde afuera.

—Buenas tardes, Svieta.

—Buenas para ti también, hijo. ¿Sucede algo? —Inevitablemente se preocupa, no es habitual de mi parte que llame a su casa, bueno..., se podría decir que nunca lo hago.

—No, todo está bien. Ivanna ya se fue al apartamento, ¿verdad?

—Sí, hace unas dos horas, después de darle la merienda a Rominita. La niña se fue con el abuelo al parque del Coliseo, es bajo techo y así no la exponemos a tanto frío, pero... ¿de verdad todo se encuentra bien, Armando?

—Se lo aseguro, no existe nada de urgencia. Solo el hecho de que se me han presentado problemas para poder pasar a recoger a Ivanna. Quería saber si Iván puede hacerlo, a esta hora me es ya imposible salir y a mi chófer se le asignaron otros compromisos.

—¿Que su hermano la lleve, dices?

—Si pudiera ser así, se lo agradecería mucho. No quisiera que pidiera un taxi, es peligroso a esa hora. ¿No lo cree igual usted?

—Sí, bueno... No sé... Yo puedo decirle a Iván y...

Titubea e incluso me da la impresión de que sus palabras salen inestables y algo nerviosas.

—Svieta, soy yo el que quiere saber ahora... ¿Todo está bien?

—Sí, por supuesto que sí, Armando. Le diré a mi hijo, o mejor a mi marido, para que resolvamos lo de llevar a Ivanna hasta la embajada, no te preocupes.

Sus palabras se escuchan atropelladas, de hecho, se despide rápido de mí y apenas me deja decirle la hora exacta en que deberían estar buscando a mi esposa, alegando que ella la sabe.

Un instinto aprensivo me va lentamente recorriendo el cuerpo, al principio es leve e imperceptible; pero cuando los minutos pasan se vuelve una certeza absoluta de que los Smirnov están ocultándome algo, y mis sensitivas alarmas se activan.

—¿Mónica?

—Señor.

—Por favor, comuníqueme ahora con mi casa, es urgente...

18

Abismo

Estoy abrumado, de hecho, todos lo estamos de una u otra forma.

Debo de haber mirado la hora más de una docena de veces mientras una multitud de voces marean mi mente. Ilusamente, nuestro gobierno confiaba en que podría sostener con entereza el hecho de que su más importante pedestal económico se tambaleara por la amenaza latente de la caída de todo el campo socialista; pero, obviamente, es algo que está muy lejos de la realidad, y el ministro de relaciones exteriores de la isla se convierte en el crudo emisario de estas revelaciones, junto al representante enviado por su homólogo soviético que, sorpresivamente, ha llegado disculpando la ausencia del esperado líder de su gobierno, tomando él su lugar.

Definitivamente hay que estar preparados para un desalentador futuro; al menos, estoy seguro de que así pensamos todos cuando la reunión termina. Ya que, durante algunos minutos, nos miramos en silencio escuchando de fondo las instrucciones de los que componen la comisión de eventos, indicándonos que pasemos al salón donde se celebrará la gala de estado.

¿Gala de estado?

Absurdo, cuando temas como la devaluación de los principales productos de exportación cubanos; la amenaza de golpe de estado a Gorbachov; los cambios y destituciones dentro de la sede y, lo más grave, la amenaza de nefastas consecuencias sociales expandiéndose por toda Europa a raíz de la caída del muro de Berlín son el plato fuerte de la noche. Vuelvo a dudar de que este sea mi lugar, como político no debería estar pensando de esta manera y menos como representante diplomático de un país.

Soy uno de los primeros en levantarme, luego de estrechar la mano del

ministro y de varios representantes militares. Les agradezco pidiéndole a la vez que se adelanten, con la promesa de que me reuniré en unos minutos con ellos para recibir a los invitados.

Camino deprisa por el pasillo buscando el área de mi oficina, necesito saber si Ivanna ya ha llegado. Escucho alejándose detrás de mí, rumbo al salón de fiestas y eventos, varios murmullos de quienes atizaron como llamas de un incontrolable incendio la incertidumbre y la inquietud de todo mi personal dentro de la embajada; pero, egoístamente, por mi parte estoy tranquilo, es evidente que no necesito hacer alusión a mi petición de dimisión, ha quedado claro que, a lo sumo en dos meses, dejaré de ser el embajador de la sede diplomática cubana en la Unión Soviética.

Las palabras del coronel Bermúdez también fueron decisivas y vaticinaron las difíciles situaciones sociales y económicas que acarrearán para Cuba las futuras decisiones a tomar por esta nación, haciendo especial mención a los programas de colaboración que se han retirado y a la necesidad de que todo el personal cubano debía ir finiquitando sus labores para seguir las instrucciones de reincorporación partidista en nuestra tierra. Temor, eso era lo que se disfrazaba detrás de sus palabras, temor a que se desatara una guerra civil interna y tanto jóvenes cubanos universitarios como personal civil de nuestro país se vieran envueltos en ella.

Pensando es todo esto, doblo a la derecha del segundo pasillo y veo enseguida a mi secretaria de espalda, hablando por teléfono al lado de su escritorio, justo frente a la puerta de mi oficina. Apresuro mis pasos hasta llegar a ella y se gira al sentirme cerca, sin terminar aún la llamada.

—Acaba de llegar. Perfecto, yo le informo de inmediato. Muchas gracias.

—¿Quién era? —le pregunto cuando cuelga.

—El coordinador de eventos dice que todo está listo y que han llegado gran parte de los invitados del Parlamento, así como los ejecutivos de las termoeléctricas.

—Enseguida me reúno con ellos. Por cierto, Mónica, muchas gracias por ir a buscar mi ropa a la tintorería y por el increíble apoyo que me ha otorgado hoy. Ha sido un día difícil, no lo hubiera logrado sin ti.

—Siempre es un placer, señor.

Toco su hombro, agradecido.

—¿Sabe si mi esposa llegó?

—No, señor, la última vez que hablé con la señora Ivanna me dijo que le comunicara que llegaría aquí sin problemas, que usted se mantuviera concentrado en el evento y no se preocupara. Quizás se encuentra en el salón o tal vez ya debe de estar por llegar.

¡¿Que no me preocupe?!

¡Ni por un segundo puedo dejar de hacerlo hasta que no la tenga frente a mí!

Habíamos hablado por la tarde, le expliqué la situación que se me presentó con los chóferes y me garantizó que si su hermano no podía traerla, lo haría su padre. De hecho, sugerí que mi suegro podría quedarse y participar de la velada si así lo deseaba, autorizaría sin problemas credenciales de acceso para él; pero sabía que sería como un ateo pidiendo un milagro que él aceptara. Sin embargo, tan solo necesitaba asegurarme de que ella vendría a buen resguardo.

—Entiendo, Mónica. Por favor, acompáñeme un momento para entregarle las carpetas que deben ser archivadas en la valija que se llevará la comisión a Cuba, solo le tomará unos minutos. Luego puede unírseos a la fiesta, nada de quedarse aquí trabajando, ¿de acuerdo? —Sonríe por mi tono exigente.

—De acuerdo, señor; pero antes vamos también a por su corbata, está lista sobre su escritorio.

¡Lo olvidé! Me había dado un baño en mi aseo privado y vestido con el impecable esmoquin que Mónica, amablemente, me trajo de la tintorería; pero desistí de la corbata para asistir a la reunión, así que agradezco me lo recuerde.

Nos apresuramos, yo en dejarle todo detallado para que prepare la documentación que debemos tener lista y que ha de ser llevada al Consejo en la isla, y ella ayudándome a arreglar la corbata para que, finalmente, corra al ascensor y cumpla con la aparentemente última recepción de mi mandato como embajador de la República de Cuba.

En mi trayecto hasta el salón de recepciones saludo a parte del personal que se anda moviendo como hormigas laboriosas, empeñándose para que todo salga según lo esperado. Cuando el ascensor me deja en el primer piso me despido amablemente de dos de los jóvenes que venían conmigo antes de que se encaminen a relevar a los que, en la entrada, aguardan a los invitados enfrentando el inclemente frío. Agradezco sus servicios y, como siempre, me devuelven con un gesto sus respetos junto al asombro reflejado en sus rostros por mi cordialidad con ellos.

Asomo al umbral del extenso salón y confirmo que ya han llegado la mayoría de las personas. Algunos se acercan a saludarme, pero yo solo escucho y devuelvo escuetas frases al aire porque mis ojos repasan toda el área una y otra vez, buscándola. Lo primero que encuentra mi mirada es la mesa donde aparecen nuestros nombres escritos en letras negras sobre plateadas tarjetas con forma de pirámides.

Armando Sanfield

Señora Ivanna Andréyevna Smirnov

No es solo mi puesto el que aún no ha sido ocupado, al lado de mi silla, igual de elegantemente forrada en color *beige* como todas las que bordean las treinta y dos mesas redondas de toda la estancia, la suya también se encuentra vacía, y el nudo de mi pecho hace su entrada triunfal apresándome fuerte como si una tensa cuerda me rodeara. Repaso de una esquina a otra el lugar una vez más, en la puerta siguen apareciendo varias personas, pero ni rastro de mi mujer. Altos dirigentes sindicales, partidistas, directores de servicios públicos, ejecutivos del área de comunicación nacional, oficiales de la marina soviética, el presidente de la Asamblea Legislativa junto a miembros de la Cámara.

No sé en qué momento alguien se acerca a mí y me guía hasta el lugar donde se va aglomerando todo el distinguido gremio político para el cual se ha realizado este evento.

Preguntas van y vienen, los monosílabos y asentimientos de cabeza se vuelven algo involuntario porque no logro coordinar mis ideas entre lo que el grupo de militares y políticos hablan y las veces que he mirado hacia la puerta, donde cada minuto que pasa son menos las personas que aparecen por ella.

—Lo veo ansioso, Sanfield, no me diga que las fiestas y las tertulias no son lo suyo. —Una palmada en mi hombro me hace prestarle atención precisamente al coronel Durán.

—De ninguna manera, Durán. Ciertamente estoy muy complacido viendo lo bien que se ha organizado todo.

—Es que te he notado intranquilo.

—Es solo un poco impaciente esperando a mi esposa. Me gustaría que estuviera aquí cuando se les vayan a otorgar los reconocimientos a los trabajadores que han conseguido el título de Vanguardia Nacional.

—Vaya, ¡es cierto! Había olvidado que estos últimos cinco años sirvieron para que encontraras a tu media naranja precisamente en estas tierras. ¿Se casaron legalmente?

—Hace ya cinco años —respondo y despierta con ello mi lado posesivo.

—Pues espero que me la presentes, ya que no he tenido el placer de coincidir a pesar de las veces que he venido. Alguien hace un tiempo me comentó en el Consejo de tu buen matrimonio e incluso de que tienes una hija.

—Así es, cumplirá cuatro años en unos meses. —Y la sonrisa que me provoca pensar en mi pequeña aparece orgullosa en mi rostro al recordarla.

—Pues felicidades, veo no has perdido el tiempo en este iglú; no solo por tu familia, sino también porque se ha especulado acerca de lo muy hermosa que es tu rusa, imagino que serás un hombre muy envidiado cuando aparezcas con ella en nuestros encuentros en La Habana.

¡Un latigazo...!

¡Un cabrón latigazo en la nuca es lo que me ha provocado su comentario!

Controlo el impulso de una respuesta hostil casi de forma milagrosa. La carcajada que suelta tras sus palabras no solo se me vuelve un acto desagradable, sino también provocador e irrespetuoso. Voy a contestarle de forma cortante, pero, como enviados por mi secreta y escondida sensata conciencia, Lorenzo y Alina se acercan con dos copas cada uno en sus manos.

—Bueno, caballeros, no podíamos traer más, no somos pulpos; así que son para los bebedores más distinguidos, sin intención de ofender —dice Alina jovial, dándome un beso en la mejilla y entregándome una copa para luego quitar de mis manos la que me he bebido y ponerla en la bandeja vacía de uno de los camareros que pasa cerca de nosotros.

Mientras, Lorenzo le entrega la que él trae a Durán y los otros cuatro oficiales que conversan a un costado nuestro, sin dejar de estar cerca del ministro y de su conversación con el representante soviético, levantan las suyas saludando sonrientes hacia nosotros, confirmando que todavía tienen licor para degustar; a continuación, se giran para seguir con el tema de conversación que hace buen rato comparten, aparentemente, a cerca de estrategias y academias militares.

—Lorenzo, doctora, un gusto verlos —saluda Durán, y mi amigo no puede evitar pasar la vista de él a su hija que, un poco alejada de nosotros y envuelta en un vestido turquesa caracterizado, para no variar, por ser extremadamente corto, conversa sin parar con un cóctel en la mano junto a un grupo de esposas de los directivos, y de ingenieras del departamento de telecomunicaciones.

—El placer es recíproco, coronel Durán —responde Alina con su habitual exquisita educación, y Lorenzo asiente.

—Entonces, doctora, ¿cuándo regresa al terruño? —indaga tras darle un sorbo a su bebida—. Según he confirmado, el programa de ayuda y colaboración para la salud mental e investigación científica se ha detenido.

—Cancelado, esa es la palabra, coronel —apostilla directa al grano mi amiga, evitando que le dibujen bonito las cosas para no reconocer que esto se está yendo a la mierda.

—Bueno... —trastabilla con indecisión—, trabajamos para reintegrar los programas, esto es solo temporal. —Alina mira a Lorenzo y luego a mí mientras frunce los labios y levanta las cejas.

—Ojalá, coronel. —Le sigue la corriente, dejando ver con el arrastre de sus

palabras que está insultando la inteligencia de todos con su hipócrita y poco veraz comentario—. Por lo pronto, decidí esperar a mi marido y regresar juntos a Cuba cuando él termine sus compromisos.

—Entiendo, hacen bien.

La conversación entre ellos continúa y me vuelvo a sumir en mi burbuja de impotencia y desesperación. Confirmando la hora en mi reloj mientras meto dos dedos de mi mano izquierda dentro del cuello de mi camisa, tironeando un poco y sintiendo que me asfixio.

¡Siete y treinta y cinco minutos!, y mis nervios amenazan con estallarme por dentro.

¡¿Por qué no llega, maldita sea?!

Desesperándome más si es posible, siento que mis intercostales se expanden buscando oxígeno para llenar los pulmones, convirtiéndose en un ejercicio inútil, teniendo en cuenta mi peligroso estado de ansiedad y los latidos que, sin piedad alguna, retumban dentro de mi pecho.

—¿Ivanna vendrá? —escucho casi en un murmullo la voz de Lorenzo a mi lado. Al parecer, dejó a su mujer para que con su paciencia profesional lidiara con Durán y sus quisquillosos temas.

—Sí, la traerá Iván. Los chóferes no daban abasto con el personal que debían traer hasta aquí.

—¿Por qué no me dijiste? Alina y yo hubiéramos pasado por ella.

—La verdad, no pensé en esa opción, y créeme que me arrepiento mucho ahora de eso —le contesto frustrado, cayendo en la cuenta de que tiene razón. Vuelvo a mirar hacia la entrada, donde esta vez son unos chicos del grupo de élite de la escuela militar los que aparecen en ella.

—Deberías haber llamado a...

—Damas y caballeros, la ceremonia dará comienzo. Rogamos a todos los dirigentes de ambos gobiernos que ocupen su lugar en la tribuna, por favor.

Las palabras de Lorenzo son interrumpidas por el maestro de ceremonias anunciando el comienzo de la gala; al escucharlo, mis nervios se disparan agitándome con fuerza, al confirmar una vez más mirando la entrada que mi mujer no acaba de aparecer. No me es posible superar por más tiempo este desasosiego e intento alejarme en busca de respuestas, pero la mano de mi amigo me detiene.

—¿A dónde crees que vas?

—¡Necesito saber por qué no ha llegado! —respondo, intentando que mi voz cabreada solo la escuche él.

—Tienes que subir al estrado, y lo sabes. Deja que le pida a Alina que la llame o intente localizarla, quizás algo la retuvo. Por favor, Armando, ¡cálmate!

—¡Deja de comportarte como mi niñera, carajo!

—¡Cuando dejes de cometer estupideces lo haré! Además, no lo hago por ti, se lo juré a tu padre Rigo; pero créeme que me estoy hartando. —Me lo dice acercándose un poco, mascullando entre dientes sus palabras.

Lo miro fijo a los ojos por algunos segundos, soltando un bufido, sé que debería sentirme agradecido infinitamente por contar con una amistad como la suya; sin embargo, mi pobre capacidad de control en estos momentos me reta a mandar todo a la mierda y él, sinceramente, no se lo merece.

Me hace un gesto para que siga a todos los que ya están llegando sus puestos mientras se acerca a su esposa, que ya se ha sentado a la mesa de invitados y conversa con Mónica a su lado. Lo observo inclinarse y hablarle al oído, a lo que ella asiente tras mirarme y se levanta alejándose, haciendo finalmente que mi ansiedad llegue a límites insostenibles.

La ceremonia da comienzo y todos los que formamos parte de la alta esfera gubernamental cubana presidimos la larga mesa, dos niveles más alta que el resto; delante de ella, un pedestal con un micrófono espera a que comience la locución que dará inicio a la gala.

En mi puesto encuentro el discurso detalladamente preparado por la Comisión de Protocolo y Seguridad del estado de Cuba. Hojeo la carpeta frunciendo involuntariamente el ceño y me doy cuenta, una vez más, de que detrás de toda esta política se esconde una caja hipócrita de pandora que solo es abierta cuando los intereses de los grandes gobernantes pueden quedar en entredicho. Doy tan solo una ojeada leyendo, y me asqueo de tener que decir esto ante todas estas personas como si en realidad lo hubiese escrito yo.

¡Mentira!

¡Absurdas y patéticas mentiras disfrazando la hecatombe que se nos avecina como país y como sistema político social!

Revisar estos documentos que deberé leer en unos instantes es mi válvula de escape emocional. No he dejado de mirar una y otra vez la entrada y, de hecho, disimuladamente he tenido que pasar en varias ocasiones mi pañuelo por la frente, sintiendo que finas líneas de sudor aparecen en ella.

Los aplausos dentro del recinto retumban ensordecedores en mis oídos, al punto de hacerme dar únicamente palmadas leves, pretendiendo no aturdirme más.

El secretario de relaciones exteriores soviético termina su discurso entre frases de gratitud hacia el gobierno cubano, cediéndole por fin la palabra a nuestro ministro que, luego de escuetas frases de futura y supuesta inquebrantable unión entre las dos naciones, habla de los premios Vanguardias Nacionales señalando a los trabajadores de diferentes sectores que se encuentran

sentados en una semicircular mesa a la derecha, esperando a ser condecorados.

Mi mente capta lo que sucede a mi alrededor como si se tratara de un espectador lejano o invisible, pero mi corazón y mis sentidos no entienden de otro mensaje que no sea el de pedir a gritos en mi interior que pueda levantar la vista al salón y verla finalmente aquí.

Corro mentalmente como una jodida montaña rusa en busca de posibles hipótesis para dar explicación al porqué no ha podido llegar. Algunas como el tráfico, la demora de su hermano o su padre al recogerla, o simplemente el hecho de que su habitual y grandiosa dedicación de madre la haya hecho ir antes a casa de sus padres para ver a nuestra hija son las que me ofrecen gotas de alivio a mis atormentados pensamientos. Sin embargo, otras ideas a las que no quiero ponerles visión con palabras también son las que no me dejan respirar con normalidad y colapsan lentamente mis sentidos.

—Y para finalizar nuestra intervención y dar paso a que todos se diviertan con esta impecable gala de estado, las palabras de quien ha representado tan dignamente a nuestra isla y a nuestra democracia durante los últimos cinco años: el señor embajador Armando Sanfield.

He escuchado tan solo las palabras finales del maestro de ceremonias y mi nombre remarcado junto a estas. Los aplausos me instan a levantarme junto a la palmada del director de aduanas, que se encuentra a mi lado. Me incorporo, abrocho el último botón de mi traje y me hago con la carpeta trasparente donde en unas cinco hojas está escrito lo que, obligadamente, debo decir a la concurrencia.

Corro hacia atrás mi silla y, pasando por detrás de todos, me encamino al estrado. Al llegar a este, abro sobre la acristalada superficie la primera hoja y doy dos golpes suaves con la yema del dedo al globo gris del micrófono, cerciorándome de su acústica.

—Buenas noches para todos, espero ser breve y no dilatar mucho más tiempo el deseo de ustedes por disfrutar del apetecible bufé y de la contagiosa música cubana que nos espera.

Hablo intentando quitar peso al hecho de que tengan que escuchar otro tedioso discurso acerca de la política, señalando la orquesta del fondo y la majestuosa mesa tradicional ubicada a un lado y rodeada de ocho personas de servicio; esperando, profesionalmente ataviados con sus impolutos uniformes en blanco y sus largas servilletas dobladas en el antebrazo, para servir las exquisitas delicias de la comida criolla cubana, acompañadas también de varios ejemplos de la culinaria soviética.

—Creo que la locución de mis anteriores homólogos de gobierno ha dado una primicia de las estrategias a tomar en los meses venideros, y quiero

convencerme, además, de que a pesar de cualquier cambio o situación política Cuba y nuestra revolución estarán siempre muy agradecida con este país y abierta a nuevos términos, y...

Al levantar la vista de los documentos que he estado exponiendo al auditorio, mis ojos se clavan en una visión frente a mí, en la entrada, y que en cuestión de segundos me arrastra por el cuello a la más recóndita caverna del jodido purgatorio. Ahí está ella y a su lado... ¡Rafael Ibáñez!

Me araña por dentro mi personal bestia y soy capaz de sentir el ardor de su desgarrar ante lo que contemplo.

¡NO!

Es demasiado tener que verlo a él retirándole el abrigo y dándole al que atiende la puerta.

¡¿Sonríe agradecida?!...

¡NO, NO!

¡Maldición!

Se ha puesto el vestido que deseé tantas veces que usara y para el que nunca había existido la ocasión. Es de un gris plateado que la hace lucir como una angelical hada, resaltando el color anacarado de su piel.

¡Y es mía, maldita sea!

¡Solo mía!

Se acerca con él a la mesa y aún me niego a creer que hayan venido juntos. El escote de su vestido me desestabiliza y mi ira se subleva ante la sola idea de que un ejército de ilusiones revolotee en la mente de ese cabrón.

¡Se encontraron en la entrada!

¡Es eso!

¡No han podido venir juntos!

¡No!

Necesito repetirme esto hasta creerlo o terminaré por cometer una locura gracias a esa imagen del metro que, orgullosa y traicionera, se manifiesta nuevamente en mi memoria para que la visualice en su totalidad.

Saludan a varios comensales y ella me mira primero sonriente y luego extrañada. Arruga la frente y su sonrisa parece confusa desapareciendo en un segundo de su rostro. Se toma más tiempo del necesario para sentarse en el lugar que le han asignado, sin apartar su mirada de mi rostro, como si quisiera leer en este lo que siento.

¡Rabia!

¡Ira!

¡Dolor!

¡Deseos de arrancarle la mano con la que ha osado tocarla!

Mis ojos viajan casi a la velocidad de la luz desde su rostro a las manos de él, que esta vez están deslizando la silla hacia atrás para facilitar que ella se siente.

¡Quítale las manos de encima, cabrón!

¡No la toques!

Todo es como una secuencia en cámara lenta. Varios rostros me miran y luego lo hacen unos a otros. Yo solo puedo llevar los míos a los de ella como si quisiera que mentalmente me contestara de una puñetera vez...

¡¿Qué mierda haces llegando con él?!

¡Juro que el martilleo de mi cabeza me volverá loco!

Lo veo de pronto alejarse de su lado no sin antes besar su mejilla, y mi puño se cierra tan fuerte que mis nudillos se resienten.

¡¿A dónde carajos va?!

¿Alina?

¡¿Qué mierda habla con ella?!

Observo a mi amiga acercarse desde un lateral de la sala hasta Lorenzo, este se ha levantado y los dos me miran y se adelantan; pero se detienen y desvío la vista de ellos volviendo a sostenerle la mirada a mi mujer, descubriendo temor en su rostro.

¡Sí!

¡Mi mujer!

¡Mía!

Duele el nudo que se ha instalado en mi estómago, aprieta y siento que me es imposible respirar. No sé en qué momento encerré en mi mano con fuerza los papeles que tenía frente a mí hasta hacerlos una arrugada bola. Solo escucho la voz del maestro de ceremonias algo lejana.

—¿Embajador? ¿Señor? ¿Todo se encuentra bien con usted?

Me percato de que soy el centro de atención de todos. El ministro me divisa desde su puesto en la mesa con un codo apoyado sobre ella y, en general, el público se ha quedado en silencio, observándome.

—No leeré esto... —balbuceo apretando las palabras—. No estoy de acuerdo con nada de lo que se ha escrito aquí, y no estoy dispuesto a mentir y a prestarme a hacer promesas que no son más que castillos de naipes al viento.

Esto lo he dicho en voz alta, dirigiéndome a todos y provocando que tanto el ministro como dos de los generales que lo acompañan se incorporen de sus asientos y me lancen amenazantes miradas.

Los ojos de mi mujer se abren azorados, aterrados; pero, muy en el fondo, soy un idiota queriendo creer que hay cierta admiración por mí en ellos.

Me dedico a guardar los estrujados papeles en la carpeta. Soy consciente de

lo que ha provocado verdaderamente mi arrebatado de sinceridad y valor para hacer algo como esto, pero al final, por lo que sea que haya ocurrido, me siento complacido por no emitir un discurso lleno de falsedades y mentiras del cual no estaba convencido, sería como mutilar mi integridad.

No he terminado de recoger la documentación ante el silencio y algún que otro murmullo del auditorio cuando, al girarme, encuentro ante mi rostro al coronel Durán como fiera herida.

—¿Tiene usted una idea de las consecuencias que esto que ha hecho traerá a su carrera política?!

Su reclamo se escucha severo, y por el rabillo del ojo veo al maestro de ceremonias centrándose para hablar a los asistentes. Mientras, del otro lado, me observan varios de los que ostentan altos grados militares dentro del ejército, junto al ministro, que parece haberse atragantado; pero obviamente hay que mantener las apariencias hasta el final, aunque luego quieran hacerme desaparecer y lanzarme al mar báltico.

—¿No me ha escuchado, Sanfield?! —Mi mirada pasa a él como un reto.

—Lo hago, y créame... ¡Poco me importa! No caeré en más mentiras para intentar ocultar la realidad a costa de la confianza de nuestra gente.

Intenta decirme algo más, pero mi paciencia se da por vencida. Bajo los pocos escalones de la plataforma del estrado, dejándolo con la palabra en la boca, para encaminarme hacia donde se encuentra mi mujer junto a Alina y Lorenzo. Busco con mi mirada por todo el lugar a Ibáñez, pero no lo veo. Paso entre varios de mis colegas y de muchos otros que, en sí, no conozco. Encuentro a mi paso diferentes matices de miradas, algunas alucinadas, perplejas y otras... ¿Orgullosas?

Ivanna no ha dejado de quitar sus ojos de mí hasta que llego frente a ellos.

—Sígueme a mi despacho, ya —me dirijo a mi esposa, que me devuelve un gesto de incredulidad al escucharme.

—Armando, ¿qué ha sido eso de allá arriba? —pregunta Alina alarmada.

—No hablaré de eso ahora, discúlpame, pero mi esposa y yo tenemos asuntos pendientes.

Mi amiga y su marido miran al mismo tiempo a mi mujer como si adivinaran que mis actos han sido impulsados por ella y, en el fondo, no están errados.

—¿Asuntos pendientes, amor? ¿Puedes explicarte?

¡¿Amor?!

¡Mierda!

¡¿Cómo se atreve a llamarme así cuando...?!

—Vamos a mi despacho por favor... —Arrastro con rabia las últimas sílabas

y sé que ella lo nota.

—No entiendo de qué se trata todo esto, es serio lo que ha sucedido. —Mira por encima de mi hombro, Lorenzo y Alina la imitan y entre los tres se observan, pero me mantengo impasible a todo.

—Ahí están esos buitres militares con el ministro amigo —alega Lorenzo, preocupado—. No esperes nada bueno después de esto que has hecho y que, sinceramente, aún no...

—Ya hablaremos luego, Lorenzo... ¿Ivanna? —insisto con ella, y esta vez no me gusta lo que su rostro muestra.

¡No me retes, querida!

¡No ahora!

—Lo que quieras hablar conmigo, que no logro entender qué pueda ser tan importante cuando deberías estar preocupado por otras cosas... —Se interrumpe, volviendo a mirar detrás de mí.

—Esos van a reunirse al salón de protocolo a tirar del pellejo de este incauto —masculla apretando la mandíbula Lorenzo y lanzándome una de sus miradas reprobatorias.

Intuyo que han visto como se aleja el ministro con su séquito de lambiscones, pero no me vuelvo para confirmarlo.

—Mejor hablamos en la casa, deberías ir a ver qué sucede y en qué puedes...

—¡No lo repetiré! —Hago que se sobresalte y aunque la voz de mi conciencia me lo recrimina, paso de ella.

—¡No tienes opción! —contesta furiosa—. ¡No comprendo qué demonios te sucede, pero lo que tengas que explicar, o exigir, para no variar, no lo harás aquí!

El peso con el que salen sus palabras golpea mi pecho y lanza un latigazo a mi fiera interior. La adrenalina corre por mis venas ante el dominio de sus ojos brillantes y su pose altiva. Es inaudito que lo piense ahora, justo en este momento donde me cuesta tres vidas no arrasar con este puto lugar; pero definitivamente mi voz interior se regodea recordándome que ¡ahí esta! ¡Por eso la adoro! Porque ama pero no se doblega, se alza y envuelve su dignidad de hembra bajo una coraza indestructible que, muy en el fondo, hace que mi corazón se estremezca, mi orgullo se retracte y mis demonios se pongan de rodillas enamorados y vencidos por ella.

¡Pero eso no lo confesaré!

El rostro de un hombre destruido, débil y bañado en lágrimas, aparece en imágenes consecutivas que vuelven a castigar mis recuerdos, para desaparecer en mi mente haciéndome entender por qué me niego a confiar, a creer y a entregarme...

Me acerco y le agarro de la muñeca con fuerza, el gesto de su ceño fruncido me dice que he sido brusco, pero no se inmuta y ni siquiera se separa.

—Suéltame... —Aflojo un poco mi agarre, y un sentimiento de culpa me envuelve por unos segundos.

—¡Acompáñame entonces!

—¡¿Y qué si no lo hago?! Fíjese que la manera en que me lo ha pedido no me convence..., embajador. —Ese cabrón título lo arrastra con rabia e ironía.

¡Te complace retarme, diosa eslava!

Sonrío ladino diciéndomelo, mientras que por el rabillo del ojo veo a Lorenzo deteniendo por el antebrazo a su mujer, que ha intentado intervenir entre nosotros. Me acerco a la mía y, agarrándola por la cintura al soltar su mano, le digo bajo al oído intentando que solo ella lo escuche, aunque no estoy seguro de si lo logro estando nuestros amigos tan cerca.

—No me hagas cargarte en peso y llevarte sobre mi hombro hasta mi oficina, así podrías tener una verdadera justificación para llamarme neandertal cada vez que quieras.

Me separo y no puedo evitar que se expandan mis fosas nasales al ver que su mirada se vuelve casi como el de una loba salvaje.

—Ivanna... —interviene Alina, que soltándose de su marido se nos acerca más y le pone una mano en el hombro—. Ve con él, hablen lo que sea que deban hablar, será lo mejor...

Por algunos segundos, mi esposa la mira mientras ella asiente y seguido vuelve su rostro hacia mí.

—¡Le espero en su oficina, embajador!

Se suelta con brusquedad de mis brazos y recoge de encima de la mesa la pequeña cartera de mano plateada que ha traído como único accesorio, encaminándose sin volver a mirarme hacia una de las puertas laterales en busca de mi despacho.

Su silueta contoneándose y sus cabello rubio perfectamente liso, acariciando la piel desnuda que se deja ver por la triangular abertura del vestido en su espalda, me hacen tragar en seco y maldecir al puto diseñador que confeccionó esa arma de color plata, y que ha disparado directo a mi entrepierna para acabar de hacerme polvo la jodida noche.

19

Confesión

Al abrir la puerta de mi oficina, la encuentro de espaldas, a pocos pasos de mi escritorio. Casi fue una huida mutua desde el salón hasta aquí; y ahora, en el silencio del lugar, solo los susurros de su agitada respiración coordinándose con la mía son los que nos acompaña, junto a toda esta vorágine de sentimientos que se apodera de ambos. Expulso el aire trancado en mi pecho, justo en el momento en el que se gira apuñalándome con sus ojos.

—¿Cuál es la explicación esta vez?! Espero que tengas una que me haga lograr comprender tu actitud, porque de otro modo...

—¿Qué demonios hacías con él?! —La interrumpo, adelantando dos pasos a ella que, más que hacerla estremecer, la hacen erguirse.

—¿Con quién, por Dios?!

—¿Con Ibáñez, maldita sea!

—¿Te refieres a Rafael?!

—¿Conocemos a algún otro cabrón con el mismo apellido?!

Nuestras miradas se vuelven dos pozos desbordantes de soberbia retándose uno a otro.

—¿De eso se trata? ¿De haber llegado junto a Rafael?!

—¡Maldición! ¡Viniste con él!

Al confirmar lo que tanto temía levanto mis manos unidas en un puño hasta mi mentón y me alejo de ella, dándole la espalda, viéndola antes seguir mi gesto y fijarse en la presión que hago con mis dedos.

—Volvemos al mismo punto de partida, ¿verdad? —Al escucharla me giro y la miro fijamente. Sus ojos se oscurecen, se nublan como si una ola de decepción

los envolviera, causándome una mezcla desesperante de temor y rabia al mismo tiempo—. Dime, ¿qué sigue?

Mis palabras se vuelven pesadas empujándose unas a otras sin poder salir de mi pecho, el cual es golpeado por cada uno de estos casi insostenibles golpes cardíacos.

Lleva una mano detrás de su cuello, se recoge el cabello y, pasándolo adelante, lo deja caer de un solo lado sobre su hombro; luego se frota la frente y se aleja hacia la ventana.

—No... debiste venir con él... ¡No debiste hacerlo! —La idea de que vinieron juntos, sentados uno al lado del otro, quizás mirándose y... Aprieto fuerte mis ojos, necesito hacer desaparecer esas supuestas imágenes de mi mente junto a las que ya están en ella, tatuadas por un pasado que no deja de torturarme.

—No creo que deba justificarte nada. Tan solo he llegado hasta aquí con un amigo, mutuo, por cierto, que me hizo el favor de pasar a por mí. Aun así... —Vuelve a mirarme con intensidad después de decir esto y tras estar con la vista perdida a través del cristal—. Si lo hice, fue porque no tuve opción. Rafael me había llamado para saludarme justo antes de que él saliera para...

—¿Y tu hermano?! ¿Y tu padre?! ¿No se suponía que uno de ellos te traería?!

—¡Se complicaron con algunos asuntos y no pudieron traerme! ¿A dónde quieres llegar, Armando?! ¡Por Dios! —Se muestra desesperada llevándose las manos a ambos lados de su rostro.

—¡A la verdad! ¡Tan solo necesito la verdad!

¿Es realmente lo que quiero?

¡¿La verdad?!

¿Y si detrás de ella está justo lo que no soportaría escuchar?

Todo mi interior tiembla, las manos comienzan a sudarme y necesito con urgencia un trago. Busco a mi alrededor hasta fijar los ojos en el minibar; pero desisto de acercarme, volviendo a observar a mi mujer, que analiza cada uno de mis movimientos, impasible pero con el dolor y su propia guerra interna reflejados en su rostro.

—Volvemos a estar frente al mismo precipicio... —Su voz esta vez se escucha hastiada, y el miedo me muerde por dentro—. Ese mismo abismo del que retrocedemos tres pasos para no caer en él, pero al que volvemos a acercarnos seis hasta el punto de perdernos en su oscura profundidad. —Busca mis ojos, no sé qué descubre en ellos; sin embargo, el verla cerrar los suyos, negando con la cabeza lentamente a ambos lados, termina por atizar las brasas de mis emociones y me lanzo a por ella.

La agarro por la nuca sin poder evitar que mi beso se vuelva primitivo, salvaje, voraz. Al principio, sus labios se comportan inseguros, rígidos, pero el calor de los míos hace que solo se resistan unos pocos segundos a la necesidad de nuestras bocas por querer fundirse y devorarse una a la otra.

—¡Mía! ¡Eternamente mía! —le grito al oído antes de torturarlo el cuello y dejar mi aliento impregnado en él.

Los minutos que dura este impulso visceral que siento por ella se pierden entre el jadeo de nuestra pasión y mis manos reconociendo la tersura de la piel de su espalda y que, gracias al... ¡maldito escote de su vestido!, me permite darme cuenta de lo tensa y nerviosa que se encuentra.

Sus manos se han hundido en mi pelo haciendo erizar hasta las más profundas fibras de mi alma. Nos separamos lentamente y nuestras frentes se unen por algunos segundos, intentando ambos devolvernos el oxígeno que mutuamente acabamos de robarnos. Finalmente nos miramos, bajo el iris de sus ojos veo confusión, recelo y... miedo.

—Yo... —duda y respira buscando resuello para hablar—, no puedo seguir permitiendo que esto que siento por ti supere mi amor propio. Me siento arrastrada por un alud de emociones contradictorias de tu parte. No quiero seguir sintiendo que camino en una cuerda floja a punto de romperse en cualquier momento, eso me hace desconfiar de nuestro a...

—¡Por lo que más quieras en esta vida, no termines esa frase! —Me tenso al intuir lo que quiere decir, e involuntariamente le aferro más fuerte la cintura.

—Me aterroriza, Armando. ¡¿Crees que no es así?! Todos estos cambios tuyos me están superando y haciendo que pierda la fe en nosotros. ¡Esa es mi mayor pesadilla!

—¡Entonces dime la verdad!

—¡¿Cuál verdad?!

—¡Toda! ¡Todo lo respecto a ese hombre, a tu padre y a tu hermano, y especialmente...! ¡¿Por qué demonios no te trajeron ellos y tuviste que venir con ese tipo?! —Alegándole esto pierdo el control y la atraigo posesivo contra mi pecho, pero ella apoya sus dos manos en él empujándome con fuerza hacia atrás, haciéndome apretarme fuerte las sienes que, a estas alturas, amenazan con estallarme.

—¡Basta! ¡No toleraré esto! ¡Ese tipo, como lo llamas, es Rafael Ibáñez, un amigo en común que solo fue amable al traerme! —Respira profundo para calmarse—. En cuanto a mi padre y a mi hermano... es algo de lo que no hablaremos aquí, y mucho menos ahora.

—¡Vuelves a evadirlo todo!

—¡Y tú vuelves a ofenderme con tu desconfianza! ¡¿De dónde nace?!

¡Dime! ¡¿Quién fue la furcia que te dejó así de dañado?!

Nunca antes había sido tan directa, aprieto los puños tan fuerte a los lados que siento que la sangre bajo la piel arde intentando circular. Mientras, Ivanna da una vuelta en el mismo lugar, abriendo los brazos desesperada, señalando a todos lados, evidenciando que ha perdido su habitual calma. Y prosigue...

—¡Esto tiene que tener una causa, una razón de ser. Llevo años intentando buscarle explicación, queriendo comprender, deseando que me digas... —Me señala con el dedo—. ¡Tu verdad! Pero una y otra vez caigo en un laberinto de más y más preguntas sin encontrar en ninguna de sus posibles salidas alguna respuesta. —Frota sus ojos, sus mejillas, y sé que mi silencio comienza a desesperarla—. ¿De dónde se te sembró en el alma esta desconfianza, este dolor, esta penitencia ajena? ¿Quién fue? Dímelo de una vez..., no hay que ser muy perspicaz para darse cuenta de que el trasfondo de un pasado te atormenta. ¿Fue una novia? ¿Una amiga con derechos? ¿Una exesposa de la que no me has contado? ¡¿Quién, por Dios?!

—¡MI MADRE! ¡FUE MI MADRE!

Mis palabras chocan de golpe contra las paredes, pareciendo que caen en pedazos como trozos de hielo, hecho añicos, gritándole al mundo la carga que durante años he soportado en mi interior como una helada cruz de dolor y vergüenza.

El silencio, por unos pocos minutos, nos envuelve cual nube de dudas para ella, que me mira con los ojos muy abiertos e intentando comprender finalmente mi confesión; mientras que para mí es un huracán de ira y frustración consumiéndome. Sus labios intentan abrirse buscando respuestas para lo que acabo de expulsar desde el fondo de mis entrañas, pero se detiene como si quisiera encontrar la forma idónea de hacer su pregunta. No dejo que se esfuerce más... ¡No quiero que pregunte nada!

—Hay muchas interrogantes que no puedo responder, para las que no estoy listo aún... —Comienzo a hablar pasando mi mano por la frente y buscando esa calma que, desgraciadamente, no acaba de llegar. El tema me supera, me asfixia y no tengo control sobre ello.

¡Maldita sea! ¡¿Hasta cuándo será así?!

—Solo necesito saber... ¿Por qué llegaste con Ibáñez? —Su respuesta es un leve movimiento de cabeza con un gesto incrédulo.

—¿Realmente crees que es eso lo que importa ahora, Armando? ¡Dios! —pregunta y exclama, pasando sus dedos por la cara mientras continúa negando, dándome la espalda.

Mi fiera interna me araña y se remueve haciéndome llegar hasta ella bruscamente, tomándola por su brazo. La viro y quedamos frente a frente.

—¡Es lo más importante para mí en este puñetero momento! —Adiós a mi supuesta ecuanimidad, lo que me hace arrepentirme a los dos segundos por haberla gritado.

—¡No debería serlo! ¡Comienzas a darme las explicaciones que llevo años esperando, para después caer en lo mismo nuevamente! ¡Llevamos casi seis años casados y acabas de confesarme algo que me desconcierta! ¡¿Qué esperas escuchar, Armando?!

—¡La verdad! ¡La maldita verdad!

—¡¿Cuál verdad quieres escuchar?! ¡¿La real?! ¡Esa te la he dicho ya, pero parece que quieres que te construya una diferente, la que tu mente rota se empeña en visualizar y termina por destruirnos a los dos! —Sus palabras salen como flechas al aire en mi búsqueda y su mirada, junto a su puño cerrado aferrando un lateral del vestido, me dicen que está llegando al límite de sus fuerzas—. ¡¿Dime qué quieres oír?! ¡¿Que lo he besado?! ¡¿Abrazado?!... ¡¿Que hemos hecho el...?!

—¡CALLA! —El temblor de mi cuerpo al escucharla decir todo eso me doblega como si un ácido recorriera mis venas. Mi grito la ha hecho estremecerse, pero su altivez sigue intacta y sus ojos me castigan y recriminan con la misma fuerza de siempre.

¡Tú no!

¡No!

¡Tú no, mi amor!

—Prefiero morir... —Susurro bajando la mirada con las manos en la nuca. —Por favor..., calla. —Mi voz sale ronca y es una cabrona roca lo que siento en la boca de mi estómago.

Todo se arremolina en mi mente como si en cualquier segundo el pasado y el presente quisieran enfrentarse como dos huracanes hasta que uno de los dos se alce con el triunfo, ya sea para rescatarme o para terminar de hundirme. Levanto la mirada hacia ella y doy dos pasos para acercarme, pero...

—No te acerques, por favor... —pide, abriendo su palma frente a mí, y terminando por lanzarme al abismo de mis peores miedos.

—No hagas esto... ¡No! —Una mezcla de ruego y exigencia se trasluce tras mis palabras, y doy un paso más adelante.

—No, no quiero que te acerques porque cuando lo haces me es imposible pensar con claridad, y esta vez...

—¡¿Esta vez qué?! —Es su primer rechazo en nuestra vida juntos, me aterra y me invade de coraje, mucho más lo primero—. ¡Debes entenderlo, por un demonio! ¡Eres mi vida! ¡No puedo imaginar que pueda perderte, quedarme sin ti, dejar de sentirte mía!

Cierra los ojos y niega nuevamente con la cabeza, dándose por vencida o...
¡NO!

—¿Qué hay acerca de mí, Armando? ¿De lo que yo siento? —inquieta, fijando sus ojos nuevamente hasta martirizar mis pupilas, y la veo frotar sus manos una con la otra—. ¿Qué esperas de mí? —Sus ojos se humedecen y el brillo en ellos delata las lágrimas que pugnan por salir y a quienes les niega su libertad—. ¿Te importa lo que yo siento?!

—¡Eso no deberías dudarlo!

—¡¿No?! Créeme que diera todo por no hacerlo, pero me es imposible. ¡Tú no me lo permites! —Deja caer sus brazos tras gesticular con ellos a ambos lados, sin dejar un minuto de mirarme—. No sé qué esperar... Me hablas ahora de tu madre, imagino que te refieres a la biológica y no a Esther; pero dejas como siempre a la mitad mis dudas y es como una carrera dando vueltas al mismo círculo vicioso de siempre.

—¡No hablaré de eso...!

—¡¿Por qué?! ¡Tengo derecho a saber cuando acabas de confesarme que a ella le debo tu desconfianza para conmigo y tus celos! ¡¿Qué tan grave fue lo que hizo?! ¿Dejarte huérfano? ¿Volverte un chico adoptado? ¿Le culpas por eso? ¿Por tus inseguridades? ¿Acaso me parezco a ella y al verme te la recuerdo?

—¡Jamás! —Al escuchar esto último me acerco como un desquiciado y la aferro a mi cuerpo, que tiembla enardecido. Se estremece, pero no me rechaza con brusquedad, peor, lentamente se aparta. ¿Y yo...? Me niego a razonar lo mal que me siento a causa de mi pérdida de control—. ¡En tu vida vuelvas a pensar que puedes llegar a parecerte a ella! ¡Eso no! ¡A ella la movía la lujuria! ¡Era una p...!

Vuelve a quedarse perdida la frase en el aire, prohibida para mis labios. No puedo verbalizarla, y caigo en la cuenta de que nunca podré. Algo dentro de mí se retuerce exigiéndome que, a pesar de todo, su memoria merece un obligado grado de respeto por mi parte.

¡No importa mi dolor!

¡No importa mi vergüenza!

¡No importa tu pecado!

Me diste la vida... ¿Es suficiente?

¡Tiene que serlo! ¡Para mí lo es...!

¡¿Acaso te odio?! ¡Quisiera poder odiarte!

Pero...

—No puedes condenarla ni odiarla... Era tu madre —Ella termina mis pensamientos como si estuviéramos conectados, y sus palabras me hacen reaccionar alejándome de esa voz interna con la que acostumbro a aislarme.

—No creo que entiendas... —Me separo lentamente ante sus ojos, que baja perdidos y decepcionados al suelo.

—¿Abandonó a tu padre? ¿Es eso? ¿A los dos? —pregunta y un intento de sonrisa ladeada convertida en irónico mohín aparece sin permiso en mi rostro.

—Ojalá hubiese sido algo tan... ¡comprensible y perdonable! —frunce el ceño.

—Háblame de ella.

—De nada serviría, no vale la pena.

—Ya hemos empezado a desenterrar este tema, arriésgate y deja que yo juzgue si vale la pena o no.

—No, tú y yo tenemos cosas más importantes que discutir, y lo sabes. Lo demás sobra ahora.

—¡No vuelvas sobre lo mismo! ¡No contestaré nada más al respecto!

—¡¿Por qué razón?! ¡Soy tu marido! —Me acerco demandante; pero guerrera, como siempre, ella me sostiene la mirada.

—¡Porque tu duda me ofende, y no lo permitiré! ¡Deja de escudarte en lo que sea que haya hecho tu madre y termina con eso que te atormenta! ¡Eso sí...! ¡No me pidas que te dé justificaciones absurdas de supuestos errores cometidos, ya que sería como si yo misma atentara y profanara mi dignidad, y eso es algo que no haré nunca, aunque te ame más que a mi propia vida! —Toma aire y por momentos creo ver arrepentimiento tras sus palabras, pero solo por muy pocos segundos—. No sé qué hizo... ¡Pero yo no soy ella, Armando!

—¡Por supuesto que no lo eres! ¡Yo tampoco soy mi padre! ¡Él era débil! ¡No cuidó de lo que era suyo, lo tiró todo al viento y no luchó, no se aferró con uñas y dientes a su mujer, a su familia! ¡No le dio valor a su amor! —Respiro profundo, sintiendo como si un hoyo oscuro de mi pasado se abriera bajo mis pies y estuviese a punto de tragarme, pero ver sus ojos llenos de incertidumbre me embrujan y me empujan a continuar.

»Trabajaba sin cesar semanas enteras, sin poder regresar a casa, incluso enfermo lo hacía; de eso me enteré después. —La veo extrañarse, arrugando la frente—. Sí, mi padre padecía artritis reumatoide prematura, desde la edad de veintiún años, pero seguía con ahínco sacando su familia adelante con su oficio de camionero. Atravesaba prácticamente la isla, casi desde el Cabo de San Antonio a la Punta de Maisí. Lo hacía para terminar de construir nuestra casa y comprarle a mi madre un televisor nuevo, un reproductor de música, o tal vez la ropa y los zapatos que tanto exigía tener siempre; pero de nada sirvió, como le escuché, a escondidas, comentar durante años a varios miembros de la familia en sus reuniones anuales. A mamá Esther le fue imposible evitar que su desvalido hijo ajeno no se enterara de todo.

Sonríó tristemente, me callo y la observo. Enlaza sus dedos y su pecho, aunque no agitado del todo, no lleva un ritmo normal; aun así, sigue atenta cada una de mis palabras. Las fuerzas me flaquean, quiero dejar de hablar de esto, es como si una cuerda enlazara mi cuello queriendo asfixiarme, arrancándome el valor para continuar.

—Era muy chico, pero muy en el fondo de mi subconsciente duermen imágenes demasiado lascivas para haber sido vistas por un niño de pocos años; menos viniendo de quien, para entonces, debía estar preparándome una rica papilla o leyéndome una historia de piratas. Ojalá nunca despierten desde donde están, no creo que pudiera soportarlo.

—No debes juzgar a tu madre, menos a tu padre; ellos...

—¿En serio crees que no?! ¡Ella fue una mujer de...! —Se contrae mi garganta como si de magia maternal se tratara.

¡Tú ganas, desde dondequiera que estés!

¡Tú ganas!

No soy capaz ni siquiera de admitir de donde te sacó mi padre cuando te conoció, saberlo es una herida en mi vida que sangra cada día; pero ponerle palabras y gritárselas al mundo... acabaría por desangrarme emocionalmente.

—¡La culpa fue de él!

Me ensaño, enojado por seguir siendo vulnerable a la imagen de una mujer de quien ya perdí su rostro en mi memoria, solo me queda su blanca sonrisa borrosa; también sus carcajadas y... su olor a jacintos. Mi madre siempre llevaba detrás de la oreja un ramito de ellos, se los robaba a Rosa, la presidenta del Comité, que los cultivaba en su portal para poder tener flores para el busto de Martí.

Fue uno de los tantos recuerdos que volvieron a mi mente cuando salí de esa negación postraumática de la que tanto hablaron los psicólogos. En alguna ocasión, tras saber toda la verdad, regresé a aquel lugar. Ya no estaban los jacintos; la señora Rosa había muerto y el busto de Martí apenas dejaba ver las viejas facciones de un rostro deteriorado por los años a la intemperie; pero... mis recuerdos resurgieron como ave fénix de sus cenizas durante cada minuto que estuve allí. Tal vez, recordar los gritos de la dueña de las flores al ver como mi madre las hurtaba era lo que me hizo preservar esa imagen, a pesar de mi corta edad en aquel tiempo.

Sí, eso debe de ser...

¡No puede tratarse de añoranza por ella!

¡Me asusta confirmar que no he olvidado este detalle, y moviendo la cabeza intento espantar cualquier otro!

—No es justo que lo culpes de todo, él tan solo la amaba y... —Fijo mis

ojos en ella.

—¡Su falta de carácter fue lo que nos destruyó, y yo pagué las consecuencias de eso! —suelto de golpe, volviéndome a sentir un huérfano perdido; pero lo que más me aterra es ese velo de lástima que veo comenzar a teñir sus ojos.

—¡No quiero tu compasión! ¡Basta, Ivanna! ¡No puedo seguir hablando de esto y...!

Unos golpes en la puerta me hacen callar y sentirme aliviado gracias a quien sea que nos haya interrumpido.

—Adelante... —En segundos, Mónica asoma la cabeza y me vuelvo de frente a ella.

—Señor, disculpe que lo interrumpa; pero el asistente del ministro ha pedido, de parte suya, que se presente en la sala de conferencias, parece que han convocado una junta extraordinaria.

Miro el reloj, pasan de las diez de la noche.

¡Mierda! ¡Creía que todos se habrían largado o estaban comenzando a emborracharse en algún rincón!

Las palabras de mi secretaria salen temblorosas y, por el rabillo del ojo, veo a Ivanna observándome preocupada. Los tres sabemos a qué se debe esta reunión.

—Hágale saber que en un momento estaré con ellos, máximo veinte minutos; y usted puede retirarse a descansar, ha sido un día muy extenuante, no sabía que estaba todavía aquí.

—Me entretuve con las chicas de Gerencia, vine por algunas cosas antes de irme y fue cuando llegó el enviado del ministro. Perdón, señor, pero el asistente está afuera esperando a que usted lo acompañe ahora mismo.

—Dígale que en un momento iré, ahora estoy ocupado.

—Es que, señor, él dijo...

—Mónica, por favor...

—Armando, ve y reúnete con ellos. La situación está tensa y además es seria... —Ivanna intenta convencerme, pero no me volteo a verla, pasando de sus palabras.

—Haga lo que le he dicho, Mónica.

—Como diga, señor. —No insiste más; pero me percató de que antes de cerrar tras de sí la puerta lanza una mirada de súplica a mi esposa, que a todas luces esconde un pedido para que interceda.

—¡Por Dios! Estás actuando irracionalmente y sin medir las consecuencias —expresa angustiada, al volver a estar solos.

—Nosotros somos más importantes. ¡Tú lo eres más que todo en este

mundo! ¡Así ha sido siempre, a pesar de que toda esta mierda no me haya dejado demostrártelo! —le digo haciendo el gesto de abarcar con mis manos el espacio que nos rodea—. Además, imagino lo que sigue después de lo sucedido en la gala. No me preocupa, había pedido mi dimisión, tarde o temprano regresaríamos a Cuba y...

—¿Dimisión?! ¡¿Renunciaste y no me lo habías comentado?! —Vuelve a respirar trabajosamente, apoyando una mano en su frente y mirando a todos lados, incrédula antes de enfrentarme—. ¡¿Puedo saber cuándo pretendías decírmelo?! Supuestamente, ¡¿cuando saliéramos para el aeropuerto?!

—Es algo que sabías, lo hablamos y estaba decidido que...

—¡No estaba decidido nada, Armando! ¡Quedamos en discutirlo y, precisamente, tomar juntos esas decisiones!

—¡Bien! ¡Ya lo sabes! Solicité hace semanas la dimisión. Hoy me dijeron que estaríamos cuestión de nueve a doce semanas más funcionando en la sede; pero, probablemente, a raíz de la actitud que tomé sobre el discurso programado en la gala, no dudo que mi regreso a la isla se precipite. Es lo que generalmente hacen en situaciones como estas y...

Me da la espalda sin dejarme terminar, quedando pensativa y provocando que mi ansiedad se dispare.

—¿Y dónde quedamos Romina y yo?

—Esa pregunta es absurda, y lo sabes. —Se gira para mirarme.

—¿Realmente lo es?

—¡Por supuesto! —¡Calma, calma...!, me repito—. Mi hija y tú se vienen conmigo a Cuba. Eso no está en discusión.

—¿Y si yo no opinara lo mismo?

Su pregunta es como un disparo mientras sus ojos son tan brillantes como la hoja pulida de un metal, exigiendo que los míos se reflejen en ellos.

—No... ¡juegues con algo así! —Me adelanto unos pasos.

—No es mi intención.

—Donde yo vaya... ¡Tú y Romina irán! —afirmo e intento que la cordura no me abandone.

¡Un gélido pánico en forma de guadaña me amenaza!

Vuelven a llamar a la puerta...

—Será mejor que me vaya... —dice, girándose para recoger su cartera, que había dejado sobre el escritorio.

—¡Te advierto de que no te moverás de aquí! —le digo agarrándola en un impulso por su codo y soltándola rápido cuando me doy cuenta de mi brusquedad.

Sin poder retenerla más, mi fiera sale sintiéndose amenazada y marca su

territorio, recibiendo de vuelta esa mirada lobuna, atrayéndola y retándola la vez. Me aterra que se aleje después de lo que me ha dicho.

—¿Armando? Ábreme, por favor, es urgente.

La voz de Lorenzo se escucha agitada detrás de la puerta. Me giro y confirmo que, aparentemente, Mónica, al salir minutos antes, bajó el cierre del lado interior y esa es la razón por la cual mi amigo no ha entrado como un bólido.

—Dame unos minutos, enseguida te atiendo, Lorenzo.

—¡No seas imbécil! ¡No empeores más la situación! ¡Te están esperando y he intercedido para venir a por ti!

—¡Te dije que son solo unos minutos! ¡Dile a esos del paredón que esperen!

—¡Ábreme, carajo, o llamo al intendente para que lo haga!

Mi mujer se escapa de mi lado acercándose a la puerta sin que me dé tiempo para detenerla. Al abrir, un Lorenzo con la mano en alto, dispuesto a golpear la madera nuevamente y con Mónica y su esposa detrás de él, la mira apenado.

¡Testaruda que es mi secretaria, aún sigue aquí!

—Lo siento, Ivanna, es algo serio y urgente.

—No te preocupes, Lorenzo. A ver si se lo haces entender a él —diciéndolo me observa fugazmente y hace el intento de querer irse, pero mis pasos casi vuelan hasta ella deteniéndola.

—¡Te dije que no puedes marcharte! —Agarro su brazo con firmeza, pero intentando no lastimarla.

—Necesito espacio... —Vira su rostro y una lágrima amenaza con escaparse, pero la detiene con su pulgar.

—¡¿Espacio?! ¡¿De qué demonios hablas?! —Solo repetirlo hace que un frío me recorra la espalda—. ¿Quieres poner distancia entre nosotros? ¡¿Es eso?! —Qué iluso pretender decir esto con ironía, cuando en realidad mi voz se quiebra en minúsculas partículas de miedo y desesperación, delatando el estado de pánico emocional que me consume.

—Por favor... Atiende ese compromiso, lo demás puede esperar... —Se suelta de mi agarre con fuerza y se aleja hacia el ascensor, dándole en su caminar sutilmente la mano a Mónica y a Alina que, impávidas han sido testigos de la escena entre ambos.

—¡Ivanna! —No se vuelve siquiera a verme, y Lorenzo me impide seguirla.

—¡Céntrate, maldita sea! ¡Es una puta jauría lo que hay en el piso de arriba esperándote, y tú sigues empeñado en joderlo todo más, si es que eso es posible!

—¡No puedo dejarla ir así! ¡Suéltame! —Al contrario de lo que le pido, hace su agarre más fuerte y me aprisiona el brazo empujándome dentro del despacho.

—Mi amor, por favor, confirma que Serguei o alguien de confianza lleve a Ivanna. Mónica, usted llame a la Junta e infórmeles de que ya vamos para allá —dice desde el umbral y cierra la puerta de un puntapié cuando las dos mujeres se disponen a hacer lo que les ha pedido.

Mientras, un ruido aturde mi cabeza junto a las últimas palabras de mi esposa, y los deseos por sembrar un puñetazo en el rostro de mi amigo tientan a mi control por negarse a hacerlo, pero los desecho de inmediato.

—Sé que algún enfrentamiento se desató aquí entre tú e Ivanna; de hecho, todos lo suponen, ya que especialmente el trueno de voz que tienes no dejó de escucharse varias veces afuera; pero ahora debes enfrentar una batalla peor... ¡Quieren tu cabeza, lo sabes!

—¡Pues me importa una mierda! —escupo mis palabras girándome, acercándome al minibar y sirviéndome un trago. Lorenzo rechaza el que le ofrezco—. ¡Quiero salir de esta cloaca lo antes posible, y eso también lo sabes! —digo tomando de una sola vez el líquido que, sin piedad, tortura mi garganta y me hace contraer el rostro en una mueca.

—¡Perfecto! El problema es que los que están allá arriba esperándote —señala el techo levantando su mano— son capaces de mandarte a una cloaca peor que esta. Una donde tu instinto de posesión y protección con tu mujer y tu hija pierdan todo su alcance y salga sobrando. ¡¿Eres consciente de eso?! ¡¿Te arriesgarás?! Porque sabes que la situación es una jodida caldera hirviendo con toda esta porquería cayendo a pedazos dentro de ella y... ¡No les importará pasar la cuchilla, caiga quien caiga!

Como un tsunami cruel y real rebotan sus palabras golpeándome el cerebro. Tiene toda la razón del mundo, y visualizar lo que me acaba de decir es como si el mismo infierno se abriera ante mis ojos.

—Te agradezco lo que hiciste ahora, es cierto lo que dices, pero...

—¡Joder! Siempre tiene que haber un *pero* contigo —protesta, levantando una ceja.

—¡Pero...! —reafirmo molestándolo—. No te vuelvas a interponer jamás entre mi mujer y yo, o no respondo. —Le apunto con mi índice—. ¡Vamos de una puñetera vez al cabrón matadero!

—¡Eres un jodido hombre de las cavernas!

—¡Gracias por recordármelo!

Sin darle tiempo para replicar nada más, paso por su lado viéndolo negar varias veces sin pretender ocultar su engreída sonrisa.

20

Penitencia

—¿Qué piensas hacer ahora? —Lorenzo se mueve intranquilo a mi alrededor, en el despacho—. Esa mujer terminó por complicarlo todo. ¡Sabía que era capaz de algo como eso! Más teniendo a su padre cerca, y me temo que esto no terminará aquí. Desde que la observé en el salón, me imaginé que algo tramaba, estaba esperando la menor oportunidad para saltar como hiena en celo.

Mientras habla, nervioso, rememoro la entrada de Raquel junto a Durán, y a este exigiendo una explicación por la agresión física de la que fue víctima su hija por parte mía. No le supuso mucho esfuerzo escenificar su personaje de mujer agredida y ultrajada, alegando que solo pretendía mostrar apoyo y ayuda a uno de sus dirigentes mientras este atravesaba un supuesto momento de crisis emocional.

Necesité reunir todas las fuerzas que mi azarosa vida ha sido capaz de darme para no cometer una puñetera locura. Lo peor de todo fue cuando pidió que se llamara a Lorenzo como testigo presencial, dejando ver en el fondo de sus ojos una burlesca revancha lujuriosa. Cuando lo vi entrar, sintiéndose acorralado, quise que la tierra se abriera y me tragara; no era justo que él estuviese en el ojo del huracán pasando ese mal momento por mi causa, menos que se pusiera en entredicho su integridad.

A partir de ahí todo se volvió un caos. El ministro no entendió a razones ni, mucho menos, a explicación alguna; definitivamente, el mostrar Raquel su cuello aún enrojecido alegando un supuesto acoso que, personalmente, me causa rabia, repugnancia y risa a partes iguales por atreverse a insinuar que me mueve algún interés carnal por ella, terminó por ser la cereza del pastel para que todos los grandes monarcas de la jerarquía cubana acabaran de juzgarme y de dar su

veredicto.

¡Siete días! En siete días debo abandonar este país para regresar a mi tierra y presentarme ante el Consejo Militar. Esa ha sido la sentencia impuesta al creer más en la patética versión de la engreída primogénita de un alto oficial y por negarme a dar lectura a toda una bitácora política de mentiras y falsas expectativas futuras.

En tan solo una hora y quince minutos, casi seis años de representación diplomática quedaron relegados a la nada por un acto de honestidad y respeto a mis subordinados; porque... en cuanto a lo de Raquel, sí, fue un gravísimo error del cual no solo no tuve consciencia al cometerlo, también me arrepiento profundamente por ello, a pesar de que es una mujer que...

¡Mejor la saco de mi mente, ya que de solo pensarlo se me revuelve la bilis!

—¿Puedes calmarte un poco? —Dejo de analizar lo sucedido poniendo atención en mi amigo, que no para de caminar de un lado a otro con un trago de licor en la mano, que acaba de servirse—. Esto era lo que finalmente quería y, aunque no ha sucedido de la forma que esperaba, estaré de regreso en poco tiempo en nuestra isla, y me complace que así sea.

Se vira, desde donde estaba bebiendo y meditando mientras deja de mirar por la ventana, con el rostro descompuesto.

—Lo siento, hermano... Jamás hubiese querido que pasaras ese mal rato por culpa mía. —Apoyo las manos en la mesa, dejando de recoger todo lo que pretendo poner a salvo de las de quien pretenda hundirme más haciendo cualquier mal maniobra con ello. Hay mucha información confidencial, solo estaré tranquilo cuando la deje personalmente a buen resguardo en el Consejo de Estado Nacional.

—Las cosas no terminarán aquí, Armando. Tú y yo sabemos eso. —Se pasa por la frente el dorso de una mano y su cara denota un profundo agotamiento.

Lorenzo es de esos amigos que, sin duda, debes atesorar de por vida y hasta el mismo momento en que la tierra se convierta en tu última morada. Se ha quedado esperando el desenlace de toda esta situación, pasa ya de la una de la madrugada y sigue ahí, brindándome su apoyo, incluso cuando sé que muy en el fondo no está de acuerdo con muchas de las decisiones que he tomado. Callado, observa como vuelvo a recoger gran parte de la documentación que considero importante. Al terminar la reunión, mi deseo era salir corriendo hasta mi casa. Serguei me comunicó que dejó a mi esposa en nuestro edificio; pero a pesar de haberle hecho tres llamadas, sigo sin recibir respuesta. Me aferro a creer que se ha quedado exhausta y dormida, y no a la idea de que se niega a contestarme.

¡Esto me está atormentando!

—Sigo sin entender para qué necesitas llevarte todo esto —me dice, y

levanto los ojos hacia él nuevamente, sin dejar de dividir en grupos varias carpetas. Unas, las pongo bajo llave en el archivo; y otras las guardo en mi portafolio.

—Toda la información que gestioné durante este último año será yo el que la entregue al Consejo; no permitiré que me conviertan en un chivo expiatorio. —Solo asiente y deja la copa en mi buró, metiendo las manos en los bolsillos de su pantalón después de confirmar la hora en su reloj.

—¿Serguei está esperándote? Pasa de medianoche ya.

—No, le dije que se fuera, que yo llamaría a un servicio de taxis o buscaría la forma de utilizar uno de los autos que estuvieran disponibles.

—Yo te llevo, apura con eso, te dejaré en tu casa.

—No es necesario, te desviarías, y seguro que Alina está preocupada esperándote.

—Creo que tú estás más ansioso por llegar junto a tu mujer esta noche que yo junto a la mía. ¿O me equivoco?

Bajo la cabeza, solo de pensar en mi Ivanna mil incertidumbres me atacan, y buena parte de ellas no son nada alentadoras; pero o las espanto de mi mente o terminaré por enloquecer de ansiedad.

—¿Tan serio fue? —pregunta dubitativo y preocupado.

—Muchas cosas salieron a la luz; pasado y presente hicieron su jugada y dieron su jaque mate, solo espero tener otra oportunidad, pues de lo contrario...

—De lo contrario, lucharás, confiarás...

—No es tan sencillo.

—Entonces haz que lo sea, amigo.

No miramos por unos segundos, cada uno con sus pensamientos en el aire. Los de mi amigo sé que claman por buenos y pacíficos augurios; los míos, a la defensiva, como si cada segundo a partir de este momento fuera un reto de vida al que enfrentar por... quizás varios años y, aunque no lo confiese, no voy a negármelo... ¡Siento miedo!

—Iré bajando, te espero en el estacionamiento —diciéndolo abandona mi oficina tras emitir un largo suspiro. Es obvio que la noche y los acontecimientos ocurridos en ella le han superado, y eso me hace sentir impotente y culpable.

Termino de poner en orden todo y de guardar en mi archivo personal la información que necesito que se mantenga segura hasta mi vuelta a La Habana. Tomo la chaqueta y la doblo en mi antebrazo izquierdo, cogiendo también mi portafolio. De camino hacia la salida, y antes de marcharme, me detengo en el umbral de la puerta tras apagar la luz; me giro, repasando la extensa oficina en penumbras, la cual solo se visualiza a medias por las olas de reflejos que atraviesan el cristal desde la iluminada y dormida capital moscovita. Un

sentimiento de nostalgia se debate en mi interior, no sabiendo si dejar albergar o no a la tristeza, o al alivio en mi alma.

Son muchas los recuerdos que se quedan encerrados entre estas paredes. Miro mi sillón, de este paso a la alta estantería de libros y enciclopedias políticas y de ahí a cada uno de los muebles hasta llegar a mi rincón favorito: el refugio de los recuerdos, justo frente al inmenso cristal de la última pared del despacho, que deja ver en toda su magnífica belleza a un inolvidable Moscú. Así lo bauticé hace años; desde el mismo día en el que me pasé horas sentado allí, visualizando cada rasgo, cada línea de expresión, cada destello azulado y brillante en los ojos de esa jovencita que me robó el habla y el sosiego al conocerla. Siento cómo mi sonrisa se expande en mi rostro al recordar el roce de sus manos frías, su mirada limpia, serena y sincera envolviéndome. ¡Luché tanto contra todo lo que me hizo sentir en tan solo un minuto! ¡Cómo me lo negué, Dios!

Me asusté, me rebelé contra la manera en que su actitud y sus ojos me hacían vulnerable a ella. El pánico me azotó durante semanas, el pasado llegó a gritarme enardecido que no me dejara embaucar nuevamente. Las voces crueles de mis memorias bailaban en mi mente haciendo un juego maquiavélico; volviéndose imágenes que creía entonces haber dejado en el fondo de ese baúl impenetrable y oscuro en el que creí haber convertido a mi corazón desde tierras lejanas; pero no tuvieron piedad y fueron entonces mi diaria tortura

¡No la merezco! ¡No le haré daño! ¡Estoy roto y debo dejarla ir!...

Esa era mi compañía personal cada día que pasaba a su lado, viéndola como avecilla agitada queriendo aprender, conocer; postrándome a sus pies sin que fuese consciente de ello. Todo fue en vano... Ahí estaba ella frente a mí, con su sonrisa tierna, virginal e inmaculada. Sus palabras desarmaron poco a poco mi supuesta coraza de rencor y me dejé arrastrar por este amor que se ha convertido en mi gloria y en mi condena.

Ese primer beso lo tengo tatuado cientos de veces en el músculo sobreviviente y responsable de cada uno de mis latidos. Nuestras escapadas por la ciudad, las veces que mis brazos y mi cuerpo se interpusieron entre ella y el cruel frío invernal, haciéndome sentir posesivo y construyendo lentamente en mi interior un sentimiento casi salvaje de pertenencia que, aunque me asustaba, dejó crecer con libre albedrío. Hasta que, finalmente, tomó el mando y con ese «Sí, acepto», que me rubricó con aquel beso, terminó por cauterizar mi corazón y mi alma, sellándolo con la afirmación más sagrada de mi vida: ¡Para siempre mía! ¡Solo mía!

No sé si es consciente de lo inmenso que es este amor que le pertenece; ni yo quiero saber cuán grande es, no puedo ser capaz de interiorizarlo completamente, me aterra hacerlo porque podría confirmar hasta qué punto mi

vida y todo lo que soy depende en su totalidad de ella, y de la necesidad de tenerla siempre a mi lado. Me aterra, me aniquila, me destruye el imaginar que pueda llegar a perder lo que me mantiene vivo, seguro, feliz..., y mis fantasmas y demonios lo saben, esperan atentos cualquier quiebre que les permita volver a hacerse con el control de mi existencia, y eso significaría...

¡No! ¡No sucederá!

Alejo mis borrascosos pensamientos cerrando al fin la puerta. Camino frente al escritorio de Mónica y siento nacer la tristeza porque más pronto de lo que esperaba estaremos despidiéndonos. Mi genuino cariño por ella ha ido creciendo con los años, y sé que no solo extrañaré su lealtad, sino esa mano cómplice y amiga que incondicionalmente supo darme durante todo el tiempo. Paso por la superficie de su mesa mis dedos respirando hondo, para sin dar más espacio a la nostalgia, alejarme hasta el ascensor en busca de la salida.

Evito, a pesar de ser la vía más rápida, ir por el ala norte de la sede, ya que algunos murmullos me alertan de que se ha extendido un poco más de lo esperado la celebración. No creo equivocarme al suponer que más de un comentario se ha filtrado acerca de lo sucedido. Puede que muchos me den el beneficio de la duda; pero estoy seguro de que la mayoría estarán atizando la hoguera y entre más bravas sean sus llamas, más satisfechos se sentirán.

Atravieso el corredor bordeando la cocina y las salas de seguridad, en busca de la puerta que me dará acceso al estacionamiento privado. Al llegar, la abro y busco de inmediato el auto de Lorenzo, encontrándolo a pocos metros al final de la segunda hilera. Me apresuro a llegar hasta él, está en el sillón del chófer, recostado hacia atrás y con los ojos cerrados, se sobresalta al dar con mis nudillos en el cristal de la ventanilla.

—¡No me jodas! ¡Me asustaste, cabrón! ¡Casi me voy y te dejo ir a gatas hasta que se te congele el trasero! —dice al bajar el cristal con la voz ronca, evidentemente se había quedado dormido.

Al sentir el sonido que indica que desbloqueó el seguro de las puertas, rodeo el carro y me siento a su lado.

—Siento la demora —me disculpo, recibiendo un mohín de su parte. Abrocho mi cinturón de seguridad después de estirarme y dejar mi portafolio y mi chaqueta en el asiento trasero para acomodarme mejor en el sillón.

—¡Vaya!

—¡¿Qué?! —dice simulando estar cabreado, lo conozco.

—Nada, que está bastante aceptable tu «fosforera» —le digo señalando el salpicadero del vehículo, intentando con mi jocosos y obligado sarcasmo quitar peso a los problemas que nos rodean.

—¡No seas cabrón metiéndote con mi Lada Niva! ¡Mira que lo voy a

extrañar como un condenado en Cuba cuando tenga que estar metido en los autobuses oliendo flatulencias y sudores ajenos!

No pudimos evitar carcajearnos haciendo muecas repugnantes, pero nuestra risa cesó de momento y el silencio, por segundos, nos devolvió a la incierta realidad. Lorenzo me palmeó el hombro antes de encender el auto, y sus palabras, como siempre, intentaron ser optimistas.

—Todo estará bien. Tú solo, de una vez y por todas... ¡Confía en eso!

No hablamos mucho durante el trayecto. Los dos vagábamos por mil ideas acerca de lo que traerían las siguientes horas y, con ellas, los pocos días que nos quedaban a ambos en la gélida URSS. Lorenzo llegaría a casa y le explicaría a su esposa que para él también todo se había precipitado, la situación que se dio con Raquel Durán lo salpicó igualmente por ser testigo de ese momento y no haberlo denunciado a un mando superior. Quise en la Junta reclamar por semejante injusticia; pero mi amigo, apretando mi muñeca con fuerza a mi lado y reconociendo su error sin dejarme intervenir, terminó impidiéndomelo.

¡No podré perdonarme si esto termina por afectarlo a él también!

Nos despedimos frente a mi edificio. Al salir del auto miro hacia arriba y lleno de aire mis pulmones. Agradezco haberme puesto la chaqueta antes de bajarme; lo que tardo en recorrer la poca distancia desde la acera hasta la entrada es de solo unos segundos; y, aun así, la baja temperatura castiga la piel de mi rostro haciendo que me arda, y es cuando caigo en la cuenta de que olvidé mi abrigo de piel en la oficina al marcharme.

El administrador es quien está de guardia esta noche, después de reaccionar medio adormilado al verme, me confirma que mi esposa llegó hace varias horas y que no ha vuelto a verla salir. Escucharlo hace que la desesperación, hasta ahora incontrolable de mi espíritu, comience a sosegar un poco como si un bálsamo de esperanza acabara de acariciarla.

En pocos minutos me encuentro acercándome a la entrada de nuestro apartamento. Frente a esta, la sensación de miedo y angustia que por horas ha estado torturándome amenaza con convertirse en un resentido dolor por su abandono.

Abro y el silencio entre penumbras me golpea. Dejo la chaqueta de mi esmoquin y el portafolio sobre el sillón, y la sensación de estar viviendo un *déjà vu* me abruma. Solo una luz, de la lámpara de la sala en su nivel más bajo, ilumina el lugar; la verdad es que esto se me hace realmente triste, pero muevo la cabeza desechando cualquier sentimiento negativo. Mis pasos cansados deciden guiarme, sin poder evitar que me alimente de mil y un sentimientos de reproche. No sé cómo pude soportar que se fuera y me dejara allí. Solo recordarlo hace que mi pecho se contraiga y mis puños se cierren tensos.

¡Maldita sea! ¡¿En cuál momento perdí el rumbo y me convertí de nuevo en un desgraciado?!

Me detengo unos segundos en la entrada del pasillo que conduce a las habitaciones; a pesar de traer suelta la corbata en mi cuello, tironeo de ella como si atentara con ahogarme, necesitando apoyarme en la pared. La oscuridad amenaza con marearme y, una vez más, las minúsculas luces en la parte inferior son mi apoyo para seguir sigilosamente intentando llegar a mi destino. Se me aceleran los latidos según me dirijo a la habitación, y como si se tratara de una oración del cristianismo y yo fuera su fiel devoto voy repitiéndome la respuesta del encargado en la recepción al notar la desesperación detrás de mi pregunta.

«Sí, embajador, su esposa llegó hace más o menos tres horas... No, no ha vuelto a salir».

Alina y Lorenzo han tenido razón siempre... Estoy dentro de un círculo vicioso y cada día me dejo arrastrar más y más... Por segundos, mi mente levita entre escenas perdidas y revisadas una y otra vez, atravesando y abriéndose paso por mis pensamientos... ¿La peor de todas? Ese momento en el que el iris de sus ojos se empequeñeció de dolor hasta oscurecer su azulada mirada para castigar a la mía con su reproche y su... ¿decepción?

¡No voy a repasar más lo sucedido!

Solo quiero verla, abrazarla, dejarme llevar por ella a tan solo un minuto de paz. Las últimas horas desde que me obligaron a dejarla ir han sido mi personal y merecido purgatorio.

No espero más y abro la puerta. A pesar de la oscuridad, una sutil claridad acompañada de tenues reflejos entra por uno de los cristales superiores del ventanal y me revelan una cama impecable, sin deshacer, y a dos pequeñas maletas cerradas al lado, las cuales ignoro rápidamente al despertarse el instinto de los latidos de mi corazón alcanzando niveles peligrosos.

Expulso el aire retenido con fuerza y, antes de terminar convirtiendo en palabras mi pánico, la luz de una de las lámparas se enciende, haciéndome cerrar los ojos unos segundos hasta que estos se acostumbran a su brillo; cuando los abro, por fin la tengo frente a mí... Está de espaldas, sentada en el diván de damasco, quieta, al punto de lucir como la modelo inerte que espera a algún pintor necesitado de ella para terminar su obra... Mi voz enmudece, mis palabras se amontonan y mis sentidos se paralizan ante el terror de mis suposiciones...

¡Necesito volver a respirar o, al menos, intentar hacerlo!

—Llegué a pensar que tú... —digo entrecortadamente, llevando por el rabillo del ojo mi mirada hacia el equipaje que, a pocos pasos, se me asemeja uno de mis demonios observándome altivo y amenazante.

—¿Me había marchado? —contesta, sin volverse para mirarme ni hacer

movimiento alguno.

—Creo que debemos hablar, te debo una explicación y también los dos nos... —Verla incorporarse me detiene. Se gira hacia mí y veo que todavía lleva puesto el vestido que esta noche se ha convertido en mi pasaje al infierno.

En sus manos noto que sujeta unos papeles y al dar dos pasos, que la exponen más a la luz, aparece su rostro demacrado, con el maquillaje deshecho por las lágrimas, y esto termina atizando el fuego de mi conciencia y tirando mis fuerzas a la nada.

Se acerca y me extiende los documentos, los cuales dudo en tomar por la mordida de temor en mi pecho.

—Aquí están las respuestas que pides. —Me extiende la carpeta con la documentación, y otra vez dudo en si quiero realmente conocerlas.

¡Soy un jodido cobarde!

—¿De qué se trata todo esto? —le respondo con una pregunta, esperando que ella logre encontrar entre cada sílaba mi angustia

—Tómalos y lee. Ahí están todas las explicaciones que tanto has exigido.

—No son explicaciones lo que quiero ahora, sino hablar de nosotros, de lo que sucedió y...

Se me adelanta y pone los papeles en mis manos sin que pueda negarme a aceptarlos.

—Lo sucedido esta noche en la gala me ha hecho analizar y poner en perspectiva nuestra vida... —Su voz se corta y mi pulso vuelve a tener un ritmo insoportable en mi cuello, agudizando la tortura por lo que pueden significar sus palabras.

¡No aguanto más!

—¡¿Qué pretendes decirme?! —Me acerco desesperado y le agarro un brazo, siendo imposible no cuestionarla con brusquedad cuando los piquetes de ansiedad y miedo amenazan con resquebrajar mi alma; pero ella se suelta de mi agarre apartando con su dedo a la que considera una inoportuna lágrima.

—¡No sé por qué nos haces esto! ¡No soporto vivir con la intuición de que me culpas o me recriminas algo en silencio de lo que no tengo ni idea! ¡Porque cada vez que doy tímidos pasos para acercarme a ti, tú me recibes y luego me mandas de vuelta como si con ello pretendieras dejar de ser vulnerable a un amor que lejos de hacernos débiles nos libera y nos fortalece! ¡Si es la historia de tu madre la que marca nuestra relación, necesito saberlo! —Se aleja al final de la habitación, dándome la espalda y otra vez la sensación de pérdida se aloja en mi pecho. —Todo lo que me has contado hoy me ha dolido en lo más profundo de mi ser. Imaginarte como un niño viviendo toda esa tragedia me ha...

—¡Nunca te permitas sentir lástima por mí! —Como aullidos de una fiera

herida salen mis palabras, y ella se vira ofendida.

—¡Jamás lo haría! Solo necesito que me digas ¡qué hay detrás de esa actitud de hoy respecto a Rafael! ¡Porque lo que me estoy imaginando no me gusta! Lo demás puedo entenderlo... ¡Pero que te expresaras tan despreciablemente de un hombre que ha sido tu amigo por años, no!

—Eso es algo de lo que no hablaremos ahora... —respondo decidido. El hecho solo de mencionarlo me enerva la sangre. Además, prefiero seguir recomiendo mi alma de dolor y dudas antes de dar cabida a cualquier posibilidad de escuchar cualquier confesión que no soportaría.

—Entonces... ¡Dios! ¡Es cierto lo que imagino! —La expresión aterrada de sus ojos y su mano cubriendo su boca me estremece.

—¡Te dije que no hablaríamos de él...! —En cortos pasos se acerca a mí y su actitud altiva, esa de la cual me enamoré hasta hacerme prisionero de ella, vuelve a aparecer.

—¡Por supuesto que tenemos que hablarlo! ¡Soy tu esposa! ¡No un adorno decorativo en tu vida! ¡La última vez te dije que no me volvería a convertir en una víctima de tus dudas y celos, y pienso cumplirlo!

—¡Hay cosas que tienen su momento, y este no es el acorde para...! —Busco valor y control para apartar las nefastas imágenes de aquella tarde en el metro—. Terminaremos por hacernos daño y...

—¡¿Más?! —responde, y levantando el falso de su largo vestido vuelve a alejarse hacia la ventana, dándome la espalda—. Es una espina lo que llevas en el alma clavada, una que nos está hincando su afilada punta a los dos y... ¿sabes? Eres solo tú quien debe sacarla fuera. —Cada palabra suya me abre una herida caliente y profunda.

¡Necesito abrazarla! Doy dos pasos hacia ella, pero...

—Me iré a casa de mis padres unos días... Necesito espacio y pensar...

—¡No! ¡Eso no!

—Entiende... —Se vira y su rostro lo bañan las lágrimas que ruedan hasta su mentón—. Sé lo que pasó en la embajada y que tienes siete días para abandonar el país. —Su confesión me deja inerte sin saber cómo reaccionar. El miedo se riega por mis venas, el corazón y su veloz andanza le hace compañía, y mi ansiedad me aprieta como reptil las entrañas.

—¿Cómo lo... supiste? —Casi balbuceo. La necesidad de aferrarla contra mi cuerpo se vuelve un necesario antídoto de vida.

—Llamé a Alina... Primero se negó y dijo no saber nada, pero hemos aprendido durante meses a conocernos; sabía que Lorenzo la mantendría informada; nos hemos hecho amigas, así que no pudo escondérmelo mucho tiempo, solo te pido que no le reclames nada.

—Yo te llamé varias veces; sin embargo, no contestaste. —Baja la cabeza y frota nerviosa sus manos.

—No creía que estuviéramos preparados para hablar por teléfono. Pasé largo tiempo pensando en todo lo que me contaste acerca de... tu madre.

—¿Sientes vergüenza por mi origen? —Los labios me tiemblan al ser rozados por esas palabras, y ella levanta la mirada con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo puedes pensar algo así? —Se lleva las manos al pecho—. Llevo horas procesando todo, entendiendo, buscando respuestas, sufriendo por ti y...

—No necesito nada de eso..., solo me basta con tu amor.

En ese momento, el timbre de la recepción nos interrumpe.

—¿Quién llamará a esta hora? —me alarmo, más ante la duda y el temor reflejados en su rostro.

—¿Ivanna...?

—Es mi padre..., le pedí que viniera a por mí. No te preocupes, solo le dije que...

—¿Tu padre?! ¿Qué hace tu padre aquí y a esta hora? —Lleva su vista a los documentos que me entregó y los cuales dejé hace unos minutos en el borde de la cama.

—Ahí encontrarás respuesta a muchas cosas, revísalos, por favor.

—¡No te irás! ¡No lo permitiré! ¡Eres mi vida entera! ¡¿Acaso no lo entiendes?! ¡No puedes dudar de eso jamás!

A pesar de mi grito, no se mueve; ni siquiera se estremece o reacciona, y mi miedo termina por envolverme en su crisálida gris y oscura. Siempre ha sido así, somos la paz y la guerra, el remanso y la tormenta...

Hago un esfuerzo doloroso por no acercarme y abrazarla tan fuerte hasta poder esconderla bajo mi piel de ser posible.

Se acerca al intercomunicador en la pared; escucho cuando el encargado le dice que su padre la espera y ella le confirma que bajará en un momento, haciendo que el nudo de mi estómago duela con fuerza.

—Por favor... No me hagas esto... —suplico... Sí ¡Suplico!—. No puedo imaginar un segundo sin ti. Soy difícil y puede que esté hecho pedazos que no logro unir; pero no te alejes, no lo hagas o terminarás por... —Me ahogo, me supera lo que está a punto de suceder, y la necesidad de huir con ella entre mis brazos pasa de ser una loca idea a una necesidad absoluta—. Se nos acerca un viaje definitivo a Cuba, entiende que...

—Acerca de Cuba, debemos hablar. Tienes que escuchar mi criterio al respecto, lo que siento debido a eso.

—¡Viajaremos a Cuba los tres, Ivanna! ¡Ante eso no cederé, no es algo que entre en discusión!

—¿Te das cuenta? —responde mientras se hace con las dos pequeñas maletas ante la persecución de mis ojos—. Tenemos que discutirlo. ¡No te he confirmado que te seguiré, Armando!

Sé que la he mirado con la intensidad de un depredador al que amenazan con arrebatarse su presa.

¡Pero no me importa la comparación!

¡Mía! ¡Mía y de nadie más!, me repito fuerte, ante la sola idea de separarnos miles de kilómetros. Nuestros ojos libran su batalla volviendo a nuestras fijas y penetrantes miradas la constitución de un naciente desafío; la mía, de absoluta e inquebrantable posesión; la de ella..., la más aterrante determinación que pueda recibir mi alma...

Se encamina hacia la puerta, deteniéndose a mi lado...

—No lo hagas... —Mascullo entre dientes porque mi fuego interno batalla con hacerme perder el control.

—Ambos lo necesitamos. Si crees en nosotros, permítenos este espacio... —Se acerca a besarme la mejilla y mi cuerpo parece de piedra; pero cuando termina su caricia e intenta alejarse, mi pasión une fuerzas a mi deseo y la agarro por la cintura lanzándola contra mi pecho mientras mis labios roban con alevosía los suyos.

Devorar hasta que el aliento falle y te exija aire es lo que hago. Se deja arrastrar por cada mordisco, cada succión y toda la lujuria que mi lengua le entrega a la suya. Mientras la poseo con mi boca, voy haciéndome a la idea de que se escapará de mis brazos en cualquier momento, y esto duele, hiere; se convierte en la guerra entre una jodida daga del pasado y la redención de un presente.

¡Confía! ¡Te ama! Este momento te lo demuestra.

Nos separamos y unimos nuestras frentes. No me atrevo a soltarla, ella lo sabe y, tras haber dejado en el suelo el sencillo equipaje al quedar desarmada por mis besos, me va despegando con sus manos lentas y temblorosas los dedos que le mantengo aferrados a su cintura.

—Por favor..., esto no es necesario —ruego.

—Tú... ve a ver a nuestra hija todo lo que quieras en estos días. —Ahoga un sollozo y la miro a punto de desplomarme, dejando que pisotee lo que por años he resguardado con fiereza: mi orgullo—. No me lo hagas más difícil, lo necesito, hazlo por mí, solo serán pocos días. Sé que ahora el tiempo nos presiona —me ruega ahora ella.

Solo asiento, mi voz se ha quedado prisionera en algún destruido lugar de mi mente. No soy capaz de reaccionar cuando me regala otro beso en la mejilla, haciéndome sentir la humedad de la suya. Recoge su equipaje y, aunque me grito

desesperado en mi interior que la detenga, no lo hago, no me muevo; no soy capaz de sentir nada más allá de este puñal atravesándome el tórax.

Sus pasos se vuelven ecos sordos hasta la puerta, al llegar a ella, la siento detrás de mí detenerse.

¡Arrepiéntete, por favor! ¡No lo hagas!

—No te preocupes por él —dice con la voz tomada. Frunzo el ceño sin entender sus palabras, y parece adivinarlo, ya que espera quieta mi reacción. Lentamente me giro y la veo observarme.

—No te preocupes por el gran amor que siento por ti... Lo he resguardado en lo más profundo de mi alma, donde nada pueda marcarlo, herirlo; donde ni siquiera tú puedas dañarlo, es la única forma de mantenerlo a salvo. Podrá con esto, es más grande y fuerte de lo que supones, y de lo que yo misma hubiese podido llegar a imaginar...

El sonido de la puerta al cerrarse es lo último que escucho; es similar a los tantos impactos de balas que fueron mi única compañía en varias de esas misiones en la que, secretamente, perseguí un final a tanto sufrimiento. Doy varios pasos hacia atrás y me dejo caer sentado en la cama, la soledad me envuelve y me aterra sin tregua, a partes iguales. Apoyo los codos en mis muslos y llevo las manos, cruzadas, a la parte trasera de mi cabeza, inclinándola adelante; dejándome torturar por el fuerte latido de mis sienes. Vuelvo a sentirme como aquel niño huérfano que buscaba en los ojos de todos un poco de protección, el que temía a la oscuridad, al que le aterraba quedarse solo o perder de vista a la única persona que le brindaba verdadero abrigo y afecto: mamá Esther.

¡Vuelve, vuelve! ¡No puedo perderte! ¡A ti no!

«Podrá con esto, es más grande y fuerte de lo que supones y de lo que yo misma hubiese podido imaginar...».

Sus últimas palabras se repiten como una oración de salvación emocional, intento repetirlas sílaba a sílaba, es lo único que me podrá mantener a flote dentro de esta tormenta que arrasa con mi cordura.

¡Mantenlo a salvo, cuídalo, aférrate a él!

Me arrastro al medio de la cama, tiro de una esquina de la colcha buscando envolverme como un chiquillo asustado. Persigo su olor en las almohadas, respiro el aroma de su piel y dejo que, finalmente, los sollozos escondidos liberen su dolor bien alto en la triste soledad de nuestra habitación...

21

Tu ausencia

Conrado Martínez, el capitán enviado desde el ministerio del interior de Cuba, me abre la puerta del todoterreno después de estacionarnos en el aparcamiento subterráneo del aeropuerto Túshino. Le doy las gracias y él solo hace un movimiento con la cabeza aceptándolas. El chófer que nos acompaña también sale del auto, alejándose unos metros en busca de un carro para transportar mi equipaje, de los que están justo al lado de la puerta, tras la cual se encuentra el pasillo privado que nos llevará hasta el centro de abordaje aéreo. Lo sé porque anteriormente he estado aquí, ya sea recibiendo o despidiendo alguna visita de estado.

Me siento observado por ellos, como si siguieran minuciosamente cada uno de mis movimientos; pero a pesar de su andar autoritario y de su impasible semblante, Martínez se ha comportado a la altura en cuanto a respeto y consideración, sin importar las circunstancias y, honestamente, es algo que le agradezco en silencio.

Cuando el joven trae el carrito abre para mí el maletero del vehículo y comenzamos a sacar todas mis pertenencias, repartidas en seis maletas, incluyendo la que cuenta con un cierre digital y en la que guardo todos los expedientes que pretendo entregar en persona en el Consejo de Estado Nacional; razón por la cual el ministro llevó a la máxima expresión su exigencia para que abandonara de una vez el país. Me negué rotundamente a entregar la información de la gestión de mi mandato durante este último año; en estos momentos no confío en nadie, gracias a que en demasiadas ocasiones he sido testigo de la destrucción tanto moral como profesional de varios líderes políticos; entre ellos, muchos juzgados injustamente tan solo por no aceptar

traicionar su honestidad y su integridad personal.

—¿Es todo, Sanfield? —Martínez me pregunta inmutable desde donde ha estado observándonos.

Al escucharlo, miro todas las valijas acomodadas unas encima de otras sobre lo que no es más que una plancha de aluminio con ruedas y un soporte para empujarla, y sonrío irónico.

—Es todo; creo que, en resumen, podría decir que hay cierto estilo en mi retirada: seis años en la embajada, igual a seis maletas. ¿Será mi número de la suerte de ahora en adelante? ¿Qué cree usted, Martínez? —Arruga un poco la frente y su mirada sigue siendo tan fría como la de días anteriores, desde que se le asignó seguirme como un sabueso a todas partes.

—Será mejor que avancemos —responde neutral.

—¿Sabe si mi familia ya está aquí? —le interrogo preocupado y ansioso—. Le recuerdo que fue el acuerdo al que llegamos en la sede, y por el que acepté pasar las últimas cuarenta y ocho horas retenido como un delincuente.

—La responsabilidad del traslado de su esposa e hija se le encomendó al ingeniero Lorenzo por pedido suyo. Él se ofreció a encargarse de ello dado que también viajará hoy, tal vez estén juntos aquí.

Solo soy capaz de respirar profundo, asintiendo. Las últimas palabras acerca de la probabilidad de que Ivanna y mi hija estén ya esperando por mí me tensa fuerte el nudo que llevo atado a mi pecho desde hace ya demasiado tiempo, la emoción por verlas me hace estremecer de ansiedad.

Sin decir nada más, los tres nos encaminamos hacia la entrada que nos da acceso al interior del edificio. Delante, el chófer se encarga de llevar mi equipaje sobre ruedas mientras Martínez camina a mi lado. Muy poco personal se mueve por estos corredores, la gran mayoría son miembros de la fuerza militar soviética, o parlamentarios viajando dentro y fuera del país.

Nos detenemos en la oficina de la aduana, donde revisarán las maletas, las pasarán a la nave y confirmarán que la documentación esté en regla antes de abandonar esta tierra. Martínez me hace señas para que espere e indica al chófer que lo siga adentro. Desde fuera veo que un perro pastor alemán olisquea mi equipaje, mientras que un oficial de la guardia de aduanas mira hacia mí a través del cristal y asiente a lo que mi acompañante le dice. Definitivamente, el plan que han fraguado es hacerme sentir como un despreciable traidor camino al juicio final.

¡Que se jodan!

Miro mi reloj mientras espero, son exactamente las cuatro y treinta y dos minutos de la mañana, y se estima que el vuelo del IL-96 de Cubana de Aviación parta hacia La Habana a las seis y cuarenta y cinco. No tengo idea bajo cuál

categoría viajaremos esta vez; la polémica política que han tejido acerca de mi salida de la URSS imagino que no terminará con un simple viaje de regreso siendo un pasajero más en un vuelo comercial regular. Conozco cómo funciona la paranoia de la seguridad cubana, más en este momento en el que está con una máxima tensión dada la situación actual, pero en realidad no es lo que más me preocupa, ni siquiera me importa.

¡Al demonio, todos! Yo tan solo necesito a mi lado a mis dos amores, y lo demás dejará de tener importancia. ¡Estoy harto de todo esto!

Las últimas horas han arrasado con gran parte de mi estabilidad emocional, y como un tornado de enfrentamientos han sido estos seis días pasados. Sin embargo, ahora más que nunca necesito mantenerme ecuánime.

La noche en la que Ivanna se fue a casa de sus padres pasa una y otra vez por mi memoria sin dejar de provocarme un fuerte e insoportable sentimiento de desesperación. No sé cómo ni de dónde reuní el valor para no salir detrás de ella; pensando en esto me miro los nudillos y veo en ellos las huellas del momento en el que la sensación de sentirme perdido me llevó a desahogarme contra la pared. La soledad en la que quedé sumido me devastaba, me aniquilaba cualquier sentimiento de esperanza tras verla alejarse de mi lado.

Mi fe desapareció en segundos y nuestra vida juntos comenzó a pasar delante de mis ojos como si hojeara un álbum de fotografías antiguas. El amanecer me sorprendió con su bofetada de luz; me negué a aliarme con el alcohol y, a cambio, opté por dejarme arrastrar por el dolor que me causaba solo el imaginar que ella decidiera no regresar a mí... Necesité muchas veces apretar fuerte mi cabeza intentando, patéticamente, hacer presión en todas esas ideas que, de continuar con ellas ese día, hubiesen terminado por enloquecerme.

A la mañana siguiente, y por primera vez en mi vida, decidí arriesgarme a ser optimista, a pesar de que sentía cómo por dentro el temor y la angustia me desgastaban. Obligué a mi cuerpo a moverse como un desvalido y a dar cada paso hasta el cuarto de baño para tomar una ducha, igual que si empujara el tronco de un árbol caído. Al salir, descubrí los documentos que me había dejado Ivanna a los pies de la cama, me acerqué a ellos y los recogí para comenzar con interés a revisarlos.

Lo que encontré en ellos me impresionó y me alarmó a partes iguales. Era el informe legal de un abogado; ahí se explicaba todo el proceso judicial al que se enfrenta Iván, mi cuñado. Aparentemente, este había sido miembro durante años de una cédula anticomunista, y la KGB había iniciado una investigación desde hacía aproximadamente dos años, en la cual aparece el nombre del hermano de mi mujer como uno de sus líderes. Encontré, además, varias solicitudes de visado a la embajada de Suiza bajo la categoría de refugiados a nombre de Iván,

su esposa, su hijo pequeño y también a favor de mis suegros. Con el corazón latiendo desesperado hojeé cada papel ante el temor de que los nombres de Ivanna y de mi hija aparecieran en ellos; al no encontrarlos, volví a respirar.

La visa les fue negada al salir a la luz el proceso judicial. Pero no solo esto frenó lo que parece ser la idea de emigrar por parte de todos los Smirnov, sino también el que ahora se le complique más a mi cuñado por intentar abandonar la Unión Soviética estando legalmente bajo investigación judicial.

Recuerdo que respiré hondo sintiendo un fuerte cargo de conciencia, imaginando todo lo que mi Ivanna había enfrentado sola, sin decirme nada, sin siquiera pedirme ayuda; y una parte de mí, al mismo tiempo, sintió enojo, desilusión, me sentí relegado, ignorado por ella hasta que... Al llegar a la última página, encontré una hoja en blanco con una sola línea escrita en la parte superior que terminó por hacerme pedazos...

Tan solo pretendía protegerte... Lo siento, te amo.

Nunca en mi vida me había vestido a tanta velocidad. Salí como un loco a la calle y pedí el primer taxi que, afortunadamente, pasó en aquel justo instante por la avenida. Le di la dirección de mis suegros y el tiempo se me volvió eterno hasta que estuve frente a la casa de mi familia política.

Svieta me abrió la puerta y al ver mi rostro desencajado descubrió en él que ya estaba enterado de todo, respondiéndome enseguida con el abrazo más maternal que me había dado nunca, y su habitual paciente ecuanimidad.

Luego de hablar con ella, me golpeó la decepción por saber que mi mujer había salido a un retiro espiritual con su consejera ortodoxa. No solté una jodida blasfemia por respeto a mi suegra.

¡¿Qué diablos tienen que aconsejarle?! ¡La quería conmigo, llevármela, amarrarla a mis brazos!

Caminé como león en celo alrededor de la sala, con la mirada preocupada pero serena de mi suegra clavada en mi espalda. El torbellino de nefastas ideas llegó de pronto, y sin remedio ni poder controlarlo más comencé a dejar salir todo aquello que me atormentaba, esperando muy en el fondo encontrar consuelo y comprensión en mi suegra.

—Dale el tiempo que te ha pedido, Armando. Su lugar está a tu lado, y mi hija te ama. Ella y mi nieta te seguirán, te lo aseguro. —Siempre la voz de la madre de mi esposa me ha parecido como un cántico celestial, pero hoy es más que eso, se convierte en el remanso de paz que amansa mis desesperados demonios.

—Necesito confiar en ello, Svieta, y no sé si puedo estar tan seguro.

—Será muy difícil para todos, hijo; pero si en algo te tranquiliza saberlo, puedo decirte que mi marido, mi hijo y yo estamos de acuerdo en que lo mejor para Ivanna y la niña es irse contigo a Cuba.

—Claro que me tranquiliza, pero este temor, esta sensación de que Ivanna se está alejando de mí me rebasa.

—Solo necesita tiempo para manejar toda esta situación. Recuerda que también somos su familia, se siente dividida emocionalmente y también insegura, pero sé que su decisión, independiente a la nuestra y a los problemas que ustedes han tenido, será la de seguirte a tu país.

—¿Ella le habló de nuestros conflictos? —Baja su sabia mirada y sonrío levemente. Es increíble la fortaleza de esta madre. ¿Cómo puede mantenerse así de firme cuando todo se está desmoronando a su alrededor?

—No, Ivanna es muy parca cuando se trata de la vida personal de ustedes, yo tampoco insisto en que me diga nada; pero soy madre, Armando, y los años también cuentan para una poder percatarse cuando algo no marcha bien. Solo dime una cosa: ¿la amas?

—Sin ella no existo, Svieta. Sin ninguna de las dos puedo vivir... Las necesito de regreso a mi lado para poder respirar nuevamente. ¡Se lo juro!

—Eso responde mi pregunta, hijo. Ellas se irán contigo, eso te lo prometo...

Repetirme incansablemente esta conversación es lo que ha mantenido bajo control mi desesperada añoranza por ella. Ese día se lo dediqué a mi hija, disfrutando de ella al máximo y con la secreta esperanza de ver aparecer a su madre, pero eso no sucedió. Los que sí aparecieron, pasado el mediodía, fueron Lorenzo y Serguei. Habían estado en mi casa al no verme llegar a la embajada, el portero les habló de mi salida intempestiva y sacando deducciones llegaron hasta la casa de los padres de Ivanna. Me advirtieron que todos me esperaban para entregar mi cargo y despachar toda la información antes de dejarlo. Y en ese momento... ¡dio inicio la pesadilla!

Cinco puñeteros días de tormento siguieron; me negué a entregar la información de gestión diplomática, especialmente la del último semestre, que había sido el más complicado. Esto me trajo fuertes enfrentamientos, en los cuales no cedí bajo ningún tipo de amenazas escondidas entre las palabras de los buitres que llegaron dispuestos a convertirme en carne de carroña. Cada tarde terminaba exhausto, pero a pesar de eso, me iba directo a la casa de los Smirnov para estar con mi hija y cenar con ella, escondiendo la desesperante y tortuosa necesidad vital de ver a su madre; no obstante, ella continuaba en su cabrón retiro. Cuando creía no aguantar más, viendo que no regresaba, la mirada de

Svieta o su mano posada sobre la dolorosa tensión de la mía apaciguaba mi ira y me renovaba la fe, permitiéndome además quedarme con ellos en la habitación de soltera de mi mujer.

¡Una inhumana tortura emocional que solo soporté los tres primeros días!
¡No podía estar durmiendo allí sin ella!

Hasta que llegó la orden de quedarme las últimas cuarenta y ocho horas antes de mi partida en la residencia, dentro de la embajada.

¡¿Qué mierda se creían?!

¡Me querían tratar como a un jodido espía! No sé por qué me extraño si conozco perfectamente la arbitrariedad de mi gobierno y la paranoia que les provoca a sus dirigentes que las cosas no salgan cómo y cuando ellos quieren.

Me tocó aceptar, con la condición de que mi mujer y mi hija fueran trasladadas al aeropuerto con sus papeles en regla para viajar conmigo a Cuba, entrando con una residencia legal y permanente. Lorenzo se adelantó a ofrecerse para encargarse de todo, él y Alina viajarían también con nosotros, y nadie mejor que ellos para confiar a mi familia. Mi amigo me tranquilizó brindándome su ayuda, justo el día que llegó a mi oficina, preocupado, al ver salir a Rafael todo descompuesto de ella.

Si existieran dos infiernos, podría asegurar que esa tarde se unieron ambos. Fueron segundos los que me impidieron destruir todo el despacho tras escuchar a Ibáñez. Lorenzo entró como siempre, como el amigo salvador de los desquiciados, impidiendo que cometiera otra locura; seguido de su mujer, a quien llamó para ponerme los pies en la tierra.

A pesar de ellos, mis pensamientos seguían hiriéndome, torturándome por las confesiones hechas y por el momento en el que el mundo dejó de existir para quedar solo nosotros: Rafael y yo, igual que dos fieras a punto de atacarse una a la otra, quedándoles pequeño cualquier lugar en la tierra. Lo llevé al límite, dije cosas que jamás pensé decir; pero necesitaba hurgar en esa verdad que intuía. No estuve tan lejos de ella, su actuar me lo dijo siempre; sin embargo, mi esclava es mía y... ¡Me juré esa tarde, y me juro ahora, que así seguiría siendo!

—Podemos seguir —escucho detrás de mí a Martínez al salir de la oficina de aduana, y, a su espalda, a mi «maletero» personal arrastrando el carro, esta vez vacío.

—¿Ya confirmaron que no llevo nada subversivo ni que atente contra la seguridad nacional cubana? —pregunto provocadoramente entre dientes cuando este me entrega la maleta más chica, cerrada con el cierre digital.

—Es el procedimiento habitual.

—Usted y yo sabemos que no lo es.

—Solo cumplo órdenes, Sanfield.

—Eso puedo entenderlo —zanjo el enfrentamiento para evitar males mayores. Solo quiero irme para encontrarme con mi familia, tener a mis chicas en mis brazos es lo que necesito ahora.

Ignora mi respuesta y le da la orden al joven para que lleve el carrito a su lugar y le espere en el auto.

—¿Necesita despedirse de alguien más? —pregunta cuando el chófer se aleja, indicando un teléfono a pocos pasos de nosotros—. Si es así, debería llamar ahora; después de que pasemos esa puerta —la señala también— no podrá hacerlo antes de abordar el vuelo.

Al escuchar su pregunta recuerdo la emotiva despedida con Mónica y Serguei. Se me encogió el corazón cuando ella me abrazó diciéndome al oído que cuidara mis arrebatos y que su mayor deseo sería volvernos a ver algún día; no pude evitar la sensación de sentir que estaba despidiéndome de una hermana mayor. Serguei, por su lado, me palmeó la espalda antes de su fraternal abrazo, soltándose de una vez y sin preámbulos. La noticia de que él y mi secretaria se iban a casar y a mudarse definitivamente a la zona rural de Moscú, donde él se haría cargo de una modesta granja familiar, me dejó anonadado pero muy feliz por ellos. Mirándolos me di cuenta de que forman una gran pareja: los mismos caracteres, la misma serenidad, la humildad y lealtad sin límites en ambos; pero también, después de la sorpresa, me pregunté: ¿en qué momento estos dos se enredaron que yo ni cuenta me di? ¡Rusos tenían que ser! ¡Si es un caribeño, ni dormido puede ocultarlo!

—Entonces, Sanfield, ¿hará alguna llamada? —Me giro un poco mirando a Martínez. Detrás de él, dos personas salen de la oficina de revisión y nos observan intrigados. Al menos es la impresión que me da, o definitivamente el paranoico soy yo.

—Marcaré a casa de mis suegros, será solo un minuto. —Con un movimiento de cabeza acepta lo que digo, y me acerco al teléfono para llamar a los padres de Ivanna. Varios tonos se escuchan antes de que la llamada salte al buzón de voz, haciéndome desistir.

—Nadie contesta, mejor adelantémonos. —Un fuerte tirón aprieta el nudo de mi estómago; no obstante, lo desecho intuyendo que tal vez quisieron acompañarla, junto a mi hija, hasta aquí para despedirse y quizás ya vayan de regreso en este preciso momento.

—Muy bien. —Es la escueta respuesta de Martínez.

No esperamos más y nos adentramos en la zona reservada, pasando la puerta de revisión y seguridad. Es un lugar extenso, restringido y rodeado de diferentes áreas cerradas. Paseo la vista por todo el lugar buscando a mi esposa y a mi hija, pero no las encuentro y, aunque mi ansiedad se comienza a intranquilizar, respiro

profundo, buscando mantenerla a raya.

Martínez se encuentra con un grupo de cuatro militares del ejército que aparentemente también retornan a Cuba. Por el rabillo del ojo observo que uno de ellos me mira, y fijo mis ojos en él hasta hacerlo esquivar el rostro.

Otras tantas personas más esperan sentadas entre las hileras de sillones de la amplia sala rodeada de cristales, tras los cuales se visualiza la pista aérea. No son muchos, algunos vestidos con el uniforme militar soviético y otros parecen ser ejecutivos o dirigentes políticos. A lo lejos observo varios aviones con la insignia de Cubana de Aviación, y mi corazón da dos fuertes latidos. ¡Pronto estaré en casa!

—Aquí tiene, Sanfield. —Se acerca Martínez y me extiende mi pasaporte y un sobre con varios documentos.

—Gracias, pero sigo sin entender por qué estos trámites no se me permitió hacerlos a mí en vez de contratarlo a usted como mi niñera —contesto socarrón, porque la verdad, toda esta pantomima barata me está hartando.

—Ya le dije que solo me limito a cumplir órdenes.

—Hum..., comprendo. —Tras ironizar mi respuesta abro mi pasaporte, primero, y luego reviso lo que contiene el sobre. Levanto una ceja haciéndome el sorprendido; pero lo cierto es que, muy en el fondo, imaginaba algo así.

—¡Vaya! Qué eficiencia y empeño en agilizarlo todo; ahora entiendo el porqué de su presencia aquí, capitán. —Levanto la vista de la documentación y lo observo mirarme tan indiferente e inmutable como hasta ahora—. Ya se me canceló no solo el visado permanente para entrar a la URSS, sino también la inmunidad diplomática. ¿Sabe si existe alguna razón especial para tanta prisa? —pregunto tensando la mandíbula porque sé que detrás de todo esto se encuentra la oculta intención de hacerme perder los estribos, obteniendo así la razón perfecta para entrar en mi país bajo arresto militar. Durán es uno de los artífices, y no dudo que su hija sea la que alimenta su cólera. ¡No les daré ese gusto!

—Cualquier pregunta que tenga, Sanfield, guárdela para el día de la junta del Consejo en La Habana. Ahora sígame al salón privado, donde esperará hasta abordar su vuelo.

Esta vez sí se luce con su arrogancia, aprieto mis puños a los lados, sujetando los papeles y el pasaporte en uno de ellos. Trago en seco como si quisiera pasar la piedra de rabia que tengo atravesada entre pecho y espalda, y lo sigo bordeando las hileras de sillones frente al cuarteto militar, que se calla al pasar frente a ellos. Lo veo detenerse dos puertas antes de terminar la pared, frente a una de color muy oscuro, la cual abre para después cederme el paso.

Al entrar, lo primero que veo es a Lorenzo, Alina y a otro oficial del ejército

que no conozco. No logro razonar ni reaccionar a la efusividad de mis amigos al verme, menos prestar atención a lo que hablan Martínez y el oficial en la esquina del fondo de la mediana habitación. Mi vista se pierde de un lado a otro y el temblor de mi cuerpo aparece agudo y doloroso. Solo veo dos sofás de color oscuro, la cafetera con panecillos en una esquina, el televisor encendido dando el noticiero ruso en uno de sus canales y los rectangulares cristales que tengo frente a mí, dejándome ver cómo afuera las personas van y vienen por toda la terminal aérea.

—¿Dónde están Ivanna y mi hija? —pregunto ahogándome por el duro golpe de realidad que me he llevado al no verlas allí. Mi pecho se cierra y siento que puedo empezar a hiperventilar en cualquier momento.

—¿No me escuchaste? —inquire extrañada Alina, a mi lado.

—¡No! ¡No escuché! ¡¿Dónde están mi mujer y mi hija?! —Alina pasa su mano por mi hombro, pero antes de hacerlo ha mirado detrás de ella cómo Martínez y el otro tipo dejan de hablar para mirarme fijamente.

—Cálmate, acabo de decirte que hablé con Ivanna en la madrugada. Nos confirmó que tenían todo listo y que sus padres las traerían, quería pasar más tiempo con ellos; ten en cuenta que no sabe cuán larga será esta separación, ponte en su lugar.

—Todo lo tienen ya preparado, hermano; yo me encargué de eso personalmente, verás que están por llegar. —Esta vez es Lorenzo quien intenta conciliar y tras decirlo mira a su mujer, que asiente a lo que él ha dicho.

Paso mi mano por la frente, me separo de ellos y camino unos pasos hasta el sofá pegado a la pared, donde dejo caer el portafolio que tanto protejo y me deshago de mi abrigo, sintiendo que me asfixio. Las ideas se atropellan en mi cabeza y cada una de ellas es peor a la otra.

¡¿Y si no regresa?! Los días anteriores se adueñan de mi mente. El expediente que me entregó con la información de su hermano, el deseo de la familia de emigrar, el tiempo que estuvo en el jodido retiro, regresando de este el mismo día en el que se me ordenó quedarme en la embajada. Solo supe de ella gracias a Svieta; si no hubiera sido por su madre, habría enloquecido sin remedio.

¿Por qué me ha estado evitando, hasta mis llamadas?

¿Y si ahora mismo está rumbo a alguna frontera con mi hija? ¡NO! Jamás expondría a nuestra niña. Nunca arriesgaría su salud.

¡Dios, esto es una pesadilla!

Miro mi reloj, tan solo han transcurrido quince minutos desde que llegué a esta sala, y siento que ha sido una eternidad.

—¿Sanfield? —Aprieto los ojos antes de virarme. La voz de Martínez

comienza a ser un ladrido desagradable para mí

—Le presento al primer teniente Daniel Hurtado, es quien viajará con usted y coordinará todo con el Consejo y su reinstalación. —El susodicho me extiende la mano y, luego de unos segundos, decido estrechársela.

—Mucho gusto, teniente. —Asiente sin contestar el saludo, típico del egocentrismo militar cubano.

—También quería informarle de que su vuelo saldrá en tiempo. Se temía no fuera así por una posible amenaza de ventisca y nieve, pero esta se ha disipado y no tendremos ningún retraso —prosigue su parodia lingüística Martínez.

—Mi familia no ha llegado, sin ella no viajaré —afirmo tensándome más.

—Eso ya no nos corresponde garantizarlo, Sanfield. Usted mismo decidió que el ingeniero —lanza una mirada prepotente a Lorenzo— se encargara de ellos. Si no llegan a tiempo, lo sentiremos mucho; pero necesitarán reprogramar su salida.

Mis dientes rechinan dentro de mi boca ante la opresión que ejerzo en ellos, y doy dos pasos adelante.

22

Regresa a mí

—Quiero que le quede algo muy claro, Martínez... —Levanta el mentón retándome e intuyendo que será una amenaza lo que escuchará de mi parte. No se equivoca—. ¡Primero muerto; y junto a mí, más de uno también antes de subirme a ese jodido avión sin mi mujer y mi hija! —Hace una mueca de lado con el rostro y, comprendo a la mala, que ese supuesto respeto y consideración hacia mi persona no era más que una hipócrita pose. Los deseos de partirle la cara de un puñetazo se remueven como lava en mi interior.

—Espero, Sanfield, que quede en usted la suficiente sensatez para no seguir complicando su situación.

Mis fosas nasales se abren, pero cuando voy a contestarle lo que se merece, Alina se levanta y se para a mi lado intercediendo una vez más.

—Armando, ellas llegarán a tiempo. Tranquilízate. —Su mano en mi hombro me hace soltar un bufido, intentando no desgraciarme la vida.

—¡Muy bien! —continúa el cabrón que tengo frente a mí—. Al estar todo aclarado, yo me retiro. Lo dejo en buenas manos, Sanfield, y le deseo un feliz y... relajado —arrastra con sorna la última palabra— regreso a la patria. —Me extiende su mano, y sin quitarle los ojos fijos en los suyos se la dejo en el aire. Responde con esa mueca cínica de lado y le ofrece entonces el saludo de despedida a su homólogo militar que, callado, ha presenciado toda la escena.

Cuando Martínez abandona el lugar escucho a Lorenzo y a su esposa soltar el aire. Me miran recelosos al voltearme; pero el beneficio que otorga el que tus amigos te conozcan más que tú mismo es que saben cuándo necesitan darte espacio, y en este momento los dos saben que es lo que en silencio les pido.

He seguido el movimiento de las agujas del reloj por una hora, parado frente al cristal, con las manos en mis bolsillos mientras muero lentamente de ansiedad en el encierro de esta pecera humana. El corazón lo siento latiendo fuerte y bombeando a torrentes mi sangre. Los cuatro nos hemos mantenido en silencio. Mis amigos, con sus manos entrelazadas, hablan en murmullos levantando a veces su mirada hacia mí o a las noticias de la televisión. El tal Conrado se entretiene leyendo algunos ejemplares de la revista Sputnik, que encontró en un librero al lado de su sillón.

Vuelvo a mirar mi reloj. Una hora y diecisiete minutos han pasado y tan solo faltan poco más de cincuenta minutos para abordar el avión. Paso mi mano por mi sudorosa y fría frente, sintiendo que mis costillas resienten hasta el tener que respirar.

—¡No puedo esperar más! —Suelto con voz ronca y mis tres acompañantes se giran a mirarme, viéndome comenzar a ponerme el abrigo, dispuesto a salir—. Voy a por ellas, es imposible que me mantenga aquí tan tranquilo.

—Usted no puede salir, Sanfield. —Se levanta enérgico y exigente el teniente.

—¡Intente impedírmelo! —lo reto, y se lleva de inmediato la mano al arma, que sujeta en su cinturón.

Alina se horroriza y se me acerca poniendo las manos en mi pecho mientras Lorenzo intenta calmar la postura de Hurtado.

—Por favor, Armando, no compliques las cosas. Sé que llegarán a tiempo.

—¡Basta, Alina! —Froto mis ojos, lamento haberle gritado—. Por favor... —respiro—. No puedo seguir esperando, sin ellas no me iré, lo sabes. Me giro y justo detrás me encuentro a Hurtado, frente a mí.

—No es conveniente que desacate una orden del gobierno, Sanfield.

—¡Apártese! ¡Tratándose de mi mujer y de mi hija, me importa una mierda cualquier orden!

—Sabe usted muy bien que no lo dejaré salir de aquí, a no ser que sea para que tomemos ese avión rumbo a Cuba. —Mi mirada es un desafío absoluto. Cuando voy a pasar por su lado hacia la salida, ignorándolo, me detiene con fuerza.

—¡Suélteme, por un demonio! ¡No abordaré sin ellas! —Hurtado presiona mis hombros ante los ojos angustiados de Alina y Lorenzo.

¡Poco me importa ya lo que suceda conmigo a partir de ahora! ¡A la mierda las apariencias y la jodida calma! Las sienas martillean ladinamente hasta recorrer todo mi cráneo como si quisieran abrirlo, y el corazón se desboca sin control alguno. Mis ojos se clavan en la puerta cerrada que parece disfrutar con mi tortura de más de una hora, retándome con su color negro a querer echarla

abajo si fuese necesario. No puedo seguir manteniendo la cordura, una voz interna y espeluznante me grita que es el final, que puede que no vuelva a verlas, logrando que un peso plomizo se me aloje en la boca del estómago junto a la amargura y la desesperación por sentirme perdido y completamente destruido.

—Cálmate, Armando, nada ganas con violentar la situación.

La paciencia en la voz de Lorenzo me enerva más. Necesito hacer un gran esfuerzo para no desatar mi ira y mi frustración con él. Es quien menos se lo merece.

—¡Déjame salir, Hurtado! ¡Por última vez, no abordaré ese vuelo sin ellas!

—Usted sabe que no puedo hacerlo, tenemos orden de salir de territorio soviético. Intente ser razonable, Sanfield.

—¡No me jodas! —Mi grito lo hace apretar la mandíbula e intento controlar mi parte irracional, esa de la que todos mis allegados tienen una temerosa anécdota.

—Seré muy claro... —Me suelto de su agarre y expulso el aire que me presiona el pecho, acercándome más a él hasta estar completamente frente a frente; aunque me supera unos centímetros en altura, sus ojos quedan fijos a los míos. ¡Mejor! Así le queda claro que no estoy jugando a quién tiene más autoridad.

—¡No me subiré a ese avión, no saldré de aquí sin mi mujer y mi hija! —Alina intenta acercarse y sujetarme por el codo, pero de un suave tirón la aparto—. ¡Y vas a tener que estar preparado para meterme un tiro entre ceja y ceja, ya que será la única forma en la que puedas impedir que salga a buscar lo que es mi cabrona vida entera! ¡¿Le quedó claro, teniente?!

Lo veo abrir sus fosas nasales con ira, apretando los labios, y las pupilas de sus ojos tienden un velo oscuro anunciando prepotencia y dominio. Da dos pasos hasta quedar más cerca y agarra con fuerza mi ropa, en actitud amenazante; pero justo en el momento en el que me preparo para que las cosas se salgan de control, el sonido de unos nudillos en la puerta da paso a un oficial de aduana apareciendo en ella...

—Embajador Sanfield, su esposa y su hija acaban de llegar.

Me suelto del puño de Hurtado y me giro. Entonces mi mundo deja de ser oscuro, dándole paso a una aurora de sentimientos que exigen su espacio de vuelta. El dolor de mi pecho comienza a ceder y con cada latido, y cada respiración, la resurrección de mi alma encuentra su camino en la tierra.

Mi esposa aparece en el umbral cargando a nuestra preciosa niña, dormida en su hombro. Se queda quieta observándome, las piernas me flaquean y al hundirme en el mar de su mirada siento que mi labio inferior tiembla. ¡Está preciosa! Lleva su trenza rubia de lado y unos vaqueros con un jersey de lana

azul que compite con el color y la profundidad de su mirada.

¡Joder! ¡Seis malditos infernales días sin verla han estado a punto de matarme!

—Siento la demora, la despedida con mis padres fue... difícil, y al llegar aquí han demorado revisando nuestro...

¡No la dejo terminar y me lanzo a por ellas!

Las rodeo con mis brazos y las aprieto contra mi pecho; al hacerlo, el eco de un sollozo sube a mi garganta y con mucha dificultad logro ahogarlo en ella. Mi hija se remueve y cambia de posición su carita en el hombro de su madre. Se la quito con cuidado de sus brazos y la cargo pasándola a los míos, no sin antes besarle su frente y derretirme de amor al ver como mi ángel sonrío entre sueños.

Miro a mi mujer, su mirada carga un peso de nostalgia. Ella se pierde en mis ojos y, al hacerlo, los suyos comienzan a humedecerse. No necesitamos hablar, sabe que entiendo su dolor, su angustia al dejar atrás a los suyos; más aun con la seria situación por la que atraviesa su hermano.

Paso mi pulgar bordeando su mentón, luego delinear la comisura de sus labios hasta llegar y atrapar con él la lágrima que se le escapa. Abro la palma de mi mano en su mejilla y ella ladea la cabeza cerrando los ojos.

—Te... extrañé tanto... —le confieso en voz baja, intentando encerrar en una burbuja este momento, sin que nadie de los presentes pueda escucharnos.

—Yo también a ti... ¡Mucho! Lo siento... —me dice, y sus palabras van uniendo lentamente los pedazos de mi espíritu.

—¿Continúa a salvo? —Hace un gesto afirmando, y mi referencia a su amor por mí la hace sonreír conmoviéndome hasta los huesos.

—Siempre lo ha estado... Su lugar está aquí. —Abre su mano en el lado izquierdo de mi pecho—. Es ahí a donde pertenece...

No puedo esperar más y mis labios se roban los suyos, posesos por ellos. Nuestro beso se vuelve rebelde, intenso. Quiero, necesito rescatar su boca como si tuviera la amarga sensación de que alguien hubiese querido robármela. Pensar en esto me provoca un pinchazo agudo en el pecho, pero lo ignoro y continúo saboreando su boca igual que un sediento en busca del manantial que lo mantendrá con vida. A regañadientes, me separo y, a la vez, me inflo de gloria cuando ella esconde su rostro en la parte de mi pecho que ha dejado libre el cuerpecito de nuestra hija. Si me pidieran un deseo, sería sin duda el de eternizar este momento.

Los dos reaccionamos cuando Alina se nos acerca. Después de saludar feliz a Ivanna, le da un beso en el bracito a mi niña, que continúa sumergida entre unicornios y princesas. No quiero soltarla cuando mis amigos me sugieren que la deje acostada en uno de los sillones, luego de tender sobre él la mantita color

violeta con la que su madre la traía abrigada.

Lanzo una mirada a Hurtado, al final de la sala, que no ha dejado de observarme iracundo y pensativo. Asiento con la cabeza una vez, y me responde de la misma manera, con el rostro endurecido.

¡Imbécil!

Treinta minutos más tarde, estamos todos acomodándonos en los sillones de la nave de Cubana de Aviación. A tres asientos de nosotros están Lorenzo y Alina, detrás de ellos mi custodio personal.

He evitado hablarle de esto a mi esposa para no alarmarla, así que supone que el teniente es tan solo una persona más con la que coincidimos en el viaje. La aeromoza me ha pedido que acomode a mi hija en el asiento del medio, entre su madre y yo; pero amablemente le he prometido que cruzaré el cinturón alrededor de ella, pegándola a mi cuerpo, y, aunque al principio frunció el ceño, terminó aceptándolo al decirle una mentira piadosa acerca del supuesto pavor de Romina a los aviones, y de que no quería que se despertara hasta después del despegue, pues era muy probable que comenzara a llorar. ¡Si mi parlanchina escucha lo que he dicho, me pone cara de hada hechicera, como ella dice, dispuesta a hacerme un encantamiento y seguro que termina desmintiéndome! Sonrío de solo imaginarla y beso su frente.

—¿Estás bien? —pregunto a mi esposa, a mi lado, entrelazando mi mano con la de ella.

Se ha sentado en el asiento de nuestra hija hasta que esta despierte, y solo afirma con un movimiento de cabeza. Sé que las palabras no le salen, así que beso sus cabellos dejando mis labios en ellos varios segundos, y ella me responde apretando mi mano.

—Te prometo lograrlo... —susurro, y ella sonrío de lado.

El avión despegue y, poco a poco, la fría y gris ciudad de Moscú se va alejando de la pequeña ventanilla, provocándome un sentimiento de profunda nostalgia por los recuerdos que se quedan encerrados y resguardados en cada calle, estación o lugar. Las lágrimas de Ivanna humedecen la tela de mi ropa en el hombro, y ella se aferra a mi brazo.

—Duerme, amor... Cuidaré tu sueño, lo prometo. —Beso su frente y la observo cerrar los ojos en silencio, buscando liberar la fuerte tensión que la consume.

Entiendo cuán difícil es para ella esta partida; pero mi parte egoísta se vanagloria, aplaude y da saltos de felicidad al mirar del rostro de una al de la otra y saberlas a las dos entre mis brazos.

Las horas de vuelo han sido apacibles. El almuerzo que nos ofrecieron

estaba exquisito y, como no lo había hecho en largo tiempo, vuelvo a disfrutar de una deliciosa sazón a lo cubano con un apetitoso pollo a la barbacoa. Nuestra hija se despierta feliz, come y no para de hablar y preguntar hasta por los codos. No puedo dejar de tener una sonrisa enamorada en mi rostro y en la primera ocasión que encuentra, así me lo hace ver Lorenzo al acercarse a nosotros.

—¡Pareces una cabrona y empalagosa versión masculina de Pippi Calzaslargas! ¡¿Dónde quedó el monstruo cabreado de hace unas horas?! ¡Joder! ¡Creo que lo prefiero, aunque a veces quiera matarlo a palazos! —fastidia.

—¡No me jorobes! —le contesto entre risas. Lorenzo sigue el estrecho pasillo rumbo al baño, y yo dejo de reír al ver el rostro nostálgico y apagado de mi esposa. La he estado besando a cada momento, he enjugado una que otra lágrima; pero sé que necesitaré mucho más tiempo. Los dos juntos lo necesitaremos.

Justo doce horas y veinticinco minutos después de salir de territorio moscovita comenzamos a visualizar por la ventanilla el glorioso mar Caribe, acercándonos cada vez más a la punta del Cabo de San Antonio.

—¡Ven, Romina! —La levanto de su sillón antes de que enciendan la luz de aviso y comiencen a indicarnos que debemos ponernos los cinturones porque estamos a punto de aterrizar—. Observa, cariño.

Me pego junto a ella a la ovalada ventanilla, donde debajo del manto de nubes comienza a verse nuestra isla.

—¿Eso, papi? —pregunta frotando sus ojitos y pegando la punta de su dedo índice en el vidrio.

—Sí, mi amor, eso que ves allá es Cuba. Y mira, estamos entrando por Pinares; ahí viven tus abuelos.

Como si de una señal del cielo se tratara, el avión ha desviado un poco su curso a causa de las turbulencias que hace un rato anunciaron y, al parecer, entraremos en territorio cubano sobrevolando la parte más occidental de la isla: Pinar del Río

Mi preciosa y yo seguimos pegados al cristal. La mano de Ivanna roza mi hombro y la veo inclinarse un poco para ver, también, cómo la tierra de mi Cuba se va mostrando más cerca de nosotros según el avión va descendiendo. El nudo emotivo de mi pecho esta vez es de júbilo, de paz, de gloria por volver a pisar mi país junto a mis dos amores. Mi esposa me sonrío, y ella no es capaz de imaginar cuánto le agradezco que lo haga.

—¡Gracias! —le digo emocionado al oído, y me mira extrañada. Me acerco un poco más sin soltar a nuestra hija, que sigue extasiada con la vista que le ofrece la altura en la que estamos, y le susurro—: por regresar a mí... —Vuelve a sonreír, se inclina y roza mis labios.

Hago un doloroso esfuerzo para no sujetarla por la nuca y devorarle los suyos hasta que enrojeczan de deseo, y ella lo adivina, porque por primera vez desde que dejamos su tierra atrás me regala una expresión de dicha en su rostro como tanto extrañaba que lo hiciera.

Los dos nos quedamos enamorados mirando a nuestra pequeña, sus ojitos brillan como si fueran dos zafiros azules mientras gira su carita varias veces, mirándonos a nosotros y seguido al verde paisaje en la lejanía.

Durante varios minutos más, esperamos hasta que lentamente vemos como se extiende el caimán dormido ante nuestros ojos.

¡Mi tierra! ¡Mi gente! ¡Mi historia!

Volamos cada vez más bajos, en busca del aeropuerto internacional José Martí, de la capital cubana. El verde comienza a resaltar junto a las montañas custodiadas por palmeras que se pierden desde la distancia, pretendiendo que las cortinas de nubes le abran paso como a verdaderas majestades.

—¡Mira allí, princesa, allí! —Mi hija se emociona e intenta casi arrodillarse sobre mis muslos para ver mejor—. Es Viñales, mi cielo, donde están los abuelos. Esas montañas que se ven a lo a lo lejos. ¿Las ves?! —Mueve rápido su cabecita afirmando—. Se llaman mogotes porque son redondas en la parte de arriba, en su cima, como si fueran pelotas de color esmeralda.

—¿Como petotas del país de las maravillas de Alicia, papi? —rio por el cambio de sílabas y por su acento infantil.

—Sí, cariño, como pelotas del país de Ciudad Esmeralda. Eso es Viñales, una ciudad esmeralda que te hará muy feliz.

Mi nena abre grande sus ojos azules y pega las manitas abiertas en la ventanilla.

—¿Sabes algo, mi amor? —Me mira con esa carita pícara llena de curiosidad—. Viñales es mágica, es un lugar para soñar y encontrar la verdadera felicidad. —Me sonrío con los labios y también con sus preciosos ojos, volviendo a fijarlos en la ventanilla. Posa de nuevo sus pequeñas palmas en el cristal y acerca también el rostro.

La sonrisa de mi hija es lo más hermoso que he visto nunca. Cuando por el audio nos piden sentarnos y tomar las habituales medidas de seguridad para el aterrizaje, mi niña se inclina y sobre la fría superficie deja un beso a la imagen de un lejano Viñales que le da la bienvenida.

—Papi, ¿iremos pontito? —me pregunta sin girarse.

—Claro que sí.

—¿Y hay niños para jugar? —sigue con su interrogatorio y sin perder de vista el paisaje, como si este la atrajera de una manera especial e irresistible.

—Por supuesto que sí, cariño. Y estarán deseando conocerte.

Un rayo dorado del atardecer, procedente de esa tierra en la que nací, incide con fuerza en el cristal y nos deslumbra cual promesa que se ha de cumplir; mientras que mi corazón, rendido, tiembla ante esa certeza.

23

Renacer

*Ciudad de La Habana, Cuba
23 de marzo de 2004*

Ver las últimas gotas de lluvia escurrirse tristemente por el cristal me envuelve en una ola emocional de nostalgia y paz a partes iguales. No sé a ciencia cierta el tiempo que llevo frente al ventanal, quieto, esperando lograr encontrar el equilibrio que tanto necesito; hasta mis manos, dentro de los bolsillos, las siento pesadas, inertes y frías a la par que mi cuerpo. El resplandor de un tibio sol se abre paso entre los tonos plomizos de la húmeda mañana, como si quisiera rescatar el amanecer perdido detrás de una frialdad que no le pertenece a esta isla.

Me es inevitable suspirar profundo, bajo la cabeza, muevo las punteras de mis zapatos deseando, con ese imperceptible toque repetitivo en la losa, encontrar la paciencia que comienza a abandonarme.

«¡No empecemos, carajo! ¡Tiene que haber servido de algo tanto sacrificio! ¡Te juraste lograrlo por ellas!», me sermonea mi conciencia.

—¡Bien! Hagamos esto de una vez... —digo en voz alta para levantar el ánimo y tomar las fuerzas que tanto necesito.

Me giro y repaso la acogedora y clara habitación. Una cama individual, una mesa de noche con una sencilla lámpara, el armario junto al funcional baño, el pequeño escritorio a juego con su silla, frente al cual se encuentra instalado en un soporte de pared un televisor, y un espejo alargado a su lado son la única decoración del lugar.

Camino acercándome a la cama y termino de cerrar mi maletín. El sonido de la cremallera se escucha como un silencioso y sordo eco entre las cuatro paredes del cuarto. Si lo analizo un poco, definitivamente llego a la conclusión de que el tiempo es como un sabio anciano que nos sigue a todas partes, crees en algunos momentos que es tu enemigo; sin embargo, terminas aceptando que se convierte en tu aliado cuando los años se encargan de ponerte las peores pruebas, pero dándote, además, las fuerzas necesarias para superarlas.

Rememoro estos últimos años y logro sopesar en mi memoria tanto los momentos hermosos y felizmente atesorados como el recuento de esos daños que, sin poder evitarlo, fueron atentando en contra de ellos. La peor parte ha sido la ardua lucha de mi hija, ella ha sido mi mayor motivación a pesar del dolor y la desesperación que siento viéndola enfrentarse cada día a un nuevo reto de vida, peor aún, estando lejos de ella.

Me derrumbé, me consumí en un pozo de angustia y tortura al verla sufrir. Sí, ella sufre en silencio, lo sé porque a pesar de su sonrisa de optimismo he visto en su rostro visualizarse lejanos pensamientos de todo aquello que quisiera lograr, y que la vida se empeña en negarle. De ahí parte la necesidad que tengo de aguantar con garra todas las injustas medidas que se han tomado durante mucho tiempo respecto a mi persona, no puedo arriesgar la posibilidad de ofrecerle lo mejor a mi tesoro. ¡No me lo perdonaría nunca!

A toda esta condena se unió el suplicio de las dudas sembradas en silencio por los que se juraron dañarme, y a quienes mis malditas inseguridades terminaron cumpliéndole el deseo para convertirme en el títere de sus revanchas.

Después de esos primeros y cortos años de amor, reencuentro y sanación, pasé nuevamente al miedo, la vacilación, el temor y la desconfianza. Mis demonios me volvieron a arrastrar a su lado y me dejé, simplemente; me entregué sin luchar y sin oponer resistencia, hasta terminar en este lugar. Miro a todos lados y me doy cuenta de que lograron su objetivo: sembraron en mi alma la peor de mis miserias, el más terrible dolor, y ha sido tan fuerte que aún cargo su peso como una roca enorme que aprisiona mi pecho y me deja sin aire solo de recordarlo. Por eso me lo niego todo el tiempo, lo desecho, porque de ser cierto es lo único que terminaría destruyéndome.

—Lo siento, Sanfield, pero es lo que se comenta desde que regresaron al país.

Su mirada es todo menos solidaria; y la sangre, en cuestión de segundos, corre como lava por mis venas.

—No tengo por qué discutir con usted las situaciones personales de mi vida y... ¡menos esta calumnia! Sé de dónde proviene y, créame, no son más que

nefastas y perversas mentes con deseos de destruir lo que nunca podrán tener.

Me observa cínicamente y sus ojos bajan con inútil y burlesco disimulo a mis puños apretados.

—Si usted cree que es realmente una «calumnia» —remarca la palabra con alevosía, haciéndome tensar más los músculos de todo el cuerpo—, entonces que el tiempo se lo demuestre; pero sería una verdad bochornosa que terminaría siendo la comidilla de la fuerza armada.

Diciéndolo, Durán me mira con el odio fraguado en sus pupilas, ese que alberga desde lo sucedido con su hija. Se gira para dejarme con la palabra en la boca y los puños y la mandíbula amenazándome con fracturarse por la presión que ejerzo en ellos. El sonido del golpe que doy en la pared tras la puerta cerrarse aún retumba en mi memoria, recordándome en qué momento perdí, una vez más, el rumbo de mi vida.

Sacudo la cabeza a ambos lados y masajeo mi frente, como si con esto pudiera sacar de mi mente estos recuerdos y todo lo que aconteció después.

Doce años han pasado desde que me recibió de regreso mi tierra; y de estos, diez misiones en las que tuve que abandonar una y otra vez a mi familia; aprovechándose de ello mis contrarios para tejer a mi alrededor una sucia tela de araña de bajas suposiciones que terminaron por liquidarme lentamente el espíritu. No sucedió ni más ni menos de lo que esperaba, caí en mi propio abismo; jugué la carta equivocada sin querer reconocer, a mí mismo, que ellos siempre son los que tienen el triunfo dentro del juego, y no medí las consecuencias hasta que ellas me cubrieron como una avalancha de venganza y prepotencia premeditada.

No tenía opción, mi país y el gobierno no las daba; menos en mi situación, algo que me quedó muy claro en aquella Corte Militar al escuchar las «reestructuradas propuestas» que tenían para mí. Era, definitivamente, aceptar convertirme en su carne de cañón fuera de nuestra isla, ante el mundo y sus supuestas «buenas acciones», o ganarme su persecución, su repudio y, finalmente, su venganza, la cual afectaría más que nada a mi familia, algo que no estoy dispuesto a permitir jamás.

¿Lo demás? Tan solo fue la ruleta de acontecimientos que terminó por hundirme, la distancia y los malintencionados comentarios llegando a mis oídos, incluso por quienes supuestamente debían concederme un mínimo de afecto. Todo me arrastró a esta oscuridad de la cual intento salir ahora y donde los ¿y si...? hicieron de mi alma un rompecabezas de agonía, celos y dudas que recién comienzo a intentar unir pieza a pieza para poder sobrevivir. ¡Sí, necesito lograrlo!

Los toques en la puerta me alertan y me sacan de mi enclaustramiento mental.

—Adelante...

Lorenzo asoma la cabeza y, detrás de él, Samuel aparece. Sonrío porque han sido mi cable a tierra y no tendré jamás cómo pagarle su lealtad y su entrañable amistad.

—¿Listo, cabrón? —pregunta con su característico carisma ante el movimiento de cabeza de Samuel, negando mientras se acerca para abrazarme.

—¡No me explico cómo lo soportas! —confiesa, palmeándome la espalda mi amigo galeno, y por el que cada día agradezco la bendición de tenerlo cerca. No solo es el médico de cabecera de mi hija, sino su padrino de corazón y mi consejero en todos los sentidos. ¡Soy un jodido suertudo por contar con este par! —. Es como una sanguijuela pegada en el trasero —continúa, y los dos reímos esta vez observando a Lorenzo, de brazos cruzados y con los ojos achicados, mirándonos.

—¡Ustedes dirán misa! ¡Pero a este llevo años cuidándole que no pierda el culo por sus arranques y locuras! —Me señala—. Y a ti, doctorcito... —Mira a Samuel y este levanta una ceja—. ¡Mejor no te recuerdo del lío que te saqué la última vez con tu mujercita, ¿vale?!

—¡No! Mejor no me recuerdes la escena de aquella pelirroja queriendo meterte mano en público.

—¡No me jodas! ¡Que la tipa de la discoteca con quien quería era contigo, pero llegó tu esposa y me toco hacerte el paro! ¡Y juro que te estrangulo como la mía se entere de eso!

—La tipa estaba loca, ella solita se envalentonó —aclarar Samuel.

—¡A ver, a ver! ¿Qué me estoy perdiendo? ¡Esa anécdota no me la sé! —intervengo mientras los dos se carcajean—. ¡¿Dónde carajos estaba yo que no disfruté de una escena como esa?!

Los dos me miran y levantan la mano a la vez, moviendo en redondo los dedos y señalando el lugar en el que estamos.

—Por testarudo te perdiste un momento histórico y guardado para la posteridad en el disco duro de nuestras juergas —intenta jocosamente quitar peso al asunto Lorenzo.

—Vaya... —Meto las manos en los bolsillos de mi pantalón mirando alrededor—. Otro punto a tener en cuenta y que anotar como recuento de daños.

Lorenzo se acerca y me pone la mano en el hombro.

—Lo importante ahora es seguir adelante y rescatar todo aquello que amas, y que te pertenece.

Al escucharlo me giro a mirar a Samuel. Ha estado muy cerca de Ivanna y

de mi hija todo el tiempo; las ha cuidado y velado por ellas en mi lugar, y no hay nada en el mundo con lo que pueda devolverle, ni siquiera, la mitad de mi gratitud eterna por eso.

—¿Las viste hoy? —pregunto ansioso, y el temblor en mi voz me delata.

—Ayer fueron a consulta. Todo está estable y tal como te comenté la última vez. —Respiro profundo.

—¿Qué es lo que saben? —insisto.

—Lo que pediste tú que se les dijera —responde esta vez Lorenzo, y su voz no puede ocultar cierto enojo—. Ninguno de los dos estábamos de acuerdo, y lo sabes —alega, observándonos alternativamente a los dos. Samuel, en silencio, mira al suelo—. Pero fue tu decisión y no podíamos oponernos a ella, solo acatarla y respetarla.

Asiento callado, imitando el gesto de mi amigo frente a mí y fijando también la mirada en el piso.

—Es lo mejor... —murmuro.

—En cuanto a lo que me pediste hace unas semanas...

—¡No quiero hablar de eso ahora! —reacciono brusco, levantando los ojos a Samuel e interrumpiéndolo tras sentir un repentino palpito doloroso en mi pecho.

—¿A qué se refieren? —cuestiona Lorenzo, y recuerdo que él está ajeno a lo que hacemos referencia.

No creo que sea el momento de comentar ese asunto; conociéndolo, se desatará entre nosotros una serie de cuestionamientos y reproches que terminarán por llevarnos a otro enfrentamiento parecido al de aquella noche, el cual, a pesar de no recordarlo en su totalidad, prefiero olvidar por completo.

—Ya te lo diré luego —respondo, y él, como el sabueso escurridizo que es, adivina que lo estoy evadiendo. Solo afirma con un lento movimiento de cabeza; pero, evidentemente, poco convencido.

—¿Nos vamos entonces? ¿Listo? —corta por lo sano el tema Samuel, dirigiéndose a mí.

—Vámonos de una buena vez —le contesto. Cuelgo el asa larga de mi maletín al hombro, agarro mi portafolio, donde llevo algunos libros que han sido mi compañía los últimos seis meses, y con la otra mano cojo mi portátil.

—¿Todavía estás seguro de querer pasar por ese lugar antes de llegar a tu casa? —La pregunta de Lorenzo sale un tanto temerosa.

—Lo estoy —afirmo sin dudarle y miro a Samuel, que con una media sonrisa asiente a mis palabras, complacido.

—Entonces no perdamos más tiempo y larguémonos de aquí de una buena vez. ¡Este lugar me da comezón y me deprime, carajo!

—¡Por Dios, Lorenzo! ¡Tú siempre tan prudente! —ironiza Samuel

haciéndome reír. Estos dos no cambiarán nunca, son polos opuestos; uno es la sensatez y la ecuanimidad en persona, y el otro... ¡es una jodida bala perdida!

—¡Tú cállate, sabelotodo! —le contesta, dándole un manotazo al pasar cerca de él mientras lo seguimos ambos a la puerta.

Según ellos hablan, tirándose uno al otro para no variar su afecto apache, los sigo mientras inspiro con lentitud, buscando el oxígeno que necesito y cargándome de esperanza.

Ya afuera, el suave aire de la temporada nos golpea dejándonos ver que no queda nada de la fuerte lluvia con la que había amanecido el día.

Juntos llegamos hasta el Chevrolet del 59 de Samuel, herencia de su abuelo y al que ha mantenido lustroso e impoluto con los años. Una reliquia a la que hoy en día se la llama *almendrones*, caracterizando mundialmente a la capital cubana por sus calles llenas de ellos.

Samuel toma el volante negándole a Lorenzo que lo haga al alegar que se cree corredor de la NASCAR. Este, protesta empezando a echarle en cara la letanía de cuántas veces condujo sobre un clima cruel en la hoy Rusia y haciendo alusión a lo buen chófer que se considera.

¡Así empezamos de nuevo el debate de ambos!

Me acomodo en la parte trasera escuchándolos pelear como dos críos, algo que sin duda me divierte. Según nos vamos acercando por fin al centro de la ciudad, mi corazón late con fuerza y suelto una boconada de aire que no pasa desapercibida para mis amigos, que me ven quedos de vez en cuando por el espejo retrovisor. ¡Joder! Creo que he nacido para ser observado de esta manera.

Nos quedamos en silencio los tres. Por las ventanillas abiertas, el viento se cuela refrescando el habitual ambiente caluroso de Cuba, sin importar qué mes del año sea. Pasamos la calle doce en busca de la veintitrés hasta llegar a la llamada Arzobispo, intentando adelantar al tráfico del mediodía, comúnmente saturado por autobuses locales. No aparto la vista del paisaje que desfila a nuestro lado. El circular de la gente en bicicletas y las risas de los jóvenes, ensayando pasos de ruedas de casino en plena calle, son nuestra añorada cotidianidad; unido a esa algarabía, el claxon de los autos Antigue rodando por la ciudad. Sin duda es toda esa idiosincrasia, a la que como cubano perteneces, la que te niegas a olvidar estés donde estés. Nuestra Habana es como una guerrera que ha aprendido con los años a mantenerse firme, sin que le importen huracanes, enfrentamientos políticos o carencias; estas últimas, evidentemente, marcadas en el deterioro de sus lugares más emblemáticos; pero sin dejar de mostrarse al mundo como lo que es: un patrimonio invaluable de nuestra historia.

—Aquí estamos ya, hermano.

Al girarme veo como mis dos amigos se han volteado, apoyándose con los antebrazos en el alargado espaldar del sillón delantero para mirarme. No me percaté de en qué momento nos detuvimos.

Del otro lado de la calle, se levanta majestuoso e intimidante el gran portón de la Necrópolis de Colón, o el cementerio Colón, como comúnmente se le conoce, y un escalofrío recorre mi espalda haciéndome estremecer.

—¿Seguro que quieres hacer esto? —inquire Lorenzo.

—Por supuesto..., es necesario que lo haga.

—Podríamos acompañarte si así lo deseas —propone Samuel.

—No, quiero hacerlo solo. Agradezco que me esperen, han hecho más que suficiente.

Los dos asienten comprendiendo en silencio mi decisión, sabiendo lo que esto significa para mí. Me bajo del auto suponiendo que ellos no dejan de seguirme con la mirada tras el cristal, y me adelanto a la esquina de la calle para cruzarla. Al principio, mis pasos toman un inusual impulso; pero según me acerco a la entrada van perdiendo su ímpetu, y los latidos de mi corazón bombean desesperados sangre a todo mi cuerpo con un ritmo inusual, como si mi vida dependiera de ello.

Algunas personas, especialmente mujeres, compran sencillos ramos de flores en una esquina cercana a la gran y oxidada verja abierta que da paso al camposanto. Por un momento, me detengo a pensar si debería hacer yo lo mismo, sintiéndome como un niño perdido. La anciana florista me mira varias veces, debe extrañarle por qué me mantengo inerte sin saber cómo reaccionar, y, finalmente, me acerco.

—¿Cuál es el precio? —Levanta sus cansados ojos hacia mí mientras sus manos van hasta uno de los tres cubos llenos de agua encima del muro de cemento, supuestamente construido para convertirlo en unas jardineras que han visto mejores años.

—Estas rosas son a diez pesos el ramo, y las margaritas a cinco —me responde, sacando uno de rosas goteando el agua de los tallos y señalando con el dedo las segundas; pero evidenciando su interés para que sean rosas las que decida comprar—. Si es aniversario de difuntos, le recomiendo estas; aunque las margaritas son más duraderas. —Se sincera conmigo levantando el ramo, e ignoro intentar comprender su comentario.

—Dos ramos de rosas, por favor —le digo y le extiendo un billete de veinte pesos.

Lo coge y lo guarda en la cartuchera de tela desgastada que cuelga de su cintura, para luego rasgar un pedazo de papel amarillo del bulto que tiene a un lado, envolver los tallos y entregarme mis flores.

Le doy las gracias y me dispongo a entrar al antiguo y extenso cementerio; otra vez me detiene esta sensación que aún no logro identificar, y mi pulso se acelera.

—¿Sabe a cuál bloque se dirige? —Me sorprende la voz de la anciana a mi espalda. Imagino que supone que me siento confundido al verme dudar. Solo afirmo con la cabeza y ella me responde con un gesto comprensivo, que agradezco como si en realidad esta señora conociera mi historia y a lo que voy a enfrentarme.

En cada paso que doy se enlaza el último recuerdo que tengo de este lugar. Cuando supe la verdad, mi madre Esther me trajo aquí tras insistirle hasta el cansancio; llegando a ser casi un ruego por parte mía. Ella tenía miedo de que tras todo el trauma que me ocasionó saber de golpe mi historia, y junto a esta la llegada de muchos recuerdos dolorosos, enfrentarme al lugar donde reposa mi origen, lejos de ayudar me sumiría en una profunda depresión, y... hasta cierto punto tenía razón. Meforcé a hacerlo y solo logré terminar con un ataque de ansiedad sin poder llegar a estar frente al panteón. A pocos metros de este salí corriendo, recibéndome en la entrada los brazos de mi padre Rigo, en cuyo hombro ahogué el último llanto que recuerdo hasta ahora haber derramado por mis progenitores.

El silencio del lugar, sus grandes estatuas y ángeles me abrume e intimida; mezclándose respetuosamente con los apenas perceptibles murmullos de algunas personas entre los grandes mausoleos o muros de cemento que se levantan sobre el nivel del suelo. La lluvia pasada y el viento, aparentemente, han zarandeado los árboles haciendo que sus hojas se rieguen húmedas por doquier, muchas de ellas se ven amontonadas en algunas de las lápidas.

Se escuchan ecos de escobillas barriendo el suelo, pertenecen seguramente a los familiares o allegados que pretenden mantener limpia y presentable la última morada de los suyos.

Bordeo varios panteones, busco casi por inercia en mi memoria el recuerdo del lugar exacto, y esta no me defrauda, justo hasta allí me lleva. Mis pies se van acobardando y siento que quisieran aferrarse a la húmeda tierra, pero no los dejo y el golpe de realidad me da fuerte al estar frente a este sepulcro de cemento donde dos cruces de mármol negro se alzan altivas, y en su pedestal dos... fotografías.

Trastabillando hacia atrás, el rostro de mi padre impreso en un material estilo azulejo no me sorprende, pues he visto su imagen varias veces en los álbumes de mi madre Esther, quizás por eso mis recuerdos y los sueños con él parecen siempre tan reales, pero... la de ella... Nunca la había visto; primero, porque me negaba cuando me pedía que lo hiciera mi madre; luego, porque encontré en el

destierro de su recuerdo de mi mente el mejor aliado para sobrevivir a mi vergüenza.

Sujeto con fuerza los ramos de rosas, las manos me tiemblan y si no fuera por el papel en el que están envueltos los tallos, me hubiese clavado ya sus espinas. Siento mareos, náuseas, sin poder sostenerme más me dejo caer de rodillas tras haber tenido los ojos cerrados durante varios segundos, sin llegar siquiera a ser consciente de ello. Mi mirada no puede apartarse de la pulida imagen, de su sonrisa, de sus ojos cafés y del cabello negro como el azabache cayendo sobre sus hombros.

¿En verdad es ella?

¿Es así como la tiene resguardada mi memoria?

¡No lo sé! Te alejé tanto que terminé difuminándote en mis recuerdos hasta convertirte en un fantasma.

Mis pupilas quieren perderse en las tuyas creyendo tontamente que bajo el frío mosaico que la eterniza pueda encontrarse algún vestigio de ternura, ese que tanto he anhelado, ese que he esperado encontrar tras el velo de mis tristes sueños...

Me golpea fuerte en el alma encontrar en sus ojos los míos; el mismo color de cabello en ambos, incluso, ese hoyuelo en la mejilla, igual que una marca hereditaria al sonreír. Me remuevo intranquilo, aprieto el puente de mi nariz y bajo al vista al suelo suplicando en silencio no terminar derrumbándome por esta similitud física que me abruma, enoja y provoca un escondido y reprochable, según mi conciencia, sentimiento de orgullo.

Necesito dejar de pensar, al menos, unos segundos en esto. Miro alrededor y descubro en los dos jarrones restos marchitos de alguna flor; solo mi madre Esther puede ser la que se tome el tiempo de llegar hasta aquí para dejar huella de su perenne recuerdo y de su perdón sin límites, nadie más...

Limpio las jardineras, la lluvia ha sido generosa dejándolas llenas de agua, y es de agradecer; con este clima difícilmente podría sobrevivir mucho tiempo una flor sin ella. Saco con cuidado los pedazos deshechos de pétalos y hojas, colocando en su lugar, en cada una de las vasijas de cerámica, los ramos que acabo de comprar.

Me incorporo y me quedo observando alternativamente las dos tumbas. Mis recuerdos empujan y alientan cobardemente a mi corazón hacia el rencor, pero he decidido no permitir que lo sigan alimentando de la ponzoña que tanto daño me ha hecho.

—Lo siento... —susurro ahogado por las amenazantes lágrimas—. A ti... —Fijo la vista en la fotografía de mi padre—. No soy quién para juzgarte, al contrario; lo que recuerdo y supe con el transcurso de los años es lo

increíblemente honesto, leal y, sobre todo, gran padre que fuiste. Perdóname por cada vez que he odiado tu nombre, enterrando tu pobre recuerdo más profundo de lo que tus restos lo están aquí, o rogando a la vida no haber heredado una mínima partícula de tu genética. Perdón... Te amo, padre... Lo siento tanto...

Ahogo un sollozo desde lo más hondo de mi alma, pero las lágrimas que bañan finalmente mi rostro se vuelven un hilillo constante por mis mejillas. Hago presión en mis ojos intentando detenerlas; pero al mirar la imagen de esa extraña que habita en el fondo de mi mente, renuevan su cauce sin darme tregua y ahogándome en un imparable llanto.

—¡Dios! ¡Te perdono! —Levanto al cielo los ojos—. ¡Tengo que intentarlo para poder vivir, para poder atesorar la felicidad que me negaste! No sé si sepa hacerlo, ser feliz nunca se me ha dado bien y termino por echarlo todo a perder siempre. —Froto las palmas de mis manos por el rostro y repaso el lugar buscando fuerzas para continuar seguir mirando esa imagen que me tortura y me consuela a la vez—. Perdono que no amaras a mi padre... —Un nudo de llanto me ahoga— y, por tanto, que yo no sea fruto del amor.

Reconocerlo me lastima; sin embargo, sigo desahogándome.

—Te perdono en su nombre... —Miro su lápida, a un lado, como si me pudiera escuchar—. Tu traición, tu desamor, tus humillaciones y tus mentiras. —Es lo más difícil que he hecho en mi vida, y el llanto incontrolable que ha salido libre a expresarse me lo confirma, dejándome casi sin poder hablar, pero continuó.

—Te perdono a ti y a la vida, perdono ser hijo de una sexoservidora sacada de una casa de citas por un hombre ilusamente enamorado, y... te juro que es la palabra más decente que se me ocurre, ya que... ¿sabes qué? —Aliso mi cabello hacia atrás, soltando un gemido de dolor—. Nunca he podido referirme a ti con alguna palabra ofensiva. Así de patético es este hijo que echaste al mundo como quien tira un balde de agua sucia a la calle tras limpiar sus miserias; pero, sin importar nada, ni cuánto me repita lo mala madre que fuiste... ¡Lo injusta que fuiste...! ¡No puedo! ¡Maldita sea! ¡Me he obligado y no puedo odiarte por más que lo intente! ¡Mamá...!

Parecido a un aullido de dolor es lo que sale de mi garganta al llamarla así, como jamás en la vida imaginé poder hacerlo. Y sigo vaciando mi alma.

—¡No tienes una puñetera idea de lo que duele! ¡Mierda! —Me levanto y me viro de espaldas cruzando las manos tras mi nuca. Debo de estar encloqueciendo para hablarle como si la tuviese delante. ¡No me importa! ¡Si existe esa otra puta dimensión, que hasta allí le llegue mi sufrimiento! Vuelvo a mirar la fría estructura bajo la cual descansa—. Duele y lacera, así ha sido por años, un hueco aquí, profundo. —Me golpeo el lado izquierdo de mi pecho con

fuerza, queriendo lastimarme—. Se ha ido llenando de inseguridades, miedos y desconfianzas hasta llegar a hacerle daño a la luz que apareció en mi vida dispuesta a rescatarme, y no sé ¡cómo detenerlo! ¡¿Dime cómo confiar cuando tu imagen más sagrada está sucia, deshecha ante tus ojos de la peor manera?! ¡Dímelo, maldita sea!

Suspiro hondo y esta vez seco con decisión mis lágrimas tras sollozar con fuerza.

—No sé si lo logre, soy un ser roto, pues así me dejaste, mamá... —Respiro profundo, pero los nudos de mi pecho y el de mi estómago no desaparecen—. No será fácil, aún mis incontrollables demonios no me liberan; buena parte de ellos me atormentan, y confieso que tengo miedo a enfrentarlos; sin contar que las circunstancias se han convertido en sus cómplices, sin piedad alguna. Pero hoy y aquí... —Doy dos pasos al frente hasta tocar con mis pies el borde del muro y me acuclillo frente a este—. Hoy te dejo a los pies de tu sepulcro dos cosas... —Una solitaria lágrima recorre mi mejilla derecha—: Te dejo tu miserable herencia emocional y, junto a ella, también te dejo mi perdón...

Mis ojos se humedecen y derraman lágrimas, una vez más, mientras recorren ambos panteones para leer sus epitafios...

Damián Armando Giralta Zamora

Esposo leal, abnegado padre y amoroso hermano.
Que en los brazos del Señor, en el cielo, encuentres la
paz que te fue negada en la tierra.

E. P. D.

Melinda García Arguelles

«El perdón es una decisión, no un sentimiento, porque cuando perdonamos no sentimos más la ofensa, no sentimos más rencor. Perdona, que perdonando tendrás en paz tu alma y la tendrá también aquel que te ofendió».

Santa madre Teresa de Calcuta.

E. P. D.

Sonrío recordando a mi madre Esther, solo de ella podría haber venido la idea de grabar en estas piedras tan acertadas palabras. Repaso mi vista de uno al otro antes de despedirme, ni siquiera llevo sus apellidos, solo el de mi padre en segundo lugar. Me incorporo, sacudo mi pantalón en la zona de mis rodillas, y vuelvo a pasear la vista de la foto de mi padre a la de mi madre. Llevo dos veces mis dedos a los labios para recoger los besos que dejó, alternativamente, en la parte superior de cada cruz.

—Hasta siempre... —murmuro bajo.

Me vuelvo de espaldas y me juro no mirar atrás. Como envuelto por un bálsamo de paz interior mi cuerpo se siente liviano, y una parte de mí se hunde lentamente en el olvido de un doloroso pasado que se va alejando. Cierro la puerta que se mantuvo abierta por años a merced de la lástima y la compasión de todos en mi mente. El sonoro portazo soy capaz de escucharlo según me acerco a la salida.

Al llegar, apoyo las manos a los lados de mi cintura y levanto el rostro al cielo, dejando que esta vez no sea bañado por tristes lágrimas, sino por la tibieza de la luz del sol asegurándome cuán posible puede ser mi anhelado renacer...

Epílogo

Ivanna...

Como las olas de este océano pasa la vida. No creo que se pueda comparar con algo más poderoso el transcurso de cada día y las sorpresas o vicisitudes que nos trae a cada uno.

Disfruto con pasar tiempo aquí sentada, en el muro del malecón habanero, perdiéndome en su horizonte y dejándome enamorar por ese arrullo del oleaje, agradeciéndole sus caricias al viento; es la ventaja de vivir en el corazón de esta ciudad que me acogió como a una hija hace tantos años.

Delineo con la yema de mi dedo índice la marca que, un día de esos en los que la tristeza y la soledad rondan inclementes el alma, hice sobre la fría piedra con un pedazo de vidrio roto: nuestra runa. Verla me hace suspirar con nostalgia. Este rincón se ha convertido en mi refugio durante varios años y la verdad es que sí, lo admito, es el lugar en el que suelo buscar la paz que me permite encontrarme a mí misma una y otra vez para no dejarme vencer por la amargura que me provoca su ausencia.

Lo extraño... más de lo que soy capaz de admitir, de imaginar, y mucho más de lo que él se merece; pero no puedo evitarlo. Alguna vez le dije que había resguardado mi amor en un lugar seguro donde ninguno de los dos pudiera lastimarlo, debo de haber sido la mejor de las sacerdotisas del corazón porque, a pesar de todo lo que hemos pasado, ahí sigue, debajo de mi piel, recordándose sus besos a cada segundo, intacto y haciéndose más fuerte.

Rememorar el día en que lo conocí me hace resurgir como un ave herida intentando no extinguirse.

En aquel instante, solo percibí el perfil de su rostro mientras hablaba con el director del instituto, eso bastó para que un relámpago de sentimientos, hasta ese

momento desconocidos, atravesasen mi cuerpo. Se veía tan seguro, tan maduro, tan gallardo..., tan él. El traje azul oscuro que lucía ese día quedó fotografiado eternamente en mis recuerdos, no me fue posible dejar de mirarlo en toda la tarde... Su barba reciente, perfectamente cuidada, su cabello ligeramente ensortijado y el ancho de sus hombros haciendo contraste con su impresionante estatura terminaron por hacer adictos a mis ojos. Hasta que Rafael nos presentó en aquel pasillo y el calor de su mano al tomar la mía, junto al disparo oscuro de su mirada atravesándome, me hicieron jurarme que solo a él podría pertenecerle en esta vida.

—¿Qué puedo hacer con este amor?

Se me escapa decirle al viento y a las gaviotas, que se acercan a poca distancia.

Llevo más de dos horas sentada aquí, con las piernas recogidas y el mentón apoyado en mis rodillas. Un día más de tantos, de los que me desesperan y me llenan de incertidumbre.

—Supuestamente estás en una misión, pero algo muy dentro de mí me grita que no debo creerlo, y tus amigos no me sostienen la mirada al afirmarlo. ¡Eso me basta! —Se quiebra mi voz al decírmelo.

¿En qué momento se nos volvió a perder el rumbo después de los primeros dos años de vivir en este país tan felices?

Recordarlo me hace sentir vacía, y es la peor sensación que he tenido en mi vida; bueno, no... La peor fue aquella vez cuando intenté volver a mi tierra porque me superó su lejanía, sus cambios de carácter, sus desapariciones constantes... Al punto de hacerme pensar que no existía para él. Nunca me encontré tan sola, tan infeliz, tan herida...

¿Es capaz acaso de entender lo que me duele el peso de su historia?

¿Sabe lo que sufro por ello, pero en silencio?...

No, no puede saberlo, lo confundiría con lástima, su mayor y más absurdo miedo: que sientan lástima por él.

«Eres su salvación, hija, por favor, no lo abandones». Las palabras de mi suegra llegan cada vez que me siento desfallecer. Aquella tarde viajó hasta aquí para hacerme compañía. Era evidente que, en otras circunstancias, nunca me habría dado detalles tan dolorosos acerca de los padres de Armando; pero entendió que esa sería la única manera de convencerme a no renunciar; y lo logró, narrándome mucho más de lo que mi esposo conoce, y que primero sería yo capaz de morir antes de contarle. Eso terminó por desplomar de angustia mi alma, haciéndome querer tenerlo a mi lado para arrullarlo en mis brazos hasta sanar a besos sus heridas.

¿Puede alguien realmente profanar y humillar tanto al amor? Imaginar algo

así en la figura de la madre del hombre al que amo, de la abuela de mi hija, me hace sentir un dolor casi insoportable.

Desecho mis pensamientos, no quiero intoxicarme con ellos; al contrario, aquí estoy, esperanzada en rescatar su corazón de donde sea que se encuentre secuestrado por un doloroso pasado que no nos pertenece, y por las consecuencias erróneas de un presente que se ha empeñado en unírsele.

Miro mi reloj, en unas dos horas me llamará mi madre. Espero todo les haya ido bien, estoy feliz por su nueva vida y el entusiasmo con el que hablan de ella. Mis angustias las he eliminado de nuestras charlas, no merece la pena mortificarla con cosas para las que ella no tendrá una solución y que solo la intranquilizarían; saberlos en paz, y felices, es una de mis mayores bendiciones en este momento.

Levanto la vista y me alarmo al ver a Ana acercándose y cruzando la calle. Supuestamente, mi hija debía estar aún recibiendo las clases particulares con ella. Me asusto, tomo el monedero con las llaves del apartamento y la alcanzo corriendo.

—¿Qué sucede, Ana? ¿Romina está bien?

La abordo y le pregunto inquieta, sin dejarla apenas resollar.

—Tranquila, Ivanna, ella está bien.

—Entonces... ¿Tienes alguna emergencia? Terminaron las clases mucho antes de lo normal.

—Lo sé, pero es que tienes una sorpresa en casa, mujer.

Al decirme esto, la miro extrañada y ella solo me sonrío.

—No pienso decirte, así que mejor ve y descúbrelo tú misma. Ahora te dejo, que aprovecharé para pasar por la panadería.

Me da un beso en la mejilla, unos golpecitos en el hombro y se aleja; pero a los pocos pasos se vuelve y me grita:

—¡¿Pero qué esperas, mijita?! ¡Ve a casa ahora mismo! —Ríe y seguido me hace un guiño con el ojo.

Un palpito de esos a los que en más de una ocasión les he tenido respeto, y hasta temor, se acomoda en mi pecho como el espectador que desde una esquina espera inmóvil algún importante acontecimiento.

Mis pasos quieren correr, no los dejo, necesito calmar la ansiedad que me ha provocado Ana con su comentario, y la media cuadra que me separa de nuestro edificio intento vencerla sosegadamente.

Vivir a poca distancia del Hotel Nacional, justo frente al malecón, te premia con conocer y coincidir con transeúntes que hacen ejercicio, o bien son turistas nacionales o del extranjero; me sucede a menudo y hoy no es la excepción. Unos visitantes españoles me interceptan para preguntarme por una dirección,

amablemente los atiendo y les doy las indicaciones para encontrar el lugar donde quieren llegar. No sé si mi descortés apremio se ha notado, ojalá que no; pero, sinceramente, en este momento mi urgencia es llegar a casa.

Llego a la recepción de nuestro edificio, algunos vecinos que bajan de sus pisos me saludan y les respondo amablemente, pero dejándoles ver mi prisa. El ascensor se abre, entro y presiono el piso diez, cada segundo se me hace más intenso y opresivo. Los nervios agitan mis latidos aceleradamente, cuando las puertas se abren es como si me hubiera, por algunos segundos, quedado rígida, sin poder moverme; pero salgo, finalmente, encontrándome con la señora Natalia, que se dirige a pasear a su perrito salchicha, a quien saludo recibiendo su cariñoso y habitual abrazo de siempre.

Tan solo pocos pasos me separan de la puerta de nuestro hogar. Al estar frente a ella, no solo la encuentro semiabierta, sino que las voces que escucho me hacen llevar la mano al corazón. ¡No es posible detenerlo, no te ilusiones!, me advierto, rebasada por la emoción, sintiendo temblar todo mi cuerpo.

Me acerco un poco al vano de la puerta, y la escena del abrazo entre los dos seres que más amo en la vida me provoca una indescriptible felicidad.

—¡Te extrañé tanto, mi tesoro!

—Yo más a ti, papi. Creí que esta vez demorarías mucho más, como en otras ocasiones que te has tenido que ir por un año completo. No sabes cuánto me alegro de que hayan sido solo unos meses. Por favor, dime que no saldrás de misión más.

—Espero que no, mi ángel. No creo que salga por ahora.

—¡Mami se pondrá tan feliz!

—¿Lo crees? ¿A dónde fue? Solo tu maestra estaba contigo al llegar.

—¡Por supuesto, papi! Te ha extrañado muchísimo, mami salió a caminar por el malecón, lo hace a menudo, generalmente cuando viene Ana, seguro que está al llegar.

Desde mi disimulado escondite, lo veo inclinarse y darle un beso en la frente dejando sus labios por varios segundos en ella, mientras que... ¿Se está secando una lágrima?

—¡Extrañé tanto tu sonrisa, mi niña, tu ternura y el brillo de tus bellos ojos!

—¡Ay, papi! Siempre hablas del brillo de mis ojos. ¡No cambias!

—Porque ahí está, lo veo, es hermoso y único; eso no lo dudes nunca.

—Voy a creerlo solo porque tú lo dices. Ahora déjame ir a mi habitación, debo llamar a mi abuela para darle la buena noticia; le prometí que en cuanto llegaras la llamaría.

—Muy bien, princesa; dile también que pronto los visitarás.

—¿Lo dices en serio?

—Es una promesa.

—¡Gracias, papi! No sabes cuánto deseo regresar a Viñales.

—Verás que pasarás una temporada maravillosa e inolvidable allá, cariño.

Escucho los pasos de nuestra hija alejándose lentos por el pasillo, rumbo a su cuarto.

Entorno un poco la puerta y lo veo a él, de espaldas. Se ha acercado a la mesa de centro del salón y sostiene entre sus manos la foto que nos tomamos en Soroa, durante nuestras primeras vacaciones en este país. Sin soltar el portarretrato se aleja hacia el balcón abierto, las cortinas se levantan a los lados de la ancha puerta gracias al viento que entra proveniente del océano que, frente a nosotros, se manifiesta orgulloso.

Entro en silencio, no sé qué decir, cómo reaccionar. El olor a su colonia me envuelve, me debilita, y tengo que hacer un esfuerzo para no lanzarme a sus brazos olvidando que, en mi interior, mi dignidad se levanta exigente marcando su territorio.

Mi mirada se va hasta el maletín, al portafolio a un lado del sillón, y de ahí hasta la imagen del hombre que continúa de espaldas en el medio del balcón con el azul del mar al fondo. La tela de su camisa se mueve con el aire, su cabello la acompaña y a mí, según me acerco, las manos y las piernas me tiemblan como gelatina. Solo el eco de los autos en la distancia y el sonido del batir de las olas del mar Caribe, que tanto ama, parecen ser los cómplices de este nuevo rencuentro.

Me detengo a muy pocos pasos de él al verlo volver a levantar nuestra foto.

—¿Podré tener la oportunidad de recuperarte? —lo escucho preguntarle a la imagen que tiene entre sus manos, y necesito tragar en seco para poder responder a eso.

—Nunca... me has perdido, solo que no lo crees.

Se gira con rapidez y quedamos uno frente al otro.

Su mirada triste me debilita, pero la luz de sus ojos al verme me conmueve.

Durante varios minutos nos miramos en silencio, como si ninguno se atreviera a tomar la iniciativa.

¿Tanto miedo le tenemos a nuestro amor?

—Tienes razón... —comienza diciendo, dando lentos y cortos pasos hacia mí, y observo que su pecho sube y baja agitado.

—¿En qué la tengo? —Mi voz se rompe, temblorosa.

—En que debo intentar creerme que no me merezco perderte...

—Yo creo que ninguno de los dos merecemos perdernos; por eso estoy aquí..., esperando.

Estamos ya tan cerca que solo tengo que levantar mi mano para, debajo de

ella, sentir su piel hechizando mis sentidos; pero no lo hago, tan solo sigo... esperando.

Deja el cuadro con la foto en una banqueta a nuestro lado, el viento se levanta audaz y traicionero, y algunos de mis cabellos se arremolinan en mi rostro; al intentar atraparlos, él sujeta con una mano la mía y con la otra coloca las hebras de pelo detrás de mi oreja. Se acerca más y aspira el aroma de mi cuello mientras que el suyo inunda mis fosas nasales, embriagándome.

—Cada segundo de estos meses pasados he soñado con esto. —Vuelve a inhalar y esta vez suelta su aliento en mi piel, haciéndola estremecer—. Mi deseo de olerte, sentirte y tocarte es lo que me ha mantenido firme en la distancia, a pesar de la culpa.

—También me he tenido que consolar con tu recuerdo, ¿acaso esta vez sí será diferente? —Me toma el mentón y levanta mi rostro hacia él.

—Necesito aferrarme a la idea de que sí lo será, porque no soportaría seguir alejado de ti... Te necesito tanto, mi esclava...

—No más que yo a ti...

—Interrogantes e inconclusas explicaciones pululan a nuestro alrededor esperando ser tenidas en cuenta, no creas que no soy consciente de ello.

Acepto lo que dice con un movimiento de cabeza. Me asombra que sea precisamente él quien toque el tema de cuánto nos debemos explicar.

—Han sido años difíciles, pero te juro por ti y mi hija, que son lo más sagrado que tengo en mi vida...

Lo interrumpo poniendo mi dedo en sus labios.

—No jures, no es necesario, vivamos el día a día, rescatemos cada detalle que nos unió y que nos hizo amarnos. Los juramentos caen al vacío con el tiempo, los momentos hermosos nos perpetúan, nos hacen amar sin condiciones.

No soy consciente de mis lágrimas hasta que sus dedos las atrapan, me fijo en sus ojos y veo las suyas a punto de salir.

—¿Tiempo dices? —pregunta, y sonrío por el temor oculto en sus palabras.

—Sí, tiempo.

—Usualmente soy yo el que vivo pidiéndolo.

—Esta vez lo compartiremos los dos.

Sonríe de lado, baja la vista y vuelve a mirarme, no siendo capaz de contener esta vez su propio llanto.

—Nos falta recorrer un largo camino para reencontrarnos de nuevo. Necesito que me jures que lo vamos a lograr, solo eso necesito.

—Yo estoy segura si tú lo estás.

La palma de su mano en mi mejilla, y yo dejo caer mis párpados concentrada en lo que me hace sentir.

¡Cómo extrañaba esto!

—¿Qué más podemos compartir aparte de tiempo?

Abro los ojos y el azabache de los suyos traspasa todas y cada una de mis barricadas.

—¿Podríamos empezar por abrazarnos?

—¡Dios! ¡Pensé que nunca lo pedirías!

Exclama y me estrecha contra su pecho con fuerza, como si temiera que pudiera desaparecer de su lado en cualquier momento; y, para mí, es una gloria sentirme arropada por él.

—Hay una cosa más —me dice y calla.

Inclino la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—¡He sufrido como un condenado por ellos. —Toma aire sonoramente mientras mi corazón se salta un latido—. ¡Para hacer esto... no pediré permiso!

Sus labios se adueñan de los míos y entonces...

Entonces el mundo deja de existir para entre su sabor, el mío, sus gemidos y mi deseo hacerme comprender que la felicidad más absoluta solo puedo encontrarla entre los brazos de este hombre arrogante, atormentado e imperfecto; pero que con solo existir ya le da sentido a mi vida...

Y un soneto de Neruda, desde mi mente dispersa por la fogosidad con la que su boca arrasa la mía, le susurra a mi impetuoso y desbocado amor:

Y lo escogí a usted. Sí, a usted, porque me di cuenta de que encontró mi punto débil y fue el único que descubrió la forma para calmar esta alma indomable. Lo escogí porque me di cuenta de que valía la pena, valía los riesgos, valía la vida...

¿Fin...?

Nota de la autora

Ciega Traición es de esas tramas que un día surgen y van naciendo con luz propia en tu mente.

Una de mis lectoras cero, mientras leía la biología *Libélula*, en la cual trabajo, consideró importante que estos personajes, presentes en ella, debían antes contar su pasado, sus retos y sus vivencias; y lo que en un principio se visualizaba como un relato, terminó abriéndose paso en la imaginación y exigiéndole más a mis musas.

Hoy la tienen ante ustedes, espero que detrás de cada letra encuentren el mensaje que ellos quieren lanzar: su valentía, su pasión, su dolor, su esperanza y, sobre todo, su amor. Un amor amenazado, juzgado injustamente y herido por un pasado que no entiende de causas ni de víctimas, solo de ponerlo a prueba.

Pero ¿y el futuro? *Libélula* nos hablará de esta pareja mientras Romina, su hija, nos lleva de la mano por el sendero que la conducirá a su nacimiento al amor, entre otras experiencias.

Quizás la vida se muestre amable con Armando y su esclava.

Quizás, y solo quizás, *Libélula* sea... su salvación.

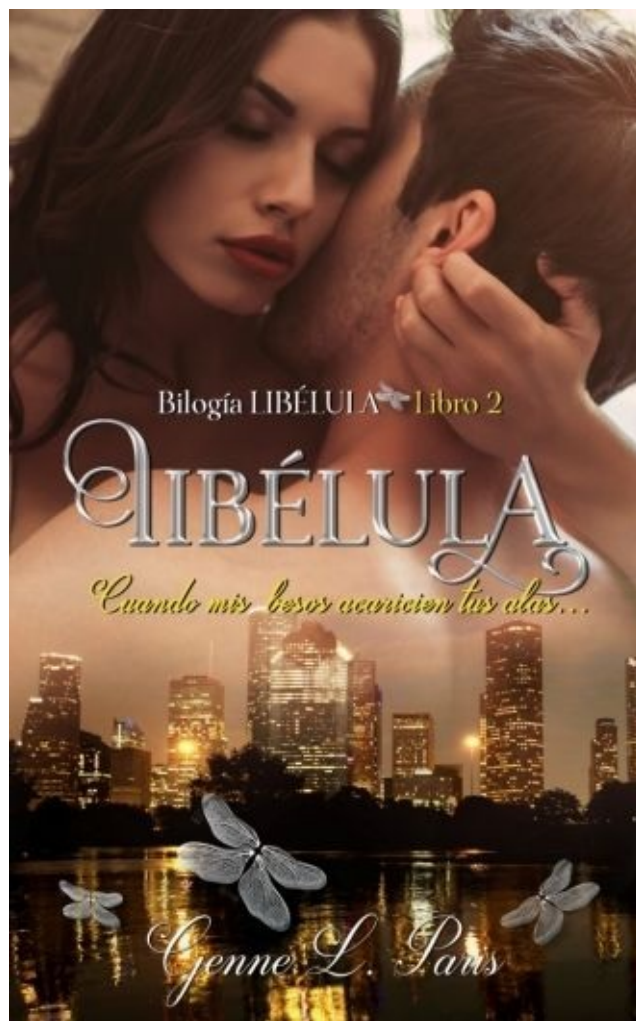
Bilología Libélula
Libro I

Cuando mis besos acariciaron tus alas



Bilogía *Libélula*
Libro II

Cuando mis besos acaricien tus alas



Agradecimientos

Terminar un libro es para todo autor una experiencia inolvidable. Los sentimientos se transforman en mariposas en tu estómago y vuelves a sentir que te enamoras, esta vez de lo que esconden decenas de páginas que, aunque te sea difícil creer, tú fuiste capaz de escribir. Sin embargo, cuando es el primero, sabes que no solo se volverá maravilloso, sino que, además, temerás que la emoción te gane y no recuerdes mencionar a alguien que te acompañó durante todo este largo camino. Juro que intento ahora, con manos temblorosas, que esto no me suceda; por eso... ¡Empecemos de una vez!

Gracias sería muy poco decir a las personas de quienes no solo recibí un apoyo incondicional, sino también un cariño inmenso; pero en este momento las palabras se me agotaron tras cada cuartilla, y no encuentro otras que les hagan suficiente mérito a ustedes.

Mi eterno agradecimiento es para Marisa Maverick, sin ella nada de esto sería una realidad. Vikinga, tus consejos, tu ánimo al decaer, tu compañía día a día en la distancia, tu huella precisa y exquisita en cada línea, todo ello hizo posible el nacimiento de esta historia. ¡Gracias desde el fondo de mi corazón! Tu amistad es invaluable y única.

A Martina Bennet, por esa patadita de madrugada en pleno chat, por tu cariño, tus consejos, tu ayuda y tu maravillosa energía; aunque, bueno, a veces me privas de ella cuando más la necesito; ya sé, me lo dijiste, es el precio a pagar por tener amigas raras, ¡pero ni modo! Te quiero mucho, lagartija.

Gracias a mis lectoras cero: Daida y Luce, su interés, alegría y entusiasmo dieron a cada escena el impulso perfecto para seguir adelante, y las dos saben que son parte de mi vida por siempre, queridas libelulitas.

A ti, Beatriz Betegón, me siento orgullosa, honrada y agradecida por regalarme tu tiempo, tus consejos y compartir tus valiosas experiencias. Así, quiero agradecer a Isabel Acuña por alentarme, motivarme y ser también una gran inspiración, no olvido su consejo un día en el chat, mi señora bonita, de leer mucho y entregar lo mejor de mí siempre, gracias. A ti, Aryam Shields por todos tus buenos deseos y cariño sincero.

¡Y cómo olvidarme de mi aquelarre insoportablemente dinámico pero entrañable! ¡Gracias, chicas! Mile Bluett, Kris O’Coneill, Maricela Gutiérrez, Rotze Mardini y China Yanly, y obvio, nuevamente tú, Vikinga. Gracias por las trasnochadas, por aprender de ustedes, por hacerme reír, por creérmelo y hasta por las amenazas, y por mi apodo; pero esto último mejor se queda bajo secreto

absoluto del aquelarre, ¿¿verdad?! A ti, Chinita, tus bellas portadas son incomparables y tu paciencia... Humm ¡Mejor de eso no hablamos!

No podían faltar mis amigos tras este mundo de la publicación, a los de años y a esos que llegaron a mi vida para enriquecerla más de amor y esperanza; de todo corazón, gracias, ustedes también son parte de esto.

Por último, a toda mi familia, mis suegros, mi madre y, especialmente, a mi esposo y a mis hijos. Gracias, tesoros, por sacrificar el tiempo que solo a ustedes les pertenece, para desde una esquina y en silencio verme dar rienda suelta a mi imaginación, y a mis sueños. Les agradezco, mis amores, por hacer posible que, finalmente, levante vuelo una libélula...

Y a ti, lector, si llegaste hasta aquí, gracias por darme la oportunidad de juntos compartir historias, abriéndome un huequito en tu corazón...

¡GRACIAS!

Genne L. Paris es el seudónimo que utiliza la autora para darse a conocer en el mundo de las letras.

Apasionada de ellas desde la infancia, activamente participó en diversos talleres literarios, así como en publicaciones juveniles en su añorada Cuba natal. Licenciada en Pedagogía, profesión que ama y a la que se dedica, emigró a Estados Unidos. En la actualidad reside en el estado de Kentucky; su mayor tesoro es la familia que forma con sus tres hijos y su esposo, el gran amor de su vida.

Además de leer género romántico, sus otras pasiones son el baile, la música, tener muchos amigos y reír a carcajadas siempre que puede; opina que la risa, sin duda, purifica y sana el alma.

Ciega Traición es su primera incursión en solitario; se trata de un «spin off» de la bilogía *Libélula*, dos manuscritos que han estado durante muchos años guardados en un cajón acumulando ilusiones, y en los que está trabajando para publicarlos en breve.

Escribir no solo se ha convertido en una motivación diaria maravillosa y en un sueño cumplido, sino en la causa de un profundo agradecimiento hacia las personas que, gracias a ello, han llegado a su vida. Su ferviente deseo es poder tocar más corazones a través de su inquieta pluma, pues como dijo uno de los grandes:

«Queda prohibido no sonreír a los problemas, no luchar por lo que quieres, abandonarlo todo por miedo, no convertir en realidad tus sueños». (Pablo Neruda)



[\[1\]](#) Abuela, en ruso.